TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

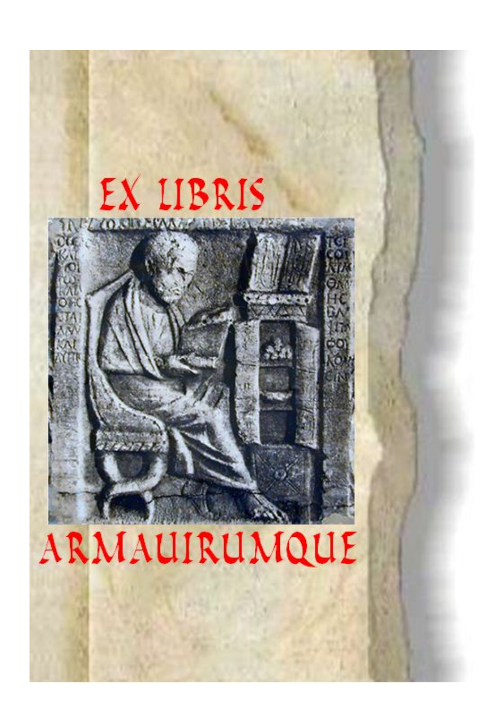
LIBROS XLI-XLV

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 192



Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Solís.

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.
www.rbalibros.com

1ª. reimpresión.

Depósito legal: M.-17.882-2008.

ISBN 978-84-249-1428-7. Obra completa.
ISBN 978-84-249-1643-3. Tomo VIII.

Impreso en España. Printed in Spain.
Impreso en Top Printer Plus.

NOTA TEXTUAL

La traducción del presente volumen ha tenido como base el texto latino de la edición de W. Weissenborn y Müller (Teubner, 1959). Las discrepancias van siempre indicadas en nota a pie de página. Se ha tenido a la vista, entre otras, la edición de J. Briscoe de 1986, de la misma editorial.

LIBRO XLI

SINOPSIS

AÑO 178 a. C.
Guerra en Histria (1 - 5).
Roma: embajadas, triunfos, ataques de los tribunos al cónsul Manlio (6 - 7).

AÑO 177 a. C.
Elecciones. Levas. Prodigios. Ley Claudia *de sociis* (8 - 9).
Fin de la guerra en Histria. Liguria. Prodigios. Triunfo (10 - 13).

AÑO 176 a. C.
Elecciones. Asignación de provincias (14 - 15).
Muerte de un cónsul. Mútina. Cerdeña. Liguria. Muerte del otro cónsul (16 - 18).

AÑO 175 a. C.
Operaciones en Liguria. Bastarnas y dárdanos (19).
Retrato de Antíoco Epífanes (20).

AÑO 174 a. C.
Roma: provincias, epidemia, prodigios (21, 1 - 22, 3).
Grecia y Macedonia: discursos ante la asamblea de la Liga Aquea. Conflictos en Grecia (22, 4 - 25, 8).

Hispania: sublevación de los celtíberos (26).
Roma: censura de Fulvio Flaco y Postumio Albino. Triunfo de Apio Claudio (27, 1-28, 3).

AÑO 173 a. C.
Elecciones (28, 4-11).

Guerra en Histria

1 ...[1] Se decía que Epulón había armado al pueblo[2] al que su padre había mantenido en paz y que por ello gozaba de gran simpatía entre la juventud ansiosa de pillaje. Cuando el cónsul[3] reunió al consejo para tratar de la guerra de Histria, unos opinaban que había que comenzarla inmediatamente, antes de que el enemigo pudiera reunir tropas, y otros, que primero se debía consultar
2 al senado. Prevaleció el criterio de no aplazar la fecha. El cónsul partió de Aquilea e instaló el campamento a orillas

[1] La única fuente de la V Década de Livio es el códice Vindobonense 15, escrito en Italia en el siglo V, el cual, después de una corta peripecia medieval, terminó en Lorsch, donde fue descubierto por Simon Grynaeus en 1527; cf. L. D. REYNOLDS, *Texts and transmission*, 2.ª ed., Oxford, 1986, pág. 214. Se ha perdido el comienzo del libro XLI. Ahí se relataría la asignación de mandos y ejércitos para el año 178 y, a juzgar por la *Perioca XLI* y por el *Liber Prodigiorum* de J. Obsequente, la referencia al incendio del foro, la extinción del fuego sagrado del templo de Vesta, la celebración del lustro, y las victorias de Tiberio Sempronio Graco y Lucio Postumio Albino en Hispania. Por último, se retomaría el relato de la guerra contra los histros. Éstos, tras el paso de Aníbal, habían recuperado la independencia perdida en 220 y amenazaban la colonia de Aquilea, fundada en 181.

[2] Traducimos *Aepulo ... gentem* (Briscoe).

[3] Aulo Manlio Vulsón, cónsul en 178 junto con Marco Junio Bruto. Para los magistrados romanos cf. T. R. S. BROUGHTON, *The Magistrates of the Roman Republic*, I-II, Cleveland, Oh., 1951-52.

del lago del Timavo[4]; este lago está muy próximo al mar. También se trasladó hasta allí el duúnviro naval[5] Gayo Furio con diez navíos. Para hacer frente a la flota de los 3
ilirios se habían nombrado duúnviros navales, los cuales, con Ancona[6] como base, protegerían con veinte navíos las costas del mar superior[7]. Lucio Cornelio vigilaría la costa desde allí hacia la derecha hasta Tarento, y Gayo Furio hacia la izquierda hasta Aquilea. Dichas naves, con las de 4
transporte y abundante avituallamiento, fueron enviadas al puerto más próximo en los confines de Histria; el cónsul salió detrás con las legiones y estableció el campamento a unas cinco millas del mar. En el puerto se formó en poco 5
tiempo un mercado muy concurrido desde el que se transportaban al campamento mercancías de todas clases. Y, para hacerlo con mayor seguridad, se dispusieron puestos de guardia por todo el contorno del campamento. En dirección 6
a Histria se colocó, de servicio permanente, una cohorte enrolada en Placencia en una leva improvisada; entre el mar y el campamento, con la misión añadida de servir de protección a los que fueran a recoger agua al río, se dio orden a Marco Ebucio, tribuno militar de la segunda legión, de colocarse al frente de dos manípulos; los tribunos militares 7
Tito y Gayo Elio habían marchado al frente de la tercera legión por la carretera que conduce a Aquilea, para proteger

[4] El Timavo desembocaba en el Adriático, entre Aquilea y Trieste, después de extenderse a lo ancho en el campo formando *lacus* o *stagna*.

[5] Los duúnviros navales aparecen por primera vez en Livio en IX 30, 4 (año 311) elegidos por el pueblo. Se trataba de una magistratura extraordinaria, para circunstancias especiales, cuya función primordial era preparar y armar la flota.

[6] Ciudad del Piceno central, colonia siracusana conquistada por Roma en 268, con puerto natural en Monte Conero.

[7] El Adriático.

8 a los encargados de recoger forraje y leña. En esa misma dirección, a un millar de pasos aproximadamente, estaba el campamento de los galos; Catmelo, con el título de régulo, mandaba no más de tres mil hombres armados.

2 Nada más trasladarse el campamento romano al lago del Timavo, los histros, a su vez, se situaron en una posición
2 escondida detrás de una colina, y desde allí, por caminos transversales, seguían la marcha de la columna atentos a cualquier oportunidad, y no les pasaba inadvertido nada de
3 lo que se hacía en tierra o en el mar. En cuanto se percataron de que eran débiles los puestos de delante del campamento y de que el mercado era frecuentado por una masa de gente desarmada que traficaba entre el campamento y el mar sin asomo de protección terrestre o marítima, atacaron simultáneamente a dos destacamentos, el de la cohorte placentina y
4 el de los manípulos de la segunda legión. La bruma matinal había servido de cobertura a su intento. Al disiparse ésta con los primeros rayos del sol, esa claridad relativamente nítida pero aún incierta, que suele multiplicar ante los ojos la apariencia de todos los objetos, confundió también en esta ocasión a los romanos, haciéndoles ver un ejército ene-
5 migo mucho más numeroso de lo que era en realidad. Aterrados por esta visión, los soldados de los dos puestos, en tremendo desorden, corrieron a refugiarse al campamento, donde provocaron un pánico mucho mayor que el que traían consigo.
6 Y es que eran incapaces de decir por qué habían huido, así como de responder a los que les hacían preguntas. Además se oían gritos en las puertas, dado que no había ningún puesto de guardia para frenar un ataque, y, por otra parte, los que corrían en la oscuridad, tropezando unos con otros, hacían que se dudara si el enemigo no estaría ya dentro de
7 la empalizada. Sólo se oían los gritos de los que exclamaban «¡al mar!». Esta exclamación, lanzada quizás irreflexivamente

por uno solo, resonaba aquí y allá por todo el campamento.
Y así, como si se les hubiera dado esa orden, corren hacia el 8
mar, armados unos y sin armas la mayoría, primero unos
pocos, después más, y por último casi todos, incluido el
propio cónsul, que había intentado en vano hacer volver a
los que huían sin que sirvieran de nada ni sus órdenes, ni su
autoridad, ni, en última instancia, sus súplicas. Sólo se 9
quedó Marco Licinio Estrabón, tribuno militar de la segunda
legión, al que se había dejado allí con tres manípulos de su
legión. Los histros, que habían asaltado el campamento sin
encontrar ninguna otra resistencia armada, cayeron sobre él
cuando se encontraba en el pretorio organizando y arengando
a sus hombres. La lucha fue más encarnizada de lo que 10
correspondía al reducido número de defensores, y no finalizó
hasta que murieron el tribuno militar y los que se habían
agrupado en torno a él. Tras derribar la tienda pretoria y 11
saquear cuanto allí había, los enemigos llegaron hasta la
tienda del cuestor, el foro y la vía Quintana. Al encontrar allí 12
preparadas y al alcance de la mano abundantes provisiones
de todas clases y los lechos dispuestos en la tienda del
cuestor, el régulo se acomodó y se dispuso a banquetear. En 13
seguida hacen lo propio todos los demás, olvidándose de las
armas y de los enemigos, y, como es lógico en quienes no
estaban acostumbrados a una alimentación tan generosa,
cargan sus estómagos de vino y comida con gran avidez.

Completamente distinto era el aspecto que ofrecía en 3
esos momentos la situación entre los romanos: tanto en
tierra como en el mar cunde el desconcierto; los marineros
desmontan las tiendas y llevan a las naves precipitadamente
las provisiones depositadas en la orilla; los soldados, aterra- 2
dos, se lanzan a las lanchas y al mar. Los miembros de la
tripulación, por miedo a que se sobrecarguen las embarca-
ciones, tan pronto cierran el paso a la multitud como impul-

3 san las naves mar adentro alejándolas de la orilla. Ello da
pie a que se produzcan riñas y, al poco, incluso combates
entre soldados y marineros con heridos y muertos por ambas
partes, hasta que por orden del cónsul fue alejada de tierra
la flota. Después se puso a separar a los que estaban desar-
4 mados de los que tenían armas. De tantos como eran, apenas
se encontraron mil doscientos que conservaran las armas y
un número muy reducido de jinetes que hubieran llevado
consigo su caballo; el resto era una masa desorganizada,
como si se tratara de vivanderos y porteadores, que habría
sido un botín seguro si los enemigos se hubieran acordado
5 de la guerra. Por fin se envió entonces un mensajero a
llamar a la tercera legión y al destacamento de galos, y desde
todas partes al mismo tiempo se emprendió la vuelta para
6 recuperar el campamento y borrar la ignominia. Los tribunos
militares de la tercera legión dan orden de arrojar al suelo el
forraje y la leña, y ordenan a los centuriones que hagan
montar en cada una de las acémilas liberadas de su carga a
dos de los soldados de mayor edad, y a los jinetes, que cada
uno suba a su grupa a uno de los infantes más jóvenes: la
7 gloria de su legión será extraordinaria si con su valor
reconquistan el campamento perdido por el miedo de la
segunda legión; y no es difícil recuperarlo cayendo por
sorpresa sobre los bárbaros enfrascados en el botín; es posible
8 quitárselo igual que ellos lo tomaron. La arenga fue acogida
con el mayor entusiasmo por parte de los soldados. Hacen
avanzar las enseñas a toda prisa, y los hombres armados no
hacen esperar a los abanderados. No obstante, los primeros
en llegar a la empalizada fueron el cónsul y las tropas a las
9 que se había hecho volver desde el mar. Lucio Acio, primer
tribuno de la segunda legión, arengaba a sus soldados y
10 además les hacía ver que, si los histros victoriosos tuvieran
intención de retener el campamento conquistado con las

mismas armas con que lo habían tomado, en primer lugar habrían perseguido hasta el mar al enemigo despojado del campamento, y luego al menos habrían colocado puestos de guardia delante de la empalizada; lo más probable era que estuviesen tumbados, en el sopor del vino y el sueño.

Tras esto ordenó a su abanderado Aulo Beculonio, hom- 4
bre de reconocido valor, que avanzase con su enseña. Éste 2
dijo que él se encargaría, sólo con que lo siguieran, de que la
acción fuese más rápida, y, después de lanzar la enseña con
todas sus fuerzas al otro lado de la empalizada, cruzó la
puerta el primero. Entretanto, llegan por el otro lado con la 3
caballería Tito y Gayo Elio, tribunos militares de la tercera
legión. Inmediatamente detrás llegan los que habían montado
en las acémilas de dos en dos, así como el cónsul con toda su
columna. En cuanto a los histros, unos pocos, los que habían 4
bebido con moderación, pensaron en la huida; los demás
pasaron directamente del sueño a la muerte, y los romanos
recuperaron íntegras todas sus pertenencias, salvo el vino y
la comida que se había consumido. Por su parte, los soldados 5
enfermos que habían quedado en el campamento, en cuanto
se percataron de la presencia de los suyos dentro de la
empalizada, cogieron armas y causaron una gran carnicería.
Sobresaliente entre todas fue la actuación del jinete Gayo 6
Popilio, cuyo sobrenombre era Sabelón. Abandonado a
causa de una herida en un pie, fue él, con mucho, quien
mató mayor número de enemigos. Se dio muerte a unos ocho 7
mil histros; no se cogió prisionero a ninguno, porque la
rabia y la indignación hicieron que no se pensara en el botín.
No obstante, el rey de los histros fue aupado a toda prisa
sobre un caballo por los suyos, borracho a consecuencia del
banquete, y escapó. De los vencedores murieron doscientos 8
treinta y siete soldados, un número mayor en la huida de la
mañana que en la recuperación del campamento.

5 Casualmente ocurrió que Gneo y Lucio Gavilio Novelo,
de Aquilea, cuando llegaban con el avituallamiento, estuvie-
ron a punto de caer, en su ignorancia, en el campamento
2 tomado por los histros. Abandonando los bagajes, huyeron
en dirección a Aquilea, sembrando la alarma y la confusión
por todas partes, no sólo en Aquilea sino incluso en Roma
3 pocos días después. Aquí se anunció no sólo la huida y la
toma del campamento por parte del enemigo, lo cual era
cierto, sino el desastre total y la aniquilación completa del
4 ejército. Por consiguiente, como es habitual en los casos de
emergencia, se decretó una movilización extraordinaria tanto
en Roma como en toda Italia. Se enrolaron dos legiones de
ciudadanos romanos y se exigieron a los aliados de derecho
latino diez mil soldados de a pie y quinientos de a caballo.
5 El cónsul Marco Junio[8] recibió instrucciones para que se
desplazara a la Galia y exigiera a las ciudades de aquella
provincia cuantas tropas pudiera suministrar cada una de
6 ellas. Al mismo tiempo se dispuso que el pretor Tiberio
Claudio[9], mediante un edicto, ordenase que los soldados de
la cuarta legión y cinco mil aliados de derecho latino, junto
con doscientos cincuenta jinetes, se concentrasen en Pisa, y
que protegiese esta provincia durante la ausencia del cónsul;
7 el pretor Marco Titinio ordenaría que se concentrase en
Arímino la primera legión y un número igual de aliados de
8 infantería y de caballería. Nerón partió hacia Pisa, su pro-
vincia, en uniforme de campaña. El tribuno militar Gayo
Casio[10] fue enviado a Arímino para tomar el mando de la
9 legión, y Titinio llevó a cabo el reclutamiento en Roma. El

[8] Marco Junio Bruto. Había sido tribuno de la plebe en 195, pretor en 191, y miembro de la comisión de los diez enviada a Asia Menor en 189.

[9] Tiberio Claudio Nerón, pretor en 178.

[10] Gayo Casio Longino, que sería pretor en 174, cónsul en 171 y censor en 154.

cónsul Marco Junio, después de trasladarse del territorio de
los lígures a la provincia de la Galia y de exigir contingentes
de tropas auxiliares a las ciudades de la Galia y soldados a
las colonias, llegó a Aquilea. Una vez allí, e informado de que 10
el ejército se encontraba sano y salvo, escribió una carta a
Roma para que se tranquilizasen los ánimos, y, después de
despedir a los auxiliares que había recabado de los galos,
marchó a reunirse con su colega. La inesperada noticia 11
produjo gran alegría en Roma; se interrumpió la leva, se
licenció a los que habían prestado juramento militar y se
envió a casa al ejército que se encontraba en Arímino afectado
por una epidemia. Los histros estaban acampados, con un 12
fuerte contingente de tropas, no lejos del campamento del
cónsul; cuando se enteraron de que había llegado el otro
cónsul con un nuevo ejército, se dispersaron por todas partes
en dirección a sus ciudades. Los cónsules llevaron de nuevo
sus legiones a Aquilea, a los cuarteles de invierno.

Roma: embajadas, triunfos, ataque de los tribunos al cónsul Manlio

Apaciguada al fin la revuelta de los histros, 6
el senado dispuso mediante decreto que
los cónsules decidieran de mutuo acuerdo
cuál de ellos volvía a Roma para presidir
los comicios. Los tribunos de la plebe, Aulo 2
Licinio Nerva y Gayo Papirio Turdo, fus-
tigaban en las asambleas a Manlio, ausente, y presentaron
una proposición de ley para que no se le prorrogara el
mando a Manlio más allá del quince de marzo [11] —pues ya
les había sido prorrogado por un año a los cónsules el

[11] La entrada en funciones de los nuevos magistrados se adelantó del 15 de marzo al 1 de enero en el año 153 debido a la sublevación de Hispania (Livio, *Perioca XLVII*).

gobierno de las provincias—, con el objeto de que pudiera ejercer su defensa inmediatamente después de dejar el cargo;
3 su colega Quinto Elio puso el veto a esta proposición de ley, 3
y a costa de ímprobos esfuerzos consiguió que no fuera aprobada.

4 Por aquellas fechas regresaron de Hispania a Roma 4
Tiberio Sempronio Graco [12] y Lucio Postumio Albino [13], y el pretor Marco Titinio hizo que el senado les diera audiencia en el Templo de Belona para que hicieran una exposición de las operaciones que habían llevado a cabo y solicitaran los honores merecidos y para que se honrara a los dioses inmortales.

5 Por la misma época, mediante una carta del pretor Tito 5
Ebucio [14] que su hijo había traído al senado, se tuvo conoci-
6 miento de que también en Cerdeña había graves desórdenes [15]. 6
Los ilienses [16], con la ayuda de tropas auxiliares proporcionadas por los bálaros, habían invadido aquella provincia pacificada, y no era posible hacerles frente dada la debilidad
7 del ejército, diezmado, además, por una epidemia. Los em- 7
bajadores de los sardos confirmaban estas noticias y pedían ayuda al senado al menos para las ciudades, pues los campos había que darlos ya por perdidos. Esta embajada, así como

---

[12] El padre de los Gracos. Fue tribuno de la plebe en 184, pretor en 180, cónsul en 177, censor en 169 y augur desde el 203 (cf. XXIX, 38, 7).

[13] Pretor en 180 con gobierno en la Hispania ulterior, sería cónsul en 173.

[14] Tito Ebucio Caro, elegido pretor para el año 178 (aunque en XL 59, 5 Livio omite su nombre y el de otros dos pretores).

[15] Cerdeña y Córcega permanecieron tranquilas desde el 227 (año en que fueron convertidas en provincia bajo el gobierno de un pretor, cf. *Perioca XX)* hasta el 181. Los levantamientos fueron sofocados primero por Marco Pinario Rusca y ahora por Tiberio Sempronio Graco.

[16] Véase XL 19, 34.

todo lo que hacía referencia a Cerdeña, fue remitida a los nuevos magistrados.

No menos lamentable fue la embajada enviada por los 8
licios, que se quejaban de la crueldad de los rodios, a los que
habían sido asignados por Lucio Cornelio Escipión [17]: habían 9
estado bajo el dominio de Antíoco, pero, comparada con su situación de ahora, aquella esclavitud bajo el rey parecía una libertad extraordinaria. No sólo sentían la opresión de su poder en las relaciones oficiales, sino que individualmente
sufrían una esclavitud sin paliativos; sus mujeres y sus hijos 10
eran maltratados; se descargaban golpes sobre sus cuerpos, sobre sus espaldas; se mancillaba y deshonraba su buen nombre, cosa inadmisible; y además, se perpetraban sin rebozo acciones odiosas para hacer prevalecer los propios derechos, para que tuvieran claro que no había ninguna
diferencia entre ellos y los esclavos comprados con dinero. 11
Impresionado por estos detalles, el senado entregó a los licios una carta para los rodios manifestando su desacuerdo con que los licios estuvieran reducidos a esclavitud por los rodios, o nadie, nacido libre, por cualquier otro; los licios estaban bajo la tutela y la protección de los rodios de la misma manera que las ciudades aliadas estaban bajo la autoridad del pueblo romano.

Después se celebraron consecutivamente dos triunfos so- 7
bre los hispanos. Sempronio Graco celebró primero el suyo
sobre los celtíberos y sus aliados, y al día siguiente lo celebró 2
Lucio Postumio sobre los lusitanos y otros hispanos de la misma región. Graco llevó en su desfile cuarenta mil libras
de plata, y Albino veinte mil. Uno y otro repartieron entre 3
los soldados veinticinco denarios por cabeza, el doble a los

[17] En realidad la decisión había sido del senado: cf. XXXVIII 55, 5.

centuriones y el triple a los jinetes, y a los aliados la misma
suma que a los romanos.
4 Coincidió que por las mismas fechas llegó a Roma pro-
cedente de Histria el cónsul Marco Junio para la celebración
5 de los comicios. Los tribunos de la plebe, Papirio y Licinio,
después de agobiarlo en el senado con preguntas acerca de
los hechos ocurridos en Histria, lo llevaron también ante la
6 asamblea del pueblo. Como el cónsul, ante estas preguntas,
respondía que él no había estado más que once días en dicha
provincia y que de lo ocurrido durante su ausencia también
7 él, igual que ellos, se había enterado por referencias; ellos,
entonces, proseguían preguntando por qué, en tal caso, no
había venido más bien Aulo Manlio a Roma para explicar
al pueblo romano por qué se había desplazado hasta Histria
desde la Galia, la provincia que le había correspondido en el
8 sorteo. ¿Cuándo había decretado el senado aquella guerra,
cuándo la había ordenado el pueblo romano? Pero, ¡por
Hércules!, aun habiendo sido emprendida, sin duda, por
una decisión de carácter privado, la guerra, no obstante,
9 habría sido conducida con sensatez y valor. ¡Todo lo contra-
rio! No se podía decir si había sido más desacertada la
decisión de emprenderla o más imprudente la manera de
hacerla. Dos puestos de guardia sorprendidos y aplastados
por los histros; el campamento romano tomado; los soldados
de infantería y caballería que había en el campamento hechos
10 trizas; los demás, desarmados y en desorden, y el propio
cónsul el primero, habían huido hacia el mar, a las naves.
De estos hechos venía a dar cuenta como ciudadano privado
cuando no había querido hacerlo como cónsul.

Elecciones. Levas. Prodigios. Ley Claudia de sociis

A continuación se celebraron los comi- 8
cios. Resultaron elegidos cónsules[18] Gayo
Claudio Pulcro[19] y Tiberio Sempronio
Graco. Y al día siguiente fueron elegidos
pretores Publio Elio Tuberón por segunda
vez, Gayo Quincio Flaminino, Gayo Numisio, Lucio Mumio,
Gneo Cornelio Escipión y Gayo Valerio Levino. Correspon- 2
dió a Tuberón la jurisdicción urbana, la peregrina a Quincio,
Sicilia a Numisio, y a Mumio Cerdeña, pero esta última,
debido a la importancia de la guerra, pasó a ser provincia
consular. Escipión y Levino obtuvieron en el sorteo la Galia, 3
dividida en dos provincias. El 15 de marzo, fecha en que 4
Sempronio y Claudio entraron en funciones como cónsules,
sólo se hizo mención a las provincias de Cerdeña y de
Histria y a los enemigos que habían provocado la guerra en
una y otra. Al día siguiente se presentaron en el senado los 5
embajadores de los sardos, cuya audiencia había quedado
aplazada a la espera de los nuevos magistrados, así como
Lucio Minucio Termo[20], que había sido legado del cónsul
Manlio en Histria. El senado fue informado por ellos acerca
de la importancia de la guerra que había en aquellas provincias.

También hicieron su efecto en el senado las delegaciones 6
de los aliados de derecho latino, que, después de agobiar a
los censores y cónsules precedentes, finalmente fueron intro-
ducidas en el senado[21]. Sus quejas se circunscribían básica- 7

[18] Para el año 177.

[19] Augur en 195 y pretor en 180, sería censor en 169.

[20] *Legatus* de Quinto Fulvio Flaco en la Hispania citerior en 182 y siguientes.

[21] En 187 se había obligado a los inmigrantes a retornar a su lugar de origen, aunque se hubiesen censado en Roma (XXXIX 3, 4-6). En 179

mente al hecho de que muchos conciudadanos suyos censados en Roma habían emigrado a ella. Si se toleraba esta práctica, en pocos lustros iba a ocurrir que sus ciudades despobladas y sus campos abandonados no estarían en condiciones de
8 aportar ningún soldado. Por su parte, los samnitas y los pelignos se quejaban de que a ellos los habían dejado cuatro mil familias para trasladarse a Fregelas[22], y que, a pesar de ello, no era menor el contingente de soldados que tenían que
9 aportar en los reclutamientos tanto unos como otros. El caso es que los particulares habían puesto en práctica dos clases de trampas para cambiar de ciudad. La ley permitía a los aliados de derecho latino que dejaban descendientes varones en su lugar de residencia pasar a ser ciudadanos romanos. A fuerza de acogerse abusivamente a esta ley, unos perjudicaban a los aliados y los otros al pueblo romano,
10 pues, por una parte, para no dejar descendientes en su país, entregaban a sus hijos como esclavos a cualquier romano con la condición de que fueran manumitidos y se convirtieran en ciudadanos al ser libertos, y, por otra, los que no tenían descendencia que dejar ...[23] se convertían en ciudadanos
11 romanos. Posteriormente, despreciando incluso estas ficciones jurídicas, sin tener en cuenta la ley, sin dejar descendencia, accedían indiscriminadamente a la ciudadanía romana por
12 la vía de la inmigración y el censo. Los delegados pedían que

había comenzado una política más permisiva con los latinos recurriendo a diversos subterfugios legales para la concesión de la ciudadanía romana. En 9, 9, y en XLII 10, 3, se refleja la adopción de nuevas medidas.

22 Al ser Fregelas colonia latina (cf. VIII 22, 1, nota), el asalto a Roma sería más viable.

23 Para esta laguna, la propuesta de una de las ediciones de Weissenborn-Müller, después de examinar la cuestión jurídica sería: *ut legi parerent, liberos adoptabant et ita*, que traduce «para cumplir con la ley adoptaban hijos y así...».

esto no siguiese ocurriendo y que se diese orden a los aliados de volver a sus ciudades, y en segundo lugar que se tomasen medidas legales para evitar que nadie adoptase o cediese a nadie en adopción con vistas a un cambio de ciudadanía; y que si alguien se hacía ciudadano romano por este procedimiento, que no adquiriese tal condición. Consiguieron del senado estas demandas.

Después fueron asignadas a los cónsules por decreto las 9
provincias que estaban en guerra, Cerdeña e Histria. Para 2
Cerdeña se ordenó el reclutamiento de dos legiones de cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes cada una, y de doce mil aliados y latinos de infantería y seiscientos de caballería, así como diez quinquerremes si el cónsul quería sacarlas de los varaderos. Para Histria se decretó el mismo 3
contingente de infantería y de caballería que para Cerdeña. También recibieron instrucciones los cónsules para enviar a Hispania a Marco Titinio una legión con trescientos jinetes, y cinco mil aliados de infantería y doscientos cincuenta de caballería. Antes de que los cónsules sortearan sus provincias 4
se anunciaron prodigios: en territorio crustumino había caído 5
del cielo una piedra sobre el bosque sagrado de Marte; en territorio romano había nacido un niño con el cuerpo mutilado, y había sido vista una serpiente con cuatro patas; en Capua habían sido alcanzados por el rayo muchos edificios del foro, y en Putéolos habían ardido dos naves por la caída de rayos. Mientras llegaban estas noticias, en la propia 6
Roma, en pleno día, fue perseguido un lobo que había entrado por la puerta Colina y se escapó por la puerta Esquilina seguido por un gran tropel de gente. Con motivo 7
de estos prodigios los cónsules sacrificaron víctimas adultas y se celebró un día de rogativas en todos los altares. Una vez 8
celebrados ritualmente los sacrificios, sortearon las provincias, correspondiendo Histria a Claudio y Cerdeña a Sempronio.

9 Después, en virtud de un decreto del senado, Gayo Claudio
presentó una ley referente a los aliados y promulgó un
edicto a tenor del cual los aliados de derecho latino que
hubieran sido censados, ellos o sus ascendientes, entre los
aliados de derecho latino durante la censura de Marco Clau-
dio y Tito Quincio[24] o posteriormente, deberían retornar
10 cada cual a su ciudad antes del día primero de noviembre. El
pretor Lucio Mumio quedó encargado, por decreto, de in-
vestigar a los que, encontrándose en esas circunstancias, no
lo hiciesen así. A la ley y al edicto del cónsul se añadió un
11 senadoconsulto según el cual si ante quien entonces o en el
futuro fuese dictador, cónsul, interrey, censor o pretor en
ejercicio, se reivindicaba la libertad de alguien que iba a ser
manumitido, quien efectuaba la manumisión juraría que no
lo hacía con vistas a un cambio de ciudadanía; quedó decidido
que no se llevaría a efecto una manumisión de alguien a
12 propósito del cual no se prestase dicho juramento. Éstas
fueron las medidas cautelares adoptadas para el futuro, y
siendo instados por un edicto del cónsul Gayo Claudio ...[25]
fue asignada a Claudio.

Fin de la guerra en Histria. Liguria. Prodigios. Triunfo

10 Mientras ocurría esto en Roma, los cónsules del año anterior, Marco Junio y Aulo Manlio, después de pasar el invierno en Aquilea entraron con sus ejércitos en el territorio de los histros a principios de la
2 primavera. Cuando estaban devastándolo en un amplio es-

[24] Marco Claudio Marcelo (tribuno militar en 208, pretor en 198 y cónsul en 196) y Tito Quincio Flaminino (el vencedor de Cinoscéfalas) habían sido censores en 189.

[25] La traducción correspondiente a la reconstrucción del texto debida a Madvig sería: «... a volver a sus ciudades; la investigación acerca de quienes no lo hiciesen así...».

pacio, el dolor y la indignación al ver que eran depredadas sus posesiones, más que la seguridad de contar con fuerzas suficientes para hacer frente a los dos ejércitos, hicieron
3 reaccionar a los histros. Con los jóvenes que acudieron de todos sus pueblos se reunió un improvisado ejército de emergencia que combatió lanzando un primer ataque más
4 impetuoso que sostenido. Cerca de cuatro mil de ellos fueron muertos en el campo de batalla; los demás, abandonando la contienda, huyeron en todas direcciones hacia sus ciudades. Desde allí enviaron al campamento romano primeramente comisionados para pedir la paz y después los rehenes que les
5 fueron exigidos. Cuando en Roma se tuvo conocimiento de estos hechos por una carta de los procónsules, el cónsul Gayo Claudio, temiendo que estos acontecimientos lo dejaran sin provincia y sin ejército, salió de noche, sin pronunciar los votos, sin los lictores en uniforme de campaña, sin informar a nadie más que a su colega, y se fue precipitadamente a su provincia; y allí su forma de actuar fue más
6 irreflexiva aún que su llegada. En efecto, después de convocar asamblea de soldados, echó en cara a Aulo Manlio su huida del campamento mientras los soldados lo escuchaban con hostilidad porque precisamente ellos habían sido los primeros en huir, cubrió de duros reproches a Marco Junio por haberse hecho cómplice del deshonor de su colega, y por último ordenó que abandonasen la provincia tanto uno
7 como otro. A esto replicaron ellos que obedecerían la orden del cónsul cuando éste, de acuerdo con la costumbre de los antepasados, saliese de Roma con sus lictores revestidos con el uniforme de campaña y después de pronunciar los votos
8 en el Capitolio. Entonces él, fuera de sí de cólera, llamó al que hacía las funciones de cuestor de Manlio y le pidió unas cadenas, amenazando con enviar a Junio y a Manlio a
9 Roma encadenados. También aquél hizo caso omiso de la

orden del cónsul; además, los soldados, colocándose a su alrededor, manifestando su apoyo a la causa de sus generales y su hostilidad al cónsul, les daban mayores ánimos para
10 desobedecer. Finalmente, harto de las ofensas individuales y las burlas colectivas —pues encima se reían de él— regresó
11 a Aquilea en la misma nave en la que había venido. Desde allí escribió a su colega para que mediante un edicto ordenase la concentración en Aquilea del contingente de nuevos soldados reclutados para la provincia de Histria, y así nada lo retendría en Roma impidiéndole salir de la ciudad en uni-
12 forme militar una vez pronunciados los votos. Su colega cumplió con toda deferencia estas instrucciones, y se fijó la
13 concentración para una fecha próxima. Casi detrás de la carta llegó Claudio. Después de celebrar a su llegada una asamblea dedicada a Manlio y Junio, sin demorarse en Roma más de tres días, con sus lictores en uniforme de campaña y tras pronunciar los votos en el Capitolio, partió hacia su provincia con la misma celeridad y precipitación que la vez anterior.

11 Pocos días antes, Junio y Manlio habían comenzado un durísimo asedio a la plaza de Nasatio[26], en la que se habían refugiado los jefes de los histros y el propio régulo Epulón.
2 Claudio condujo allí a las legiones nuevas, licenciando previamente al ejército veterano junto con sus jefes; dirigió personalmente el cerco de la plaza, disponiéndose a atacarla
3 con manteletes, y desvió el río que discurría a lo largo de las murallas y constituía un obstáculo para los atacantes mientras que a los histros les facilitaba el abastecimiento de agua, haciéndolo derivar por un nuevo cauce tras muchos días de
4 trabajo. Este prodigio que les cortaba el agua aterrorizó a los bárbaros, pero ni siquiera entonces pensaron en la

[26] En Histria, al nordeste de Pola. Hoy Visazzi.

paz; se dedicaron a dar muerte a sus mujeres e hijos, y además, para que tan horrible acción sirviera de espectáculo al enemigo, los arrojaban desde las murallas después de
degollarlos a la vista de todos. En medio de los lamentos de 5
las mujeres y los niños simultaneados en la horrible carnicería, los soldados franquearon la muralla y penetraron en la
plaza. Cuando el rey, por los gritos de espanto de los fugiti- 6
vos, se dio cuenta de que ésta estaba tomada, se atravesó el pecho con la espada para que no lo cogieran vivo; los demás
fueron capturados o muertos. A continuación se tomaron 7
por asalto dos plazas, Mútila y Faveria[27]. El botín fue 8
mayor de lo que cabía esperar tratándose de un pueblo sin muchos recursos, y fue entregado a los soldados en su totalidad. Cinco mil seiscientos treinta y dos prisioneros fueron vendidos como esclavos. Los promotores de la guerra
fueron azotados con las varas y decapitados. Toda Histria 9
quedó pacificada con la destrucción de las tres plazas y la muerte del rey, y todos los pueblos, en todas partes, entregaron rehenes y se sometieron.

Nada más finalizar la guerra de Histria comenzaron los 10
lígures a celebrar reuniones con vistas a una guerra.

El procónsul Tiberio Claudio, que el año precedente había 12
sido pretor, tenía el mando en Pisa con una guarnición de
una sola legión. El senado, informado por una carta suya, 2
decide remitir esta misma carta a Gayo Claudio —pues el
otro cónsul se había trasladado ya a Cerdeña— adjuntando 3
el decreto de que, si lo tiene a bien, traslade a su ejército al territorio de los lígures, ya que su misión en Histria está
cumplida. Al mismo tiempo, a tenor de la carta que el cónsul 4
había remitido informando de las operaciones llevadas a cabo en Histria, se decretaron dos días de acción de gracias.

[27] Sin identificar.

También el otro cónsul, Tiberio Sempronio, desarrolló en
5 Cerdeña una campaña coronada por el éxito. Penetró con su
ejército en el territorio de los sardos ilienses. A los ilienses
les habían llegado importantes refuerzos de los bálaros;
contra los dos pueblos libró una batalla campal. Los enemigos
fueron derrotados, puestos en fuga y despojados del campa-
6 mento, siendo muertos doce mil hombres armados. Al
día siguiente el cónsul dio orden de apilar en un montón las
armas recogidas y las quemó como ofrenda votiva a Vulcano.
7 Llevó al ejército victorioso de vuelta a los cuarteles de
invierno de las ciudades aliadas. Por su parte, Gayo Claudio,
cuando recibió la carta de Tiberio Claudio y el decreto del
8 senado, trasladó sus legiones de Histria a Liguria. Los ene-
migos habían avanzado por la llanura y tenían su campa-
mento junto al río Escultena[28]. Allí se combatió en batalla
campal contra ellos. Fueron muertos quince mil y cayeron
prisioneros más de setecientos durante la batalla o en el
campamento —pues también éste fue tomado al asalto—, y
9 se capturaron cincuenta y una enseñas militares. Los lígures
supervivientes a la matanza se refugiaron en las montañas, y
el cónsul no encontró en ninguna parte resistencia armada
alguna al saquear las tierras del llano en todas direcciones.
10 Claudio, vencedor de dos pueblos en un solo año, regresó a
Roma habiendo pacificado dos provincias durante su con-
sulado, cosa que rara vez había hecho algún otro.

13 Prodigios anunciados aquel año: en territorio crustumino,
un ave, la que llaman «sancual»[29], había deshecho una piedra
2 sagrada con el pico; en Campania había hablado una vaca;
en Siracusa, un toro bravo que se había separado de la
manada, había cubierto a una vaca de bronce derramando

[28] El Panaro, afluente del Po.

[29] Ave, identificada por Festo con el quebrantahuesos, consagrada al dios itálico Sanco.

sobre ella su semen. En territorio crustumino se celebró un 3 día de rogativas en el lugar del prodigio; en Campania, la vaca fue entregada para su alimentación a expensas del Estado, y el prodigio de Siracusa fue expiado una vez que los arúspices determinaron a qué dioses se harían las rogativas.

Aquel año falleció el pontífice Marco Claudio Marcelo, 4 que había sido cónsul y censor; lo sustituyó en el pontificado su hijo Marco Marcelo[30]. También aquel año se fundó en Luna[31] una colonia de dos mil ciudadanos romanos. La fun- 5 daron los triúnviros Publio Elio, Marco Emilio Lépido y Gneo Sicinio[32]; se asignaron a cada colono cincuenta y una yugadas y media de tierra. Este territorio había sido arrebatado a los lígures, y antes que a éstos había pertenecido a los etruscos.

Llegó a Roma el cónsul Gayo Claudio. Dio cuenta en el 6 senado de las operaciones llevadas a cabo con éxito en Histria, solicitó el triunfo y éste le fue concedido. Ocupaba 7 aún el cargo cuando triunfó sobre los dos pueblos al mismo tiempo. Aportó en dicho triunfo trescientos siete mil denarios y ochenta y cinco mil setecientos dos victoriados[33]. A cada soldado le fueron entregados quince denarios, a los centuriones el doble y a los jinetes el triple. A los aliados se les 8 entregó la mitad menos que a los ciudadanos, de ahí que desfilaran en silencio detrás del carro triunfal, para dejar patente su malestar.

[30] Marco Claudio Marcelo, que sería tribuno de la plebe en 171, pretor (con mando en Hispania) en 169, y cónsul en 166, 155 y 151.

[31] Ciudad fronteriza y puerto. Cf. XXXIV 8, 4.

[32] Edil curul en 193, pretor en 191, cónsul en 187 y 175. Sicinio había sido edil plebeyo en 185 y pretor en 183, y sería de nuevo pretor en 172.

[33] Moneda de plata, de valor inferior a un denario, en la que había una representación de la Victoria.

Elecciones. Asignación de provincias

14 Mientras se celebraba este triunfo sobre los lígures, éstos, al percatarse de que no sólo había sido llevado a Roma el ejército
2 del cónsul sino que además Tiberio Claudio había licenciado a su legión en Pisa, libres de temores movilizaron en secreto un ejército, bajaron al llano después de cruzar las montañas por caminos transversales, devastaron el territorio de Mútina y tomaron la propia
3 colonia en un asalto por sorpresa. Cuando se supo en Roma esta noticia, el senado dispuso que el cónsul Gayo Claudio convocara cuanto antes los comicios y que, una vez proclamados los magistrados del año siguiente, regresara a su
4 provincia y arrebatara la colonia a los enemigos. Así, tal como el senado había decidido, se celebraron los comicios. Resultaron elegidos cónsules[34] Gneo Cornelio Escipión Hís-
5 palo y Quinto Petilio Espurino. Después fueron elegidos pretores Marco Popilio Lenate[35], Publio Licinio Craso[36], Marco Cornelio Escipión[37], Lucio Papirio Masón, Marco
6 Aburio y Lucio Aquilio Galo. Al cónsul Gayo Claudio le fueron prorrogados por un año el mando y la provincia de la Galia; y, en prevención de que los histros hicieran lo mismo que los lígures, se dispuso que enviase a Histria a los aliados de derecho latino que había sacado de la provincia con motivo del triunfo.

7 Cuando los cónsules Gneo Cornelio y Quinto Petilio, al día siguiente de tomar posesión de su cargo, sacrificaron, como es habitual, un buey a Júpiter cada uno de ellos, en la víctima que inmoló Quinto Petilio no se encontró la protu-

[34] Para el año 176.

[35] Sería cónsul en 173 y censor en 159.

[36] Sería cónsul en 171.

[37] Maluginense.

berancia del hígado. Cuando informó de ello al senado recibió orden de sacrificar bueyes hasta obtener un presagio favorable. Consultado luego el senado acerca de las provin- 8
cias, asignó por decreto a los cónsules Pisa y Liguria como provincias, y dispuso que aquel a quien hubiese correspondido 9
la provincia de Pisa volviese para los comicios cuando llegase el momento de elegir magistrados. El decreto disponía ade- 10
más que cada uno de ellos alistase dos nuevas legiones y trescientos jinetes y exigiese a los aliados y latinos diez mil infantes y seiscientos jinetes. A Tiberio Claudio le fue pro- 11
rrogado el mando hasta el momento de la llegada del cónsul a la provincia.

Mientras se debatían estas cuestiones en el senado, Gneo 15
Cornelio, llamado por un ujier, salió del recinto y volvió poco después, demudado el semblante, explicando a los padres conscriptos que el hígado de un buey *sescenario*[38] que había sacrificado estaba deshecho. Como no había dado 2
mucho crédito al victimario que se lo había comunicado, él mismo había mandado vaciar el agua del recipiente donde se hervían las vísceras y había comprobado que, mientras el resto de las vísceras estaba intacto, el hígado estaba completamente descompuesto por una inexplicable putrefacción. La 3
inquietud de los senadores, aterrados por aquel prodigio, se vio además avivada cuando el otro cónsul dijo que no había obtenido presagios favorables después de sacrificar tres bueyes, porque a todos les faltaba la protuberancia del hígado. El senado dispuso que continuasen los sacrificios de víctimas 4
adultas hasta obtener un resultado favorable. Según cuentan, se obtuvieron presagios favorables de todos los dioses, pero Petilio no lo obtuvo de la Salud. Después sortearon las

[38] Es la única ocasión en que aparece este término, cuyo significado se desconoce, aunque se suele relacionar con el ritual del culto.

5 provincias los cónsules y los pretores. A Gneo Cornelio le
tocó en suerte Pisa, y a Petilio los lígures. En cuanto a los
pretores, a Lucio Papirio Masón le tocó la pretura urbana y
a Marco Aburio la peregrina, a Marco Cornelio Escipión
Maluginense la Hispania ulterior, y Sicilia a Lucio Aquilio
6 Galo. Dos de ellos pidieron no ir a sus provincias: Marco
Popilio a Cerdeña, basándose en que estaba Graco pacifi-
cando esta provincia y el senado le había asignado al pretor
7 Tito Ebucio como colaborador, pues no era en absoluto
conveniente interrumpir la marcha de unas operaciones en
8 cuyo desarrollo es muy eficaz precisamente la continuidad,
ya que mientras dura el traspaso de poderes y la bisoñez del
sucesor, obligado a entrar en conocimiento de las situaciones
antes de actuar, a menudo se pierden oportunidades de
llevar a buen fin las empresas. Se dieron por buenas las
9 razones aducidas por Popilio. Y Publio Licinio alegaba
como excusa que su obligación de hacer los sacrificios so-
lemnes le impedía marchar a la provincia; le había corres-
10 pondido la Hispania citerior. Pero se le dio orden de partir
o bien jurar ante la asamblea que se lo impedía un sacrificio
solemne. Cuando se adoptó esta decisión en el caso de
Publio Licinio, Marco Cornelio pidió que también a él se le
permitiera prestar juramento para no ir a la Hispania ulterior.
11 Los dos pretores prestaron juramento utilizando la misma
fórmula. Los procónsules Marco Titinio y Tito Fonteyo
recibieron instrucciones de permanecer en Hispania con los
mismos derechos de mando, y se dispuso que se les enviaría
un refuerzo de tres mil ciudadanos romanos y doscientos
jinetes, así como cinco mil aliados de derecho latino y tres-
cientos jinetes.

Muerte de un cónsul. Mútina. Cerdeña. Liguria. Muerte del otro cónsul

16 El día cinco de mayo se celebraron las Ferias Latinas; durante éstas surgieron escrúpulos religiosos porque el magistrado de Lanuvio, al sacrificar una víctima, no había orado por el pueblo romano de los Quirites. Informado de ello el senado re- 2
mitió el asunto al colegio pontifical, y los pontífices decidieron que se repitiesen las Ferias Latinas porque no se habían celebrado en la forma debida, y que los lanuvinos, ya que había que repetirlas por causa suya, aportasen las víctimas.
A los escrúpulos religiosos se había sumado la circunstancia 3
de que el cónsul Cornelio se cayó cuando volvía del monte Albano, sufrió una parálisis parcial, se trasladó por ello a las Aguas de Cumas[39], la enfermedad se agravó y falleció en
Cumas. Pero se trasladaron de allí a Roma sus restos mortales, 4
se le hizo un espléndido funeral y recibió sepultura. También 5
había sido pontífice[40]. El cónsul Quinto Petilio recibió orden de celebrar los comicios para la elección del colega sustituto en cuanto lo permitieran los auspicios y de fijar la fecha de las Ferias Latinas; señaló para los comicios la fecha del tres
de agosto, y para las Ferias Latinas el once del mismo mes. 6
Embargados como estaban los ánimos por los temores religiosos, llegaron también noticias de prodigios: en Túsculo se había visto un cometa en el cielo; en Gabios el templo de Apolo y numerosos edificios privados y en Graviscas[41] la muralla y una puerta habían sido alcanzados por el rayo. Los senadores dispusieron que se expiasen estos prodigios de acuerdo con el dictamen de los pontífices.

[39] En el término de Bayas, a menos de 8 kilómetros de Cumas.

[40] Desde 198 (cf. XXXII 7, 15).

[41] En las proximidades de la actual Civitavecchia. Cf. XL 29, 1.

7 Mientras los cónsules eran retenidos primero por las
cuestiones religiosas y después uno de ellos por la muerte del
otro y por los comicios y la repetición de las Ferias Latinas,
Gayo Claudio se acercó con su ejército a Mútina, tomada
8 por los lígures el año anterior. Antes de que hubieran trans-
currido tres días desde que había comenzado el asedio se la
quitó de nuevo al enemigo y la devolvió a los colonos. Ocho
mil fueron los lígures muertos allí, dentro de las murallas.
9 Inmediatamente escribió a Roma una carta, en la que no se
limitaba a exponer los hechos sino que, además, se mostraba
ufano de que, gracias a su valor y a su buena estrella, no
quedaba ya ningún enemigo del pueblo romano a este lado
de los Alpes y se había conquistado una buena porción de
territorio que podía ser distribuido en lotes individuales
entre muchos miles de personas.

17 También por la misma época, en Cerdeña, Tiberio Sem-
pronio sometió definitivamente a los sardos tras una serie de
2 combates favorables. Fueron muertos quince mil enemigos,
y reducidos a obediencia todos los pueblos sardos que se
habían rebelado. A los que habían sido estipendiarios se les
impuso y cobró un impuesto doble; los demás contribuyeron
3 con trigo. Pacificada la provincia y recibidos de toda la isla
doscientos treinta rehenes, se enviaron delegados a Roma
para llevar estas noticias y para solicitar del senado que por
los éxitos obtenidos bajo la dirección y los auspicios de
Tiberio Sempronio se tributaran honores a los dioses inmor-
tales y se le permitiera a éste llevar consigo al ejército
4 cuando dejara la provincia. Tras escuchar las palabras de los
delegados en el templo de Apolo, el senado decretó dos días
de acción de gracias y dispuso que los cónsules sacrificaran
cuarenta víctimas adultas y que el procónsul Tiberio Sem-
pronio y su ejército permanecieran aquel año en la provin-
cia.

Luego, los comicios para cubrir la baja de uno de los 5
cónsules, convocados para el día tres de agosto, finalizaron
ese mismo día. El cónsul Quinto Petilio proclamó colega a 6
Gayo Valerio Levino, que debía ocupar el cargo inmediatamente. Como hacía ya tiempo que tenía ganas de una provincia, cuando, muy a propósito para sus deseos, llegó una carta informando de que los lígures se habían rebelado, el día cinco de agosto, revestido con el uniforme de campaña...[42]. Tras la lectura de la carta, el senado, debido a aquella sublevación, ordenó que la tercera legión marchara a la Galia a ponerse a las órdenes del procónsul Gayo
Claudio y que los duúnviros navales se dirigieran a Pisa con 7
la flota para bordear la costa de Liguria y provocar el
pánico también desde el mar. También era en Pisa donde 8
debía concentrarse el ejército en la fecha señalada por el
cónsul Quinto Petilio. Además, el procónsul Gayo Claudio, 9
al enterarse de la sublevación de los lígures, reclutó a toda prisa otras tropas aparte de las que tenía a sus órdenes en Parma y trasladó su ejército a las fronteras de los lígures.

A la llegada de Gayo Claudio, los enemigos, recordando 18
que este general los había vencido y puesto en fuga hacía poco a orillas del río Escultena, con la intención de protegerse con las defensas naturales más que con las armas frente a unas fuerzas de las que tenían una nada afortunada experiencia, ocuparon dos montes, el Leto y el Bálista[43], rodeán-
dolos además con un muro. Los que se demoraron en aban- 2
donar los campos fueron sorprendidos, pereciendo en torno
a los mil quinientos; los demás se mantenían en las montañas 3

[42] La traducción de la propuesta de Vahlen para la laguna del texto sería: «marchó a la provincia y envió al senado una carta referente a las operaciones que había llevado a cabo».

[43] No identificados.

y, sin olvidar su natural fiereza a pesar del pánico, desfogan sus iras en el botín tomado en Mútina. Matan a los prisioneros después de atroces mutilaciones, degüellan a mansalva el ganado en los santuarios, más que sacrificarlo ritualmente.
4 Hartos de matar seres vivos, estrellan contra las paredes objetos sin vida, los vasos de todas clases, hechos más para ser utilizados que para ser contemplados como objetos decora-
5 tivos. El cónsul Quinto Petilio, temiendo que se librara en su ausencia el combate decisivo, remitió una carta a Gayo Claudio para que fuera a reunirse con él a la Galia con su
6 ejército, pues él lo esperaría en los Campos Macros[44]. Recibida la carta, Claudio levantó el campamento del territorio lígur y fue a entregar su ejército al cónsul cerca de los Campos Macros. Pocos días más tarde llegó también allí el
7 otro cónsul, Gayo Valerio. Allí dividieron las tropas y antes de separarse purificaron sus ejércitos los dos en común. Luego, como no querían atacar los dos por el mismo lado al enemigo, decidieron por sorteo qué dirección tomaría cada
8 uno. En el caso de Valerio no había duda de que el sorteo, efectuado en el espacio consagrado, había sido conforme con los auspicios; en el caso de Petilio, los augures declararon más tarde que había habido una irregularidad porque, aunque la suerte había sido echada dentro de la urna en el espacio consagrado, él había permanecido fuera del mismo, siendo
9 así que debía haber entrado también en dicho espacio[45]. De allí marcharon en direcciones opuestas. Petilio estuvo acampado frente a la cadena montañosa que une los montes
10 Balista y Leto con una dorsal ininterrumpida. Allí, cuando

[44] En el territorio de Módena, en las cercanías de la actual localidad de Magerta.

[45] Traducimos siguiendo la propuesta de Madvig: *sorte in sitella in templum illata foris ipse <mansisset, cum templum ingredi et ipsum> oporteret.*

estaba ante la asamblea arengando a los soldados, cuentan que vaticinó que aquel mismo día tomaría el Leto, sin caer en la cuenta de la ambivalencia de la expresión[46]. Comenzó 11
la escalada a los montes de enfrente por dos sitios a la vez. La columna en la que él se encontraba avanzaba con rapidez. Al ser rechazada la otra por el enemigo, el cónsul, para restablecer la comprometida situación, cabalgó hacia allí y consiguió, por cierto, detener la huida de los suyos, pero él cayó atravesado por un arma arrojadiza cuando evolucionaba imprudentemente delante de las enseñas. Los enemigos 12
no se dieron cuenta de la muerte del general, y los pocos de los suyos que lo habían visto caer se dieron prisa en ocultar su cuerpo, sabedores como eran de que la victoria dependía de ello. Los demás efectivos de infantería y caballería des- 13
alojaron a los enemigos y tomaron los montes sin tener general. Fueron muertos en torno a los cinco mil lígures; en el ejército romano fueron cincuenta y dos los caídos. Aparte 14
de ser lo ocurrido el resultado más que previsible de un presagio funesto, también se oyó decir al *pulario*[47] que se había producido una irregularidad en la toma de los auspicios y que el cónsul no lo ignoraba. Gayo Valerio, enterado de la ...[48]. 15

Los expertos en asuntos religiosos y en derecho público 16
sostenían que al haber muerto los dos cónsules ordinarios de aquel año, el uno de enfermedad y el otro en combate, el cónsul sustituto no podía convocar regularmente los comicios...

[46] *Letum* significa «muerte».

[47] La persona que estaba encargada de los pollos sagrados.

[48] Se perdió parte del códice, casi un cuaternión. Allí debían de figurar, entre otros datos, la relación de magistrados elegidos para el 175, año en que fueron cónsules Publio Mucio Escévola y Marco Emilio Lépido, y la asignación de mandos y ejércitos.

Operaciones en Liguria. Bastarnas y dárdanos

19 ... la fundó ... A este lado del Apenino habían estado asentados los gárulos, los lapicinos y los hergates, y al otro lado del Apenino, más acá del río Audena[49], los friniates. Publio Mucio[50] guerreó contra los que habían saqueado Luna y Pisa y los desarmó después de
2 reducirlos a todos a obediencia. Por estas operaciones llevadas a cabo en la Galia y en Liguria bajo el mando y los auspicios de los dos cónsules, el senado decretó tres días de plegarias públicas y dispuso que se sacrificasen cuarenta víctimas.
3 Y así, la sublevación de los galos y los lígures que había estallado a principios de aquel año, había quedado sofocada
4 en poco tiempo y sin demasiados esfuerzos; iba ya pasando a primer plano la preocupación por la guerra con Macedonia, ya que Perseo estaba creando conflictos entre los dárdanos y los bastarnas[51]. Por otra parte, los legados enviados a Macedonia para examinar la situación habían regresado ya
5 a Roma informando de que había guerra en Dardania. Al mismo tiempo habían venido también portavoces del rey Perseo a explicar que éste no había llamado a los bastarnas
6 ni era responsable de nada de lo que estaban haciendo. El senado ni exculpó al rey de aquella responsabilidad ni se la imputó; se limitó a disponer que se le advirtiera para que pusiera buen cuidado en dejar claro que respetaba religiosa-
7 mente el tratado que había entre él y los romanos. Los dárdanos, en vista de que los bastarnas, lejos de salir de sus fronteras como ellos esperaban, cada día que pasaba representaban una amenaza mayor, confiados en el apoyo de las

[49] Desconocidos tanto los pueblos como el río (que podría ser un afluente del Magra).

[50] Había sido pretor en 179. Según los Fastos Triunfales, se le concedió el triunfo sobre los lígures.

[51] Véase XL 5, 10 y capítulos 57 y 58.

tropas auxiliares de sus vecinos los tracios y los escordiscos[52], pensaron que había que tener un arranque de audacia, por aventurado que fuese, y de todas partes fueron a reunirse, armados, en la ciudad que estaba más próxima al campamento de los bastarnas. Era invierno, y habían elegido esta 8
época del año a la espera de que los tracios y los escordiscos marcharan a sus territorios. Enterados de que así había ocurrido y que estaban ya solos los bastarnas, dividieron sus fuerzas en dos columnas, una de las cuales marcharía en línea recta para lanzar un ataque abierto y la otra atacaría por detrás después de dar un rodeo por un desfiladero 9
apartado. Pero se libró la batalla antes de que éstos pudieran rodear el campamento enemigo, y los dárdanos, vencidos, fueron rechazados a su ciudad, situada a unas doce millas del campamento de los bastarnas. Los vencedores, saliendo 10
inmediatamente en su persecución, cercan la ciudad plenamente convencidos de que al día siguiente los enemigos se rendirían por miedo o ellos tomarían la ciudad por asalto. 11
Entretanto, la otra columna de los dárdanos que, ignorante del desastre de los suyos, había rodeado el campamento de los bastarnas desguarnecido de defensores ...[53].

Retrato de Antíoco Epífanes

... según la costumbre romana, colo- 20
cando una silla de marfil administraba justicia y resolvía los litigios sobre las cuestiones más insignificantes[54]. Su carácter, 2
pasando de uno a otro por todos los estilos de vida, estaba tan lejos de enmarcarse en ningún nivel

[52] Véase XL 57, 7.

[53] Hay una laguna en el texto, en la cual, a juzgar por OROSIO, *Historias* IV 20, 34, se narraba el final de los bastarnas, hundidos en el Danubio al quebrarse a su paso la capa de hielo de la superficie.

[54] Se está refiriendo a Antíoco IV Epífanes, recién ascendido al trono de Siria, que ocupó de 175 a 163.

social, que ni él mismo ni los demás sabían muy bien qué
3 clase de persona era. No dirigía la palabra a los amigos, son-
reía con confianza a personas casi desconocidas, se burlaba
de sí mismo y de los demás con una generosidad inconse-
cuente; a algunas personas de elevada posición, con un alto
grado de autoestima, les hacía regalos pueriles, como golo-
sinas o juguetes, y a otras que no esperaban nada las hacía
4 ricas. Y así, algunos tenían la impresión de que no sabía lo
que quería; unos sostenían que simplemente se divertía, y
5 otros que sin lugar a dudas estaba loco. No obstante, mos-
traba un talante verdaderamente propio de un rey en dos
aspectos importantes y honorables: en las concesiones a las
6 ciudades y en el culto a los dioses. A los megalopolitanos
de Arcadia les prometió que levantaría una muralla en torno
a su ciudad, y les dio la mayor parte del dinero; en Tegea[55]
comenzó la construcción de un magnífico teatro de mármol;
7 en Cícico proporcionó una vajilla de oro para el servicio de
una mesa en el Pritaneo —se trata del santuario de la ciudad
donde comen a expensas públicas aquellos a quienes les ha
sido concedido ese privilegio—. A los rodios les hizo toda
clase de obsequios, a tenor de lo que requerían sus necesida-
8 des, aunque ninguno de ellos sobresaliente. Y en cuanto a su
esplendidez para con los dioses, baste como ejemplo el
templo de Júpiter Olímpico de Atenas, el único en el mundo
9 concebido de acuerdo con la grandeza del dios; pero también
ornamentó Delos con altares notables y con estatuas en
abundancia; y el magnífico templo de Júpiter Capitolino de
Antioquía, con su techo de oro y con sus paredes enteramente
revestidas de láminas de oro, y tantas otras obras que había
prometido en otros sitios y que no pudo rematar debido a

[55] Cf. XXXVIII 34, 5. Es la antigua ciudad, vieja rival de Esparta, del sureste de Arcadia.

que su reinado fue de muy corta duración. También superó 10
a los reyes precedentes en la magnificencia de espectáculos de todas clases, abundando los artistas griegos y los demás de tradición autóctona. Ofreció exhibiciones de gladiadores 11
al uso romano, con más miedo que disfrute, al principio, por parte de un público no habituado a semejante espectáculo; pero luego, repitiéndolos con bastante frecuencia, unas veces 12
hasta la primera herida y otras sin perdonar la vida, convirtió en familiar y placentero este espectáculo y despertó la pasión por las armas en buena parte de la juventud. Y así, mientras 13
que al principio solía traer de Roma gladiadores conseguidos a un elevado precio, ahora, con su ...[56].

Roma: provincias, epidemia, prodigios

... Lucio Cornelio Escipión[57] la pretura 21
peregrina. Al pretor Marco Atilio le había correspondido en suerte la provincia de Cerdeña, pero recibió orden de pasar a 2
Córcega con la nueva legión de cinco mil infantes y trescientos jinetes que habían reclutado los cónsules. Se le prorrogó el mando a Cornelio[58] para que gobernara Cerdeña mientras él hacía allí la guerra. A Gneo Servilio 3
Cepión[59] para la Hispania ulterior y a Publio Furio Filo para la citerior les fueron asignados tres mil infantes romanos y ciento cincuenta jinetes, y cinco mil infantes aliados de derecho latino y trescientos jinetes; a Lucio Claudio le fue

[56] Laguna, en la que se daría cuenta de los magistrados elegidos para el año 174: los cónsules Espurio Postumio Albino y Quinto Mucio Escévola y los pretores que se mencionan a continuación, además de Gayo Casio Longino.

[57] Lucio Cornelio Escipión (reconstrucción de C. Sigonio): el hijo del Africano.

[58] Probablemente Servio Cornelio Sula, pretor en 175.

[59] Había sido edil curul en 179 y sería cónsul en 169.

4 asignada Sicilia sin tropas suplementarias. Por otra parte, los
cónsules recibieron instrucciones de reclutar dos legiones
con los efectivos reglamentarios de infantería y caballería, y
de recabar de los aliados diez mil soldados de a pie y
5 seiscientos de a caballo. Las dificultades de los cónsules para
efectuar la leva se veían agravadas por la circunstancia de
que una peste que el año anterior se había cebado en el
ganado bovino, aquel año se había transformado en una
enfermedad de los hombres. Los que la contraían difícilmente
duraban más de siete días; los que sobrevivían se veían
afectados por secuelas de larga duración, especialmente la
6 fiebre cuartana. La mortandad era mayor entre los esclavos;
sus cadáveres insepultos se amontonaban en todas las calles.
Libitina[60] no daba abasto ni siquiera para los funerales de
7 los hombres libres. Los cadáveres, que ni los perros ni los
buitres tocaban, se descomponían por la putrefacción; era
un hecho comprobado, además, que no se había visto un
buitre por ninguna parte ni durante aquel año ni en el
anterior, a pesar de haber tantos cadáveres de bueyes y de
8 hombres. De entre los sacerdotes públicos murieron en aquella
peste el pontífice Gneo Servilio Cepión[61], padre del pretor,
el decénviro de los sacrificios Tiberio Sempronio Longo[62],
hijo de Tiberio, el augur Publio Elio Peto[63], Tiberio Sem-
pronio Graco, el curión máximo Gayo Mamilio Atelo[64], y el
9 pontífice Marco Sempronio Tuditano[65]. Como pontífice fue

---

[60] Divinidad de los muertos y de la muerte en cuyo santuario se alquilaba o compraba lo necesario para los funerales. El vocablo pasó después a significar el material de las pompas fúnebres.

[61] Había sido pretor en 205 y cónsul en 203.

[62] Tribuno de la plebe en 200, edil curul en 198, pretor en 196 y cónsul en 194.

[63] Edil plebeyo en 204, pretor en 203, cónsul en 201 y censor en 199.

[64] Edil plebeyo en 208 y pretor en 207.

[65] Tribuno de la plebe en 193, pretor en 189 y cónsul en 185.

elegido Gayo Sulpicio Galba ...[66] en sustitución de Tuditano. Como augures, Tito Veturio Graco Semproniano fue elegido para cubrir el puesto de Graco, y Quinto Elio Peto para sustituir a Publio Elio. Gayo Sempronio Longo fue elegido decénviro de los sacrificios, y Gayo Escribonio Curión, curión
máximo[67]. Como no terminaba la peste, el senado decretó 10
que los decénviros consultaran los Libros Sibilinos. De 11
acuerdo con su dictamen, hubo un día de rogativas, y el pueblo, repitiendo las palabras que iba pronunciando Quinto Marcio Filipo, prometió con voto en el foro que celebraría dos días de fiesta y una acción de gracia si la enfermedad y
la peste eran erradicadas del territorio romano. En territorio 12
de Veyos nació un niño con dos cabezas, en Sinuesa[68] otro con una sola mano, y en Áuximo[69] una niña con dientes; y en el foro romano se vio sobre el templo de Saturno un arco iris en pleno día estando el cielo sereno, y brillaron tres
soles, y en la misma noche se deslizaron por el cielo muchas 13
estrellas fugaces, y los lanuvinos y cérites aseguraban que había aparecido en su ciudad una serpiente con cresta, recubierta de manchas doradas, y estaba suficientemente comprobado que en territorio campano había hablado un buey.

El cinco de junio regresaron de África los embajadores 22
que habían ido a Cartago tras un encuentro previo con el rey Masinisa; por cierto, habían recibido una información bastante más segura del rey que de los propios cartagineses
acerca de lo que había acontecido en Cartago. Con todo, 2
aseguraron haber averiguado con certeza que habían llegado

[66] Breve laguna, donde constaría el nombre de uno de los dos pontífices sustitutos. Sulpicio Galba sería pretor en 171.

[67] Cargo al que se accedía por elección del pueblo, accesible a los plebeyos desde 209 (cf. XXVII 8, 2).

[68] Cf. X 21, 8.

[69] Osimo, en el Piceno, a ocho millas de la costa.

embajadores del rey Perseo y que el senado les había concedido audiencia por la noche en el templo de Esculapio. Que Cartago hubiera enviado embajadores a Macedonia, el rey lo había asegurado y los cartagineses lo habían negado con
3 poca convicción. El senado decidió enviar también embajadores a Macedonia. Fueron tres los enviados: Gayo Lelio[70], Marco Valerio Mesala[71] y Sexto Digicio[72].

Grecia y Macedonia: discursos ante la asamblea de la Liga Aquea. Conflictos en Grecia

4 Por aquella época, como algunos dólopes no obedecían y pretendían trasladar del rey a los romanos el arbitraje de las cuestiones en disputa, Perseo partió con su ejército y sometió a toda la nación a su
5 soberanía y jurisdicción. Luego, después de franquear los montes del Eta, debido a que le habían entrado algunos escrúpulos religiosos, subió hasta Delfos con la intención de consultar al oráculo. Su inesperada aparición en el centro de Grecia provocó no sólo vivo pánico en las ciudades de las cercanías sino el envío
6 precipitado de mensajeros a Asia, al rey Éumenes. Se detuvo en Delfos no más de tres días y después retornó a su reino atravesando la Acaya Ftiótide[73] y Tesalia sin causar daños
7 ni perjuicios a aquellos cuyo territorio atravesó. Y no se contentó con ganarse la voluntad de las ciudades por donde iba a pasar: despachó mensajeros o cartas pidiendo que se olvidaran ya los conflictos que habían tenido con su padre, pues no habían sido tan graves como para que no pudieran

[70] Ciudadano romano desde 202, amigo cercano de Escipión Africano, había sido edil plebeyo en 197, pretor en 196 y cónsul en 190.

[71] Edil curul en 195, pretor en 193 y cónsul en 188.

[72] Había sido pretor, con destino en la Hispania citerior, en 194.

[73] Llamada Ftiótide para distinguirla de la Acaya de la costa norte del Peloponeso, ésta estaba al sur de Tesalia.

y debieran finalizar con él; al menos en lo que a él concernía, 8
sus relaciones estaban enteramente intactas para sentar las
bases de una leal amistad. Buscaba el medio de reconciliarse
por encima de todo con los aqueos.

Eran los aqueos y la ciudad de Atenas los únicos de toda 23
Grecia que habían llegado a tal grado de irritación que no
dejaban entrar en su territorio a los macedonios. En conse- 2
cuencia, Macedonia era el lugar de acogida de los esclavos
que huían de Acaya, porque los aqueos, al haber vetado a
los macedonios el acceso a su territorio, no se atrevían a su
vez a cruzar las fronteras de su reino. Cuando Perseo cayó 3
en la cuenta de esto, los cogió a todos y ... una carta[74] ...
Pero ellos debían buscar la manera de que tal fuga de
esclavos no se produjera en adelante. Esta carta fue leída por 4
el pretor Jenarco, que andaba buscando una ocasión para
ganar méritos personales ante el rey, y la mayoría, especial-
mente los que en contra de lo que esperaban iban a recuperar
los esclavos perdidos, estimaron que estaba redactada en
tono mesurado y amistoso; entonces Calícrates[75], que era de 5
los que estaban convencidos de que la salvación de su pueblo
radicaba en respetar escrupulosamente el tratado de alianza
con los romanos, dijo: «A algunos les parece, aqueos, que se
trata de una cuestión trivial o de importancia menor; por mi 6
parte, pienso que es la más importante y grave de cuantas se
están debatiendo y sobre la que, además, en alguna medida
se ha decidido ya. Nosotros, en efecto, que habíamos prohi-
bido a los reyes de los macedonios y a los macedonios

[74] La adición de C. SIGONIO, *litteras <ad Acheos misit, quibus se seruos eorum qui ad se transfugerant, benigne remittere illis scripsit>* significaría: «envió una carta a los aqueos en la que les comunicó que de buen grado les devolvía los esclavos que se habían pasado a él».

[75] *Strategós* aqueo en 180/179.

mismos el acceso a nuestro territorio evitando[76] mediante
7 esa decisión, obviamente, admitir embajadores o emisarios de los reyes que podrían tentar la voluntad de algunos de nosotros, somos los mismos que estamos escuchando al rey que en cierto modo nos arenga sin estar presente, e incluso,
8 ¡válganme los dioses!, estamos aprobando sus palabras. Y mientras que los animales salvajes la mayoría de las veces desdeñan y rehúyen el cebo que se les pone para engañarlos, nosotros, ciegos, nos dejamos seducir por el señuelo de un favor insignificante, y ante la perspectiva de recuperar unos míseros esclavos de casi ningún valor, permitimos que nuestra
9 libertad sea socavada y amenazada. ¿Quién no ve, en efecto, que se intenta allanar el camino para una alianza con el rey con la que se violaría nuestro tratado de alianza con Roma, del cual depende todo nuestro futuro? A no ser que alguien ponga en duda que la guerra entre los romanos y Perseo es inevitable, que el desenlace que se esperaba en vida de Filipo y quedó en suspenso con su muerte se va a producir después
10 de la muerte de Filipo. Como sabéis, Filipo tuvo dos hijos, Demetrio y Perseo. Demetrio sacaba una gran ventaja por su ascendencia por parte de madre[77], por su valor, por sus dotes naturales, por su popularidad entre los macedonios.
11 Pero como Filipo había puesto su reino como premio al odio hacia los romanos, provocó la muerte de Demetrio por el único delito de haber estrechado amistad con Roma, y a Perseo, que sabía que asumiría la herencia de la guerra contra el pueblo romano antes casi que la del trono, lo hizo
12 rey. Por eso, ¿qué otra cosa hizo éste después de la muerte de su padre sino preparar la guerra? Primero, para amedren-

[76] Traducimos la propuesta textual de Madvig, *cauentes per id decretum*.

[77] Cf. XXXIX 53, 3.

tar a todos, metió en Dardania a los bastarnas, que, de haber seguido asentados allí, habrían sido para Grecia unos vecinos más peligrosos que los galos para Asia. Frustrada 13
esta esperanza, no por ello renunció a sus proyectos bélicos; es más, a decir verdad, ha comenzado ya la guerra. Sometió Dolopia por las armas sin escuchar su llamada a recurrir a la mediación del pueblo romano en las cuestiones controvertidas. Cruzando luego el Eta, subió a Delfos, para aparecer de repente en el ombligo mismo de Grecia. ¿Cuál os parece 14
que es el objetivo de esta elección de una ruta inusual? Después recorrió Tesalia, y el hecho de que no causara daños a ninguno de los que odiaba, más me hace temer una maniobra. Nos envió luego una carta con lo que parece un 15
regalo, y nos insta a pensar en la manera de no tener necesidad de este favor en el futuro, es decir, que anulemos el decreto que impide a los macedonios el acceso al Peloponeso, que veamos de nuevo a los embajadores del rey, las 16
relaciones de hospitalidad con sus dignatarios, y en breve a los ejércitos de los macedonios y también a él en persona pasando al Peloponeso desde Delfos —¿qué anchura tiene, en efecto, el estrecho que hay en medio?—, que nos mezclemos con los macedonios que se están armando contra los romanos. Yo opino que no se debe adoptar ninguna decisión 17
nueva, sino dejarlo todo como está, hasta que quede claro, sin lugar a dudas, si nuestros temores son imaginarios o tienen fundamento. Si la paz entre los romanos y los mace- 18
donios se mantiene intacta, tengamos también nosotros relaciones de amistad e intercambios; pensar ahora en esa cuestión parece prematuro y arriesgado».

Tras él habló Arcón[78], hermano del pretor Jenarco, en los 24
términos siguientes: «Difícil nos ha hecho Calícrates el uso

[78] *Strategós* en 187/186, 172/171 y 170/169.

de la palabra a mí y a todos los que estamos en desacuerdo
2 con él, pues al asumir él mismo la defensa de la alianza con
Roma diciendo que está siendo amenazada y atacada cuando
nadie la amenaza ni ataca, ha conseguido que parezca que
habla en contra de los romanos cualquiera que esté en
3 desacuerdo con él. En primer lugar, como si, en lugar de
haber estado aquí, viniese de la curia del pueblo romano o
estuviese al tanto de los secretos de los reyes, lo sabe todo y
4 hace públicas cosas que ocurrieron en secreto. Adivina incluso
lo que habría ocurrido de haber vivido Filipo, por qué
Perseo ha heredado el trono como lo ha heredado, qué
5 preparan los macedonios, qué piensan los romanos. Ahora
bien, nosotros, que no sabemos por qué motivo ni de qué
forma murió Demetrio, ni qué habría hecho Filipo de haber
estado vivo, debemos adaptar nuestros planes a lo que ocurre
6 a la vista. Y sabemos que Perseo, después de tomar posesión
del trono, fue reconocido como rey por el pueblo romano;
hemos oído que se presentaron embajadores romanos ante
7 el rey Perseo, y que fueron bien recibidos. Al menos yo, con-
sidero que todos estos hechos son signos de paz, no de
guerra, y que los romanos no pueden sentirse molestos si,
igual que los seguimos cuando hacían la guerra, también los
secundamos ahora que son partidarios de la paz. La verdad
es que no veo por qué vamos a ser nosotros los únicos en
8 hacer una guerra implacable al reino de los macedonios.
¿Porque Macedonia nos tiene muy a mano por la propia
proximidad? ¿O porque somos los más débiles de todos,
igual que los dólopes a los que sometió recientemente? Muy
al contrario, estamos seguros gracias tanto a nuestras fuerzas,
por la benevolencia de los dioses, como a la distancia geo-
9 gráfica. Aun suponiendo que estuviésemos tan amenazados
como los tesalios y los etolios, ¿no es acaso mayor nuestro
crédito y nuestro peso ante los romanos, dado que siempre

hemos sido sus aliados y amigos, que el de los etolios que
hasta hace poco fueron sus enemigos? Tengamos también 10
nosotros con los macedonios la misma relación jurídica que
tienen los etolios, los tesalios, los epirotas, Grecia entera, en
una palabra. ¿Por qué ser nosotros los únicos en mantener
esta especie de execrable ruptura de los derechos entre los
hombres? Aun en el caso de que Filipo haya hecho algo que 11
justificara que tomásemos esta decisión contra él cuando
estaba en armas y hacía la guerra, Perseo, un rey nuevo, que
no ha cometido ningún desafuero, que con su buen hacer
personal borra los enfrentamientos paternos, ¿qué ha hecho
para merecer que nosotros, los únicos entre todos, seamos
sus enemigos? Aparte de que podría añadir, además, que 12
fueron tan importantes los servicios prestados por los ante-
riores reyes de Macedonia que palían[79] las injusticias —si es
que alguna hubo— cometidas únicamente por Filipo, sobre
todo una vez que ha muerto. Recordaréis que cuando la flota 13
romana estaba fondeada en Céncreas y el cónsul se encon-
traba en Elacia, estuvimos tres días reunidos en asamblea
discutiendo si seguíamos a los romanos o a Filipo[80]. Dando 14
por supuesto que no influyó en absoluto en nuestras opiniones
el miedo a la presencia de los romanos, sin duda hubo algo
que hizo tan largas las deliberaciones; y ese algo era nuestra
antigua relación con los macedonios, los antiguos e impor-
tantes servicios que nos habían prestado sus reyes. Sirvan 15
también ahora esas mismas consideraciones no para distin-
guirnos como amigos, sino para no singularizarnos como
enemigos. No finjamos, Calícrates, que se está discutiendo
algo que no es objeto de discusión. Nadie es partidario de
suscribir una nueva alianza o un nuevo pacto con el que nos

[79] Traducimos la propuesta *eleuent; meministis* de Madvig.

[80] Acontecimientos narrados en los capítulos 19 y siguientes del libro XXXII.

16 atemos las manos sin más ni más; pero haya, simplemente, reciprocidad en conceder y exigir legalmente unos derechos, para evitar que, por prohibir el acceso a nuestro territorio, se nos impida también a nosotros el acceso a su reino, y para evitar que se permita a nuestros esclavos huir a ninguna
17 parte. ¿En qué contraviene esto los tratados con Roma? ¿Por qué convertir una cuestión clara y poco importante en algo
18 importante y sospechoso? ¿Por qué suscitar alarmas sin fundamento? ¿Por qué hacer a otros sospechosos y odiosos para tener nosotros ocasión de halagar a los romanos? En el caso de que haya guerra, ni siquiera Perseo pone en duda que nosotros apoyaremos a los romanos; en una situación de paz, si los odios no se terminan, queden al menos en
19 suspenso». Como estaban de acuerdo con este discurso los mismos que habían aplaudido la carta del rey, indignándose los principales por el hecho de que Perseo consiguiera con una carta de unas cuantas líneas algo que ni siquiera le había parecido que mereciese una embajada, se aplazó la decisión.
20 El rey envió embajadores inmediatamente después, cuando la asamblea estaba reunida en Megalópolis, y los que temían que se ofendiesen los romanos se las arreglaron para que no fueran recibidos.

25 En esta época, la locura de los etolios vuelta contra ellos mismos, matándose unos a otros, parecía que iba a llevar a
2 la nación al exterminio. Cansados, al fin, los de una y otra facción enviaron a Roma embajadores y al mismo tiempo trataban por su cuenta de restablecer ellos mismos la concordia. Este propósito se vio truncado por un nuevo atentado
3 que reavivó incluso los antiguos rencores. A los exiliados de Hípata[81], pertenecientes a la facción de Próxeno[82], se les

[81] Cf. XXXVI 14, 15.

[82] *Strategós* en 183/182.

había prometido el retorno a la patria y se les habían dado
garantías a través de Eupólemo[83], el hombre más importante
de la ciudad; cuando regresaban ochenta hombres notables, 4
a cuyo encuentro había salido también Eupólemo con el
resto de la población, fueron recibidos entre amistosos saludos
y apretones de manos, y en el momento de cruzar la puerta
fueron asesinados, mientras apelaban en vano a la palabra
dada y ponían a los dioses por testigos. A raíz de este hecho
se reavivó la llama de la guerra con mayor intensidad. Habían 5
llegado, enviados por el senado, Gayo Valerio Levino, Apio
Claudio Pulcro, Gayo Memio, Marco Popilio y Lucio Ca-
nuleyo. Cuando en Delfos, en su presencia, los diputados de 6
las dos facciones discutieron con gran violencia, dio la im-
presión de que Próxeno llevaba gran ventaja tanto por la
justicia de su causa como por su elocuencia, y pocos días
después murió envenenado por su esposa Ortóbula, que fue
condenada por aquel delito y marchó al exilio. Una locura 7
parecida desgarraba igualmente a los cretenses. Después,
con la llegada del embajador Quinto Minucio, que había
sido enviado con diez navíos para poner paz en sus enfren-
tamientos, habían vislumbrado perspectivas de paz. Pero la
tregua duró solamente seis meses, avivándose luego la llama
de una conflagración mucho más violenta. También los licios, 8
por la misma época, sufrían el azote de una guerra que les
hacían los rodios. Pero no es cuestión de exponer en detalle
las guerras de los extranjeros entre sí, cuando me basta y
sobra con sobrellevar la tarea de consignar por escrito las
empresas llevadas a cabo por el pueblo romano.

[83] *Strategós* en 189/188 y 176/175.

Hispania: sublevación de los celtíberos

26 En Hispania, los celtíberos, que se ha-
bían rendido a Tiberio Graco después de
ser sometidos por las armas, habían per-
manecido tranquilos mientras gobernaba
la provincia el pretor Marco Titinio. A raíz
de la llegada de Apio Claudio[84] se sublevaron y comenzaron
la guerra atacando por sorpresa el campamento romano.
2 Amanecía apenas cuando los centinelas de la empalizada y
los que estaban de guardia en las puertas dieron la alarma
3 tras avistar a lo lejos al enemigo que se acercaba. Apio Claudio
mandó izar la señal de combate y, después de arengar breve-
mente a sus hombres, los hizo salir por tres puertas simultá-
neamente. Al obstaculizarles la salida los celtíberos, en los
primeros momentos la lucha se mantuvo nivelada, porque
los romanos, debido a la falta de espacio, no podían combatir
4 todos en las entradas. Luego, cuando a fuerza de empujar
unos tras otros lograron salir fuera de la empalizada para
poder desplegar el frente e igualarse con las alas enemigas
que los rodeaban, lanzaron una carga tan repentina que los
5 celtíberos no pudieron resistir la acometida. Antes de la hora
segunda fueron rechazados. Hubo cerca de quince mil muer-
tos y ...[85] prisioneros, y se capturaron treinta y dos enseñas
militares. También aquel día se tomó por asalto su campa-
mento y quedó resuelta la guerra, pues los que sobrevivieron
al combate se dispersaron hacia sus ciudades. A partir de
entonces se sometieron pacíficamente a nuestra soberanía.

[84] Apio Claudio Centón, pretor el año anterior.

[85] Consideramos, siguiendo a Madvig, que está omitido el numeral.

Roma: censura de Fulvio Flaco y Postumio Albino. Triunfo de Apio Claudio

Los censores elegidos aquel año[86], Quinto Fulvio Flaco[87] y Aulo Postumio Albino[88], revisaron la nómina de senadores. Para encabezarla fue elegido el pontífice máximo Marco Emilio Lépido. Ex- cluyeron a nueve senadores. Llamaron la atención la nota censoria de Marco Cornelio Maluginense, que había sido pretor en Hispania hacía dos años, la del pretor Lucio Cornelio Escipión, que tenía entonces a su cargo la jurisdicción entre ciudadanos y peregrinos, y la de Lucio Fulvio, que era hermano carnal[89] del censor y además coheredero, según cuenta Valerio Anciate. Los cónsules, después de pronunciar los votos en el Capitolio, partieron hacia sus provincias. Uno de ellos, Marco Emilio[90], fue encargado por el senado de reprimir en Venecia la revuelta de los patavinos, los cuales, según habían informado sus propios diputados, se habían crispado hasta llegar a una guerra intestina a causa del enfrentamiento entre las facciones. Los embajadores que habían ido a Etolia para sofocar unos disturbios similares volvieron diciendo que no se podía controlar la rabia de la población. La llegada del cónsul fue la salvación para los patavinos; y como éste no tenía ninguna otra misión que cumplir en la provincia regresó a Roma. Los censores adjudicaron por vez primera el empedrado de las calles en la ciudad y la colocación de una capa de grava y la construcción de arcenes en las vías de fuera de la ciudad, así

27 2 3 4 5

---

[86] El 174.

[87] Fue edil curul en 184, pretor en 182 y cónsul en 179. Obtuvo el triunfo por su campaña contra los celtíberos.

[88] Albino Lusco, pretor en 185 y cónsul en 180.

[89] *Frater germanus*, hijo del mismo padre y de la misma madre.

[90] Se trata de una confusión: Marco Emilio Lépido había sido cónsul el año 175.

6 como la construcción de puentes en muchos sitios. También
se debió a ellos la puesta a disposición de los ediles y los
pretores de un escenario, y los recintos de salida en el circo,
los «huevos» para contabilizar las vueltas en la pista, ... las
«metas» ... [91], las jaulas de hierro para introducir ... para que
7 los cónsules ... en las fiestas del monte Albano. También se
ocuparon de que se adoquinase la subida al Capitolio y de la
construcción del pórtico que va desde el templo de Saturno
hasta el lugar donde se reúnen los senadores [92] en el Capitolio,
8 y, más arriba, hasta la curia; y fuera de la puerta Trigémina
empedraron el mercado y lo cercaron con una empalizada,
y procedieron a la restauración del pórtico de Emilio [93] e
9 hicieron una escalera desde el Tíber hasta el mercado. Y de
la misma puerta hacia dentro empedraron el pórtico que va
10 hacia el Aventino, y ... desde el templo de Venus. Adjudicaron
también ellos la construcción de murallas en Calacia y en
Auximo, donde vendieron propiedades públicas y dedicaron
el dinero que se había recaudado a la construcción de tiendas
11 alrededor del foro en ambas ciudades. Uno de ellos, Fulvio
Flaco —pues Postumio ... [94] que él no estaba dispuesto a
hacer ninguna adjudicación sin un mandato del senado y del
pueblo romano—, hizo construir con el dinero de las respectivas ciudades un templo de Júpiter en Pisauro y en Fundos,
y también una traída de aguas en Potencia [95], y el empedrado

---

[91] El texto está muy deteriorado en varios puntos. Con cada una de las siete vueltas de las carreras de cuadrigas se eliminaba uno de los siete «huevos» de una columna.

[92] *Senaculum*, edificio donde se reunían los senadores antes de cada sesión.

[93] Su construcción, en 193, fue obra de Marco Emilio Lépido y Marco Emilio Paulo.

[94] Adoptando la adición de MADVIG traduciríamos «declaró».

[95] Para Potencia y Pisauro véase XXXIX 44, 10. Para Fundos, XXXVIII 36, 7.

de una calle en Pisauro, y en Sinuesa ... [96] y en estas ciudades 12
el alcantarillado y la muralla circundante, y el cierre del foro
con pórticos y tiendas, y la construcción de tres Janos. Todas 13
estas obras fueron adjudicadas por uno solo de los censores,
con vivo agradecimiento por parte de los colonos. También
en la salvaguarda de las costumbres hubo una censura diligente y severa; a muchos les fue suprimido el caballo.

Casi al final del año se celebró un día de acción de gracias 28
por los éxitos obtenidos en Hispania bajo el mando y los
auspicios del procónsul Apio Claudio, y se sacrificaron veinte
víctimas adultas. También se celebró otro día de rogativas en 2
el templo de Ceres, Líber y Líbera, porque habían llegado de
la Sabina noticias de un fuerte temblor de tierra con el
derrumbamiento de numerosos edificios. Cuando Apio 3
Claudio hubo regresado de Hispania a Roma, el senado le
concedió por decreto la ovación para su entrada en la ciudad.

Elecciones

Se aproximaban ya los comicios con- 4
sulares. Fueron éstos muy reñidos debido
al elevado número de candidatos, y resultaron elegidos [97] Lucio Postumio Albino y
Marco Popilio Lenate. Después fueron 5
elegidos pretores Numerio Fabio Buteón, Gayo Matieno,
Gayo Cicereyo, Marco Furio Crasípede [98] por segunda vez,
Aulo Atilio Serrano por segunda vez [99], y Gayo Cluvio Sáxula
por segunda vez [100]. Cuando Apio Claudio Centón, una vez 6

[96] Se han propuesto diversas restituciones para este pasaje, sin que ninguna de ellas parezca especialmente convincente.

[97] Para el año 173.

[98] Alternan las formas *Crassupes* y *Crassipes*. Había sido pretor en 187, y excluido del senado en 179.

[99] La primera en 192.

[100] La primera en 175.

finalizados los comicios, hizo su entrada en la ciudad recibiendo la ovación por su campaña contra los celtíberos, ingresó en el tesoro público diez mil libras de plata y cinco
7 mil de oro. Gneo Cornelio fue consagrado flamen de Júpiter.
8 Aquel mismo año se colocó una placa en el templo de Mater Matuta con la siguiente inscripción: «Bajo el mando y los auspicios del cónsul Tiberio Sempronio Graco, la legión y el ejército del pueblo romano sometieron Cerdeña. En dicha provincia fueron muertos o hechos prisioneros
9 más de ochenta mil enemigos. Tras servir al Estado con pleno éxito y liberar ... [101] e imponer de nuevo los tributos, trajo de vuelta a la patria al ejército sano y salvo y completamente cargado de botín. A su vuelta entró triunfalmente en Roma por segunda vez[102]. En reconocimiento por ello dedicó esta
10 placa como presente a Júpiter». Tenía la forma de la isla de Cerdeña, y en ella estaba dibujada la representación de las batallas.

11 Se ofrecieron aquel año bastantes espectáculos de gladiadores, de poca importancia los demás, destacando sólo uno entre todos, el que ofreció Tito Flaminino con ocasión de la muerte de su padre, con distribución de carne al pueblo, banquete sagrado y espectáculos teatrales durante cuatro días. Un dato resume la importancia del espectáculo: a lo largo de tres días se enfrentaron setenta y cuatro luchadores.

---

[101] Adoptando la adición de C. SIGONIO traduciríamos «a los aliados».

[102] La primera fue en 178.

LIBRO XLII

SINOPSIS

AÑO 173 a. C.

Roma: asignación de provincias. Regreso de la embajada de Grecia.
Prodigios (1 - 2).
Expolio del templo de Juno Lacinia (3).
Preturas de Hispania. Reparto de *ager publicus* (4).
Grecia y Macedonia (5 - 6).
Córcega. Liguria: prepotencia del cónsul Popilio (7 - 9, 6).

AÑO 172 a. C.

Roma: elecciones. Lustro. Discurso de Éumenes ante el senado.
Embajadas (9, 7 - 14, 10).
Oriente: atentado contra Éumenes en Delfos (15 - 16).
Roma: informe de Gayo Valerio. Ocupación de Iliria (17 - 18).
Ager. Embajada. Prodigios. Enfrentamiento entre el cónsul Popilio y el senado (19 - 22).
Embajadas de Cartago y de Masinisa (23 - 24).
Informes sobre Perseo y Gencio. Preparativos de guerra contra Macedonia (25 - 27).

AÑO 171 a. C.

Elecciones (28).
El frente aliado. Asignación de tropas y mandos (29 - 31).

Roma: asignación de provincias. Regreso de la embajada de Grecia. Prodigios

1 Los cónsules[103] Lucio Postumio Albino y Marco Popilio Lenate sometieron a la deliberación del senado, antes que ninguna otra, la cuestión de las provincias y los
2 ejércitos; les fueron asignados los lígures a ambos; para ocupar esta provincia, los dos reclutarían legiones nuevas —se les asignaron dos a cada uno— y diez mil aliados latinos de infantería y seiscientos de caballería cada uno, y para Hispania un suplemento de tres mil romanos de infantería y
3 doscientos de caballería. Además, recibieron instrucciones de reclutar quinientos infantes y cien jinetes romanos para que pasase con ellos a Córcega e hiciese la guerra el pretor al que

[103] Del año 173.

correspondiese Cerdeña en el sorteo; entretanto gobernaría 4
la provincia de Cerdeña el antiguo pretor Marco Atilio. 5
Después sortearon sus provincias los pretores, correspon-
diendo a Aulo Atilio Serrano la pretura urbana, a Gayo
Cluvio Sáxula la jurisdicción entre ciudadanos y peregrinos,
a Numerio Fabio Buteón la Hispania citerior, a Marco
Matieno la ulterior, Sicilia a Marco Furio Crasípede y Cer-
deña a Gayo Cicereyo. Antes de que partieran los magistrados 6
hacia sus provincias, el senado decidió que el cónsul Lucio
Postumio se trasladara a Campania para fijar los límites
entre las propiedades de dominio público[104] y las privadas,
pues había constancia de que los particulares, a fuerza de
adelantar poco a poco los mojones, ocupaban una gran
extensión de las primeras. Postumio estaba irritado con los 7
prenestinos porque, cuando había ido a su tierra como
particular para ofrecer un sacrificio en el templo de la For-
tuna, éstos no le habían hecho los honores ni a título oficial
ni particular. Antes de salir de Roma envió a Preneste una
carta para que saliera un magistrado a recibirlo, que le
preparasen un lugar donde alojarse a expensas de la comu-
nidad, y que pusieran animales de carga a su disposición en
el momento de su partida. Antes de este cónsul nadie supuso 8
nunca una carga o un gasto en nada para los aliados. Preci- 9
samente se dotaba a los magistrados de mulos, tiendas y
cualquier otro material militar para que no pidieran nada de
esto a los aliados. Tenían sus relaciones particulares de hos- 10
pitalidad; las cultivaban afectuosa y cortésmente, y sus casas
en Roma estaban abiertas a los huéspedes en cuya casa a su
vez tenían por costumbre alojarse. Los embajadores que eran 11

[104] Confiscado en 211 (XXVI 16, 6), el territorio de Capua había pasado por diferentes situaciones jurídicas. Puede verse P. Jal, nota *ad loc.* en su edición de los libros XLI-XLII en Les Belles Lettres, París, 1971.

enviados de improviso a alguna parte pedían un animal de carga cada uno en las ciudades por las que tenían que pasar; era el único gasto que soportaban los aliados para con los
12 magistrados romanos. Aun en caso de estar justificado, el resentimiento del cónsul no debió manifestarse en el ejercicio de su magistratura, y el silencio de los prenestinos, debido a un exceso de comedimiento o de pusilanimidad, confirió a los magistrados, como si se hubiera aprobado este precedente, el derecho a imposiciones por este estilo, cada día más gravosas.

2 Los embajadores enviados a Etolia y a Macedonia regresaron a principios de este año diciendo que no se les había dado la posibilidad de reunirse con el rey Perseo, con la disculpa, en unos casos, de que estaba ausente, y, en otros, de que estaba enfermo, excusas inventadas tanto una como
2 otra. Con todo, no les había resultado difícil percatarse de que se estaba preparando la guerra y que el rey acudiría a las armas sin más dilación. Asimismo, en Etolia la sedición iba a más de día en día y su autoridad no había sido capaz de
3 reducir a los promotores de los disturbios. Como se estaba a la espera de una guerra contra Macedonia, antes de entrar en ella se decidió expiar los prodigios e invocar con plegarias
4 la paz de los dioses indicados por los libros del destino. Se decía que se había visto en Lanuvio la aparición de una gran flota en el cielo, y que en Priverno había brotado lana oscura de la tierra y en el territorio de Veyos, cerca de
5 Remente[105], había llovido piedra; todo el territorio pontino se había cubierto de lo que parecían nubes de langostas; en territorio gálico habían aparecido peces bajo los terrones
6 levantados al paso del arado. Con motivo de estos prodigios fueron consultados los libros del destino y los decénviros

[105] Sin identificar.

hicieron saber a qué dioses y con qué víctimas había que hacer inmolaciones, y además prescribieron que se hiciese una rogativa para expiar los prodigios y que se llevase a efecto 7
la otra que había sido prometida con voto el año anterior por la salud pública, y que hubiese unas ferias. Se celebró el sacrificio tal como habían manifestado los decénviros que estaba escrito.

Expolio del templo de Juno Lacinia

Aquel mismo año fue levantado el tejado 3
del templo de Juno Lacinia[106]. El censor Quinto Fulvio Flaco estaba construyendo el templo de la Fortuna Ecuestre que había prometido con voto[107] siendo pretor en Hispania durante la guerra contra los celtíberos, y ponía gran empeño en que fuese el templo más grande y magnífico que hubiera en Roma. Pensando que contribuiría en buena 2
medida al ornato de dicho templo el que las tejas fueran de mármol, se fue al Brucio y levantó la mitad de las tejas del templo de Juno Lacinia, considerando que esto sería suficiente para cubrir el que se estaba construyendo. Se prepararon naves 3
para su carga y transporte sin que los aliados, intimidados ante la autoridad del censor, impidieran aquel sacrilegio. Cuando regresó el censor se procedió al desembarco de las 4
tejas y a su traslado al templo. Aunque se guardó silencio 5
sobre su procedencia no fue posible ocultarla. Surgieron los consiguientes murmullos en la curia; desde todas partes se pedía que los cónsules sometieran aquella cuestión a la deliberación del senado. Pero fue mucho mayor la animosidad con que individual y colectivamente increparon al censor cuando tras ser convocado se presentó en la curia: no le había 6

[106] Cf. XXIII 34, 4, nota.
[107] Cf. XL 40, 10.

bastado con profanar el templo que Pirro y Aníbal habían respetado, el más venerable de aquella comarca, sino que había cometido la infamia de quitarle el tejado, de destruirlo
7 casi. Se le había quitado el fastigio al templo, y la techumbre desnuda, expuesta a las lluvias, estaba llamada a pudrirse. ¿Para eso se había creado un censor encargado de vigilar los comportamientos? Quien tenía a su cargo, de acuerdo con la tradición, la tarea de comprobar el buen estado de los edificios destinados al culto público y de adjudicar su con-
8 servación[108], ése precisamente recorría las ciudades de los aliados destruyendo los templos y dejando al descubierto los techos de los edificios sagrados. Y lo que podría parecer indigno si lo hiciera en los edificios privados de los aliados,
9 lo hacía demoliendo los templos de los dioses inmortales, y convertía al pueblo romano en cómplice de un acto sacrílego edificando unos templos con los materiales de otros, como si los dioses inmortales no fueran los mismos en todas partes y hubiera que honrar y embellecer a unos con los despojos
10 de otros. Aunque ya antes de ser votada la moción no había dudas sobre cuál era el sentir de los senadores, tras ser sometida a votación se acordó por unanimidad que se adjudicara en subasta el traslado de las tejas de nuevo al templo y que se hicieran ceremonias expiatorias en honor de Juno.
11 Los actos concernientes a la religión se cumplieron escrupulosamente; en cuanto a las tejas, los adjudicatarios comunicaron que las habían dejado en la explanada del templo porque ningún artesano había sido capaz de encontrar la manera de reponerlas.

[108] Traducimos *locare* siguiendo la propuesta de MADVIG.

Preturas de Hispania. Reparto del ager publicus

Uno de los pretores que habían mar- 4
chado a las provincias, Numerio Fabio,
murió en Masilia cuando se dirigía a la
Hispania citerior. Por ello, cuando se supo 2
la noticia por unos embajadores masilienses,
el senado dispuso mediante un decreto que Publio Furio y
Gneo Servilio, que debían ser sustituidos, decidieran mediante
sorteo cuál de los dos tendría a su cargo, con prórroga del
mando, la Hispania citerior. La suerte, muy oportuna, dispuso 3
que se quedase Publio Furio, el mismo que había gobernado
aquella provincia.

En el mismo año, como estaba disponible una buena
porción del territorio ligustino[109] y gálico conquistado por
las armas, se dispuso mediante un senadoconsulto que fuese
repartido en lotes individuales. El pretor urbano Aulo Atilio, 4
a tenor del decreto del senado, nombró decénviros con ese
objeto a Marco Emilio Lépido, Gayo Casio, Tito Ebucio
Parro, Gayo Tremelio, Publio Cornelio Cetego[110], Quinto y
Lucio Apuleyo[111], Marco Cecilio, Gayo Salonio y Gayo
Munacio. Hicieron el reparto a razón de diez yugadas para
cada ciudadano y tres para cada aliado de derecho latino.

Por la misma época en que tenían lugar estos aconteci- 5
mientos llegaron a Roma embajadores de Etolia para hablar
de sus discordias y sediciones, y embajadores tesalios para
informar de lo que estaba ocurriendo en Macedonia.

[109] Lígur.

[110] Había sido edil curul en 187, pretor en 185 y cónsul en 181.

[111] Lucio Apuleyo Saturnino, que sería pretor en 166.

Grecia y Macedonia

5 Dando vueltas mentalmente a la guerra en la que ya pensaba en vida de su padre, Perseo trataba de ganarse no sólo a los pueblos sino además a las ciudades de Grecia enviando embajadas y haciendo más
2 promesas que concesiones. Por otro lado, el sentir de una gran parte de las gentes estaba inclinado en favor suyo, y bastante
3 mejor dispuesto hacia él que hacia Éumenes, a pesar de que todas las ciudades de Grecia y la mayor parte de sus notables estaban en deuda con Éumenes por su buen comportamiento y su generosidad, y de que Éumenes ejercía la monarquía de forma tal que las ciudades que estaban bajo su dominio no querían cambiar su suerte por la de ninguna de las ciudades
4 libres. Por el contrario, de Perseo se comentaba que después de la muerte de su padre había asesinado a su mujer con sus propias manos, y que Apeles[112], que en su momento había prestado su colaboración para eliminar alevosamente a su hermano siendo buscado por Filipo por ese motivo para llevarlo al suplicio, se había exiliado; después, tras la muerte de su padre, Perseo lo había impulsado a volver prometiéndole cuantiosas recompensas por haber llevado a cabo una acción de tanta trascendencia, y le había hecho asesinar en
5 secreto. A pesar de su mala fama por muchos otros crímenes cometidos dentro y fuera y de no tener ningún mérito que lo hiciera recomendable, en general las ciudades le preferían a él antes que a un rey tan respetuoso con sus allegados, tan
6 justo son sus súbditos y tan generoso con todo el mundo, y ello porque, debido a la fama y al prestigio de los reyes de Macedonia, había una predisposición a menospreciar un reino de origen reciente, o porque se deseaba un cambio en la situación, o porque no querían estar[113] a merced de los

[112] Véase XL 20, 3 ss.; 54, 9 y 55, 6.

[113] Traducimos *quia non obiecti* (WEISSENBORN, 1864).

romanos. Pero no sólo estaban revueltos los etolios, debido 7
al enorme peso de las deudas, sino también los tesalios, y,
extendiéndose por contagio como una epidemia, el mal
había llegado también hasta Perrebia[114]. Al llegar la noticia 8
de que los tesalios estaban en armas, el senado envió a Apio
Claudio como embajador para examinar y resolver la situa-
ción. Éste, después de reconvenir a los líderes de las dos fac- 9
ciones, redujo las deudas gravadas con unos intereses injustos,
aviniéndose a ello una gran parte de los mismos que los
habían impuesto, y distribuyó en diez plazos anuales la amor-
tización de los préstamos legales. El mismo Apio, y por el 10
mismo procedimiento, arregló la situación en Perrebia. En
Delfos, por las mismas fechas, Marco Marcelo[115] examinó
las causas que habían presentado los etolios con la misma
animosidad que habían puesto en la guerra intestina. En vista 11
de que las dos facciones habían rivalizado en temeridad y
osadía, no quiso que, al menos por un decreto suyo, quedara
ni exculpada ni inculpada ninguna de ellas; apeló tanto a
unos como a otros para que depusieran las hostilidades y
pusieran fin a sus discordias olvidándose del pasado. El 12
compromiso de esta reconciliación quedó garantizado con
la entrega mutua de rehenes. Se convino que fuese Corinto
el lugar donde los rehenes quedaran en depósito.

De Delfos, después de la asamblea de los etolios, Marcelo 6
cruzó a Egio[116], en el Peloponeso, donde mediante un edicto
había convocado una reunión de los aqueos. En ella, después 2
de felicitar a la nación por haber mantenido con firmeza la
antigua disposición de prohibir a los reyes de Macedonia la

[114] Cf. XXXI 45, 5; XXXIII 32, 5 y XXXIX 24 ss.

[115] Marco Claudio Marcelo (pretor en 188 y cónsul en 183).

[116] En Acaya, norte del Peloponeso, a orillas del Golfo de Corinto. Allí se celebraba regularmente los *sýnodoi;* los *sýnkletoi* se celebraban en diferentes ciudades.

entrada en su territorio, dejó constancia del odio de los
3 romanos hacia Perseo. Para adelantar el estallido de este odio
vino a Roma el rey Éumenes trayendo consigo un informe
que había elaborado tras una exhaustiva indagación acerca
4 de los preparativos de guerra. En la misma época se enviaron
al rey cinco embajadores para examinar la situación de
Macedonia. También se les dieron instrucciones de despla-
zarse a Alejandría para renovar el tratado de amistad con
5 Tolomeo [117]. Los integrantes de la embajada eran los siguien-
tes: Gayo Valerio, Gayo Lutacio Cercón, Quinto Bebio
Sulca, Marco Cornelio Mámula y Marco Cecilio Dentre.
6 También llegaron embajadores del rey Antíoco por la misma
época. Apolonio, su jefe, recibido en audiencia por el senado,
disculpó al rey con muchas y convincentes razones por
haber entregado el tributo más tarde de la fecha establecida;
7 lo había traído íntegro consigo, de forma que sólo había que
8 disculpar al rey el retraso; traía además un presente de
quinientas libras de vasos de oro; el rey pedía que se renovasen
con él las relaciones de alianza y amistad que habían existido
con su padre [118], y que el pueblo romano le exigiese lo que se
debe exigir a un rey aliado bueno y leal; él nunca dejaría de
9 cumplir con sus obligaciones; durante su estancia en Roma
el senado le había prestado tales servicios y la juventud
había sido tan atenta con él que el trato recibido de todos los
estamentos sociales había sido el que corresponde a un rey
10 y no a un rehén. Se respondió a los embajadores en tono
amistoso y se dio orden al pretor urbano Aulo Atilio de
renovar con Antíoco el tratado de alianza que se había
11 suscrito con su padre. Los cuestores urbanos se hicieron

[117] Tolomeo VI Filométor, hijo de Tolomeo IV Epífanes. Tenía seis años cuando murió su padre en 181.

[118] Cf. XXXVIII 38, 2 ss.

cargo del tributo y los censores de los vasos de oro, con la encomienda de depositarlos en los templos que considerasen oportuno. Se hizo llegar al embajador un obsequio de cien mil ases, se puso a su entera disposición una residencia donde alojarse y se aprobó una asignación para cubrir sus gastos mientras estuviera en Italia. Los embajadores enviados 12
a Siria habían declarado al volver que Apolonio gozaba de gran consideración ante el rey y que era un gran amigo del pueblo romano.

Córcega. Liguria: prepotencia del cónsul Popilio

Los hechos ocurridos aquel año en las 7
provincias fueron los siguientes. El pretor Gayo Cicereyo libró una batalla campal en Córcega, siendo muertos siete mil corsos y hechos prisioneros más de mil setecientos. Durante dicha batalla el pretor prometió con voto un templo a Juno Moneta[119]. Después se concedió la paz a los corsos, 2
a petición suya, y se les exigieron doscientas mil libras de cera[120]. De Córcega, ya sometida, Cicereyo cruzó a Cerdeña. También se libró una batalla en Liguria cerca de la ciudad de 3
Caristo, en territorio de Estatela. Allí se había concentrado un gran ejército lígur. Al principio, a la llegada del cónsul 4
Marco Popilio, se mantenían dentro de las murallas. Luego, como veían que el romano estaba dispuesto a sitiar la ciudad, salieron y se formaron en orden de batalla delante de las puertas. Por su parte, el cónsul no demoró el combate, que 5
era precisamente lo que había pretendido al amenazar con el asedio. Se combatió durante más de tres horas sin que las esperanzas de victoria se decantaran en uno u otro sentido. Cuando el cónsul observó que las líneas de los lígures no 6

[119] El templo sería dedicado en 168 (XLV 21, 10).

[120] Cf. XL 34, 12.

cedían en ningún punto ordenó a los jinetes que montaran en sus caballos y cargasen contra el enemigo por tres lados
7 a la vez para crear el mayor desconcierto posible. Una gran parte de la caballería cruzó por el centro de las líneas y llegó hasta la retaguardia de los combatientes. Con ello el pánico
8 hizo presa en los lígures; se dispersaron huyendo en todas direcciones, muy pocos de ellos hacia atrás, hacia la ciudad, porque por ese lado sobre todo había aparecido la barrera de la caballería. Los lígures habían caído en gran número en tan encarnizada batalla y, además, durante la huida fueron
9 liquidados por todas partes. Se dice que fueron diez mil los muertos y más de setecientos los prisioneros, y recogidas
10 ochenta y dos enseñas militares. Tampoco fue incruenta la victoria: se perdieron más de tres mil hombres, pues como no cedían ni unos ni otros, cayeron los primeros de cada bando.

8 Después de esta batalla, y tras su huida en direcciones opuestas, los lígures se reagruparon en un solo punto; al ver que era mucho mayor el número de compatriotas caídos que el de supervivientes —no eran más de diez mil, en efecto—,
2 se rindieron, sin pactar, por cierto, ninguna condición. Esperaban, no obstante, que el cónsul no se ensañaría con ellos
3 en mayor medida que los anteriores generales. Pero éste los desarmó por completo, les destruyó la ciudad, los vendió a ellos y sus bienes, y remitió una carta al senado a propósito
4 de las operaciones que había llevado a cabo. Cuando ésta fue leída en la curia por el pretor Aulio Atilio —pues Postumio, el otro cónsul, estaba ausente, dedicado a la tarea de revisar
5 las tierras en la Campania—, al senado le pareció una monstruosidad que los estatelates, los únicos entre todos los pueblos lígures que no habían tomado las armas contra los romanos, también en esta ocasión agredidos sin haber roto ellos las hostilidades, después de acogerse a la protección del

pueblo romano hubieran sido maltratados y aniquilados con todas las formas de una crueldad extrema; que hubieran 6
sido vendidos tantos miles de seres inocentes que apelaban a la buena fe del pueblo romano, sentándose un pésimo precedente, de suerte que en adelante nunca nadie se decidiría a rendirse; y que quienes se habían mantenido en paz estuvieran ahora, dispersos por todas partes, reducidos a la condición de esclavos de quienes en otro tiempo eran enemigos declarados del pueblo romano. Por estas razones el senado era del 7
parecer de que el cónsul Marco Popilio reembolsase el importe a los compradores y devolviese la libertad a los lígures y se ocupase de que les fueran devueltos sus bienes en la medida en que fuese posible recuperarlos; también les serían 8
devueltas las armas, y todo esto se llevaría a cabo lo antes posible; y el cónsul no abandonaría la provincia antes de haber instalado de nuevo en su lugar de residencia a los lígures que se habían entregado; se conseguía una victoria brillante venciendo a quienes combaten, no ensañándose con quienes están quebrantados.

El cónsul, desobedeciendo al senado, reaccionó con la 9
misma arrogancia que había mostrado con los lígures. Envió 2
inmediatamente sus legiones a Pisa a los cuarteles de invierno y regresó a Roma lleno de ira contra los senadores y de animosidad contra el pretor. Convocó al instante al senado en el templo de Belona, y en un largo discurso lanzó sus invectivas contra el pretor que, en lugar de presentar una 3
moción en el senado proponiendo que se tributaran honores a los dioses inmortales por la buena campaña bélica realizada, había promovido un senadoconsulto en contra suya y favorable a los enemigos, con el cual el pretor transfería a los lígures su victoria y casi ordenaba que el cónsul les fuera entregado; por consiguiente, a él le imponía una multa y a 4
los senadores les pedía que ordenasen la anulación del decreto

5 promulgado en contra suya y que la acción de gracias que debían haber aprobado en su ausencia a raíz de la carta sobre las operaciones llevadas a cabo con éxito, la acordasen en su presencia, en primer lugar para rendir honor a los dioses inmortales, y también por un mínimo de consideración
6 hacia él. Recriminado en algunas intervenciones de los senadores con no menos dureza que cuando estaba ausente, retornó a su provincia sin haber conseguido ninguna de las dos cosas.

Roma: elecciones. Lustro. Discurso de Éumenes ante el senado. Embajadas

7 El otro cónsul, Postumio, después de dedicar el verano a la revisión de las tierras públicas volvió a Roma para los comicios
8 sin siquiera haber visto su provincia. Proclamó cónsules[121] a Gayo Popilio Lenate y Publio Elio Lígur. A continuación fueron elegidos pretores Gayo Licinio Craso, Marco Junio Peno, Espurio Lucrecio, Espurio Cluvio, Gneo Sicinio y Gayo Memio por segunda vez[122].

10 Aquel año se cerró el lustro. Eran censores Quinto Fulvio Flaco y Aulo Postumio Albino, y fue Postumio quien hizo
2 la clausura. Fueron censados doscientos sesenta y nueve mil
3 quince ciudadanos romanos, número relativamente bajo debido a que el cónsul Lucio Postumio había hecho saber ante la asamblea del pueblo que los aliados de derecho latino que deberían haber regresado a sus ciudades en virtud del edicto del cónsul Gayo Claudio[123] se censarían todos en sus respec-
4 tivas ciudades y ninguno de ellos en Roma. Los censores ejercieron su cargo con buen entendimiento y de acuerdo

[121] Para el año 172.

[122] No consta cuándo fue la primera.

[123] Cf. XLI 9, 12.

con los intereses del Estado. Redujeron a la condición de erarios[124] y removieron de sus tribus a todos aquellos a los que excluyeron del senado o privaron del caballo; ninguno de ellos dio su apoyo a nadie que hubiera sido descalificado
por el otro. Fulvio, seis años después de haber hecho la 5
promesa, dedicó el templo a la Fortuna Ecuestre que había prometido con voto siendo procónsul en Hispania cuando combatía contra las legiones de los celtíberos, y ofreció cuatro días de espectáculos teatrales y un día de espectáculos circenses.

Aquel año falleció el decénviro de los sacrificios Lucio 6
Cornelio Léntulo. Fue reemplazado por Aulo Postumio
Albino. Inesperadamente invadieron Apulia unas nubes de 7
langostas procedentes del mar, tan grandes que cubrían con
sus enjambres una gran extensión de los campos. Para elimi- 8
nar esta plaga de los frutos, Gneo Sicinio, pretor designado, fue enviado a Apulia con plenos poderes, y aunque reunió una enorme cantiddad de gente empleó bastante tiempo en eliminar las langostas.

En el comienzo del año siguiente, en el que fueron cónsules 9
Gayo Popilio y Publio Elio, se manifestaron las secuelas de
los enfrentamientos del año anterior. Los senadores querían 10
que se sometiera a debate la cuestión de los lígures y que se renovara el senadoconsulto, y el cónsul Elio se disponía a hacerlo. Popilio intercedía ante su colega y ante el senado en favor de su hermano, dejando sentado de antemano que
pondría el veto si tomaban alguna decisión. Disuadió a su 11
colega, pero los senadores, hostiles por igual a uno y otro cónsul, persistían por ello en su propósito con mayor empeño. En consecuencia, cuando se trató la cuestión de las provincias y los cónsules pretendían Macedonia, al ser inminente ya la

[124] Privados del derecho de sufragio.

guerra contra Perseo, les asignaron Liguria a los dos por
12 decreto, asegurando que no les asignarían Macedonia a no ser que se abriera un debate a propósito de Marco Popilio. Luego, cuando solicitaron autorización para reclutar nuevos ejércitos o un complemento de tropas para los viejos, se les
13 denegaron ambas cosas. También se dijo que no a los pretores que pedían un suplemento de tropas para Hispania, Marco
14 Junio para la citerior y Espurio Lucrecio para la ulterior. A Gayo Licinio Craso le había correspondido en el sorteo la jurisdicción urbana, a Gneo Sicinio la peregrina, Sicilia a
15 Gayo Memio y Cerdeña a Espurio Cluvio. Irritados con el senado por estas medidas, los cónsules señalaron para las Ferias Latinas la fecha más próxima posible y declararon que iban a marchar a sus provincias y que no pensaban desarrollar ninguna actividad oficial aparte de la concerniente a la administración de las mismas.

11 Valerio Anciate refiere que Átalo, hermano del rey Éumenes, vino a Roma como embajador durante este consulado para presentar cargos contra Perseo y denunciar los preparativos bélicos. La mayor parte de los analistas, y además aquellos a los que uno reconoce mayor credibilidad, refieren
2 que vino el propio Éumenes. Así, pues, Éumenes, recibido a su llegada a Roma con todos los honores a los que se le consideraba acreedor tanto por sus méritos como por los considerables servicios acumulados en su persona, fue intro-
3 ducido por el pretor en el senado. Dijo que, aparte de su deseo de visitar a los dioses y los hombres gracias a cuyo favor él gozaba de una situación tan buena que ni siquiera se atrevía a desear nada más, el motivo de su venida a Roma había sido el de instar personalmente al senado para que saliera al
4 paso de los intentos de Perseo. Refiriéndose luego a los planes de Filipo, recordó la muerte de su hijo Demetrio, contrario a la guerra contra Roma, recordó que había sacado

al pueblo de los bastarnas de donde estaba asentado, confiando en su colaboración para pasar a Italia[125]. Sorprendido 5
por la muerte cuando barajaba en su mente estos proyectos, había dejado el reino a quien había advertido que era el mayor enemigo de los romanos. En consecuencia, Perseo dedicaba por entero sus pensamientos a alimentar y propiciar la guerra, ya inminente, que su padre le había dejado en herencia, transmitiéndosela juntamente con el poder. Ade- 6
más, su situación era floreciente por una generación de jóvenes fruto de un largo período de paz, floreciente por los recursos de su reino, y floreciente también por la edad; mientras que físicamente gozaba de pleno vigor y fuerza, mentalmente había madurado con el estudio y la práctica de la guerra. Ya desde que era niño en la tienda de su padre se 7
había habituado a las guerras contra Roma, no sólo contra los vecinos, siendo enviado por su padre a numerosas y diferentes expediciones. Desde el mismo momento en que 8
había ocupado el trono, había alcanzado, en una sorprendente serie de éxitos, muchos objetivos que Filipo no había podido alcanzar ni por la fuerza ni por la astucia, a pesar de haberlo intentado todo. A las fuerzas con que contaba se había 9
añadido ese prestigio que sólo se adquiere a la larga y a costa de muchos e importantes méritos.

En efecto, en las ciudades de Grecia y Asia todos respe- 12
taban su dignidad, y no alcanzaba a ver ni podría decir con certeza en razón de qué méritos, de qué generosidad era tenido en tanta estima, si ello era debido a una especie de 2
buena estrella personal o si tal vez, cosa que él no se atrevería a decir, se debía a que su odio hacia los romanos le granjeaba simpatías. También entre los propios reyes era enorme su 3

---

125 Cf. XL 57, 7.

prestigio: se había casado son la hija de Seleuco [126] tras ser él el pretendido, no el pretendiente; había otorgado la mano de su hermana [127] a Prusias cuando éste se lo había pedido e
4 incluso suplicado; se habían celebrado ambos matrimonios recibiendo felicitaciones y regalos de innumerables embajadas, y se habían desarrollado las ceremonias bajo los auspicios,
5 por así decirlo, de los pueblos más renombrados. A pesar de los intentos de Filipo, nunca se había podido llevar al pueblo
6 beocio a suscribir un pacto de amistad; ahora el tratado con Perseo estaba escrito, esculpido en piedra, en tres localidades: en Tebas, en segundo lugar en Delio [128], en el más augusto y célebre de los templos, y en tercer lugar en Delfos. Por otra parte, en la asamblea de los aqueos las cosas habían llegado casi al extremo de franquearle la entrada en Acaya, aunque la propuesta no había prosperado debido a la intervención
7 de unos pocos que amenazaban con el poderío de Roma. Pero, ¡por Hércules!, en el caso de su propia persona, cuyos merecimientos ante aquel pueblo no se sabría decir si eran mayores en el orden oficial o en el privado, los honores que se le tributaban en parte habían caído en desuso por falta de interés y en parte habían sido suprimidos por hostilidad. ¿Quién no sabía ya que los etolios, en sus enfrentamientos internos, no habían pedido ayuda a los romanos sino a
8 Perseo? Confiado en el apoyo de estas alianzas y amistades, Perseo tenía en su propio país recursos bélicos suficientes como para no necesitar los del exterior. Había almacenado trigo para diez años para treinta mil infantes y cinco mil jinetes, de modo que podía pasarse sin recurrir a sus campos
9 ni a los del enemigo para hacer acopio de trigo. Disponía

[126] Seleuco IV, que reinó de 187 a 175.

[127] Apama.

[128] Véase XXXI 45, 61 nota.

ya de tal cantidad de dinero que tenía preparada la paga militar, también para diez años, de diez mil soldados mercenarios, aparte de las tropas macedónicas, y eso sin contar la renta que recaudaba cada año de las minas reales[129]. Armas 10
había almacenado en sus arsenales como para un ejército tres veces mayor. En cuanto a jóvenes en edad militar, aun en el caso de que en Macedonia no hubiera suficientes en un momento dado, tenía de donde sacarlos, como de una fuente inagotable, en la sometida Tracia.

El resto del discurso fue una exhortación. «Lo que presento 13
ante vosotros, padres conscriptos, no son habladurías que se traen y llevan en vagos rumores a las que he dado crédito con demasiada facilidad porque quería que fuesen ciertas las acusaciones lanzadas contra un enemigo, sino que son hechos que he investigado y comprobado, como si os estuviera refiriendo, tras ser enviado por vosotros en misión de espionaje, lo que ocurrió ante mis propios ojos; y yo no habría 2
dejado mi reino, que vosotros hicisteis tan grande y glorioso, y cruzado el mar, para arruinar mi credibilidad viniéndoos con historias inconsistentes. Yo veía que las ciudades más 3
famosas de Asia y de Grecia dejaban traslucir sus intenciones cada día con mayor claridad, y que pronto, si se dejaba hacer, llegarían a un punto del que no cabría volver atrás por arrepentimiento. Veía cómo Perseo no se circunscribía a 4
los límites de su reino, ocupaba otros por las armas y envolvía con sus favores y su benevolencia aquellos otros a los que no era posible someter por la fuerza; veía qué 5
desigual era la situación, pues vosotros le deparabais una paz sin riesgos mientras él preparaba contra vosotros una guerra, y eso que a mí, la verdad, me daba la impresión de que no estaba preparándola, sino prácticamente haciéndola.

[129] Cf. XXXIX 24, 2.

Expulsó de su reino a Abrúpolis[130], aliado y amigo vuestro;
6 hizo matar a Artetauro del Ilírico, igualmente aliado y amigo vuestro, porque descubrió que os había dirigido alguna
7 comunicación escrita. Se ocupó de que fuesen eliminados Eversa y Calícrito de Tebas porque habían hablado con cierta libertad contra él en la asamblea de los beocios y habían manifestado que os informarían de lo que se estaba
8 haciendo; prestó ayuda a los bizantinos, contraviniendo el tratado; llevó la guerra a Dolopia; invadió con su ejército Tesalia y Dóride para quebrantar al bando mejor con su
9 ayuda al peor en una guerra civil; creó una confusión y un desbarajuste totales en Tesalia y Perrebia al abrir perspectivas de unos nuevos registros de deudas para aplastar a la aristocracia por medio de la tropa de deudores que le
10 estaban obligados. Como hizo estas cosas mientras vosotros permanecíais inactivos consintiéndoselo, y como ve que vosotros le habéis cedido Grecia, da por hecho que nadie le
11 saldrá armado al paso antes de pasar él a Italia. Vosotros veréis en qué medida se compagina esto con vuestra seguridad y con vuestro honor; al menos yo consideré que sería una vergüenza para mí que Perseo llegara a Italia a traer la guerra antes que yo, vuestro aliado, a advertiros para que
12 estuvieseis sobre aviso. Una vez cumplido un deber para mí inexcusable, y en cierto modo liberado y exonerado de mi compromiso, ¿qué otra cosa puedo hacer aparte de suplicar a los dioses y diosas que veléis tanto por vuestra república como por nosotros, vuestros aliados y amigos, que dependemos de vosotros?»

14 Impresionó a los padres conscriptos este discurso. Pero de momento nada se pudo saber por parte de nadie salvo que el rey había estado en la curia; tal era el silencio en que

130 Rey de los tracios sapeos. Cf. Polibio, XXII 18, 2.

se había encerrado el recinto del senado. Cuando por fin acabó la guerra, trascendió lo que había dicho el rey y la respuesta que se le había dado.

Luego, a los pocos días, el senado recibió en audiencia a 2
los embajadores del rey Perseo. Pero como los ánimos y los oídos habían sido previamente alertados por el rey Éumenes, todas las justificaciones y excusas de los embajadores eran rechazadas; además, exasperó los ánimos la desmedida auto- 3
suficiencia de Hárpalo, que era el jefe de la embajada. Éste dijo que el rey quería a toda costa, y estaba preocupado por ello, que se le creyera cuando afirmaba en su descargo que no había dicho ni hecho nada como enemigo; que, no obs- 4
tante, si veía que se andaba buscando con demasiada insistencia un pretexto para la guerra, se defendería con coraje; que Marte es el mismo para todos, y el resultado de la guerra es incierto.

Todas las ciudades de Grecia y de Asia estaban interesadas 5
en saber qué habían hecho en el senado tanto los embajadores de Perseo como Éumenes; con motivo de la llegada de este último, que suponían traería alguna consecuencia, la mayoría de ellas habían enviado embajadores, aparentemente por otros motivos. Había llegado también una embajada de los 6
rodios, cuyo jefe, Sátiro[131], estaba seguro de que Éumenes habría añadido cargos contra su ciudad a las acusaciones contra Perseo. De ahí que buscara por todos los medios, a 7
través de sus valedores y huéspedes, la oportunidad de tener un careo con el rey en el senado. Como esto no ocurrió, se 8
despachó con desmedida desenvoltura contra el rey porque, según él, había sublevado al pueblo licio contra los rodios y representaba para Asia una perturbación mayor que la que había representado Antíoco. Pronunció un discurso cierta-

[131] Traducimos *ueneral ac Satyrus* (DRAKENBORCH).

mente demagógico que tampoco desagradó a los pueblos de
9 Asia —pues también hasta allí habían llegado las simpatías
hacia Perseo—, pero inaceptable para el senado y sin utilidad
10 alguna para él y para su país. De hecho, a Éumenes le granjeó
mayores simpatías entre los romanos la existencia de un
frente común contra él. Por eso se le rindieron todos los
honores y se hicieron los más espléndidos obsequios, entre
ellos una silla curul y un cetro de marfil.

Oriente: atentado contra Éumenes en Delfos

15 Despachadas las embajadas, Hárpalo,
que regresó a Macedonia lo más deprisa
posible, informó al rey de que había dejado
a los romanos no preparando aún la gue-
2 rra, cierto, pero sí en tal estado de hostilidad
que no era difícil deducir que no tardarían en hacerla; el rey,
aparte de estar personalmente persuadido de que así iba a
ocurrir, también lo deseaba ya, seguro de encontrarse en el
3 apogeo de su fuerza. Sentía hostilidad contra Éumenes más
que contra nadie; para comenzar la guerra con el derrama-
miento de su sangre soborna a Evandro de Creta, jefe de las
milicias auxiliares, y a tres macedonios habituados a colaborar
en crímenes de esa naturaleza para que maten al rey, y les
entrega una carta para Praxo, con la que tenía relaciones de
hospitalidad, persona relevante en Delfos por su influencia
4 y su riqueza. Había pruebas seguras de que Éumenes su-
biría a Delfos para ofrecer un sacrificio a Apolo. Adelan-
tándose junto con Evandro, los que iban a tender la embos-
cada inspeccionaron todos los alrededores, buscando única-
mente un lugar apropiado para llevar a cabo sus propósitos.
5 Según se sube hacia el templo desde Cirra[132], antes de llegar
al lugar donde abundan las edificaciones había a la izquierda

[132] Puerto de Delfos, situado en la desembocadura del Pleisto.

un murete paralelo a una senda ligeramente apartada de su
base por la cual se transitaba de uno en fondo; a la derecha,
debido a un desprendimiento de la tierra, había un corte
bastante profundo. Se apostaron detrás del muro constru- 6
yendo unos escalones para lanzar desde allí sus armas arro-
jadizas contra él, como desde una muralla, cuando pasara.
Al principio avanzaba desde el mar rodeado por el tropel de 7
sus amigos y escoltas; después, la columna se fue estirando
progresivamente debido a la falta de espacio. Al llegar al 8
punto donde no había más remedio que avanzar de uno en
uno, el primero en entrar en el sendero fue Pantaleón [133], un
principal etolio con el que había entablado conversación el
rey. Surgen entonces los emboscados y hacen rodar dos 9
piedras de gran tamaño que alcanzan al rey, una en la
cabeza y la otra en el hombro. Perdió el conocimiento y rodó 10
desde el sendero hacia la pendiente, cayéndole encima una
gran cantidad de piedras cuando ya estaba tendido. Y los
demás, por cierto, incluido el grupo de los amigos y escoltas,
al verle caer emprendieron la huida en todas direcciones,
pero Pantaleón se quedó, impávido, para defender al rey.

Los asesinos, a pesar de que podían bajar a rematar al 16
herido dando un breve rodeo en torno al muro, como si la
tarea estuviese finalizada huyeron en dirección a la cima del
Parnaso [134], corriendo de tal manera que, como uno de sus
compinches hacía más lenta la huida porque tenía dificultades
para seguirlos por parajes abruptos y sin senderos, lo mataron
para que no los delatara si era detenido. Los amigos del rey 2
los primeros y después sus escoltas y esclavos acudieron
corriendo junto al cuerpo; al levantarlo, por el calor y la 3

[133] *Strategós* etolio en 186/185 y 174/173.

[134] La montaña sagrada asociada al culto de Apolo y de las Musas, de una altura cercana a los 2.500 metros. Al sur de Delfos.

respiración que quedaba aún en sus pulmones se dieron cuenta de que, aunque desmayado e inconsciente a causa de la herida, estaba vivo; había una pequeña esperanza, casi
4 imperceptible, de que sobreviviera. Algunos de los escoltas habían seguido el rastro de los asesinos, pero después de llegar a la cima del Parnaso agotándose infructuosamente,
5 regresaron sin conseguir su propósito. Los macedonios, después de haber preparado el atentado con tanta osadía como premeditación, abandonaron la empresa de forma
6 irreflexiva y pusilánime. Al día siguiente los amigos trasladan a una nave al rey, que ya había recobrado el conocimiento; desde allí hacen la travesía hasta Corinto, y desde Corinto, metiendo las naves a través del cuello del Istmo, hasta
7 Egina. Aquí fue atendido tan en secreto, sin admitir ninguna visita, que llegó hasta Asia el rumor de que había muerto.
8 Incluso Átalo se lo creyó con mayor celeridad de la que correspondía a un buen entendimiento entre hermanos, pues habló con la mujer de su hermano y también con el prefecto de la ciudadela como si fuera ya el heredero incuestionable
9 del trono. Estos detalles llegaron posteriormente a conocimiento de Éumenes, y a pesar de que había decidido disimular y aguantar sin decir nada, sin embargo, en el primer encuentro con su hermano no fue capaz de contenerse sin echarle en cara sus excesivas prisas en hacer la corte a su esposa. También a Roma llegó la noticia de la muerte de Éumenes.

Roma: informe de Gayo Valerio. Ocupación de Iliria

17 Más o menos por la misma época regresó Gayo Valerio de Grecia, adonde había ido como embajador[135] para examinar la situación de la zona y enterarse de los planes de Perseo, y la información que traía era totalmente coincidente con las acusaciones presentadas

[135] Embajada a la que se hizo referencia en 6, 4-5.

por Éumenes. Al mismo tiempo había traído consigo de 2
Delfos a Praxo, cuyo domicilio había servido de refugio a
los asesinos, y a Lucio Ramio de Brundisio, que era portador
de la información siguiente: Ramio era un destacado 3
ciudadano de Brundisio que hospedaba en su casa a todos
los generales y embajadores romanos, así como a los notables
de los pueblos extranjeros, principalmente a los miembros
de las familias reales. Por ello, aunque a distancia, había 4
entrado en relación con Perseo, y al recibir una carta que le
abría perspectivas de una amistad más estrecha y, consi-
guientemente, de una gran fortuna, se trasladó a la corte del
rey y en poco tiempo comenzó a ser considerado un íntimo
y a verse más implicado de lo que quisiera en conversaciones
secretas. En efecto, el rey, con la promesa de fuertes recom- 5
pensas, le pidió insistentemente que, puesto que todos los
generales y embajadores romanos tenían por costumbre re-
currir a su hospitalidad, se ocupara de que les fuese suminis-
trado veneno a aquellos que él le señalase por escrito; era 6
consciente de que preparar una cosa así entrañaba muchísimas
dificultades y riesgos; hay que contar con numerosos cóm-
plices, y además no se sabe con certeza si los medios son
suficientemente eficaces para llevar a cabo la acción y seguros
para mantenerla en secreto; él le proporcionaría un veneno 7
que no dejaba ningún rastro ni en el momento de suminis-
trarlo ni después. Ramio, temiendo que, si se negaba, pu- 8
diese ser él mismo el primero en experimentar el veneno,
se marchó con la promesa de que lo haría, y no quiso
regresar a Brundisio antes de tener un encuentro con Gayo
Valerio, que se encontraba, según se decía, en las proximi-
dades de Cálcide. Le hizo la revelación a él en primer lugar, 9
y después, siguiendo sus instrucciones, le acompañó a Roma.
Introducido en la curia, hizo una exposición de lo que había
pasado.

18 Estas denuncias, sumadas a las que había hecho Éumenes, hicieron que se llegara antes a la conclusión de que Perseo era un enemigo, pues se veía que no sólo estaba preparando una guerra en toda regla con la actitud típica de un rey, sino que actuaba recurriendo a toda clase de delitos ocultos de
2 asesinatos y envenenamientos. Se encargó a los nuevos cónsules la organización de la guerra; de momento, no obstante, se decidió que el pretor Gneo Sicinio, al que correspondía la jurisdicción entre ciudadanos y forasteros, alistara tropas;
3 éstas serían conducidas a Brundisio y después, lo antes posible, transportadas a Apolonia, en el Epiro, con el fin de ocupar las ciudades de la costa de modo que el cónsul al que hubiese correspondido la provincia de Macedonia pudiese arribar allí sin peligro y desembarcar las tropas a su como-
4 didad. Éumenes, retenido algún tiempo en Egina por lo delicado y difícil de su restablecimiento, partió para Pérgamo en cuanto le fue posible hacerlo sin peligro, y, acicateado por el reciente atentado de Perseo, aparte de su rencor de
5 antiguo, preparaba la guerra con el mayor empeño. Unos embajadores de Roma llegaron hasta allí para darle el parabién por haber superado un peligro tan grave.

6 Como la guerra contra Macedonia había quedado pospuesta para el año siguiente y los otros pretores habían marchado ya a sus provincias, Marco Junio y Espurio Lucrecio, a los que habían correspondido en suerte las provincias de Hispania, agobiaban al senado pidiendo siempre lo mismo, y por fin consiguieron la asignación de refuerzos para el ejército; se les dieron instrucciones de alistar tres mil infantes
7 y ciento cincuenta jinetes para las legiones romanas y de exigir a los aliados cinco mil soldados de infantería y trescientos de caballería para el contingente aliado. Estas tropas fueron transportadas a las Hispanias juntamente con los nuevos pretores.

Ager. Embajada. Prodigios. Enfrentamiento entre el cónsul Popilio y el senado

En el mismo año, de resultas de la revi- 19
sión llevada a cabo por el cónsul Postumio, se había recuperado para el Estado una buena porción del territorio campano cuya posesión habían detentado aquí y allá los particulares sin tener en cuenta los límites; por esta razón el tribuno de la plebe Marco Lucrecio presentó una propuesta de ley según la cual los censores sacarían a subasta la explotación del terreno público campano; hacía 2
tantos años que no se adoptaba esta medida, con posterioridad a la toma de Capua, que la avidez de los particulares campaba por el espacio desocupado.

Mientras el senado estaba a la espera de saber qué reyes 3
secundarían su causa y quiénes la de Perseo en una guerra que estaba ya decidida, aunque no declarada, llegaron a Roma embajadores de Ariarates[136] trayendo con ellos al hijo, aún niño, del rey. En su discurso dijeron que el rey 4
había mandado a su hijo a Roma para que fuese educado aquí, para que se habituara ya desde pequeño a las costumbres de Roma y a sus gentes. Pedía que se dignasen tenerlo 5
no sólo bajo la custodia de los particulares que lo alojasen sino bajo la protección y, por así decir, la tutela del Estado. Aquella embajada fue del agrado del senado; éste decidió 6
que el pretor Gneo Sicinio adjudicase la habilitación de una mansión en la que pudieran residir el hijo del rey y sus acompañantes. También a los embajadores de Tracia, medos, cepnates y astos[137], que solicitaban alianza y amistad, se les concedió lo que pedían y se le hizo a cada uno de ellos un

[136] Ariarates IV, rey de Capadocia.

[137] El mal estado del texto no permite seguridades sobre los nombres de estos pueblos. Tales medos vivirían, posiblemente, en la margen derecha del Estrimón, y los astos entre la Propóntide y el mar Negro. Sobre otras lecturas puede verse JAL, *op. cit.*, nota *ad. loc.*

7 regalo de dos mil ases. El senado estaba satisfecho de que hubiesen entrado a formar parte de la alianza al menos estos tres pueblos, dado que Tracia está a la espalda de Macedonia. Pero para estar también al tanto de todo lo que ocurría en Asia y en las islas, envió en comisión a Tiberio Claudio
8 Nerón y Marco Decimio. Les dio instrucciones de dirigirse a Creta y a Rodas para renovar las relaciones de amistad y al mismo tiempo para observar si los aliados habían sido soliviantados por el rey Perseo.

20 Cuando la ciudad estaba en vilo por la expectativa de la nueva guerra, la columna rostral colocada en el Capitolio [138] durante la primera Guerra Púnica con motivo de la victoria del cónsul Marco Emilio [139], que tuvo como colega a Servio Fulvio, fue destruida de arriba abajo por un rayo durante una tormenta nocturna. Este hecho, considerado como un
2 prodigio, fue sometido a la consideración del senado. Los senadores dispusieron que se pidiera un dictamen a los arúspices y que, además, los decénviros consultaron los
3 Libros [140]. Los decénviros anunciaron que era preciso purificar la ciudad, celebrar una rogativa y una plegaria pública, y ofrecer sacrificios con víctimas adultas tanto en Roma, en el Capitolio, como en la Campania, en el promontorio de Minerva, y que se debían celebrar lo antes posible unos juegos de diez días en honor de Júpiter Óptimo Máximo. Se
4 cumplieron escrupulosamente todas estas prescripciones. Los

[138] Diferente de la columna erigida en el Foro en honor de Duilio.

[139] Marco Emilio Paulo, cónsul en 255 con Servio Fulvio Nobilior.

[140] Los Libros Sibilinos, cuya custodia y consulta estuvo encomendada a uno de los cuatro grandes colegios sacerdotales romanos, el de los duóviros, luego decénviros y finalmente quindecénviros. Los Libros eran un conjunto de prescripciones rituales y textos oraculares a los que se acudía a buscar respuesta con ocasión de portentos especialmente preocupantes.

arúspices respondieron que aquel prodigio redundaría en algo favorable y que hacía presagiar el ensanchamiento de las fronteras y la destrucción del frente enemigo, porque los espolones destruidos por la tempestad provenían de despojos arrebatados al enemigo. Otros acontecimientos contribuyeron 5
a avivar los temores religiosos: habían llegado noticias de que en Saturnia[141] había llovido sangre sobre la ciudad durante tres días; en Calacia había nacido un asno con tres patas, y un solo rayo había matado de un golpe a un toro y cinco vacas, y en Áuximo había llovido tierra. También con 6
motivo de estos prodigios se hicieron sacrificios y un día de rogativas y se celebraron unas ferias.

Hasta entonces los cónsules no habían marchado a sus 21
provincias porque no acataban la decisión del senado de que abrieran un debate sobre el comportamiento de Marco Popilio, y, por su parte, los senadores estaban resueltos a no tomar ninguna otra decisión mientras tanto. Su animosidad 2
se acentuó, además, a raíz de una carta de Popilio en la que el procónsul escribía que había combatido de nuevo contra los lígures estatelates y había dado muerte a seis mil; a causa de esta injusta agresión se habían levantado también en armas los demás pueblos lígures. Entonces sí que se atacó con 3
dureza en el senado no sólo a Popilio, ausente, que, contraviniendo el derecho y la justicia, había lanzado una ofensiva bélica contra quienes se habían rendido, y había empujado a la rebelión a quienes estaban en paz, sino también a los cónsules por no marchar a su provincia. Enardecidos por este 4
sentir unánime de los senadores, los tribunos de la plebe Marco Marcio Sermón y Quinto Marcio Escila declararon que impondrían una multa a los cónsules si no salían para su provincia, y leyeron en el senado una propuesta de ley que

[141] Colonia fundada en 183. Cf. XXXIX 55, 9.

tenían intención de presentar acerca de los lígures que se
5 habían sometido. Se establecía que si antes del próximo día
uno de agosto no se le devolvía la libertad a alguno de los
estatelos [142] que se habían rendido, el senado bajo juramento
decidiría quién investigaba el caso y tomaba medidas contra
aquel que, fraudulentamente, lo hubiese reducido a la con-
dición de esclavo. Posteriormente promulgaron este proyecto
6 de ley con el refrendo del senado. Antes de que partieran los
cónsules, el senado recibió en audiencia en el templo de
7 Belona a Gayo Cicereyo, pretor del año anterior. Éste,
después de hacer una exposición de las operaciones que
había llevado a cabo en Córcega y de solicitar en vano el
triunfo, hizo el desfile en el monte Albano [143], cosa que se
había convertido ya en costumbre, pues no se requería una
8 decisión oficial. La plebe acogió y sancionó por gran mayoría
la propuesta de ley Marcia sobre los lígures. En virtud de
aquel decreto de la plebe, el pretor Gayo Licinio preguntó al
senado quién quería que hiciese la investigación prevista en
dicha propuesta de ley. Los senadores dispusieron que la
hiciese él mismo.

22 Sólo entonces salieron los cónsules hacia su provincia, y
2 se hicieron cargo del ejército de Marco Popilio. Marco Popilio,
sin embargo, no se atrevía a volver a Roma por miedo a
tener que defender su causa, teniendo en contra al senado y
aún más hostil al pueblo, ante el pretor que había consultado
al senado acerca de la investigación dirigida en contra suya.
3 Los tribunos de la plebe reaccionaron contra esta reluctancia
suya anunciando otra proposición de ley en virtud de la
cual, si no entraba en Roma antes de los idus de noviembre,

[142] Forma que en Livio alterna con estatelates.

[143] No era contrario a la ley, pero se hacía sin la autorización del senado. Podía quedar registrado en los Fastos.

Gayo Licinio procedería contra él en su ausencia y emitiría veredicto. Regresó, arrastrado por esta coerción, y se presentó 4
ante el senado en un ambiente de hostilidad. Allí fue blanco 5
de las duras invectivas de muchos, aprobándose a continuación un senadoconsulto según el cual los pretores Gayo Licinio y Gneo Sicinio se ocuparían de que les fuera devuelta la libertad a los lígures que no hubiesen sido enemigos con posterioridad al consulado de Quinto Fulvio y Lucio Manlio[144], y el cónsul Gayo Popilio les asignaría tierras al lado de allá del Po. Fueron muchos los miles de personas que 6
recobraron la libertad gracias a este senadoconsulto, siéndoles asignadas tierras una vez que se trasladaron al otro lado del Po. Marco Popilio, por efecto de la ley Marcia, defendió dos 7
veces su causa ante Gayo Licinio; la tercera vez, el pretor, cediendo al deseo de quedar bien con el cónsul y a los ruegos de la familia Popilia, señaló la comparecencia del acusado para los idus de marzo, fecha en que iban a entrar en funciones los nuevos magistrados, evitando así emitir sentencia al convertirse en ciudadano privado. De este modo, 8
la ley referente a los lígures fue obviada con un hábil subterfugio.

Embajadas de Cartago y de Masinisa

En aquella época se encontraban en 23
Roma unos embajadores cartagineses, así como Gulusa[145], hijo de Masinisa. Hubo entre ellos un vivo debate en el senado. Los 2
cartagineses se quejaban de que, aparte del territorio a propósito del cual ya había sido enviada por Roma una comisión para estudiar la situación sobre el

[144] Quinto Fulvio Flaco y Lucio Manlio Acidino habían sido cónsules en 179.

[145] Padre de Masiva y tío de Jugurta.

terreno [146], en el transcurso de los dos últimos años Masinisa había ocupado por la fuerza de las armas más de setenta plazas y enclaves fortificados, cosa que no presentaba ninguna
3 dificultad para alguien sin escrúpulos como él; los cartagineses, con las manos atadas por el tratado, tenían que callarse,
4 pues tenían prohibido salir armados fuera de sus fronteras; aun a sabiendas de que combatirían dentro de su territorio si echaban de allí a los númidas, los disuadía de hacerlo aquella cláusula nada ambigua del tratado que les prohibía taxativamente hacer la guerra a unos aliados del pueblo
5 romano. Pero los cartagineses ya no podían seguir soportando la arrogancia, la crueldad y la codicia de Masinisa. Ellos habían sido enviados para pedir al senado que se tuviera a
6 bien concederles una de estas tres cosas: que mediase con imparcialidad entre ellos y Masinisa resolviendo qué pertenecía a cada uno, que autorizase a los cartagineses a defenderse de una agresión injusta con una guerra justa y legítima, o, en último caso, si para los senadores tenía más peso la simpatía que la verdad, que señalasen de una vez por todas qué posesiones ajenas querían que se le regalasen a Masinisa;
7 seguramente los romanos serían más comedidos en sus dádivas, y ellos a su vez sabrían qué habían otorgado; él por sí mismo no pondría a su arbitrariedad más límite que el de su
8 capricho. Si no se les concedía nada de esto, y si habían incurrido en alguna falta después de serles concedida la paz por Publio Escipión, que fuesen más bien los romanos quienes
9 los castigasen. Ellos preferían una servidumbre sin riesgos bajo la dominación de los romanos a una libertad expuesta
10 a los desafueros de Masinisa; era mejor para ellos, en último extremo, perecer de una vez antes que seguir respirando a merced del capricho del más cruel de los verdugos. Dichas

[146] Cf. XL 17, 1-6.

estas palabras, se postraron llorando, y, tendidos en tierra, despertaron tanta animosidad hacia el rey como conmiseración hacia ellos.

Se decidió preguntar a Gulusa qué respondía a estas acu- 24
saciones, o, si prefería exponer esto antes, cuál era el motivo de su venida a Roma. Gulusa dijo que ni a él le resultaba 2
fácil referirse a unas cuestiones acerca de las cuales no tenía instrucción alguna de su padre, ni a su padre le hubiera resultado fácil darle instrucciones, ya que los cartagineses no habían dejado entrever ni de qué iban a tratar ni tampoco que pensaban dirigirse a Roma. Habían tenido una reunión 3
secreta de principales durante varias noches, en el templo de Esculapio, de la que nada había trascendido [147] salvo el envío de embajadores a Roma con instrucciones secretas. Ése había 4
sido el motivo de que su padre le enviara a Roma para rogar al senado que no diese el menor crédito a las acusaciones de los enemigos comunes que le odiaban sin más razón que su inalterable lealtad hacia el pueblo romano. Una vez oídas las 5
intervenciones de las dos partes, el senado, consultado acerca de las peticiones de los cartagineses, autorizó la siguiente respuesta: su decisión era que Gulusa partiera inmediatamente 6
para Numidia y comunicara a su padre que enviase embajadores al senado cuanto antes para tratar las cuestiones de las que se quejaban los cartagineses, y que lo notificase a los cartagineses para que acudieran a discutir el asunto. El senado 7
había hecho y estaba dispuesto a hacer en honor de Masinisa cualquier otra cosa que estuviera en su mano, pero no sacrificaba la justicia a la simpatía. Era voluntad suya que 8
cada uno ejerciese la posesión de aquello que le pertenecía, y no tenía intención de fijar fronteras nuevas, sino de mantener las antiguas. Si les había otorgado a los cartagineses 9

[147] Traducimos *nihil emanasse praeterquam* (DRAKENBORCH).

vencidos tanto una ciudad como un territorio, no había sido con el objeto de arrebatarles injustamente en tiempos de paz lo que no les había quitado por derecho de guerra. Con esta
10 respuesta fueron despedidos el príncipe y los cartagineses. Se les hicieron a unos y a otros los obsequios de costumbre y se guardaron las demás formas de cortesía de la hospitalidad.

Informes sobre Perseo y Gencio. Preparativos de guerra contra Macedonia

25 Por la misma época regresaron los embajadores Gneo Servilio Cepión, Apio Claudio Centón y Tito Annio Lusco [148], que habían sido enviados a Macedonia [149] a presentar reclamaciones y denunciar el
2 tratado de amistad con el rey. Éstos avivaron aún más la hostilidad que el senado por su cuenta sentía ya hacia Perseo cuando hicieron una exposición detallada de lo que habían visto y oído. Habían observado que se estaba preparando la guerra con gran intensidad en todas las ciudades de Mace-
3 donia. Cuando llegaron al palacio del rey, durante muchos días no se les había dado la posibilidad de entrevistarse con él; por último, cuando habían emprendido el camino de vuelta por haber perdido ya las esperanzas de una entrevista, entonces por fin les hicieron dar la vuelta y fueron conducidos
4 a su presencia. Sus palabras, a grandes rasgos, fueron las siguientes: se había firmado con Filipo un tratado, renovado con él mismo tras la muerte de su padre, en el cual se le prohibía tajantemente salir armado fuera de sus fronteras así como provocar con actos de guerra a los aliados del
5 pueblo romano. Seguidamente le expusieron punto por punto los hechos que ellos personalmente le habían oído referir a Éumenes en el senado, verídicos y comprobados en su tota-

[148] Había sido pretor en 175.

[149] Esta embajada no ha sido mencionada anteriormente.

lidad. Además, el rey había estado reunido en secreto durante 6
varios días en Samotracia con legaciones de las ciudades de
Asia. El senado estimaba justo que se le diera una satisfacción 7
por estas irregularidades, y que se devolviera a los romanos
y también a sus aliados todo aquello que tenía en su poder
en contra de las cláusulas del tratado. El rey, ante esto, en un 8
principio habló de forma destemplada, encendido de cólera,
acusando a los romanos de codicia y prepotencia y protestando violentamente por el hecho de que enviaran una embajada tras otra a espiar lo que decía y lo que hacía porque
se creían con derecho a que él tuviera que atenerse a un
gesto o a una orden suya cada vez que hablaba o hacía algo;
por último, después de gritar mucho y durante mucho tiempo, 9
les ordenó que volviesen al día siguiente, que quería darles
su respuesta por escrito. Entonces les entregó un texto re- 10
dactado en este sentido: el tratado suscrito con su padre no
le concernía en absoluto; él había consentido en la renovación
del mismo no porque estuviera de acuerdo sino porque
cuando se acaba de ocupar el trono es preciso tolerarlo
todo. Si querían hacer un nuevo tratado con él, primero 11
debían llegar a un acuerdo sobre las condiciones; si estaban
dispuestos a que se hiciera un tratado en términos de igualdad,
él, por su parte, vería qué le convenía hacer, y suponía que
ellos, por la suya, harían sus consultas de acuerdo con los
intereses de su Estado. Y con esto salió bruscamente, y se 12
comenzó a hacer salir a todos del palacio. Entonces ellos
denunciaron el tratado de alianza y amistad. Encendido por
tales palabras se paró y a voces los conminó a salir de las
fronteras de su reino en un plazo de tres días. Así era como 13
habían partido; ni durante su estancia ni en el momento de
marchar se había tenido con ellos el menor gesto de hospitalidad ni de cortesía. A continuación se dio audiencia a los
embajadores tesalios y etolios. El senado, con el objeto de 14

saber cuanto antes con qué generales iba a contar la república, acordó remitir una carta a los cónsules para que uno de los dos, el que pudiera, acudiese a Roma para las elecciones de magistrados.

26 Durante aquel año los cónsules no habían hecho por la república nada especial que merezca la pena recordar. Había parecido más conveniente a los intereses del Estado contener y apaciguar la exasperación de los lígures.

2 Cuando se estaba a la espera de la guerra de Macedonia, también Gencio, el rey de los ilirios [150], fue puesto bajo sospecha por unos embajadores de los iseos [151], que se quejaron de que había devastado su territorio y al mismo tiempo informaron de que había una total armonía entre el rey de Macedonia y el del Ilírico; que estaban preparando la guerra
3 contra los romanos con una estrategia común y que se encontraban en Roma, aparentemente como embajadores, unos espías ilirios enviados por iniciativa de Perseo para averiguar
4 qué se estaba haciendo. Llamados al senado, los ilirios dijeron que habían sido enviados como embajadores del rey para exculparlo de las eventuales acusaciones que pudieran pre-
5 sentar contra él los iseos; entonces se les preguntó por qué en ese caso no se habían dirigido al magistrado para recibir alojamiento y hospitalidad según la costumbre establecida, y, en todo caso, para que se tuviera conocimiento de su venida y del objeto de la misma. Como se mostraban vacilantes acerca de la respuesta, se les dijo que salieran de la
6 curia; se decidió que no se les respondería como a embajadores puesto que no habían solicitado dirigirse al senado, y se acordó enviar embajadores al rey para poner en su conoci-

[150] Rey, en realidad, de una parte de los ilirios: los labeates, según XLIII 19, 3.

[151] De la isla de Isa. Cf. XXXI 45, 10.

miento las quejas de los aliados y hacerle saber que el senado consideraba que no obraba como debía al no mantener al margen de sus desafueros a los aliados de Roma. Para 7
esta embajada fueron enviados Aulo Terencio Varrón[152], Gayo Pletorio y Gayo Cicereyo.

Volvieron de Asia los embajadores enviados a girar una visita a los reyes aliados, e informaron de que se habían entrevistado con Éumenes en Egina, con Antíoco en Siria y con Tolomeo en Alejandría. Todos éstos habían sido tanteados 8
por embajadas de Perseo, pero seguían siendo plenamente leales y se habían comprometido a aportar todo lo que el pueblo romano pidiese. También se habían dirigido a las ciudades aliadas. A los demás los habían encontrado suficientemente fieles; a los rodios, en cambio, vacilantes e influidos por las ideas de Perseo. Habían venido embajadores 9
rodios a justificarse frente a los comentarios acusatorios que sabían que circulaban por todas partes acerca de su ciudad, pero se decidió que el senado no les diera audiencia hasta que entraran en funciones los nuevos cónsules.

Se decidió no retrasar los preparativos de la guerra. Se 27
encomendó al pretor Gayo Licinio la tarea de reparar, de entre las quinquerremes viejas que estaban en el dique seco en los astilleros de Roma, aquellas que pudieran servir, hasta equipar cincuenta navíos. Si le faltaba alguno para 2
completar dicha cifra, que escribiese a su colega Gayo Memio a Sicilia para que hiciese reparar y equipase las naves que había en Sicilia a fin de poder enviarlas a Brundisio lo antes posible. El pretor Gayo Licinio recibió instrucciones de re- 3
clutar entre los ciudadanos romanos soldados de marina, con la condición de libertos, para veinticinco navíos; para los otros veinticinco, Gneo Sicinio exigiría a los aliados un

[152] Había sido pretor en 184.

contingente igual; este mismo pretor exigiría ocho mil infantes
4 y cuatrocientos jinetes a los aliados de derecho latino. Para hacerse cargo de estas tropas en Brundisio y enviarlas a Macedonia fue elegido Aulo Atilio Serrano, que había sido
5 pretor el año anterior. Con el fin de que el pretor Gneo Sicinio dispusiese de un ejército listo para hacer la travesía, el pretor Gayo Licinio, por orden del senado, escribió al cónsul Gayo Popilio para que diese orden de que se concentrasen en Brundisio el día trece de febrero la segunda legión, que estaba formada sobre todo por veteranos y se encontraba en Liguria, y cuatro mil infantes y doscientos jinetes de los
6 aliados de derecho latino. Con esta flota y este ejército, Gneo Sicinio recibió órdenes de mantener el control de la provincia de Macedonia hasta la llegada de su sucesor, siéndole prorrogado el mando por un año. Todas estas disposiciones que
7 adoptó el senado fueron cumplidas con prontitud. Se sacaron treinta naves de los astilleros; Lucio Porcio Lícino fue el encargado de conducirlas a Brundisio; desde Sicilia se envia-
8 ron doce. Con el objeto de comprar trigo para la flota y el ejército se enviaron a Apulia y a Calabria tres comisarios: Sexto Digicio, Tito Juvencio[153] y Marco Cecilio. Cuando estuvo todo dispuesto llegó a Brundisio el pretor Gneo Sicinio, que había salido de Roma en uniforme de campaña.

Elecciones

28 El cónsul Gayo Popilio regresó a Roma casi al finalizar el año, bastante más tarde de lo que había decidido el senado, que había estimado conveniente para los intereses del Estado que se hiciera cuanto antes la elección de magistrados, dada la inminencia de una guerra
2 tan importante. De ahí que el cónsul no tuviera una acogida

[153] Tito Juvencio Talna, que fue pretor en 194.

favorable cuando los senadores escucharon en el templo de Belona su disertación acerca de las operaciones llevadas a cabo en Liguria. Le interrumpían reiteradamente los gritos 3
y las preguntas de por qué no había devuelto la libertad a los lígures oprimidos por la reprobable acción de su hermano.
Los comicios consulares tuvieron lugar en la fecha prefijada, 4
once días antes de las calendas de marzo. Resultaron elegidos 5
cónsules[154] Publio Licinio Craso y Gayo Casio Longino. Al día siguiente fueron elegidos pretores Gayo Sulpicio Galba, Lucio Furio Filo, Lucio Canuleyo Dívite, Gayo Lucrecio Galo, Gayo Caninio Rebilo y Lucio Vilio Annal. Las pro- 6
vincias asignadas a estos pretores fueron las dos jurisdicciones de Roma, Hispania[155], Sicilia y Cerdeña, de suerte que el destino de uno de ellos quedaba por entero a expensas de lo que el senado decidiese. El senado ordenó a los cónsules 7
electos que el día de su entrada en funciones hiciesen una inmolación ritual de víctimas adultas elevando una plegaria para que la guerra que el pueblo romano tenía intención de emprender tuviese un desenlace favorable. El mismo día 8
decretó el senado que el cónsul Gayo Popilio prometiese con voto la celebración de unos juegos de diez días de duración en honor de Júpiter Óptimo Máximo y la presentación de ofrendas en todos los altares si la república se mantenía en el mismo estado durante diez años. Tal como habían decidido, 9
el cónsul prometió con voto en el Capitolio la celebración de los juegos y la presentación de las ofrendas con el presupuesto que fijase por decreto el senado en una sesión que contase al menos con ciento cincuenta asistentes. Esta promesa votiva

[154] Para el año 171.

[155] Hispania había sido dividida en dos provincias en 197. A partir de ahora aparece como una sola (de forma que el senado puede disponer de uno de los pretores), y en 167 es dividida de nuevo (cf. XLV 16, 1 y 3).

se hizo repitiendo las palabras que iba pronunciando previamente el pontífice máximo Lépido[156].

10 Aquel año murieron los sacerdotes del culto público Lucio Emilio Papo[157], decénviro de los sacrificios, y Quinto Fulvio Flaco, pontífice, que el año anterior había sido censor[158].
11 Este último tuvo una muerte horrible. Llegó la noticia de que de sus dos hijos, que entonces servían las armas en el Ilírico, uno había muerto y el otro padecía una enfermedad grave y
12 peligrosa. Su ánimo quedó sumido a la vez en el luto y la inquietud; por la mañana, al entrar en su habitación, los esclavos lo encontraron colgado con una cuerda al cuello. Corrían rumores de que después de la censura no andaba del todo en sus cabales; la gente comentaba que la ira de Juno Lacinia por haber espoliado su templo[159] le había quitado la
13 razón. Para ocupar la plaza de Emilio fue elegido decénviro Marco Valerio Mesala; en sustitución de Fulvio fue elegido pontífice un sacerdote muy joven, Gneo Domicio Ahenobarbo[160].

El frente aliado. Asignación de tropas y mandos

29 Durante el consulado de Publio Licinio y Gayo Casio, la atención no sólo de Roma y de la tierra de Italia, sino de todos los reyes y las ciudades de Europa y Asia, estaba centrada en la preocupación por la
2 guerra entre Macedonia y Roma. Éumenes tenía el acicate de su odio antiguo y también de su rabia reciente por haber estado a punto de ser inmolado en Delfos como una víctima
3 por la villanía del rey. Prusias, rey de Bitinia, había decidido

[156] Marco Emilio Lépido, el cónsul de 187 y 175.

[157] Fue pretor en 205.

[158] Cf. XLI 27, 1.

[159] Véase *supra*, 3, 1 ss.

[160] Sería cónsul en 161.

abstenerse de una intervención armada y esperar el desenlace,
pues los romanos no podían considerar justo que empuñara
las armas en contra del hermano de su mujer, y por otra
parte, si Perseo resultaba vencedor, podría conseguir la
reconciliación por mediación de su hermana. Ariarates, rey 4
de Capadocia, aparte del hecho de haber prometido perso-
nalmente su ayuda a los romanos, desde que había emparen-
tado con Éumenes compartía con él todos los proyectos de
guerra y de paz. Antíoco, sin duda, andaba rondando el reino 5
de Egipto, despreocupado dada la corta edad del rey y la
ineptitud de sus tutores, y calculaba que a base de suscitar
disputas a propósito de Celesiria [161] encontraría un pretexto
para una guerra que haría sin el menor obstáculo por estar 6
los romanos enfrascados en la guerra con Macedonia; para
esta guerra, sin embargo, había prometido en todo su ayuda
sin reservas bien al senado, a través de sus embajadores,
bien personalmente a los embajadores romanos. Tolomeo, 7
en razón de su edad, también estaba aún bajo la dependencia
de otros; en cuanto a sus tutores, por un lado preparaban
una guerra contra Antíoco con la que reivindicar Celesiria y,
por otro, prometían toda su colaboración a los romanos
para la guerra macedónica. Masinisa ayudaba con trigo a 8
a los romanos y además se disponía a enviar a la guerra
tropas auxiliares con elefantes, así como a su hijo Misagenes.
Pero tenía planes previstos para cualquier eventualidad de
la manera siguiente: si la victoria favorecía a los romanos, su 9
situación seguiría también siendo la misma y no habría
necesidad de hacer ningún otro movimiento, pues los romanos
no iban a consentir que se empleara la fuerza contra los
cartagineses; si saltaba en pedazos el poderío romano que 10
ahora protegía a los cartagineses, África entera sería suya.

[161] Cf. XXXIII 19, 8 nota.

11 Gencio, el rey de los ilirios, sin tener del todo decidido a qué
bando apoyaría, había dado pie a que los romanos recelaran
de él, y daba la impresión de que se pondría de parte de unos
12 u otros más por impulso que por reflexión. El tracio Cotis,
rey de los odrisas[162], estaba desde hacía ya tiempo[163] de
parte de los macedonios.

30 Mientras que ésta era la posición de los reyes con respecto
a la guerra, en los pueblos y naciones libres la casi totalidad
de la población estaba en todas partes, como es habitual, del
lado de la causa peor, proclive al rey y a los macedonios, y
entre los dirigentes se podían observar diferentes tendencias.
2 Unos eran tan decididamente prorromanos que comprometían
3 su prestigio con su excesiva parcialidad, algunos por estar
convencidos de la justicia del poder romano y los más
porque pensaban que llegarían a ser poderosos en sus respectivas
ciudades si se significaban por su colaboracionismo.
4 Otro grupo estaba formado por los aduladores del rey; unos
tendían a un cambio total en la situación empujados por las
deudas y la falta de perspectivas si las cosas seguían como
estaban; otros lo hacían por versatilidad de carácter, ya que
el viento de la popularidad soplaba en la dirección de Perseo.
5 Un tercer grupo, el de los mejores y los más inteligentes,
prefería estar sometido a los romanos antes que al rey, en el
caso, claro está, de que se les presentara la disyuntiva de
6 elegir el amo preferible; pero si estuvieran en situación de
elegir libremente su suerte, lo que preferían era no que uno
de los dos bandos se hiciese más poderoso que el otro, sino
que la paz fuese la resultante de un equilibrio entre ambos,
conservando íntegras sus fuerzas unos y otros; de este modo,
sus ciudades, situadas entre las dos potencias, estarían en

[162] Véase XXXIX 53, 12.

[163] Traducimos *iamdudum* (GIARRATANO).

inmejorable posición al contar siempre con una de ellas
frente a los abusos de la otra. Sintiendo así, observaban en 7
silencio y sin comprometerse los enfrentamientos entre los
partidarios de uno y otro bando.

El día en que entraron en funciones, los cónsules, de 8
acuerdo con el decreto del senado, sacrificaron víctimas
adultas en todos los altares en los que habitualmente se
ofrece un lectisternio durante la mayor parte del año, y,
después de obtener el augurio de que sus súplicas habían
sido acogidas por los dioses inmortales, comunicaron al
senado que se habían ofrecido en la forma ritual el sacrificio
y la súplica por la guerra. La respuesta de los arúspices fue 9
la siguiente: si se comenzaba alguna nueva empresa, había
que darse prisa; los presagios anunciaban una victoria, un
triunfo y una ampliación del imperio. Los senadores dispu- 10
sieron que por el bien, la prosperidad y el bienestar del
pueblo romano, los cónsules presentasen cuanto antes al
pueblo reunido en comicios centuriados esta propuesta:
puesto que Perseo, hijo de Filipo, rey de Macedonia, violando
el tratado firmado con su padre Filipo y renovado con él
mismo tras la muerte de éste, había atacado a unos aliados
del pueblo romano, devastado sus campos y ocupado sus
ciudades, y puesto que había urdido planes para preparar 11
una guerra contra el pueblo romano, reuniendo armas y
soldados y una flota con ese propósito, si no ofrecía una
satisfacción por estos actos se emprendería la guerra contra
él. Esta propuesta de ley fue presentada al pueblo.

A continuación se aprobó un decreto del senado dis- 31
poniendo que los cónsules se repartieran de mutuo acuerdo
o por sorteo las provincias de Italia y Macedonia; aquel a
quien correspondiese Macedonia haría la guerra al rey Perseo
y a los que hiciesen causa común con él si no ofrecían una
satisfacción al pueblo romano. Se tomó la decisión de reclutar 2

cuatro legiones, dos para cada cónsul. Para la provincia de Macedonia se hizo una concesión especial: mientras que para las legiones del otro cónsul se asignaban, de acuerdo con la práctica establecida desde antiguo, cinco mil doscientos infantes a cada una, para Macedonia se ordenó el reclutamiento de seis mil infantes y el mismo número de jinetes,
3 trescientos, para cada legión. También con respecto a las fuerzas aliadas se aumentó el número de efectivos de uno de los cónsules: pasarían a Macedonia dieciséis mil soldados de infantería y ochocientos de caballería, además de los seis-
4 cientos [164] jinetes que había llevado Gneo Sicinio. Para Italia parecieron suficientes doce mil infantes aliados y seiscientos jinetes. También se adoptó una providencia especial para el cónsul que obtuviese Macedonia en el sorteo: alistaría a los soldados veteranos que quisiera hasta un límite de edad de
5 cincuenta años [165]. En el caso de los tribunos militares se introdujo aquel año una innovación en consideración a la guerra de Macedonia: los cónsules, en virtud de una resolución del senado, presentaron al pueblo la propuesta de que los tribunos militares no fueran elegidos aquel año mediante sufragio [166], sino que su nombramiento quedase al libre criterio
6 de los cónsules y los pretores. Entre los pretores se repartieron los mandos de la manera siguiente: se acordó que el pretor designado por la suerte para ir a donde el senado lo enviase,
7 se trasladaría a Brundisio, destinado a la flota; allí pasaría revista a los aliados navales y, después de licenciar a los que

---

[164] Cuatrocientos según 27, 3.

[165] El mismo límite en XL 26, 7. Cuarenta y seis años en XLIII 14, 6. El habitual era el de cuarenta y cinco.

[166] El pueblo elige por primera vez a una parte de los tribunos militares en 362 (cf. VII 5, 9 y nota). Hubo variaciones en cuanto al número de los que elegía, hasta que en 168 (cf. XLIV 21, 2 ss.) el general nombra a la mitad y el pueblo elige a la otra mitad de un total de ocho legiones.

no fuesen aptos, alistaría suplentes entre los libertos, procurando que hubiese dos tercios de ciudadanos romanos y un tercio de aliados. Se decidió encargar a los pretores a los que 8
correspondieran las provincias de Sicilia y Cerdeña la tarea de transportar suministros para la flota y las legiones desde dichas provincias, exigiendo a los sículos y a los sardos un segundo diezmo de contribución en trigo para su transporte a Macedonia, para el ejército. En el sorteo correspondió 9
Sicilia a Gayo Caninio Rebilo, Cerdeña a Lucio Furio Filo, Hispania a Lucio Canuleyo, la jurisdicción urbana a Gayo Sulpicio Galba y la peregrina a Lucio Vilio Annal; a Gayo Lucrecio Galo le tocó en suerte el destino que el senado decidiese.

Provincias. Leva: discurso del centurión Espurio Ligustino

Hubo entre los cónsules un cruce de sutilezas, más que un conflicto serio, a propósito de la asignación de provincias. Casio decía que iba a ejercer su opción sobre Macedonia sin echarlo a suertes y que su colega no podía entrar en un sorteo con él sin quebrantar su 32
juramento. Cuando era pretor, para no ir a su provincia había 2
jurado ante la asamblea del pueblo que tenía que celebrar, en un lugar y en unas fechas determinadas, unos sacrificios que no se podían celebrar en su ausencia sin incurrir en irregularidad[167]; la posibilidad de celebrarlos en debida forma no era mayor en ausencia del cónsul que en ausencia del pretor, a no ser que el senado considerase que había que tener 3
más en cuenta lo que Publio Licinio quería siendo cónsul que lo que había jurado siendo pretor; él, no obstante, estaría a disposición del senado. Consultados los senadores, 4
consideraron pretencioso por su parte negar una provincia a

[167] Cf. XLI 15, 10.

alguien a quien el pueblo romano no había negado el consu-
lado, y ordenaron que los cónsules hiciesen el sorteo. A
Publio Licinio le tocó Macedonia, y a Gayo Casio, Italia.
5 Después sortearon las legiones; la primera y la tercera se
trasladarían a Macedonia, la segunda y la cuarta se quedarían
en Italia.

6 Los cónsules ponían en el reclutamiento mucha más
dedicación que en otras ocasiones. Licinio alistaba también
soldados y centuriones veteranos, y muchos se apuntaban
como voluntarios porque veían que los que habían militado
en la anterior guerra contra Macedonia o contra Antíoco en
7 Asia se habían enriquecido. Como los tribunos militares
que...[168] a los centuriones, sino que los alistaban por el
orden en que se presentaban, veintitrés centuriones que
habían sido primipilos apelaron a los tribunos de la plebe
cuando fueron inscritos. Dos miembros de este colegio,
Marco Fulvio Nobilior y Marco Claudio Marcelo, eran
8 partidarios de remitir la cuestión a los cónsules: el examen
del caso debía corresponder a quienes habían sido encargados
del reclutamiento y de la guerra; los demás decían que iban
a entrar en el examen de una cuestión sobre la cual se había
apelado a ellos, y en caso de producirse un agravio, prestarían
apoyo a unos ciudadanos.

33 El examen del caso tenía lugar ante los bancos de los
tribunos; allí acudieron el ex cónsul Marco Popilio, asesor
2 de los centuriones, los centuriones y el cónsul. El cónsul
solicitó en seguida que se tratara el caso ante la asamblea, a
la que fue convocado el pueblo. Marco Popilio, que había
sido cónsul hacía dos años, pronunció unas palabras en
3 defensa de los centuriones diciendo que aquellos militares

[168] La conjetura de NOVAK para esta laguna se traduciría: «hacían el alistamiento no seleccionaban».

habían cumplido el período reglamentario de servicio y
estaban físicamente agotados por la edad y las continuas
fatigas; sin embargo, no se negaban en absoluto a prestar su
colaboración al Estado; lo único que pedían era que no se
les asignase un rango inferior al que tenían cuando estaban
en activo. El cónsul Publio Licinio mandó dar lectura a las 4
resoluciones del senado, primero la que autorizaba la guerra
contra Perseo y luego aquella en la que se decidía alistar
para dicha guerra el mayor número posible de antiguos
centuriones sin concesiones de exención para nadie que no
sobrepasase los cincuenta años. Pidió luego encarecidamente 5
que, ante una guerra nueva tan próxima a Italia y contra un
rey tan poderoso, no pusieran obstáculos a los tribunos mili- 6
tares que realizaban el reclutamiento ni impidieran que el
cónsul asignara a cada uno una graduación acorde con los
intereses del Estado. Si había algún punto dudoso en aquella
cuestión, que lo remitieran al senado.

Una vez que el cónsul hubo dicho lo que quería decir, 34
Espurio Ligustino, uno de los que habían apelado a los
tribunos de la plebe, solicitó del cónsul y de los tribunos
permiso para dirigir al pueblo unas breves palabras. Con la 2
autorización de todos ellos habló, dicen, en estos términos:
«Quirites, soy Espurio Ligustino, de la tribu crustumina[169],
oriundo de la Sabina. Mi padre me dejó una yugada de
tierra y una pequeña cabaña en la que nací y me crié, y en la
que vivo en la actualidad. Cuando tuve edad para ello, mi 3
padre me dio por esposa a la hija de su hermano, que lo
único que trajo consigo fue su condición de libre y su
honestidad, y, además de estas dotes, una fecundidad que
incluso para una casa rica sería suficiente. Tenemos seis 4
hijos y dos hijas, ambas casadas ya. Cuatro de los hijos

[169] Cf. II 21, 7, nota.

5 visten la toga viril y dos la pretexta. Me hice soldado cuando
el consulado de Publio Sulpicio y Gayo Aurelio [170]. En aquel
ejército que se trasladó a Macedonia milité durante dos años
como simple soldado en la campaña contra el rey Filipo; al
tercer año, Tito Quincio Flaminino me asignó, por mi valor,
6 el décimo manípulo de *hastati*. Una vez derrotados Filipo
y los macedonios, volvimos a Italia y fuimos licenciados, e
inmediatamente partí hacia Hispania como voluntario con
7 el cónsul Marco Porcio [171]. Quienes en su largo servicio han
tenido la experiencia de militar a las órdenes de este y de
otros generales saben que ningún otro entre todos los gene-
rales vivientes ha sido un observador y un juez más riguroso
de la valentía. Este general me consideró digno de recibir el
8 mando de la primera centuria de *hastati*. Por tercera vez, de
nuevo como voluntario, me incorporé a aquel ejército que
fue enviado contra los etolios y el rey Antíoco [172]. Manio
Acilio me asignó el rango de primer centurión de la primera
9 centuria de los *principes*. Tras la expulsión del rey Antíoco
y el sometimiento de los etolios nos trajeron de nuevo a
Italia y después serví dos veces en las legiones, que hacían
campañas de un año. Posteriormente hice dos campañas en
Hispania, una con el pretor Quinto Fulvio Flaco [173] y otra
10 con el pretor Tiberio Sempronio Graco [174]. Flaco me incluyó
entre los que se llevaba de la provincia, en consideración a
su valor, para el desfile triunfal. A Tiberio Graco lo acompañé
11 a su provincia a petición suya. Fui centurión primipilo [175]

[170] Publio Sulpicio Galba y Gayo Aurelio Cota habían sido cónsules en el año 200.

[171] Marco Porcio Catón; año 195.

[172] En 191.

[173] En el año 181.

[174] En 180.

[175] El grado más alto de la carrera de un centurión, que iba desde el

cuatro veces en el transcurso de pocos años; treinta y cuatro veces recibí de mis generales la recompensa al valor. He recibido seis coronas cívicas[176]. Tengo cumplidos veintidós años de servicio en el ejército, y he superado los cincuenta.
Aun cuando no hubiera cumplido por entero mi período de 12
servicio y no estuviera exento en razón de la edad, incluso en ese caso, Publio Licinio, sería justo que se me licenciase, puesto que puedo proporcionaros cuatro soldados en mi
lugar. Pero me gustaría que toméis estas palabras como 13
pronunciadas en defensa de mi situación: personalmente no pretenderé nunca quedar exento mientras me considere apto para el servicio cualquiera que lleve a cabo un reclutamiento.
A los propios tribunos militares compete decidir de qué rango 14
me consideran digno, y yo pondré los medios para que nadie en el ejército me gane en valor; tanto mis generales como los que hicieron el servicio conmigo son testigos de que siempre
actué así. En vuestro caso, camaradas, aunque al apelar 15
estáis ejerciendo vuestro derecho, como al ser tan jóvenes no habéis hecho nunca nada en contra de la autoridad de los magistrados y del senado, justo es que también ahora estéis a disposición de los cónsules y del senado y consideréis honroso cualquier puesto y estéis dispuestos a defender desde él a la república».

Levas suplementarias. Embajada de Perseo

Cuando hubo pronunciado estas pala- 35
bras, el cónsul Publio Licinio le prodigó multitud de elogios y se lo llevó de la
asamblea al senado. También allí se le 2
dieron las gracias en nombre del senado, y los tribunos militares, en consideración a su valor, le asigna-

mando del décimo manípulo de los *hastati posteriores* hasta el primer manípulo de los *triarii priores:* sesenta escalones.

[176] Se concedían por salvar la vida a un conciudadano.

ron el rango de primipilo en la primera legión. Los demás centuriones desistieron de la apelación y respondieron disciplinadamente al llamamiento.

3 Con el objeto de que los magistrados marcharan antes a sus provincias se celebraron las Ferias Latinas el día primero de junio, y, una vez celebrada esta festividad, el pretor Gayo Lucrecio salió para Brundisio enviando por delante todo lo
4 necesario para la flota. Además de los dos ejércitos que estaban preparando los cónsules se encomendó al pretor Gayo Sulpicio Galba la tarea de alistar cuatro legiones urbanas con los efectivos reglamentarios de infantería y caballería y de elegir entre los senadores cuatro tribunos militares para
5 mandarlas; a los aliados de derecho latino les exigiría quince mil infantes y mil doscientos jinetes; este ejército estaría
6 preparado para ir a donde el senado decidiese. A petición del cónsul Publio Licinio se añadió a su ejército de ciudadanos y aliados un contingente de tropas auxiliares integrado por dos mil lígures, un número no especificado de arqueros cretenses —los que enviasen los cretenses previa petición—,
7 y también elefantes y jinetes númidas. A tal efecto fueron enviados Lucio Postumio Albino, Quinto Terencio Culeón [177] y Gayo Aburio como embajadores ante Masinisa y los cartagineses. También se acordó que fueran a Creta tres embajadores, Aulo Postumio Albino, Gayo Decimio [178] y Aulo Licinio Nerva [179].

36 Por la misma época llegaron unos embajadores de Perseo. No se juzgó oportuno dejarles entrar en la ciudad dado que ya había decretado el senado y ordenado el pueblo [180] la
2 guerra contra su rey y contra los macedonios. Presentados

[177] Había sido tribuno de la plebe en 189 y pretor en 187.

[178] Sería pretor en 169.

[179] Sería pretor en 166, con destino en una de las Hispanias.

[180] Cf. *supra*, 30, 10 s.

ante el senado reunido en el templo de Belona, pronunciaron unas palabras con el contenido siguiente: el rey Perseo se preguntaba extrañado la razón por la que se habían transportado ejércitos a Macedonia; si podía conseguir que se les 3 hiciera regresar, el rey estaba dispuesto a dar la satisfacción que el senado arbitrara si tenían alguna queja por abusos cometidos con sus aliados. En el senado se encontraba Espurio 4 Carvilio, enviado desde Grecia por Gneo Sicinio precisamente por este motivo. Cuando denunció la agresión armada contra Perrebia, la toma de varias ciudades de Tesalia y las demás operaciones que estaba preparando el rey, se instó a los embajadores a que respondieran a estas acusaciones. Como 5 se mostraban vacilantes diciendo que no tenían más instrucciones, se les indicó que regresaran y comunicaran al rey que dentro de poco se encontraría en Macedonia el cónsul Publio Licinio con su ejército, que le enviase embajadores si tenía 6 intención de ofrecer una reparación; no tenía a qué enviarlos ya a Roma, pues no se le permitiría atravesar Italia a ninguno de ellos. Después de despacharlos de esta manera, se encargó 7 al cónsul Publio Licinio de conminarlos a salir de Italia en un plazo de diez días y de enviar a Espurio Carvilio para que los escoltara hasta que embarcasen. Todo esto ocurrió en 8 Roma cuando aún no habían salido los cónsules hacia sus provincias.

Oriente: movimientos de tropas. Embajadas

En ese momento, Gneo Sicinio, que antes de cesar en su cargo había sido enviado por delante a la flota y al ejército a Brundisio y había transportado al Epiro cinco mil soldados de infantería y trescientos de caballería, estaba acampado cerca de Ninfeo [181], en el territorio

[181] Al suroeste de Apolonia, junto al Aoo.

9 de Apolonia. Desde allí envió tribunos con dos mil soldados para ocupar los enclaves fortificados de los desarecios y los ilirios[182] que solicitaban guarniciones ellos mismos para estar mejor protegidos frente a un ataque de sus vecinos los macedonios.

37 Pocos días más tarde, Quinto Marcio[183], Aulo Atilio, Publio[184] y Servio[185] Cornelio Léntulo y Lucio Decimio, enviados a Grecia como embajadores, se llevaron con ellos a Corcira un millar de soldados de a pie; allí se repartieron
2 los soldados, así como las regiones a las que dirigirse. Lucio Decimio fue enviado a Gencio, el rey de los ilirios; se le dieron instrucciones de que, si veía que para el rey significaba algo la amistad con el pueblo romano, tratase de mantenerlo
3 así o incluso de atraerlo a una alianza militar. Los Léntulos fueron enviados a Cefalania con instrucciones de cruzar al Peloponeso y bordear la costa occidental antes del invierno.
4 A Marcio y Atilio se les asignó la misión de recorrer el Epiro, Etolia y Tesalia con instrucciones de visitar luego Beocia y Eubea y cruzar después al Peloponeso, donde se
5 proponían reunirse con los Léntulos. Antes de que partieran de Corcira en distintas direcciones, les llegó una carta de Perseo en la que preguntaba qué razones tenían los romanos
6 para trasladar tropas a Grecia o para ocupar las ciudades. Se decidió no darle una contestación por escrito, sino decirle al mensajero que había traído su carta que los romanos lo
7 hacían por razones de seguridad de las propias ciudades. Los Léntulos, en su recorrido por las plazas del Peloponeso, animaban a todas las ciudades sin distinción a colaborar con

182 Ilirios que no eran súbditos de Gencio.

183 Quinto Marcio Filipo había sido pretor en 188 y cónsul en 186, y volvería a ser cónsul en 169.

184 Publio Cornelio Léntulo sería edil curul en 169 y cónsul en 162.

185 Servio Cornelio Léntulo sería pretor en 169 con destino en Sicilia.

los romanos en la guerra contra Perseo con el mismo ánimo y la misma lealtad con que les habían ayudado en la guerra contra Filipo primero y contra Antíoco después; con ello 8
provocaban murmullos de protesta en las asambleas, indignándose los aqueos por el hecho de que a ellos, que habían prestado toda clase de ayuda a los romanos desde los comienzos de la guerra de Macedonia, se les tuviera en la misma consideración que a los mesenios y los elios, que habían sido enemigos de los romanos en la guerra contra Filipo y posteriormente, además, habían tomado las armas a favor de Antíoco y en contra del pueblo romano y, tras su 9
reciente incorporación a la Liga Aquea, se quejaban de ser entregados como botín de guerra a los aqueos vencedores.

Marcio y Atilio subieron a Gitana[186], ciudad del Epiro 38
situada a diez millas del mar, donde se reunió una asamblea de epirotas que los escucharon con generales muestras de asentimiento y, además, enviaron cuatrocientos jóvenes a los orestas[187] para que sirvieran de protección a los que habían sido liberados de los macedonios. Desde allí prosi- 2
guieron hasta Etolia, donde se detuvieron mientras se procedía al nombramiento de otro pretor[188] en sustitución del que había fallecido, y una vez elegido pretor Licisco, que, como bien se sabía, era favorable a la causa de los romanos, pasaron a Tesalia. Allí se presentaron unos enviados acarnanes y unos exiliados beocios. A los acarnanes se les dijo que 3
comunicaran a los suyos que se les ofrecía la oportunidad de enmendar los errores que habían cometido contra el pueblo romano, engañados por las promesas de los reyes, primero

[186] Hoy Melvino, en Albania.

[187] Eran vecinos de Macedonia, que los había tenido bajo su dominio (cf. XXXI 34, 6).

[188] *Interpretatio* romana de *strategós*.

4 en la guerra contra Filipo y después contra Antíoco. Si des-
pués de su mal comportamiento habían experimentado la
clemencia del pueblo romano, que experimentasen su gene-
5 rosidad prestándole un buen servicio. A los beocios les re-
criminaron haber estrechado una alianza con Perseo. Ellos
echaban la culpa a Ismenias[189], el jefe de la otra facción, y
decían que algunas ciudades que no estaban de acuerdo se
habían visto arrastradas a su posición; entonces respondió
Marcio que se pondría en claro este punto, pues se pensaba
dar a cada ciudad la posibilidad de decidir sobre sus propios
6 intereses. La asamblea de los tesalios se reunió en Larisa.
En ella tuvieron una buena ocasión para que se dieran las
gracias por parte de los tesalios a los romanos por el don de
la libertad y por parte de los embajadores por la decidida
ayuda recibida del pueblo tesalio primeramente en la guerra
7 de Filipo y después en la de Antíoco. Con este recordatorio
de los merecimientos mutuos se enardecieron los ánimos de
la multitud para tomar cualquier decisión que los romanos
quisieran.

8 Inmediatamente después de esta asamblea llegaron unos
embajadores del rey Perseo, que confiaba sobre todo en las
relaciones personales de hospitalidad que existían entre su
padre y Marcio. Comenzando por recordar este vínculo, los
embajadores le pidieron que diese al rey la oportunidad de
9 acudir a una entrevista. Marcio dijo que efectivamente su
padre le había hablado de la relación de amistad y hospita-
lidad existente entre él y Filipo, y que había tenido muy
10 presente esa relación al aceptar aquella embajada. En cuanto
a la entrevista, si su salud no suponía un inconveniente, no
había pensado en aplazarla; de momento, su intención era
llegar en cuanto fuera posible hasta el río Peneo, en el punto

189 *Strategós* en 173/172. Encabezada el sector promacedonio.

de paso hacia Dión[190] viniendo de Homolio[191], enviando previamente mensajeros al rey para hacérselo saber.

Entrevista entre Quinto Marcio Filipo y Perseo

Cierto es que Perseo se retiró entonces al interior de su reino, pero con un leve soplo de esperanza, porque Marcio había dicho que había aceptado la embajada por consideración hacia él; pocos días después acudieron al lugar convenido. El séquito del rey era numeroso, con una multitud de amigos y escoltas apiñados en torno a él. Los embajadores llegaron con una comitiva no menos numerosa, siguiéndolos mucha gente de Larisa y también las legaciones de las ciudades que habían acudido a la reunión de Larisa y querían llevar a su país noticias seguras de lo que hubieran oído. Sentían la natural curiosidad de los mortales por presenciar el encuentro entre un rey famoso y los embajadores del primer pueblo del mundo. Cuando se detuvieron, a la vista unos de otros, separados por el río, hubo un momento de indecisión mientras se intercambiaban mensajes sobre quiénes pasaban al otro lado. Estimaban unos que se debía cierta consideración a la majestad del rey y los otros al nombre del pueblo romano, sobre todo si se tenía en cuenta que la entrevista la había solicitado Perseo. Fue también Marcio quien con una broma resolvió la indecisa situación. «Vaya el más joven al encuentro de los de más edad —exclamó—, y el hijo —porque él llevaba el sobrenombre de Filipo— al encuentro del padre». Con esto convenció fácilmente al rey. Había además otro punto de discusión: con cuántos debía pasar al otro lado. El rey consideraba lógico cruzar con todo su séquito; los embajadores le decían que

39 2 3 4 5 6

[190] Cf. XXXIII 3, 5.

[191] En Magnesia, al norte del monte Osa.

pasase con tres acompañantes o que, si cruzaba con una tropa tan numerosa, entregase rehenes para que no hubiese
7 lugar a ninguna traición durante la entrevista. Entregó a Hipias y Pantauco como rehenes, los más importantes de sus amigos[192], a los que había enviado también como embajadores. Y la razón de que se hubiesen requerido rehenes no era tanto para garantizar la lealtad como para dejar bien claro ante los aliados que el encuentro entre el rey y los embajadores no se producía en absoluto en pie de igualdad. El saludo no fue como entre enemigos, sino amistoso y amable, y una vez colocados los asientos se sentaron.

40 Tras unos instantes de silencio habló Marcio: «Supongo que se espera de nosotros que respondamos a la carta que mandaste a Corcira preguntando por qué nosotros, unos embajadores, hemos venido así, con tropas, y por qué man-
2 damos guarniciones a cada ciudad. Ante esta pregunta tuya, temo que no dar respuesta sea una arrogancia y que responder
3 la verdad te parezca demasiado duro cuando la oigas. Pero dado que quien rompe un tratado debe ser castigado de palabra o con las armas, de la misma manera que una guerra contra ti preferiría que se la encargasen a otro antes que a mí, así también afrontaré, como quiera que sea, el mal trago de dirigir unas palabras duras a un huésped, como hacen los médicos que para curar aplican remedios especialmente se-
4 veros. Desde que conseguiste el trono, el senado considera que hiciste algo que debías hacer, enviar embajadores a Roma para renovar el tratado, pero considera, sin embargo, que era preferible que no lo hubieses renovado a que lo
5 violases después de renovarlo. Echaste de su reino a Abrú-

[192] Este término, que aparece con frecuencia, corresponde a un título oficial de determinados miembros de la corte de los reyes de Macedonia.

polis, un aliado y amigo del pueblo romano; acogiste a los asesinos de Artetauro, dejando patente que te alegrabas de su muerte, por no decir algo peor, y habían asesinado a un príncipe que era entre todos los ilirios el más fiel a los
romanos; fuiste a Delfos atravesando Tesalia y el territorio 6
maliense con un ejército, contraviniendo el tratado; también en contra del tratado mandaste tropas auxiliares a los bizantinos; con los beocios, aliados nuestros, pactaste bajo juramento una alianza que te afectaba sólo a ti, cosa que no te
estaba permitida; acerca de Eversa y Calícrito, embajadores 7
tebanos que iban a nuestro encuentro, prefiero preguntar quién los mató, más que presentar una acusación. ¿Quiénes sino los tuyos parecen haber sido los responsables de la guerra civil de Etolia y de la matanza de sus principales? A
los dólopes los arrasaste tú personalmente. El rey Éumenes, 8
cuando volvía de Roma a su reino, estuvo a punto de ser inmolado como una víctima en Delfos, en un lugar sagrado, delante de los altares, y siento rubor en decir a quién hace
responsable; por lo que se refiere a los crímenes ocultos de- 9
nunciados por tu huésped brundisino, estoy seguro de que te lo han contado todo por escrito desde Roma y de que
además te han informado tus embajadores. El único medio 10
de poder evitar que yo dijera todo esto era no preguntar por qué motivo se estaban trasladando ejércitos a Macedonia o por qué enviábamos guarniciones a las ciudades de los aliados. Dado que lo preguntaste, hubiera sido una arrogancia mayor
por nuestra parte guardar silencio que responder la verdad. 11
De todos modos, en nombre de la hospitalidad que unía a nuestros padres prestaré oídos favorables a tus palabras, deseando que me proporciones algún argumento para defender tu causa ante el senado».

A esto replicó el rey: «Mi causa, que sería buena en caso 41
de ser defendida ante unos jueces imparciales, la tendré que

2 defender ante quienes son a la vez acusadores y jueces. Ahora bien, entre los cargos presentados contra mí hay algunos de los que no sé si debería sentirme orgulloso de admitirlos, en vez de sentir vergüenza, y hay otros que es suficiente con
3 negarlos de palabra, pues son acusaciones de palabra. En efecto, si yo fuera hoy un acusado sometido a vuestras leyes, ¿qué hay en las alegaciones presentadas contra mí por el denunciante brundisino o por Éumenes que tenga visos de
4 ser una verdadera acusación y no una difamación? O sea que ni Éumenes, a pesar de ser odioso para tantos desde el punto de vista público y privado, tuvo otros enemigos aparte de mí, ni yo pude encontrar colaborador más a propósito para mis crímenes que Ramio, al que jamás había visto antes ni
5 iba a ver después. Debo rendir cuentas tanto de la muerte de los tebanos, que, como está comprobado, murieron en un naufragio, como de la muerte de Artetauro; en relación con esta última, sin embargo, no hay ninguna acusación contra mí aparte del hecho de que quienes le dieron muerte se
6 exiliaron en mi reino. Estoy dispuesto a aceptar este planteamiento carente de base jurídica si también vosotros aceptáis vuestra responsabilidad en los delitos por los que fueron condenados todos los exiliados que fueron a refugiarse a
7 Italia o a Roma. Si vosotros rechazáis esta implicación, y lo mismo hacen las otras naciones, también yo haré como los demás. Y, ¡por Hércules!, ¿de qué sirve que uno tenga abierta la vía del exilio si el exiliado no tiene cabida en
8 ninguna parte? No obstante, tan pronto como, advertido por vosotros, me cercioré de que estaban en Macedonia, los hice buscar, di orden de que salieran de mi reino y les prohibí el
9 acceso a mis fronteras a perpetuidad. Y, por cierto, estos cargos han sido presentados contra mí como si fuera un acusado sometido a juicio; los otros lo son en calidad de rey, y dependen de la interpretación que se haga del tratado que

tenemos vosotros y yo. En efecto, si en el tratado está estipu- 10
lado que no me está permitido defenderme a mí y a mi reino
ni siquiera en el caso de que alguien me declare la guerra,
tengo que reconocer que se produjo una violación del tratado
porque me defendí con las armas frente a Abrúpolis, aliado
del pueblo romano. Pero si el tratado permite responder a 11
las armas con las armas, y además así lo establece el derecho
de los pueblos, entonces, ¿qué procedía que hiciese, cuando
Abrúpolis había devastado los confines de mi reino hasta
Anfípolis y se había llevado muchos hombres libres, un gran
número de esclavos y muchos miles de cabezas de ganado?
¿Debía quedarme quieto y aguantar hasta que hubiese llegado 12
con sus armas hasta Pela y hasta mi palacio? Pero, tal vez,
le hice frente con una guerra justa, sin duda, mas no estuvo
bien que haya sido derrotado ni que sufriera las demás
consecuencias que sobrevienen a los vencidos. Si yo, que fui
objeto de una agresión armada, corrí el riesgo de padecerlas,
¿cómo puede quejarse de haberlas padecido él que fue el
causante de la guerra? Romanos, no voy a emplear los mis- 13
mos argumentos para justificarme por haber reprimido por
las armas a los dólopes; porque, aun en el caso de que no lo
hubieran merecido, obré de acuerdo con mi derecho, puesto
que pertenecían a mi reino y estaban bajo mi autoridad, al
haber sido adscritos a mi reino en virtud de un decreto
vuestro. Y si tengo que dar explicaciones, no es a vosotros ni 14
a vuestros aliados a quienes puede parecer que me ensañé
con ellos más allá de lo justo y conveniente, sino a quienes
no están de acuerdo con que se haga un uso cruel e injusto
de la autoridad ni siquiera con los esclavos; porque el caso
es que hicieron morir a Eufránor, el gobernador impuesto
por mí, de un modo tan cruel que la muerte fue el más
llevadero de sus tormentos».

42 «Pero como desde allí había seguido adelante para visitar Larisa[193], Antronas y Pteleo, por una ruta que pasa cerca de Delfos subí hasta Delfos a ofrecer un sacrificio para cumplir
2 con un voto que me obligaba desde hacía mucho tiempo. Y a estas circunstancias se añade, para dar mayor peso a la acusación, que fui con el ejército; por supuesto, para hacer lo mismo que me quejo de que vosotros estáis haciendo ahora: ocupar las ciudades, establecer guarniciones en las
3 ciudadelas. Convocad una reunión de las ciudades de Grecia por las que pasé; que una sola se queje de un desmán de uno de mis soldados, y no protestaré de que se piense que, con la
4 disculpa del sacrificio, tenía otros propósitos. Enviamos destacamentos de tropas a los etolios y a los bizantinos, e hicimos un tratado de amistad con los beocios. Sobre estos hechos, cualquiera que sea su valoración, mis embajadores no sólo han informado sino que han presentado disculpas en repetidas ocasiones en vuestro senado, donde yo tenía algunos jueces no tan imparciales como tú, Quinto Marcio, el amigo
5 y huésped de mi padre. Pero aún no había llegado Éumenes a Roma como acusador para hacer, a fuerza de calumnias y distorsiones, que todo fuese sospechoso y rechazable, y para tratar de persuadiros de que Grecia no podía vivir en libertad y disfrutar de ese regalo vuestro mientras el reino de Mace-
6 donia estuviese incólume. Este círculo se irá cerrando: muy pronto habrá quien argumente que no sirvió para nada confinar a Antíoco al otro lado de las montañas del Tauro, que Éumenes representa para Asia un peso mucho mayor que Antíoco, que vuestros aliados no pueden estar tranquilos mientras exista un palacio real en Pérgamo, que éste es

[193] Larisa Cremaste, al oeste de Antronas (cf. XXVIII 5, 2 nota). Pteleo, al sur de Larisa. Las tres estaban en la Ftiótide frente a la parte más noroccidental de Eubea.

como una ciudadela situada sobre las cabezas de las ciudades limítrofes. Yo sé, Quinto Marcio y Aulo Atilio, que el valor 7 de vuestras acusaciones y de mis justificaciones depende de los oídos y la disposición de ánimo de quienes las escuchan, y no importa tanto lo que dice o la intención con que lo dice sino cómo lo interpretáis vosotros. Mi conciencia me dice 8 que no he obrado mal deliberadamente y que, si por inadvertencia he cometido algún desliz, tras esta reprimenda cabe la posibilidad de corregirlo y enmendarlo. Cuando 9 menos, no he cometido ninguna falta irreparable o que consideréis que deba ser castigada por la vía de la guerra y las armas; en caso contrario, de nada habría servido que se extendiese entre las naciones la fama de vuestra clemencia y vuestra ponderación, si por un motivo como éste, que apenas justifica una queja y una petición de reparación, recurrís a las armas y declaráis la guerra a reyes aliados».

Negociaciones y embajadas previas a la guerra

Como estas palabras fueron acogidas 43 con muestras de aprobación, Marcio propuso el envío de embajadores a Roma. Dado que el rey había expresado su criterio de que había que intentarlo todo hasta el último momento sin dejar de lado ninguna posibilidad, lo único que quedaba por discutir era la forma de garantizar la seguridad del viaje de los embajadores. Como quiera que a 2 tal efecto parecía necesaria la petición de una tregua, cosa que Marcio deseaba y era lo único que había pretendido con la entrevista, la concedió como de mala gana y en consideración a quien hacía la petición. Los romanos, en efecto, de 3 momento no tenían nada suficientemente a punto para la guerra, ni ejército ni general, mientras que Perseo, a no ser que cegase sus planes una vana esperanza de paz, lo tenía todo preparado y a punto, y estaba en condiciones de co-

menzar la guerra en el momento más conveniente para él y menos favorable para el enemigo.

4 Tras esta entrevista, empeñada la palabra sobre la tregua, los embajadores romanos salieron en seguida[194] para Beocia.
5 Allí habían comenzado ya a producirse movimientos, abandonando algunos pueblos su integración en la confederación beocia[195] desde el momento en que se había sabido la respuesta dada por los embajadores, según la cual iba a quedar de manifiesto cuáles eran en concreto los pueblos que habían estado en desacuerdo con que se estableciera una alianza
6 con el rey. Estaban aún de camino los embajadores cuando fueron a su encuentro unos delegados, primero de Queronea y después de Tebas, asegurando que ellos no habían asistido a la asamblea en la que se había decidido dicha alianza; los embajadores, sin darles ninguna respuesta de momento, les
7 invitaron a seguirles hasta Cálcide. En Tebas había estallado un violento conflicto a raíz de otra confrontación. La facción perdedora en las elecciones de pretor y beotarcas, buscando vengar la afrenta, reunió a una multitud y decidió que no se
8 dejara entrar a los beotarcas en las ciudades. Exiliados, se concentraron todos en Tespias; de aquí, donde habían sido admitidos sin vacilación, fueron llamados de nuevo a Tebas, pues se había producido ya un cambio de actitud, y aprobaron una resolución condenando al exilio a los doce hombres que siendo ciudadanos privados habían celebrado una reunión
9 privada y una asamblea pública. Después, el nuevo pretor —que era Ismenias, un hombre noble y poderoso— condenó mediante un decreto a los ausentes a la pena capital. Habían huido a Cálcide; yendo desde allí a encontrarse con los romanos en Larisa, habían imputado a Ismenias la respon-

194 Traducimos *confestim profecti* (GIARRATANO).

195 Véase XXXIII 2, 6.

sabilidad de la alianza con Perseo, y de este enfrentamiento
había surgido el conflicto. A los romanos acudieron repre- 10
sentantes de ambos sectores, los exiliados y acusadores de
Ismenias de una parte, y el propio Ismenias de la otra.

En cuanto llegaron a Cálcide, los jefes de las otras ciu- 44
dades, en una reacción muy del agrado de los romanos y
cada uno por decisión propia, se unían a los romanos des-
echando la alianza con el rey. Ismenias consideraba lógico
que la nación beocia se pusiera bajo la protección de Roma.
Como consecuencia de esta postura se originó un alterca- 2
do y estuvo al borde de morir a manos de los exiliados y
sus partidarios si no se hubiera refugiado en el estrado de
los embajadores. Incluso en la propia Tebas, que es la 3
capital de Beocia, había una gran agitación, al intentar po-
ner a la ciudadanía unos de parte del rey y otros de parte
de los romanos; además, habían acudido en masa los habi- 4
tantes de Coronea y de Haliarto para defender el decreto de
alianza con el rey. Pero gracias a la firme actitud de los
principales, que a partir de las derrotas de Filipo y de
Antíoco hacían ver lo grande que era la fuerza y la fortuna
del poder de los romanos, la multitud, convencida al fin,
votó la anulación de la alianza con el rey y además envió a
Cálcide, a disculparse ante los embajadores, a los que habían
sido promotores de este pacto de amistad, y ordenó que se
pusiera la ciudad bajo la protección de los embajadores. 5
Marcio y Atilio escucharon con satisfacción a los tebanos y
les propusieron tanto a ellos como a cada una de las delega-
ciones por separado que enviasen embajadas a Roma para
renovar las relaciones de amistad. Antes de nada ordenaron 6
la repatriación de los exiliados y condenaron con un decreto
propio a los responsables de la alianza con el rey. Disuelta
así la liga beocia, que era su principal objetivo, partieron
hacia el Peloponeso después de hacer venir a Cálcide a

7 Servio Cornelio. En Argos se reunió para ellos la asamblea, donde ... [196] la única petición que hicieron a la nación aquea
8 fue que les proporcionara un millar de soldados. Este contingente fue enviado a Cálcide para protegerla hasta que pasara a Grecia el ejército romano. Finalizada la misión que tenían que cumplir en Grecia, Marcio y Atilio regresaron a Roma a principios del invierno.

45 De aquí, por la misma época, se había enviado una em-
2 bajada a Asia y a recorrer las islas. Eran tres los embajadores: Tiberio Claudio, Espurio Postumio y Marco Junio [197]. Éstos, en su recorrido, animaban a los aliados a tomar parte en la guerra en contra de Perseo y a favor de los romanos, y cuanto más poderosa era una ciudad, mayor interés ponían en el empeño, ya que las ciudades más pequeñas secundarían
3 el ejemplo de las más grandes. Los rodios eran considerados los más importantes en todos los sentidos, porque aparte de prestar su apoyo podrían, además, colaborar en la guerra con sus propios recursos, con las cuarenta naves que tenían
4 preparadas por iniciativa de Hegesíloco. Éste, cuando ocupaba la más alta magistratura —«pritanía», según su propia denominación—, a fuerza de insistir en sus discursos había logrado convencer a los rodios para que dejaran a un lado la esperanza de halagar a los reyes, vana esperanza, como habían comprobado en repetidas ocasiones, y se atuvieran a la alianza con los romanos, la única estable entonces sobre la tierra
5 tanto por su fuerza como por su fiabilidad. La guerra con Perseo era inminente; los romanos iban a echar de menos un equipamiento naval como el que habían visto recientemente

[196] La propuesta de Goldbacher, *re sedulo tractata nihil*, para la laguna que se supone en el texto, se traduciría: «después de hacer especial hincapié en la cuestión».

[197] Tiberio Claudio Nerón, pretor en 178. Espurio Postumio Albino, cónsul en 174. Marco Junio Bruto, cónsul en 178.

en la guerra de Antíoco y antes en la de Filipo. Si no se ponían 6
ya a preparar las naves y a dotarlas de marinería, después se iban a ver muy apurados para preparar de pronto una flota cuando hubiera que enviarla. Debían poner en ello particular empeño, precisamente para refutar con la evidencia de los hechos los cargos presentados por Éumenes. Estimulados 7
por estos razonamientos, prepararon y equiparon una flota de cuarenta navíos que mostraron a su llegada a los embajadores romanos, para que quedara bien claro que no habían esperado a que se lo pidieran. Esta embajada, además, tuvo 8
una gran trascendencia para ganar las voluntades de las ciudades de Asia. Decimio fue el único que regresó a Roma sin haber conseguido nada, afectado además en su reputación por las sospechas de haber aceptado dinero de los reyes de los ilirios.

Después de retirarse a Macedonia tras la entrevista con 46
los romanos, Perseo envió embajadores a Roma para negociar las condiciones de paz iniciadas con Marcio; también entregó a los embajadores, para que las llevaran a Bizancio y a Rodas y ... [198]. El contenido de las cartas era el mismo en todos 2
los casos: había tenido una entrevista con los embajadores romanos; a tenor de lo que había oído y de lo que había dicho, se podía sacar la impresión de que había llevado las de ganar en la discusión. Ante los rodios, los embajadores 3
añadieron que el rey confiaba en que habría paz, pues había enviado embajadores a Roma a propuesta de Marcio y Atilio. Si los romanos persistían en desencadenar la guerra contraviniendo el tratado, entonces los rodios tendrían que poner en juego toda su influencia y todos sus recursos para el restablecimiento de la paz; si con los ruegos no conseguían 4

[198] Diferentes propuestas (así MADVIG y GOLDBACHER) para esta laguna del texto incluyen «cartas» y «a otras ciudades».

nada, habría que actuar para evitar que se concentrasen en
un solo pueblo la autoridad y el poder universales[199]. Ello
iba en interés de los demás, pero especialmente de los rodios,
por cuanto destacaban entre las otras ciudades en prestigio
y recursos; esta posición sería de esclavitud y dependencia si
no había ningún otro sitio adonde volver la vista aparte de
5 Roma. Tanto la carta como las palabras de los embajadores
tuvieron una atenta acogida, más que efectividad con vistas
a un cambio de actitud; comenzaba a prevalecer la influencia
6 del partido mejor. La respuesta, consecuente con la decisión
adoptada, fue que los rodios optaban por la paz; en caso de
que hubiese guerra, que el rey no esperase de los rodios ni les
pidiese nada que abriera una grieta en su vieja amistad con
los romanos, generada a fuerza de muchos e importantes
7 servicios en la paz y en la guerra. A la vuelta de Rodas visi-
taron también Tebas[200], Coronea y Haliarto, ciudades de
Beocia a las que se suponía que les había sido arrancada a la
fuerza la decisión de abandonar la alianza con el rey y unirse
8 a los romanos. Los tebanos no se dejaron influir lo más
mínimo, a pesar de que estaban irritados con los romanos
por la condena de sus principales y la repatriación de los
9 exiliados. Los coroneos y los haliarcios, por una especie de
predisposición innata a favor de los reyes, enviaron una
delegación a Macedonia pidiendo una guarnición con la que
defenderse frente a la descarada prepotencia de los tebanos.
10 El rey respondió a esta embajada que no le era posible
enviar una guarnición debido a la tregua acordada con los
romanos; que, no obstante, les aconsejaba defenderse como
pudieran de las tropelías de los tebanos de manera tal que

---

[199] Cf. XXXIV 57, 7.

[200] Sobre las dificultades que implica la lectura *Thebas* y las posibles explicaciones del error puede verse P. Jal, *op. cit.*, nota *ad loc.*

no dieran motivo a los romanos para reaccionar con saña contra ellos.

Roma: informe de Quinto Marcio. Embajada de Macedonia

Marcio y Atilio, una vez llegados a Roma, presentaron en el Capitolio un informe sobre su misión en el que se ufanaban sobre todo de haber engañado al rey por medio de la tregua y las esperanzas de paz. Y es que tenía tan a punto sus preparativos de guerra, mientras que ellos no tenían nada dispuesto, que habría podido ocupar todos los puntos estratégicos antes de que el ejército se trasladara a Grecia. En cambio, aprovechando el período de tregua, la guerra tendría lugar en términos de igualdad; al iniciarla, él no estaría más preparado en ningún sentido y los romanos estarían mejor equipados en todos los aspectos. También, a fuerza de habilidad, habían descompuesto la liga de los beocios de modo que no pudieran volver a unirse más con ninguna clase de acuerdo con los macedonios. Una gran parte del senado aprobaba estos pasos como dados con la mayor diplomacia; los más viejos y los que recordaban los antiguos hábitos aseguraban no reconocer en aquella embajada el estilo romano. Los antepasados no habían hecho las guerras recurriendo a trampas y a combates nocturnos, ni simulando huidas y volviendo sobre el enemigo desprevenido, ni enorgulleciéndose de la astucia más que del valor: tenían por costumbre declarar la guerra antes de hacerla, e incluso, a veces, anunciar una batalla y delimitar el lugar donde pensaban combatir. Con esa misma buena fe se había informado al rey Pirro de que su médico preparaba un atentado contra su vida, y también se había entregado encadenado a los faliscos al hombre que había traicionado a sus hijos[201]; esto era lo que se correspon-

Margin section numbers (in order): 47, 2, 3, 4, 5, 6, 7

[201] Cf. V 27, 8.

día con el modo de obrar en conciencia de los romanos, no
con la doblez púnica o la astucia de los griegos, entre los
cuales es mayor motivo de gloria engañar al enemigo que
8 vencerlo por la fuerza. En contadas ocasiones, a la corta se
adelanta más con el engaño que con el valor; pero a la larga
sólo se obtiene una victoria moral definitiva sobre quien se
ve forzado a admitir que ha sido vencido no por astucia ni
por azar, sino en una confrontación de fuerza cuerpo a
9 cuerpo y en una guerra justa y legítima. Así pensaban los más
viejos, que gustaban menos de la moderna sapiencia, dema-
siado estudiada; prevaleció, sin embargo, aquel sector del
senado que consideraba más importante preocuparse por lo
eficaz que por lo honesto, de modo que se aprobó esta
primera embajada de Marcio, y fue enviado de nuevo con el
mismo destino, Grecia, con ... [202] quinquerremes, recibiendo
instrucciones de seguir actuando de la manera que considerase
10 más acorde con los intereses del Estado. También enviaron
a Aulo Atilio a Tesalia para ocupar Larisa por temor a que
Perseo, una vez transcurrido el período de tregua, enviase
11 allí una guarnición y tuviese en su poder la capital de Tesalia.
Atilio recibió órdenes de recabar de Gneo Sicinio el envío de
dos mil soldados de infantería para llevar a cabo dicha
12 misión. También le fueron asignados a Publio Léntulo, que
había regresado de Acaya, trescientos soldados de origen
itálico para que se encargara desde Tebas de mantener Beocia
bajo control.

48 Realizados estos preparativos, aunque los planes estaban
hechos con vistas a la guerra, se decidió, no obstante, que el
2 senado recibiera en audiencia a los embajadores. Éstos ex-
pusieron prácticamente los mismos argumentos que había
expresado el rey en la entrevista. Con respecto a la acusación

[202] Se ha perdido el numeral.

de haber tendido una emboscada a Éumenes hicieron una defensa muy cuidada pero también muy poco convincente, pues los hechos eran evidentes; lo demás fueron ruegos. Pero 3
la actitud de quienes los escuchaban no estaba abierta a los argumentos o la persuasión. Se les comunicó que debían abandonar el recinto amurallado de Roma inmediatamente, e Italia en un plazo de treinta días. Después se comunicó al 4
cónsul Publio Licinio, al que había correspondido Macedonia como provincia, que debía fijar para lo antes posible la fecha de concentración del ejército. El pretor Gayo Lucrecio, 5

Primeros movimientos de la flota. Marcha a la guerra el cónsul Licinio

que estaba al cargo de la flota, salió de la ciudad con cuarenta quinquerremes, pues se consideró oportuno retener en Roma, para distintos menesteres, algunas de las naves que habían sido reparadas. El pretor 6
envió por delante con una sola quinquerreme a su hermano Marco Lucrecio con instrucciones de salir al encuentro de la flota en Cefalania después de hacerse cargo de las naves entregadas por los aliados de acuerdo con el tratado. Tras recibir una trirreme de los reginos, dos de 7
los locrenses y cuatro de los urites[203], bordeó la costa de Italia, dobló el último promontorio de Calabria y cruzó el mar Jonio hasta Dirraquio. Aquí se topó con diez embarca- 8
ciones de los propios dirraquinos, doce de los iseos y cuarenta y cuatro del rey Gencio, y fingiendo creer que habían sido preparadas para los romanos, tras llevárselas todas, cruzó en tres días a Corcira y de allí, sin detenerse, a Cefalania. El 9
pretor Gayo Lucrecio zarpó de Nápoles, cruzó el estrecho y llegó a Cefalania al quinto día. Allí estuvo fondeada la flota 10
a la espera de que fueran transportadas las fuerzas terrestres y al mismo tiempo a la espera de que les dieran alcance las

[203] Se desconoce a qué ciudad correspondían. ¿*Veretum*?

naves de carga que se habían desviado de su formación durante la travesía por alta mar.

49 Coincidiendo con estas fechas salió de la ciudad el cónsul Publio Licinio en uniforme de campaña, después de pronun-
2 ciar los votos en el Capitolio. Por cierto que esta ceremonia se desarrolla siempre con gran dignidad y solemnidad; atrae sobre todo la atención y las miradas cuando se hace el acompañamiento a un cónsul que marcha a enfrentarse a un enemigo importante y renombrado por su valentía o su
3 fortuna. Reúne a las gentes, en efecto, tanto la solicitud por cumplir con un deber cuanto la curiosidad por el espectáculo de ver al general a cuya autoridad y buen criterio han confiado la savaguarda de los más altos intereses del Estado.
4 Después viene a las mentes el pensamiento de cuáles serán las vicisitudes de la guerra, lo inciertos que son los lances de
5 la fortuna y lo imparcial que es Marte en la guerra; los trances adversos y favorables, las derrotas que se deben a menudo a la falta de conocimientos o a la temeridad de los generales, y los frutos que reportan, por el contrario, la prudencia y el
6 valor. ¿Quién de los mortales sabe cuál es el carácter y cuál la suerte del cónsul que mandan a la guerra? ¿Lo verán muy pronto remontando el Capitolio con su ejército victorioso al encuentro de los dioses de los que ahora se despide, o
7 dejarán éstos para los enemigos esa satisfacción? Ahora bien, al rey Perseo, contra el cual se iba, le daban renombre tanto la brillante tradición guerrera del pueblo macedonio como su padre Filipo, célebre también, entre otras muchas hazañas, por la guerra contra Roma; además, por lo que se refiere al propio Perseo, desde que había accedido al trono nunca había dejado de sonar su nombre ante la expectativa de una
8 guerra. Éstas eran las reflexiones de las gentes de todos los
9 estamentos cuando acompañaron al cónsul que partía. Con él fueron enviados como tribunos militares dos excónsules,

Gayo Claudio y Quinto Mucio[204], y tres jóvenes ilustres, Publio Léntulo y dos Manlio Acidino, hijo el uno de Marco Manlio y el otro de Lucio Manlio. Con ellos marchó el cónsul 10
a Brundisio al encuentro del ejército, y de allí cruzó con todas las tropas e instaló el campamento cerca de Ninfeo, en territorio apoloniata.

Perseo: consejo de guerra; revista y arenga al ejército

Pocos días antes[205], y en vista de que 50
sus embajadores al regreso de Roma habían truncado sus esperanzas de paz, Perseo reunió al consejo. En él se expusieron durante algún tiempo opiniones contrapuestas. Había quienes pensaban que se debía pagar un 2
tributo en caso de que se les exigiera o ceder una parte del territorio si se les imponía esa sanción, y, en definitiva, que, en aras de la paz, no se debía rehusar ninguna otra imposición ni dar ningún paso que le hiciera correr a él o a su reino un riesgo tan serio. Si mantenía una posesión de su reino no 3
controvertida, el tiempo y las circunstancias podían deparar muchas oportunidades no sólo de recuperar lo perdido sino de hacerse temer a su vez por aquellos a los que ahora temía. Pero un sector mucho más numeroso mantenía una postura 4
más dura. Sostenían que, si cedía en algo, junto con ello iba a tener que ceder el reino a continuación. Los romanos, en 5
efecto, no estaban faltos de dinero ni de territorio, pero si algo sabían era que todas las cosas humanas, especialmente las más importantes, así como los mayores reinos y los mayores imperios, están sujetos a muchas vicisitudes. Ellos 6
habían quebrantado el poder de los cartagineses y les habían

[204] Gayo Claudio Pulcro había sido cónsul en 177 y Quinto Mucio Escévola en 174.

[205] Abril de 171.

colocado sobre la cerviz un rey vecino muy poderoso; Antíoco
y sus descendientes habían sido relegados más allá de los
7 montes del Tauro; sólo quedaba el reino de Macedonia,
geográficamente cercano y que, al mismo tiempo, parecía
capaz de devolver a sus reyes su antiguo coraje si la buena
8 estrella del pueblo romano declinaba por algún lado. Mientras
su posición se mantenía intacta, Perseo personalmente debía
decidir si prefería hacer una concesión tras otra hasta verse
despojado de todos sus recursos, expulsado de su reino,
teniendo que pedir a los romanos Samotracia o alguna otra
isla donde sobrevivir a su reino como un simple particular y
envejecer en el desprecio y la indigencia, o bien, reivindicando
9 con las armas su condición y su dignidad, asumir como co-
rresponde a un hombre valeroso todo aquello que le depara-
sen los avatares de la guerra, o vencer y liberar al mundo de
10 la dominación romana. Echar a los romanos de Grecia no
era un hecho más sorprendente que el de haber echado a
Aníbal de Italia. Y no se veía, por Hércules, qué sentido
tenía haberse resistido con todas las fuerzas a los intentos de
su hermano de apoderarse injustamente del trono y cederlo
ahora a unos extranjeros después de conseguirlo en buena
11 lid. Al final la discusión sobre la guerra y la paz se desarrollaba
en términos tales que todos estaban de acuerdo en que no
había nada más deshonroso que renunciar al reino sin luchar
ni más glorioso que afrontar cualquier riesgo en pro de la
dignidad y la majestad.

51 El consejo tenía lugar en Pela, en el antiguo palacio real
de Macedonia. «Hagamos, pues, la guerra con la benévola
asistencia de los dioses —dijo—, puesto que ése es vuestro
parecer.» Y después de despachar una circular a los prefectos
concentró todas sus tropas en Cicio [206], que es una ciudad de

[206] Entre Pela y Berea, al norte del Haliacmón.

Macedonia. Él celebró con regia magnificencia un sacrificio 2
de cien víctimas en honor de Minerva, a la que dan la advocación de Alcidemos[207], y partió hacia Cicio con su séquito de dignatarios y escoltas. Ya se habían concentrado allí todas las tropas de macedonios y de auxiliares extranjeros.
Instaló el campamento delante de la ciudad y formó en la 3
llanura a todos los hombres de armas; en total eran cuarenta y tres mil hombres armados, la mitad de los cuales, aproximadamente, eran falangitas mandados por Hipias de Be- 4
rea[208]. Estaban luego los dos mil hombres escogidos por su fuerza física y su juventud entre el total de los armados de *caetra;* a esta legión le daban ellos el nombre de «agema»[209]; tenía como prefectos a los euliestas Leonato y Trasipo. El 5
jefe de los demás hombres armados de *caetra,* unos tres mil, era Antifilo de Edesa[210]. También alcanzaban una cifra cercana a los tres mil los peones, procedentes de Paroria[211] y Parastrimonia[212], que son regiones colindantes con Tracia, y los agrianes[213], a los que se habían unido algunos residentes tracios. Los había reunido y armado Didas de Peonia, el que 6
había asesinado al joven Demetrio[214]. Había también dos mil 7
combatientes galos; su jefe era Asclepiódoto de Heraclea de Síntice[215]; tres mil tracios de condición libre tenían su propio jefe. Un contingente casi igual de cretenses seguía a sus jefes, Suso de Falasarnas y Silo de Gnosos. Por su parte, el lace- 8

[207] Advocación («defensora del pueblo») que sólo aparece aquí.
[208] Cf. XL 24, 7.
[209] Compárese con XXXVII 40, 3.
[210] Al oeste de Pela.
[211] Parorea. Cf. XXXIX 27, 10 nota.
[212] Nombre que indica márgenes o valle del Estrimón.
[213] Véase XXVIII 5, 12.
[214] Cf. XL 24, 4-6.
[215] En la margen derecha del Estrimón. Cf. XL 24, 5.

demonio Leónides mandaba a quinientos hombres de Grecia; de él se decía que era de estirpe real, un exiliado condenado en una asamblea plenaria de los aqueos tras haber sido
9 interceptada una carta suya dirigida a Perseo. El prefecto de los etolios y los beocios, que en total no rebasaban los quinientos, era el aqueo Licón. Con esta mezcla de tropas auxiliares de tantos pueblos, de tantas naciones, se completaban en torno a los doce mil hombres armados. Por lo que se refiere a los jinetes, había reunido tres millares en toda
10 Macedonia. También se había presentado allí Cotis, hijo de Seutes, rey del pueblo de los odrisas, con un millar de jinetes escogidos y aproximadamente el mismo número de infantes.
11 Resultaba así un total de treinta y nueve mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. Parecía indiscutible que, aparte del ejército que Alejandro Magno había llevado a Asia, ningún rey de Macedonia había reunido jamás tantas tropas.

52 Hacía veinticinco años que se le había concedido la paz a
2 Filipo[216], a petición suya. Durante todo ese tiempo Macedonia había estado tranquila y había generado una población que en su mayoría estaba en la edad apropiada para el servicio militar, mientras que, por otra parte, había estado en armas ininterrumpidamente debido a las pequeñas guerras con sus vecinos los tracios, guerras que más que agotarla le
3 servían de entrenamiento. Además, la perspectiva de una guerra contra Roma, largo tiempo sopesada primero por Filipo y después por Perseo, había hecho que todo estuviera
4 preparado y a punto. Las tropas, formadas en orden de batalla, realizaron algunos movimientos, aunque no unas maniobras en toda regla, para evitar la impresión de que se habían limitado a estar en armas a pie firme, y Perseo las

[216] En 196. Cf. XXXIII 30.

convocó, armadas como estaban, a una asamblea. Él se 5
colocó de pie en el estrado, teniendo a los lados a sus dos hijos; el mayor de ellos, Filipo, era hermano suyo por nacimiento e hijo por adopción, y el menor, llamado Alejandro, era hijo suyo por nacimiento. Exhortó a los soldados a la 6
guerra; les recordó las afrentas hechas por los romanos a su padre y a él mismo: a su padre, empujado a responder con 7
la guerra a toda clase de indignidades, lo había sorprendido el destino en plenos preparativos bélicos; a él le habían enviado al mismo tiempo embajadores y soldados que ocupasen las ciudades de Grecia. Luego, con una engañosa 8
entrevista cuyo fin aparente era asegurar la paz, habían dejado que pasara el invierno para que les diera tiempo a prepararse; ahora llegaba un cónsul con dos legiones romanas que tenían cada una seis mil soldados de a pie y trescientos de a caballo y aproximadamente el mismo número de infantes y jinetes aliados. Aun sumando a estos efectivos los auxilia- 9
res de los reyes Éumenes y Masinisa, no debían de ser más de treinta y siete mil infantes y dos mil jinetes. Después de 10
oír las cifras de las tropas enemigas, que considerasen, a la vista de su propio ejército, en qué medida, por el número y la calidad de los soldados, eran superiores a unos reclutas alistados deprisa y corriendo para aquella guerra, ellos que habían sido instruidos desde niños en las artes de la milicia, formados y endurecidos en tantas guerras. Las tropas auxi- 11
liares de los romanos estaban integradas por lidios, frigios y númidas, y las suyas por tracios y galos, los pueblos más aguerridos. Los otros tenían las armas que cada soldado, en su pobreza, había podido agenciarse; los macedonios sacaban las suyas de los arsenales reales, fabricadas a lo largo de tantos años de cuidados e inversiones de su padre. El apro- 12
visionamiento de los otros estaba lejos y además iba a estar expuesto a todos los azares del mar; él había reservado

dinero y trigo para diez años, sin contar los recursos de las
13 minas. Todo aquello que se tenía que haber preparado contando con la indulgencia de los dioses y la previsión del rey lo tenían los macedonios acumulado en gran abundancia.
14 Había que tener el coraje de sus antepasados, que habían pasado a Asia después de sojuzgar toda Europa y habían abierto con las armas un mundo del que no se tenía noticia, y no habían cesado de obtener victorias hasta que el Mar Rojo[217] los había atajado y no quedaba nadie a quien vencer.
15 Pero, por Hércules, ahora la fortuna había dispuesto una confrontación no por las costas de la India más alejadas sino por la posesión de la propia Macedonia. Al hacer la guerra contra su padre, los romanos habían puesto por delante la
16 pretenciosa disculpa de la liberación de Grecia; ahora pretendían sin tapujos la esclavitud de Macedonia, para que el dominio romano no tuviera por vecino a un rey, para que una nación renombrada en la guerra no tuviese armas; éstas, en efecto, tendrían que ser entregadas a sus despóticos amos, junto con el rey y el reino, si optaban por renunciar a la guerra y someterse a sus órdenes.

Avance de Perseo en Tesalia

53 A lo largo de todo el discurso se habían producido frecuentes interrupciones con gritos de aprobación, pero al llegar a este punto se originó tal vocerío de indignación y de amenaza al mismo tiempo, y en parte de invitación al rey a que tuviera confianza, que dio por concluida su arenga limitándose a ordenar que se preparasen
2 para la marcha, pues se decía que los romanos acababan de levantar su campamento de Ninfeo. Una vez disuelta la asamblea, se dispuso a dar audiencia a las delegaciones de

[217] No es el actual Mar Rojo, sino el Golfo Índico.

las ciudades de Macedonia. Habían venido, en efecto, a 3
prometer trigo y dinero para la guerra, cada una a tenor de
sus posibilidades. Se les dieron las gracias a todas y se 4
rehusó el ofrecimiento en todos los casos; se les dijo que
para ese efecto había suficiente con las reservas hechas por
el rey. Tan sólo se les pidieron vehículos de transporte para
llevar las máquinas de lanzamiento y la enorme cantidad de
armas arrojadizas y de proyectiles que estaban preparados,
así como el resto del material bélico.

Salió de allí con todo el ejército dirigiéndose a Eordea[218]; 5
acampó junto al lago llamado Begorritis[219], y al día siguiente
avanzó hasta el río Haliacmón[220], en Elimea. A continuación 6
cruzó los montes llamados Cambunios por un estrecho des-
filadero y bajó hacia Azoro, Pitoo y Dolique: lo que llaman
Trípolis[221] los lugareños. Estas tres plazas, dominadas por el 7
pánico del momento, optaron por la rendición tras dudarlo
algunos momentos porque habían entregado rehenes a los
lariseos[222]. Después de dirigirse a ellos con buenas maneras, 8
convencido de que también los perrebos iban a hacer otro
tanto, recibió la sumisión de la ciudad de ...[223] en cuanto
llegó, sin que los habitantes se lo pensaran lo más mínimo.
Forzado a atacar Cirecias[224], el primer día fue rechazado 9

---

218 Cf. XXXI 39, 7.

219 No hay referencias que permitan precisar su situación. Al nordeste de Eordea.

220 Río que desemboca en el Golfo Termaico, al norte de Pidna.

221 Cf. XXXVI 10, 5. En Perrebia: Azoro, al sur de Dolique en el curso alto del Europo; Dolique, entre los montes Cambunios y el Olimpo; Pitoo, en la falda noroccidental del Olimpo.

222 Cf. *supra*, 47, 10.

223 Se perdió el nombre de la ciudad. ¿Ericio? (Weissenborn, 1864). ¿Malea? (Harant).

224 Cf. XXXI 41, 5 y XXXVI 10, 5.

tras un violento choque armado junto a las puertas; al día siguiente atacó con la totalidad de las tropas, y antes del anochecer aceptó la rendición a discreción.

54 La siguiente plaza, Milas[225], tan bien fortificada que la confianza en la inexpugnabilidad de sus defensas hacía especialmente fieros a sus habitantes, no se conformó con cerrar sus puertas al rey, sino que incluso lanzó sobre él y sobre los
2 macedonios una sarta de provocadores insultos. Esta circunstancia hizo que el enemigo pusiera mayor saña en el ataque y ellos mayor ardor en la defensa, al no esperar
3 clemencia. Por eso fue atacada y defendida la ciudad durante tres días con enorme coraje por ambas partes. El gran número de los macedonios les alcanzaba fácilmente para afrontar el combate por turnos; los habitantes de la plaza, al defender los muros día y noche los mismos, estaban agotados tanto por las heridas como por las vigilias y el esfuerzo
4 continuado. Al cuarto día, cuando sobre los muros se colgaban escalas por todas partes y sobre la puerta se lanzaba una acometida más violenta, los habitantes repelieron el ataque de las murallas, corrieron todos a una a defender la puerta
5 e hicieron una salida repentina contra los enemigos. Como se trataba más de una reacción de rabia incontenida que de verdadera confianza en las propias fuerzas, pocos como eran y agotados como estaban fueron rechazados por los que tenían sus fuerzas intactas, y volviendo la espalda en su huida permitieron la entrada a los enemigos por la puerta
6 abierta. Así fue tomada y saqueada la ciudad; además, los hombres de condición libre que habían sobrevivido a la matanza fueron puestos en venta. Después de derruir en gran parte e incendiar la ciudad marchó a acampar a Fa-

[225] Al sur de Cirecias, en la margen derecha del Europo.

lana[226] y desde allí llegó a Girtón[227] al otro día. Enterado de 7
que Tito Minucio Rufo y el pretor de los tesalios, Hipias,
habían entrado en la ciudad con una guarnición, pasó de
largo, sin intentar siquiera un ataque, y recibió la sumisión
de Elacia[228] y de Gono[229], entre cuyos habitantes había
cundido el pánico por lo inesperado de su llegada. Se en- 8
cuentran en la garganta por donde se accede a Tempe las
dos ciudades, pero sobre todo Gono. Por eso dejó esta
última asegurada con una guarnición más sólida de caballería
e infantería y fortificada además con foso triple y empalizada.
Él siguió adelante hasta Sicurio[230] y decidió esperar allí la 9
llegada de los enemigos; al mismo tiempo ordenó también
que el ejército se aprovisionase de trigo aquí y allá en el
territorio enemigo que tenían delante. Sicurio, en efecto, se 10
encuentra al pie del monte Osa, y éste, por su cara sur, tiene
delante las llanuras de Tesalia, y por la cara opuesta, Mace-
donia y Magnesia. A las ventajas de esta posición se une 11
su gran salubridad y riqueza por las numerosas fuentes de
agua perenne que hay en el contorno.

Avance romano. Asedio de Haliarto

El cónsul romano, que se dirigía a Tesa- 55
lia con su ejército por las mismas fechas,
al principio tuvo una marcha sin problemas
a través del Epiro; cuando después pasó a 2
Atamania, de suelo áspero y casi intransi-
table, a duras penas llegó a Gonfos con gran dificultad y en
pequeñas etapas. Si el rey, en el lugar y el momento apropia- 3

---

226 En Perrebia, al norte de Larisa.

227 Al este de Falana.

228 Cf. XXVIII 7, 3.

229 En la entrada del valle de Tempe. Aparece en la forma plural en XXXIII 10, 6 y XXXVI 10, 10.

230 Al sur del Peneo, en el lado occidental del Osa.

dos, le hubiera salido al paso cuando marchaba al frente de
su bisoño ejército con los hombres y los caballos maltrechos,
incluso los propios romanos reconocen que habrían sufrido
4 una severa derrota en caso de tener que combatir. Después
de llegar a Gonfos sin librar combate, a la alegría por haber
superado un paso peligroso se sumó también el menosprecio
hacia un enemigo que desconocía hasta aquel extremo sus
5 oportunidades. El cónsul celebró un sacrificio conforme a los
ritos, distribuyó trigo entre los soldados, se detuvo unos
pocos días para que descansaran los hombres y las acémilas,
y, al enterarse de que los macedonios vagaban a sus anchas
por Tesalia y devastaban los campos de los aliados, salió
hacia Larisa al frente de unos hombres ya suficientemente
6 recuperados. Cuando estaba a unas tres millas de distancia
de allí instaló el campamento cerca de la Trípolis que llaman
7 Escea, a orillas[231] del río Peneo. Por las mismas fechas atracó
Éumenes en Cálcide con las naves, acompañado de sus
hermanos Átalo y Ateneo después de dejar en Pérgamo a su
hermano Filetero para defender el reino. Desde Cálcide se
fue con Átalo al encuentro del cónsul con cuatro mil infantes
8 y mil jinetes; en Cálcide había dejado dos mil infantes bajo
el mando de Ateneo. También les llegaron al mismo lugar a
los romanos otras tropas auxiliares procedentes de todos los
pueblos de todos los puntos de Grecia, la mayoría de los
9 cuales, tan reducido era su número, cayeron en el olvido. Los
apoloniatas enviaron trescientos soldados de caballería y
cien de infantería. Los etolios constituían el equivalente a un
ala[232] con todos los jinetes que habían llegado de toda la
10 nación, y en cuanto a los tesalios, de los que se esperaba la
caballería al completo, no había más de trescientos jinetes

[231] En la orilla derecha del Peneo, no lejos de Larisa.

[232] 500 hombres.

en el campamento romano. Los aqueos aportaron unos mil quinientos de sus jóvenes, la gran mayoría de ellos con armamento cretense.

También por las mismas fechas el pretor Gayo Lucrecio, 56
que estaba al mando de la flota en Cefalania, ordenó a su
hermano Marco Lucrecio que se dirigiera a Cálcide con la
flota doblando el Cabo Maleo y él embarcó en una trirreme
poniendo rumbo al Golfo de Corinto para adelantarse a
controlar la situación en Beocia. La travesía fue bastante 2
lenta debido a su mal estado de salud. Cuando Marco Lu- 3
crecio llegó a Cálcide se enteró de que Publio Léntulo estaba
asediando Haliarto y envió un mensajero para ordenarle en
nombre del pretor que se retirara de allí. El legado, que había 4
acometido dicha empresa con aquella parte de la juventud
beocia que era partidaria de los romanos, se alejó de las
murallas. El levantamiento de este asedio dio lugar a otro 5
nuevo, pues inmediatamente Marco Lucrecio puso cerco a
Haliarto con las tropas de marina, diez mil hombres armados,
además de los dos mil soldados del rey que estaban a las
órdenes de Ateneo, y cuando ya se disponían a lanzar el
asalto llegó de Creúsa[233] el pretor. En torno a la misma época 6
también llegaron a Cálcide las naves enviadas por los aliados:
dos quinquerremes púnicas, dos trirremes de Heraclea del
Ponto, cuatro de Calcedón y otras tantas de Samos, así
como cinco cuatrirremes rodias. El pretor las devolvió a los 7
aliados porque no había guerra naval en ninguna parte.
También llegó Quinto Marcio a Cálcide con sus naves después
de tomar Álope de Ftiótide[234] y atacar la Larisa llamada
Cremaste.

[233] Puerto situado en el Golfo de Corinto. Cf. XXXVI 21, 5.

[234] De Ftiótide para distinguirla de la Alope de la Lócride.

Primeros combates ecuestres. Victoria de Perseo en el Calínico

8 Ésta era la situación en Beocia cuando Perseo, que, como ya se ha dicho, tenía en Sicurio su campamento estable, después de hacer acopio de trigo en todos los cam-
9 pos de los alrededores mandó tropas a devastar el territorio de los fereos[235], convencido de que podría coger a los romanos si les hacía alejarse del campamento
10 para ayudar a las ciudades de los aliados. Al percatarse de que no se inmutaban en absoluto por aquellas correrías, repartió entre los soldados el botín —exceptuando las personas, pero se trataba sobre todo de animales de todas clases— para que se diesen un banquete[236].

57 En las fechas que siguieron, tanto el cónsul como el rey celebraron consejo para decidir por dónde comenzar la gue-
2 rra. La moral de los hombres del rey había subido al consentirles el enemigo que devastaran el territorio de Feras; de ahí que opinaran que se debía marchar desde allí hacia su
3 campamento y no dar lugar a más vacilaciones. También los romanos se daban cuenta de que su indecisión era objeto de comentarios negativos entre los aliados, que estaban indignados sobre todo por el hecho de que no se hubiera prestado
4 ayuda a los fereos. Cuando estaban deliberando qué podían hacer —Éumenes y Átalo, además, asistían al consejo— llega despavorido un mensajero con la noticia de que el enemigo se está acercando con un gran ejército. Disuelto el consejo, se da inmediatamente la señal para acudir a las
5 armas. Se decide entretanto que salgan cien jinetes e igual número de soldados de a pie, lanzadores de venablos, perte-

[235] De Feras, ciudad tesalia situada a unos 20 kilómetros al nordeste de Fársalo.

[236] No parece imprescindible suponer lagunas antes de *praedam* y después de *milibus*.

necientes a las tropas auxiliares enviadas por el rey. A eso de 6
la hora cuarta del día cuando estaba a poco más de una
milla de distancia del campamento romano, Perseo dio orden
a la infantería de hacer alto; él siguió adelante con la caballería
y la infantería ligera; también se adelantaron junto con él
Cotis y los jefes de otros contingentes de tropas auxiliares.
Estaban a menos de quinientos pasos del campamento cuan- 7
do fueron avistados los jinetes enemigos; se trataba de dos
alas formadas en gran parte por galos, mandados por Casig-
nato, y unos ciento cincuenta misios y cretenses de armamento
ligero. El rey, con la duda de cuántas serían las tropas del 8
enemigo, se detuvo. A continuación destacó de la formación
dos escuadrones de tracios y dos de macedonios, con dos
cohortes de cretenses y de tracios cada uno de ellos. El com- 9
bate finalizó sin que se decidiera la victoria, pues estaban en
igualdad numérica y no llegaron nuevos refuerzos ni de un
lado ni del otro. De los hombres de Éumenes fueron muertos
unos treinta, cayendo entre ellos el jefe galo Casignato. Y
entonces Perseo marchó de nuevo a Sicurio con sus tropas.
Al día siguiente, en torno a la misma hora, avanzó el rey 10
hasta el mismo lugar con sus tropas seguidas de carros con
agua. A lo largo de las doce millas, en efecto, no había agua
en el camino, que además era muy polvoriento, y era evidente
que, en el caso de tener que combatir en cuanto se avistasen,
se habrían visto afectados por la sed durante el combate.
Como los romanos no se habían movido, e incluso habían 11
retirado al interior de la empalizada los puestos de guardia,
las tropas del rey regresaron a su vez al campamento. Repi-
tieron la misma operación durante varios días, a la espera de
que los jinetes romanos atacasen la zaga de la columna
cuando se retirase; al entablarse así el combate, los habrían 12
atraído a bastante distancia del campamento, y ellos, en
cualquier lugar que estuviesen, podrían hacerles frente sin

dificultad, puesto que eran superiores con la caballería y la
infantería ligera.

58 En vista de que su plan no daba resultado, el rey aproximó
el campamento al enemigo y lo fortificó a cinco millas de
2 distancia. Desde allí, al rayar el alba, después de formar las
líneas de infantería en el lugar donde solía, salió hacia el
campamento enemigo al frente de toda la caballería y de la
3 infantería ligera. La vista de un volumen mayor de tropas y
de una polvareda más próxima que de costumbre causó
desconcierto en el campamento romano. Al principio, apenas
se dio crédito al que daba la noticia, porque en todos los
días anteriores nunca había aparecido el enemigo antes de la
4 hora cuarta, y en esta ocasión estaba saliendo el sol. Luego,
cuando los gritos de muchos y las carreras desde la puerta
no dejaron lugar a dudas, se produjo una enorme confusión.
Salieron corriendo los tribunos, prefectos y centuriones hacia
5 el pretorio y los soldados cada uno hacia su tienda. Perseo
había alineado a sus hombres a menos de quinientos pasos
6 de la empalizada, sobre un cerro denominado Calínico[237]. El
rey Cotis estaba en cabeza en el ala izquierda con todas las
tropas de su pueblo; las líneas de jinetes estaban separadas
por tropas de armamento ligero intercaladas; en el ala derecha
estaban los jinetes macedonios, con los cretenses entremez-
7 clados en sus escuadrones; Midonte de Berea mandaba estas
tropas ligeras, y Menón de Antigonea la caballería y el
8 conjunto de este sector. Contiguos a las alas estaban formados
los jinetes reales y tropas auxiliares de elite de muchos
pueblos, de carácter mixto, con Patrocles de Antigonea y el
9 gobernador de Peonia, Didas, al frente de las mismas. En
medio de todos se encontraba el rey; en torno a él, la

[237] Sólo aparece aquí el nombre del monte, que pasó a ser el de la batalla.

llamada «agema» y los jinetes de los escuadrones sagrados.
Ante él colocó a los honderos y lanzadores, unidades que 10
alcanzaban la cifra de cuatrocientos hombres cada una, al
mando de las cuales puso a Ión de Tesalónica y al dólope
Artemón. Ésta era la disposición de las tropas del rey.
También el cónsul, después de formar a la infantería en el 11
interior de la empalizada, hizo salir a toda la caballería y la
infantería ligera, que se formaron delante de la empalizada.
Gayo Licinio Craso, el hermano del cónsul, asumió el mando 12
en el ala derecha, con toda la caballería itálica, en la que
estaban intercalados los vélites; en el ala izquierda, Marco
Valerio Levino[238] tenía el mando de los jinetes aliados pro-
cedentes de los pueblos de Grecia y de las tropas de arma-
mento ligero de la misma procedencia; en cuanto al centro 13
del frente, estaba ocupado por Quinto Mucio con los jinetes
especiales de elite. Delante de sus enseñas estaban formados
doscientos jinetes galos y trescientos soldados auxiliares de
Éumenes, del pueblo cirtio[239]. Cuatrocientos[240] jinetes tesalios 14
se situaron a corta distancia por delante del ala izquierda.
Los reyes Éumenes y Átalo se situaron por detrás, entre la
última línea y la empalizada, con todas sus tropas.

Formados de esta manera, a grandes rasgos, con un nú- 59
mero casi igual de jinetes y de tropas ligeras por ambas
partes, corren a enfrentarse una vez iniciado el combate por
los honderos y lanzadores. Igual que las fieras retenidas 2
mucho tiempo en las jaulas, los tracios fueron los primeros
que se lanzaron entre grandes gritos contra el ala derecha,
contra los jinetes itálicos, con tanto brío que sembraron el 3
desconcierto en unos hombres impertérritos por naturaleza

[238] Había sido pretor en 182.

[239] Cf. XXXVIII 40, 9.

[240] Trescientos, había dicho en 55, 10.

y por experiencia en la guerra ... los de infantería golpeaban las lanzas con sus espadas ...[241] les seccionaban los tendones
4 a los caballos o los ensartaban por el costado. Perseo, lanzándose a caballo al centro de las líneas, a la primera carga pone en fuga a los griegos; cuando éstos se habían dispersado y el enemigo los acosaba amenazante a sus espaldas, la caballería tesalia, que se había mantenido en la reserva sin intervenir en el choque separada del ala izquierda por un corto espacio, al principio se limitó a mirar, y después, cuando la situación tomó un mal cariz, prestó un valiosísimo
5 servicio. En efecto, replegándose poco a poco sin romper las filas, después de unirse a las tropas auxiliares de Éumenes facilitaba junto con éste a los aliados dispersos por la huida un refugio seguro entre sus filas, y además, cuando la carga de los enemigos era menos nutrida, incluso tuvieron el valor de avanzar y dar acogida a muchos fugitivos que venían en
6 dirección contraria. Tampoco los soldados del rey, que ya se habían dispersado a su vez en su persecución en todas las direcciones, se atrevían a enfrentarse con los que avanzaban
7 en orden y con paso firme. Mientras el rey, vencedor en el combate de la caballería, ...[242] que con una pequeña ayuda que se le hubiese prestado se habría resuelto la guerra, precisamente como oportuna respuesta a su arenga se presentó la falange que Hipias y Leonato, por propia iniciativa y para no perderse la audaz operación, habían traído a toda prisa al enterarse de los buenos resultados del combate de la
8 caballería. Cuando el rey se debatía entre la esperanza y el temor a afrontar una empresa tan ardua, el cretense Evandro, a cuya colaboración había recurrido para tender la emboscada

[241] No se ha impuesto ninguna de las conjeturas hechas para restituir el mal estado del texto.

[242] «Decía a gritos», si adoptamos la adición *(clamaret)* de MADVIG.

al rey Éumenes en Delfos, en cuanto vio venir a la columna
de infantería con las enseñas desplegadas corrió junto al rey 9
y le advirtió con insistencia que no se dejara llevar por la
euforia poniéndolo todo sin necesidad en un brete de forma
irreflexiva; si se contentaba con el brillante resultado obte- 10
nido y se quedaba quieto aquel día, o bien obtendría unas
condiciones honrosas de paz, o, si prefería guerrear, tendría
en la guerra muchísimos aliados que secundarían su buena
estrella. El ánimo del rey estaba más inclinado a este plan.
Felicitó, pues, a Evandro y dio orden de que se replegasen las 11
enseñas y regresase al campamento la columna de la infan-
tería, y de que se diese el toque de retirada a la caballería.

En el bando romano cayeron aquel día doscientos solda- 60
dos de caballería y no menos de dos mil de infantería, y los
prisioneros fueron unos seiscientos. De las tropas del rey, en
cambio, fueron muertos veinte jinetes y cuarenta infantes.
Cuando retornaron victoriosos al campamento, si bien es 2
cierto que todos estaban contentos, llamaba la atención
entre el resto la inusual euforia de los tracios, pues regresaban
cantando y portando las cabezas de los enemigos clavadas
en el extremo de sus lanzas. Entre los romanos había no sólo 3
abatimiento por lo mal que se habían hecho las cosas, sino
incluso pánico, por temor a que el enemigo atacase de
inmediato el campamento. Éumenes aconsejaba al cónsul
que trasladase el campamento al otro lado del Peneo para
contar con la protección del río mientras los aterrados sol-
dados cobraban ánimos de nuevo. El cónsul sentía vergüenza 4
en manifestar miedo; cediendo, no obstante, a la razón, pasó
las tropas al otro lado de noche y en silencio y fortificó su
campamento en la otra orilla. Al día siguiente el rey avanzó 5
para provocar al enemigo a combate, y, al percatarse de que
se había instalado el campamento en posición segura al otro
lado del río, reconocía que sin duda había sido una equivo-

cación no acosar a los vencidos el día anterior, pero que era
bastante más grave su error por haber permanecido quieto
6 durante la noche, pues aun sin hacer que entrase en acción
el resto de sus tropas, lanzando a la infantería ligera habría
podido destruir una gran parte de las tropas enemigas des-
7 organizadas durante el paso del río. Pero de momento los
romanos habían perdido el miedo, ahora que tenían el cam-
pamento en posición segura; de todos los daños el que más
8 los afectaba era el sufrido en su reputación. Y en el consejo,
en presencia del cónsul, todos cargaban la responsabilidad
sobre los etolios: ellos habían sido el origen de la huida y el
9 pánico; los demás aliados de los pueblos griegos se habían
contagiado del pánico de los etolios. Cinco jefes etolios a los
que se había visto volver la espalda los primeros, según se
10 comentaba, fueron enviados a Roma. Los tesalios fueron
felicitados ante la asamblea y, además, sus jefes fueron galar-
donados por su valor.

61 Los despojos de los enemigos muertos eran llevados ante
2 el rey. Con ellos recompensaba a unos con armas llamativas,
a otros con caballos, y a algunos con prisioneros. Había más
de mil quinientos escudos; las cotas de mallas y las corazas
sobrepasaban el millar; el número de cascos, espadas y
3 armas arrojadizas de todas clases era bastante superior. Estas
cantidades, de por sí importantes y satisfactorias, fueron
multiplicadas por el rey en el discurso que pronunció ante la
4 asamblea a la que fue convocado el ejército. «Tenéis una va-
loración preliminar del resultado de la guerra. Habéis derro-
tado al mejor componente de las tropas enemigas, la caballería
5 romana, con la que presumían de ser invencibles. Para ellos,
en efecto, los jinetes son lo más escogido de la juventud, son
el vivero del senado; de entre ellos eligen a los cónsules
después de seleccionarlos para senadores, de entre ellos
nombran a los generales; a ellos pertenecían los despojos

repartidos hace poco entre vosotros. Y no es menos impor- 6
tante la victoria que habéis obtenido sobre las legiones de infantería, que se pusieron fuera de vuestro alcance con su huida nocturna y llenaron el río de náufragos que nadaban despavoridos de acá para allá. Pero nos va a ser más fácil 7
cruzar el río a nosotros, que perseguimos a unos vencidos, que a ellos que eran presa del pánico; y una vez en la otra orilla atacaremos inmediatamente el campamento que hoy habríamos tomado si no hubieran huido; o, si prefieren que 8
sea el campo de batalla el que decida, contad con que la lucha a pie tendrá el mismo resultado que tuvo el combate a caballo.» Quienes habían vencido, llevando sobre sus hom- 9
bros los despojos de los enemigos muertos, escucharon entusiasmados el elogio de su hazaña, forjándose por lo que había ocurrido esperanzas sobre lo que iba a ocurrir, y, por 10
su parte, los soldados de infantería, especialmente los macedonios que componían la falange, enardecidos por la gloria de los otros, deseaban también para sí la oportunidad de prestar un buen servicio al rey y de conseguir a costa del enemigo una gloria parecida. Se disolvió la asamblea y al 11
día siguiente marchó de allí y acampó en Mopselo. Es ésta una altura que se alza delante de Tempe y está a medio camino según se va de Larisa a Gono.

Propuesta de paz de Perseo. Toma de Haliarto

Los romanos, sin apartarse de la orilla 62
del Peneo, trasladaron el campamento a una posición más segura. Allá llegó el nú- 2
mida Misagenes con un millar de jinetes y el mismo número de infantes, además de veintidós elefantes. Por aquellos días el rey reunía al consejo 3
para tratar de la situación general; y como ya se había calmado la euforia por el triunfo conseguido, algunos de sus amigos se atrevieron a aconsejarle que aprovechase la racha

favorable con miras a unas condiciones honrosas de paz, en lugar de exponerse a riesgos irreversibles dejándose llevar de
4 vanas esperanzas. Lo propio de un hombre sabio y merecidamente afortunado es atemperar las situaciones favorables y no fiarse en demasía de la bonanza del buen momento
5 presente. Que enviase embajadores al cónsul para renovar el tratado[243] en las mismas condiciones en que Tito Quincio,
6 victorioso, había concedido la paz a su padre Filipo. No se podía poner a la guerra un broche más brillante que el de tan memorable batalla, ni concebir esperanzas más firmes de una paz duradera que aquéllas, que harían más flexibles en la negociación a unos romanos seriamente afectados por
7 la derrota. Y si también en esta ocasión los romanos, en su connatural tozudez, desdeñaban una propuesta razonable, los dioses y los hombres serían testigos tanto de la moderación
8 de Perseo como del empecinado orgullo de los romanos. El rey, por carácter, nunca se mostraba refractario a los consejos de esta índole. Por eso, al ser aprobada la propuesta con el asentimiento de la mayoría, se enviaron embajadores al
9 10 cónsul. Se les dio audiencia ante el consejo en pleno. Pidieron la paz con el compromiso de que Perseo entregaría a los romanos un tributo como el que se había pactado con Filipo y se retiraría cuanto antes de las ciudades, tierras y lugares
11 de los que se había retirado Filipo. Esto dijeron los embajadores. Se les hizo salir, y durante el debate se impuso ante el consejo la firmeza romana. Así era la costumbre entonces: poner buena cara en los momentos adversos y atemperar la
12 emoción en los favorables. Se adoptó la decisión de responder que se concedía la paz a condición de que el rey dejara libertad al senado, en lo referente a la situación en su conjunto, para determinar su estatuto jurídico personal y el de

[243] Cf. XXXIII 30.

toda Macedonia. Cuando volvieron los embajadores con esta 13
respuesta, entre los que no conocían la manera de ser de los romanos causó estupor su obstinación, y eran muchos los que querían que no se volviese a mencionar la paz, que muy pronto pedirían por sí mismos aquellos que desdeñaban
cuando les era ofrecido. Perseo temía precisamente aquella 14
arrogancia, pues era síntoma de confianza en las propias fuerzas, y, aumentando la suma de dinero por si podía
comprar la paz, no cesó de tantear el ánimo del cónsul. En 15
vista de que no se producía el menor cambio en su primera respuesta, perdidas las esperanzas de paz regresó a Sicurio, su punto de partida, dispuesto a probar de lleno la suerte de la guerra.

La noticia de la batalla ecuestre se extendió por Grecia 63
y dejó al descubierto las intenciones de la gente. En efecto, no sólo los que estaban de parte de los macedonios sino la mayoría de quienes estaban obligados con los romanos por sus cuantiosos servicios, e incluso algunos que habían expe-
rimentado la violencia y la prepotencia de Perseo, recibieron 2
dicha noticia con alegría, sin otro motivo que esa torcida inclinación que la masa manifiesta también en las competiciones de los juegos al ponerse de parte del menos diestro y del más débil.

Por la misma época[244], en Beocia, el pretor Lucrecio 3
asediaba Haliarto con la mayor violencia; y aunque los sitiados, aparte de los jóvenes coroneos que al principio del asedio habían entrado en el recinto amurallado, no tenían ayuda ni la esperaban, a pesar de todo resistían ellos solos
con más moral que fuerza. En efecto, hacían frecuentes salidas 4
contra las obras de asedio, y además, cuando se aproximaba el ariete, con el peso unas veces de enormes pedruscos y

[244] Junio de 171.

otras de masas de plomo daban con él en tierra, y si en algún
punto no habían podido desviar el golpe, en el lugar del
muro derribado, trabajando deprisa, levantaban otro nuevo
amontonando con gran rapidez las piedras de los propios
5 escombros del derrumbe. Como el asedio con máquinas iba
bastante despacio, el pretor mandó distribuir escalas entre
los manípulos con el propósito de atacar las murallas por
todo el contorno con un cordón de soldados, convencido de
que habría para ello hombres más que suficiente, puesto que
ni tenía objeto ni era posible atacar la ciudad por la parte en
6 que está rodeada de marismas. Él, por el lugar donde
se habían venido abajo dos torres y el tramo de muralla
comprendido entre ellas, se acercó con dos mil soldados
escogidos para que así, al tiempo que trataba de pasar sobre
los escombros, como los habitantes de la plaza acudirían en
masa a hacerle frente, se pudiera tomar con escalas algún
7 sector de las murallas desguarnecidas de defensores. Los
sitiados se dispusieron activamente a repeler su ataque. En
efecto, después de extender haces de sarmientos secos sobre
la zona cubierta de escombros, a pie firme, sosteniendo
antorchas encendidas, amenazaban con prender fuego a
aquella barrera para tener tiempo de levantar un muro por
la parte de dentro mientras las llamas los separaban del
8 enemigo. Un hecho fortuito impidió este propósito, pues de
repente se desencadenó un aguacero tan intenso que hacía
difícil que prendiera la llama y apagaba lo que se había
9 prendido. Quedó así abierto el paso por entre los matojos
humeantes después de apartarlos a los lados, y, además, al
estar todos concentrados en la defensa de un único punto,
también fueron asaltados los muros con las escalas en muchos
10 sitios a la vez. En los primeros momentos de confusión que
siguieron a la toma de la ciudad, viejos y niños fueron
muertos a mansalva según el azar los ponía a tiro; los que

estaban armados se refugiaron en la ciudadela, y al día siguiente, como no les quedaba ninguna esperanza, se rindieron y fueron vendidos a subasta. Eran en torno a los dos 11 mil quinientos. Los ornamentos de la ciudad, las estatuas y pinturas sobre tabla y el botín valioso, todo fue trasladado a las naves; la ciudad fue demolida desde los cimientos. Desde allí condujo el ejército a Tebas; tras ocupar sin lucha 12 esta ciudad, la entregó a los exiliados y a los que estaban a favor de los romanos; los esclavos de los hombres que pertenecían a la facción contraria y de los partidarios del rey y de los macedonios los vendió a subasta[245]. Una vez llevadas a cabo en Beocia estas operaciones retornó a la costa, a las naves.

Otras operaciones en Tesalia

Mientras se desarrollaban estos hechos 64 en Beocia, Perseo mantuvo su campamento estable en Sicurio durante algunos días. Informado allí de que los romanos estaban 2 segando y acarreando a toda prisa la mies de los campos del contorno, que después, cada uno delante de su tienda, cortaban con hoces las espigas para triturar el 3 grano con más limpieza, y que habían formado grandes montones de paja por todo el campamento, pensó que era una circunstancia a propósito para un incendio y mandó preparar antorchas, resina y proyectiles de estopa untados con pez; y así emprendió la marcha en mitad de la noche para coger por sorpresa al enemigo atacando al amanecer. De nada sirvió sorprender a los primeros puestos de guardia: 4

[245] Semejante trato a la ciudad de Tebas no parece compadecerse con la información dada en 44, 3, en 46, 10 y en 47, 12. De ahí que se haya pensado en una confusión entre *Thebae* y *Thisbae*.

con su confusión y su pánico despertaron a los demás y se dio la señal de coger inmediatamente las armas; y de forma simultánea los soldados estaban formados en la empalizada
5 y junto a las puertas. Pero entonces Perseo, pesaroso de haber comenzado a la ligera y sin pensárselo el ataque al campamento, hizo que el ejército diera media vuelta al instante y dio orden de que fuesen en cabeza los bagajes y que a continuación se portasen las enseñas de la infantería; él esperó para cerrar la marcha con la caballería y la infantería ligera, pensando que el enemigo saldría detrás, como así
6 ocurrió, para hostigar a los últimos desde atrás. Hubo una breve refriega, más que nada entre los soldados de armamento ligero y los primeros de los perseguidores; la caballería y la infantería regresaron ordenadamente al campamento.

7 Después de segar las mieses de los alrededores, los romanos trasladaron el campamento a Cranón[246], un territorio intacto. Cuando estaban allí acuartelados con seguridad, debido tanto a la distancia como a las dificultades del trayecto que
8 hay entre Sicurio y Cranón, en el que falta el agua, de repente un día al amanecer, aparecieron sobre las colinas inmediatas la caballería real y la infantería ligera y provocaron una gran agitación. Habían salido de Sicurio la víspera a eso del mediodía, y al rayar el alba habían dejado a la columna de
9 infantería en la llanura más próxima. Perseo se quedó quieto en las colinas durante un breve espacio, pensando que podría atraer a los romanos a un combate ecuestre; en vista de que éstos no hacían ningún movimiento, envió un jinete para transmitir a la infantería la orden de volver a Sicurio; él
10 salió detrás al poco tiempo. Los jinetes romanos los siguieron a una distancia moderada por si en algún momento podían

[246] En el centro de Tesalia, al sur del río Peneo (cf. XXXVI 10, 1 y 14, 10).

atacarlos cuando estuvieran distanciados y dispersos, y cuando vieron que marchaban agrupados guardando la formación y las filas, regresaron también ellos al campamento.

Después, el rey, que estaba a disgusto con el largo trayecto, 65
trasladó el campamento a Mopselo, mientras que los romanos, una vez segadas las mieses en Cranón, pasaron al territorio de Falana. Informado allí el rey por un tránsfuga 2
de que los romanos vagaban aquí y allá segando los campos sin ninguna protección armada, salió con un millar de jinetes y dos mil tracios y cretenses, avanzó sin guardar la formación de la columna, acelerando la marcha cuanto podía, y atacó por sorpresa a los romanos. Fueron capturados no menos 3
de mil carros tirados por yuntas, la mayoría de ellos cargados, y hechos prisioneros unos seiscientos hombres. Entregó el 4
botín a trescientos cretenses para su custodia y traslado hasta el campamento; él retiró de la matanza a discreción a 5
los jinetes y al resto de los infantes y los llevó hacia el destacamento más próximo, convencido de poder aplastarlo sin demasiada lucha. Lucio Pompeyo, el tribuno militar que 6
tenía el mando, retiró a una colina cercana a los soldados atemorizados por la repentina llegada de los enemigos, dispuesto a defenderse merced a la protección del terreno ya que en número y fuerzas estaba en desventaja. Allí agrupó 7
a sus hombres en círculo para que se protegieran de los impactos de las flechas y las armas arrojadizas juntando escudo con escudo, y Perseo entonces rodeó la colina con hombres armados y dio orden de que unos intentaran el ascenso y trabaran combate cuerpo a cuerpo mientras otros disparaban desde lejos las armas arrojadizas. Un peligro 8
muy serio amenazaba a los romanos, pues al estar apiñados no podían rechazar a los que trataban de remontar la colina, y si rompían la formación para lanzarse hacia delante quedaban expuestos a los venablos y las flechas. Sobre todo 9

eran alcanzados con los *cestrosphendones*[247]. Este nuevo tipo de arma ofensiva se inventó en aquella guerra. Una punta de dos palmos iba fija a un astil de medio codo de
10 largo del grosor de un dedo; en torno a éste se adaptaban tres pequeñas aletas de abeto, como suele hacerse con las flechas; la honda tenía en el centro dos correas desiguales; cuando el hondero hacía girar más fuertemente con la correa el proyectil en equilibrio, éste salía despedido, zumbando
11 como una bola de plomo. Cuando habían sido alcanzados la mitad de los soldados por esta y por todas las otras clases de armas de tiro, y en su agotamiento ya no sostenían fácilmente las armas, el rey los instaba a entregarse, les daba garantías y en algunos momentos les prometía recompensas; pero no se plegaba a la rendición la voluntad de ninguno de ellos, y cuando estaban ya resueltos a morir, inesperadamente
12 brilló la esperanza. En efecto, cuando algunos de los forrajeadores que volvían huyendo al campamento informaron al cónsul de que estaba rodeado el destacamento, preocupado por el peligro que corrían tantos ciudadanos —pues eran casi ochocientos, y todos romanos— salió del campamento con la caballería y la infantería ligera, a las que se habían sumado nuevos refuerzos, infantes y jinetes númidas y también elefantes, y ordenó a los tribunos militares que le
13 siguieran las enseñas de infantería. Él marchó por delante hacia la colina después de incorporar vélites a las tropas
14 auxiliares de armamento ligero para reforzarlas. Éumenes, Átalo y Misagenes, el régulo de los númidas, servían de cobertura a los flancos del cónsul.

66 Cuando los que estaban rodeados avistaron las primeras enseñas de los suyos, en verdad la moral de los romanos se

[247] Livio toma el vocablo y su explicación (aunque la resume en exceso) de Polibio, XXVII 11.

recuperó de su extrema desesperación. Perseo, en primer 2
lugar, debería haberse contentado con su éxito fortuito, capturando o dando muerte a algunos forrajeadores, y no
malgastar tiempo en asediar al destacamento; y en segundo 3
lugar, una vez que a pesar de todo había intentado aquella operación, sabiendo que no tenía consigo ninguna fuerza debería haberse marchado mientras podía hacerlo sin daño; pero no sólo esperó personalmente, envanecido por su triunfo, la llegada del enemigo, sino que envió a buscar a la falange
a toda prisa. Ésta, traída con mayor demora de lo que de- 4
mandaban las circunstancias y, además, de manera atropellada, iba a llegar desorganizada por la rápida marcha frente a quienes estaban formados y preparados con antelación. El cónsul, que llegó primero, entabló combate inmediatamente.
Al principio, los macedonios resistieron; luego, como eran 5
inferiores en todos los sentidos, trataron de alejarse cuando ya habían perdido trescientos hombres de infantería y veinticuatro de los mejores jinetes de la que llaman ala sagrada, entre los cuales cayó también Antímaco, el prefecto de la
misma. Pero su marcha fue casi más desorganizada que el 6
propio combate. Cuando la falange, llamada por un despavorido mensajero, era conducida a toda prisa, primero quedó atascada al encontrarse en un paso angosto con la columna
de prisioneros y con los carros cargados de trigo. Se originó 7
entonces un tremendo desbarajuste entre unos y otros, pues nadie esperó a que la columna, de la manera que fuese, se abriera paso, sino que los hombres armados arrojaban pendiente abajo los bagajes, ya que no había otro modo de abrirse camino, y las acémilas se desbocaban con el barullo
al ser aguijoneadas. Apenas se habían desembarazado de la 8
desordenada columna de los prisioneros cuando se encontraron con la columna de las tropas del rey y de los jinetes derrotados. Entonces sí que los gritos de los que les decían

que dieran media vuelta provocaron un caos casi como en
un desastre, hasta el extremo de que, si los enemigos se
hubieran decidido a internarse en el desfiladero y hubieran
proseguido la persecución, podrían haberles infligido una
9 severa derrota. Después de rescatar al destacamento de la
colina, dándose por contento con su pequeño éxito, el cónsul
llevó sus tropas de vuelta al campamento. Algunos historia-
dores sostienen que aquel día se libró una batalla importante,
que se dio muerte a ocho mil enemigos, entre ellos Sópatro
y Antípatro, generales del rey, y que se cogieron vivos
alrededor de dos mil ochocientos y se aprehendieron veinti-
10 siete enseñas militares. Y que tampoco la victoria fue in-
cruenta, cayendo más de cuatro mil trescientos en el ejército
del cónsul y perdiéndose cinco enseñas del ala izquierda.

Remate de la campaña bélica de 171 en Oriente

67 Esta jornada hizo que se recuperara la
moral de los romanos y al mismo tiempo
desmoralizó a Perseo hasta el extremo de
que, después de quedarse unos pocos días
en Mopselo, más que nada para atender al
sepelio de los soldados que había perdido, dejó en Gono una
guarnición suficientemente sólida y retiró sus tropas a Ma-
2 cedonia. En Fila[248] dejó con un pequeño destacamento a
uno de los prefectos reales, un tal Timoteo, con instrucciones
3 de tantear desde cerca a los magnetes. Llegado a Pela mandó
el ejército a los cuarteles de invierno y él marchó a Tesalónica
4 en compañía de Cotis. Allí se reciben noticias de que Autles-
bis, un príncipe tracio, y Corrago, un prefecto de Éumenes,
han invadido el territorio de Cotis y ocupado la comarca
5 denominada Marene[249]. Considerando, pues, que debe dejar

[248] Al norte del valle de Tempe.

[249] Desconocida.

marchar a Cotis para que defienda sus posesiones, lo despide, haciéndole grandes regalos al partir. A la caballería le entrega doscientos talentos, la paga de un semestre, cuando en un principio se había comprometido a darle la de un año.

Informado el cónsul de la marcha de Perseo, traslada el 6
campamento junto a Gono, por si puede apoderarse de la plaza. Situada justo enfrente de Tempe, en una garganta, constituye un cierre muy seguro para Macedonia y un acceso a Tesalia muy a mano para los macedonios. Como la ciudad 7
resultaba inexpugnable tanto por su emplazamiento como por su fuerte guarnición, desistió del empeño. Dando un giro a la marcha en dirección a Perrebia, tomó Malea al primer asalto y la saqueó, recuperó Trípolis y el resto de Perrebia y regresó a Larisa. Luego, después de mandar de 8
vuelta a casa a Éumenes y a Átalo, proporcionó cuarteles de invierno a Misagenes y los númidas en las ciudades de Tesalia más próximas y distribuyó por toda Tesalia parte de su ejército para que todos dispusieran de cuarteles de invierno cómodos y al propio tiempo sirvieran de guarnición a las ciudades. Mandó al legado Quinto Mucio con dos mil hom- 9
bres a ocupar Ambracia. Mandó marchar a todos los aliados de las ciudades griegas con excepción de los aqueos. Emprendió la marcha con una parte del ejército en dirección a la Acaya Ftiótide, arrasó hasta los cimientos Ptéleo, abandonada tras la huida de sus habitantes, y recuperó Antronas por voluntad de sus moradores. Después se acercó con el 10
ejército a Larisa[250]. La ciudad estaba desierta; toda la población se había refugiado en la ciudadela; se dispuso a atacarla. Los macedonios de la guarnición real habían sido los primeros 11
en marcharse, por miedo; abandonados por ellos, los habitantes de la plaza se rindieron en seguida. Luego, cuando

[250] Larisa Cremaste.

estaba dudando si primero debía atacar Demetríade[251] o
12 examinar cómo estaban las cosas en Beocia, lo llamaron desde ahí los tebanos, a los que hostigaban los coroneos. Debido tanto a esta demanda como a que aquella región era más apropiada que Magnesia para los cuarteles de invierno, condujo sus tropas a Beocia.

251 Cf. XXXIX 23, 12.

LIBRO XLIII

SINOPSIS

AÑO 171 a. C.

Operaciones en Iliria y la Galia. Quejas de los hispanos. Embajadas de África (1 - 3).

AÑO 170 a. C.

Revueltas en Hispania. Abusos de los generales romanos en Grecia. Quejas contra el excónsul Gayo Casio (4 - 5).
Embajadas de Grecia, Asia y África. Medidas contra Lucrecio y Hortensio (6 - 8).
Liguria. Iliria. Comisión investigadora en Macedonia. Elecciones en Roma (9 - 11).

AÑO 169 a. C.

Asignación de tropas. Prodigios (12 - 13).
Elecciones de censores. Distribución de provincias (14 - 15, 5).
Actuación de los censores. Intento de proceso contra ellos (15, 6 - 16).
Embajada romana en Grecia. Campaña de Perseo en Iliria (17 - 19).
Embajada macedonia ante Gencio. Reveses de los romanos (20 - 23).

Operaciones en Iliria y en la Galia. Quejas de los hispanos. Embajadas de África

1 En el mismo verano[252] en que ocurrieron estos hechos en Tesalia, ...[253], enviado por el cónsul al Ilírico como legado, asedió
2 dos ciudades ricas en recursos. Obligó a Ceremia[254] a la rendición, por la fuerza de las armas, y dejó a sus habitantes todos sus bienes para que, con la noticia de su clemencia, se animasen también los de
3 Carnunte, ciudad fortificada. Luego, en vista de que no podía ni inducirlos a rendirse ni tomar la ciudad asediándola, para que los soldados no se cansaran en vano con dos asedios saqueó la ciudad que antes había dejado intacta.

4 Gayo Casio[255], el otro cónsul, no hizo nada digno de mención en la Galia, provincia que le había tocado en suerte[256], y, por otra parte, intentó infructuosamente conducir
5 a Macedonia sus legiones a través del Ilírico. El senado tuvo conocimiento de que el cónsul había emprendido esta marcha por unos embajadores de Aquilea. Se quejaban éstos de que su colonia, reciente[257] y débil estaba aún insuficientemente fortificada en medio de los pueblos hostiles de histros e
6 ilirios, y pedían que el senado buscase el modo de proceder a la fortificación de dicha colonia. Y al preguntarles si querían que se encomendase esta misión al cónsul Gayo Casio
7 respondieron que Casio había concentrado su ejército en Aquilea y había emprendido la marcha hacia Macedonia a través del Ilírico. No parecía, en principio, una información

[252] Estamos en el año 171 a. C.

[253] Falta el nombre del *legatus*, que podría ser Gayo Claudio Pulcro (o Quinto Mucio, según Kreyssig).

[254] Desconocida, lo mismo que Carnunte.

[255] Gayo Casio Longino (cf. nota 10).

[256] En XLII 32, 4 se dice que le correspondió Italia.

[257] Había sido fundada en 181 (cf. XL 34, 2).

creíble, y cada uno para sus adentros pensaba que posiblemente había desencadenado una ofensiva bélica contra los
carnos[258] o los histros. Entonces los aquilenses dijeron que 8
lo único que sabían y se atrevían a asegurar era que se había distribuido entre los soldados trigo para treinta días, y que se habían buscado y traído guías que conociesen las rutas de
Italia a Macedonia. El senado se indignó de veras por el 9
hecho de que el cónsul se hubiera atrevido a tanto, hasta el extremo de abandonar su provincia, pasar a la de otro, marchar al frente de su ejército por un itinerario nuevo y peligroso en medio de pueblos extranjeros, y abrir a tantas
naciones una vía hacia Italia. En una sesión plenaria se decide 10
que el pretor Gayo Sulpicio nombre una comisión de tres senadores que deberán salir de Roma aquel mismo día, acelerar la marcha cuanto puedan, dar alcance al cónsul
dondequiera que se encuentre, y advertirle que no haga la 11
guerra a ningún pueblo más que a aquel al que el senado
haya decidido hacerla. Partieron con esta misión Marco 12
Cornelio Cetego[259], Marco Fulvio y Publio Marcio Rege. La inquietud provocada por el cónsul y su ejército aplazó por el momento la preocupación por la fortificación de Aquilea.

A continuación fueron introducidos en el senado los 2
embajadores de varios pueblos de las dos Hispanias. Después 2
de quejarse de la codicia y arrogancia de los magistrados romanos se postraron de rodillas y pidieron al senado que no permitiera que ellos, sus aliados, fueran espoliados y
vejados de modo más ignominioso que los enemigos. Se 3
quejaban de diversas humillaciones, pero saltaba a la vista que había habido extorsiones de dinero, y se encargó al

[258] Vivían en los alrededores de Aquilea. Eran de origen celta.

[259] Sería cónsul en 160.

pretor Lucio Canuleyo, al que había correspondido Hispania
en el sorteo, la misión de asignar cinco «recuperadores»[260] de
rango senatorial frente a cada uno de aquellos a quienes los
hispanos reclamaban dinero, dándoles la posibilidad de elegir
4 los abogados[261] que quisieran. Se llamó a los embajadores a
la curia, se dio lectura al decreto del senado y se les invitó a
5 nombrar defensores. Nombraron cuatro: Marco Porcio
Catón[262], Publio Cornelio Escipión[263], hijo de Gneo, Lucio
6 Emilio Paulo[264], hijo de Lucio, y Gayo Sulpicio Galo[265]. El
primer caso que trataron los recuperadores fue el de Marco
Titinio, que había sido pretor en la Hispania citerior durante
el consulado de Aulo Manlio y Marco Junio[266]. El proceso
fue aplazado por dos veces, y a la tercera fue absuelto el
7 acusado. Se produjo una desavenencia entre los embajadores
de las dos provincias; los pueblos de la Hispania citerior
escogieron como abogados a Marco Catón y Publio Escipión,
8 y los de la ulterior a Lucio Paulo y Gayo Sulpicio. Los pue-
blos de la citerior llevaron ante los recuperadores a Publio
9 Furio Filo, y los de la ulterior a Marco Macieno. Habían

---

260 Árbitros para casos de restitución o indemnización. Los nombraba el pretor, en número impar, entre senadores en los procesos de concusión intentados por pueblos sometidos, pues correspondía al senado la supervisión de las relaciones entre el Estado y dichos pueblos.

261 Representantes legales, pues los hispanos, dada su condición de *peregrini*, no podían presentar personalmente la acusación.

262 Catón el censor (cónsul en 195), considerado habitualmente por los hispanos como su protector en Roma.

263 Escipión Nasica, pretor en la Hispania ulterior en 194 y propretor en 193. Cónsul en 191.

264 Pretor en la Hispania ulterior en 191, con prórroga de mando en los años siguientes. Cónsul en 182. Vencedor de Perseo en Pidna.

265 Sería pretor en 169 y cónsul en 166.

266 En 178, año del consulado de Marco Junio Bruto y Aulo Manlio Vulsón.

sido pretores el primero hacía tres años, durante el consulado de Espurio Postumio y Quinto Mucio[267], y el segundo hacía dos años, durante el consulado de Lucio Postumio y Marco
Popilio[268]. Pesaban sobre los dos acusaciones gravísimas, y 10
el proceso fue aplazado; llegado el momento de comenzarlo de nuevo desde un principio, quedó sobreseído porque habían cambiado de residencia exiliándose[269]. Furio había marchado
al exilio a Preneste y Macieno a Tíbur. Circulaba el rumor 11
de que los abogados no permitían meterse con los nobles y poderosos, y el pretor Canuleyo hizo que fueran a más las sospechas porque se desentendió de aquel proceso y decidió llevar a cabo una leva marchando de pronto a su provincia para evitar que fueran más los atacados por los hispanos.
Quedaron así enterrados en el silencio los hechos pasados; 12
el senado, no obstante, adoptó medidas para el futuro con relación a los hispanos, pues éstos consiguieron que los magistrados romanos no fijasen el valor del trigo ni obligasen a los hispanos a vender las cuotas del cinco por ciento al precio que aquellos quisieran, y que no les fueran impuestos a sus ciudades los prefectos para recaudar dinero.

Llegó también de Hispania una embajada enviada por 3
una nueva clase de gente. Haciendo hincapié en que eran más 2
de cuatro mil los que habían nacido de la unión de soldados romanos con mujeres hispanas con las que no existía derecho de matrimonio[270], pedían que se les diera una ciudad donde
vivir. El senado dispuso que diera a Lucio Canuleyo su 3

[267] Espurio Postumio Albino y Quinto Mucio Escévola, cónsules en 174.

[268] Lucio Postumio Albino y Marco Popilio Lenate, cónsules en 173.

[269] La ley permitía el exilio voluntario antes de que los tribunales dictaran sentencia. Cf. POLIBIO, VI 14, 7.

[270] Los hijos tenían la condición de la madre, eran *peregrini*. Pasarán a obtener el estatuto latino, primer caso que se conoce para un extraitálico.

nombre y el de aquellos a los que hubieran manumitido, en caso de que hubiese alguno; su deseo era que fueran a
4 asentarse en Carteya, junto al Océano [271]; a los carteyenses que quisieran continuar residiendo allí se les ofrecería la posibilidad de formar parte de la colonia, asignándoles tierras. Sería una colonia latina y se llamaría «colonia de los libertos».

5 Por las mismas fechas llegaron de África el régulo Gulusa, hijo de Masinisa, enviado de su padre, y unos cartagineses.
6 Gulusa, introducido el primero en el senado, hizo una enumeración de los recursos enviados por su padre para la guerra de Macedonia; prometió que, si querían pedir alguna otra cosa, la suministraría en reconocimiento por los merecimientos hechos por el pueblo romano, y advirtió a los padres conscriptos que estuviesen en guardia frente a la
7 mala fe de los cartagineses: habían tomado la decisión de preparar una gran flota, teóricamente como apoyo a los romanos frente a los macedonios, y cuando ésta estuviese dispuesta y equipada, serían ellos los que estarían en libertad para decidir a quién considerar enemigo o tener por aliado. Esta ... [272].

---

[271] En la bahía de Algeciras. Cf. XXVIII 30, 3 nota.

[272] Hay una laguna considerable, al haberse perdido cuatro cuaterniones del ms. Vindobonense (cf. n. 1). En la parte perdida aparecerían las elecciones de nuevos magistrados y la distribución de provincias para el año 170. Al cónsul Aulo Hostilio Mancino le correspondió Macedonia; a Aulo Atilio Serrano, Italia; al pretor Lucio Hortensio, la flota, y a Quinto Menio y Marco Recio, las preturas urbana y peregrina. También figurarían las incidencias de la nueva campaña: la rebelión de los epirotas, los éxitos de Perseo frente a Hostilio, los dárdanos y los ilirios, y la sublevación de Hispania promovida por Olonico, con lo que enlazan las primeras palabras del capítulo 4.

Revueltas en Hispania. Abusos de los generales romanos en Grecia. Quejas contra el excónsul Gayo Casio

... provocaron tal pánico cuando entra- 4
ron en el campamento mostrando las ca-
bezas[273], que, de haber traído al ejército
inmediatamente, se podía haber tomado
el campamento. También así se produjo 2
un gran desbarajuste; había incluso quienes
opinaban que se debían enviar delegados
a pedir la paz en tono suplicante, y muchas
ciudades, al recibir estas noticias, se rin-
dieron. Trataron de disculparse haciendo recaer la respon- 3
sabilidad sobre dos locos que se habían ofrecido al castigo
espontáneamente, y el pretor, después de concederles el
perdón, partió en seguida hacia otras ciudades; y como todos 4
cumplían con lo que se les mandaba, sin que el ejército
tuviera que entrar en acción recorrió un territorio en paz en
el que poco antes habían ardido las llamas de una grave
revuelta. Esta condescendencia del pretor, con la cual, sin 5
derramamiento de sangre, había sometido a una nación de
las más rebeldes, resultó tanto más grata a la plebe y al
senado cuanto mayor había sido la crueldad y la codicia con
que el cónsul Licinio[274] y el pretor Lucrecio[275] habían llevado
la guerra en Grecia. Los tribunos de la plebe, en discursos 6
continuos, fustigaban a Lucrecio en su ausencia, aunque se
justificase ésta por un servicio al Estado; pero entonces se
ignoraban incluso hechos tan cercanos como que, en aquel
momento, Lucrecio se encontraba en sus tierras en Ancio, y
con el producto de la venta del botín estaba haciendo una
conducción de agua desde el río Loracina[276] hasta Ancio. Se 7

---

[273] Podría tratarse de las cabezas cortadas de los cabecillas de la revuelta de Hispania.

[274] Publio Licinio Craso, cónsul del año 171.

[275] Gayo Lucrecio Galo, pretor en 171.

[276] El actual Cacamele.

dice que adjudicó esta obra en ciento treinta mil ases. También decoró el templo de Esculapio[277] con cuadros proce-
8 dentes del botín. El odio y la impopularidad de Lucrecio pasaron a recaer sobre su sucesor Hortensio[278] debido a unos enviados de Abdera que lloraban a las puertas de la curia y se quejaban de que éste había asaltado y saqueado su
9 ciudad; el motivo de la destrucción de su ciudad había sido el hecho de que, como exigía cien mil denarios y cincuenta mil medidas de trigo, habían pedido un plazo para enviar embajadores al cónsul Hostilio y a Roma a propósito de tal
10 exigencia. Nada más llegar a presencia del cónsul se había enterado de que había sido asaltada la ciudad, ejecutados con el hacha sus principales y vendidos en subasta los demás.
11 Al senado le pareció inadmisible el hecho y adoptó en el caso de los abderitas la misma resolución que había adoptado el año anterior en el de los coroneos, dando orden el pretor Quinto Menio de hacerla pública ante la asamblea del pueblo.
12 También se enviaron dos comisarios, Gayo Sempronio Bleso[279] y Sexto Julio César[280], a devolver la libertad a los abderitas.
13 Se les dio, además, el encargo de hacer saber al cónsul Hostilio y al pretor Hortensio que el senado consideraba injusta la guerra hecha a los abderitas y justo que se buscase a todos los que estaban reducidos a esclavitud y se les devolviese la libertad.

5 Por la misma época se presentaron al senado quejas contra Gayo Casio, que el año anterior había sido cónsul y entonces era tribuno militar en Macedonia con Aulo Hostilio,
2 y llegaron embajadores del rey galo Concibilo. Su hermano

[277] Más antiguo que el de Roma.

[278] Lucio Hortensio, el pretor que tenía el mando de la flota.

[279] Había sido edil plebeyo en 187 y pretor en 184.

[280] Sería edil curul en 165 y cónsul en 157.

habló ante el senado quejándose de que Gayo Casio había
devastado los campos de pueblos alpinos aliados suyos y se
había llevado de allí, para hacerlos esclavos, a muchos mi-
llares de hombres. Aproximadamente por la misma época 3
llegaron embajadores de los carnos, los histros y los yápides,
diciendo que, en primer lugar, el cónsul Casio les había
exigido guías que le indicaran el camino en su marcha a
Macedonia al frente del ejército; había salido de su país 4
pacíficamente como si fuera a hacer la guerra a otra parte;
luego, dando la vuelta a medio camino, había recorrido su
territorio hostilizándolo como enemigo; se habían producido
muertes, robos e incendios por todas partes; y hasta la fecha
ellos no sabían por qué razón los había tratado el cónsul
como enemigos. El senado respondió, tanto al régulo galo 5
como a los pueblos mencionados, que no había tenido cono-
cimiento previo de que fuesen a ocurrir los hechos de que se
quejaban, y que, si habían ocurrido, no los aprobaba; pero
no era justo condenar a un hombre de rango consular que
estaba ausente, puesto que la razón de esa ausencia era el
servicio al Estado; cuando Gayo Casio estuviese de vuelta 6
de Macedonia, entonces, si querían acusarlo en su presencia,
el senado, después de entrar en conocimiento del problema,
se ocuparía de que obtuvieran satisfacción. Aparte de res- 7
ponder a estos pueblos se aprobó también el envío de emba-
jadores, dos al régulo transalpino y tres a aquellos otros
pueblos, para hacerles saber cuál era el criterio de los sena-
dores. Se acordó hacer llegar regalos por valor de dos mil 8
ases a cada uno de los embajadores, y concretamente los
siguientes al hermano del régulo: dos torques de cinco libras
de oro, cinco vasos de plata de veinte libras, dos caballos
enjaezados con fáleras con sus palafreneros, armas y capotes
de caballero, y prendas de vestir para sus acompañantes,
libres y esclavos. Éstos fueron los regalos enviados; se accedió 9

a su petición de comprar cada uno diez caballos, y se les dio
10 autorización para sacarlos fuera de Italia. Como embajadores fueron enviados, con los galos, al lado de allá de los Alpes, Gayo Lelio y Marco Emilio Lépido, y a los otros pueblos, Gneo Sicinio, Publio Cornelio Blasión y Tito Memio.

Embajadas de Grecia, Asia y África. Medidas contra Lucrecio y Hortensio

6 Coincidieron en Roma al mismo tiempo los embajadores de numerosas ciudades
2 de Grecia y Asia. Fueron introducidos primero los atenienses. Éstos manifestaron que habían enviado al cónsul Publio Licinio y al pretor Gayo Lucrecio las naves y
3 los soldados de que disponían. No los habían utilizado, y les habían exigido cien mil medidas de trigo; a pesar de que cultivaban una tierra árida e incluso alimentaban a sus campesinos con trigo importado, no obstante, para no faltar a su obligación, lo habían reunido, y estaban dispuestos a
4 contribuir con cualquier otra cosa que se les ordenara. Los milesios, sin hacer mención a ninguna aportación que hubiesen efectuado, aseguraron que estaban dispuestos a colaborar
5 si el senado quería pedirles algo para la guerra. Los alabandenses recordaron que ellos habían erigido un templo a la ciudad de Roma y habían instituido unos juegos anuales en
6 honor de esta divinidad, y que además habían traído una corona de oro de cincuenta libras para depositarla en el Capitolio como ofrenda a Júpiter Óptimo Máximo, así como trescientos escudos de caballería que entregarían a quien el senado indicase. Pedían que se les permitiese depo-
7 sitar su ofrenda en el Capitolio y ofrecer un sacrificio. La misma petición hacían los lampsacenos, que traían una corona
8 de ochenta libras, recordando que ellos habían roto con Perseo después de la llegada del ejército romano a Macedonia, siendo así que habían estado bajo el dominio de Perseo y,

anteriormente, de Filipo. A cambio de esto y de haber sumi- 9
nistrado de todo a los generales romanos lo único que
pedían era ser admitidos entre los amigos del pueblo romano
y, en caso de que se llegase a un acuerdo de paz con Perseo,
recibir un trato de excepción para no caer de nuevo bajo el
poder del rey. A los demás embajadores se les dio una res- 10
puesta cortés, y en cuanto a los lampsacenos, se dio orden al
pretor Quinto Menio de inscribirlos en la relación de aliados.
En todos los casos se les hicieron obsequios de dos mil ases
a cada uno. Los alabandenses fueron invitados a llevarse de
nuevo a Macedonia los escudos para entregarlos al cónsul
Aulo Hostilio.

También llegaron simultáneamente de África embajadores 11
de los cartagineses y de Masinisa. Los de Cartago manifes-
taron que tenían almacenados en la costa un millón de
modios de trigo y quinientos mil de cebada para transpor-
tarlos a donde el senado dispusiese; que sabían que aquella 12
aportación, aquel acto de deber, era menos de lo que corres-
pondía a los merecimientos del pueblo romano y a lo que
ellos hubieran deseado, pero que en otras ocasiones, en
situaciones de prosperidad de ambos pueblos, habían cum-
plido con el deber propio de unos aliados agradecidos y
leales. Asimismo los embajadores de Masinisa prometieron 13
la misma cantidad de trigo y mil doscientos jinetes y doce
elefantes; y si se precisaba alguna otra cosa, que el senado la
pidiese: la proporcionaría del mismo buen grado que aquello
que por su cuenta había prometido. Se les dieron las gracias 14
tanto a los cartagineses como al rey y se les rogó que
hicieran llegar al cónsul Hostilio, en Macedonia, lo que
prometían. Se envió a cada uno de los embajadores un
obsequio de dos mil ases.

Los embajadores cretenses manifestaron que habían en- 7
viado a Macedonia todos los arqueros que les había pedido

2 el cónsul Publio Licinio. Como, al preguntarles, tuvieron que
admitir que había un contingente de arqueros suyos prestando
servicio con Perseo[281] mayor que con los romanos, se les
3 respondió que cuando los cretenses estuvieran honrada y
sinceramente dispuestos a tener más en cuenta la amistad
4 del pueblo romano que la del rey Perseo, también el senado
romano les respondería como a aliados seguros. Que, mientras
tanto, anunciasen a los suyos el criterio del senado: que los
cretenses dieran los pasos pertinentes para llamar cuanto
antes a su país a los soldados que tenían en las guarniciones
de Perseo.

5 Una vez despachados con esta respuesta los cretenses, se
convocó a los calcidenses. Su delegación causó una viva
impresión nada más entrar, porque su jefe, Micitión[282], fue
introducido en una litera debido a que tenía paralizadas las
6 piernas. Inmediatamente se tuvo la impresión de que era
extremadamente grave la situación si, afectado de aquella
manera, había pensado que no debía alegar la excusa de su
enfermedad, o la había alegado y no le había sido admitida.
7 Después de comenzar diciendo que la única parte que le
quedaba con vida era la lengua para deplorar las calamidades
de su patria, recordó en primer lugar los servicios que su
ciudad había prestado a los generales y ejércitos romanos,
8 tanto los antiguos como los de la guerra de Perseo; detalló
luego los actos de soberbia, codicia y crueldad que había
perpetrado contra sus compatriotas primero Gayo Lucrecio,
pretor romano, y después los que precisamente entonces
9 estaba perpetrando Lucio Hortensio. De la misma manera
que antes de apartarse de su lealtad pensaban que debía

---

[281] Cf. XLII 51, 7.

[282] Forma restaurada del antropónimo de acuerdo con XXXV 38, 1; 46, 9 y 50, 10.

soportar todas aquellas calamidades, e incluso otras peores
que las que estaban padeciendo, así también, en lo que a
Lucrecio y Hortensio se refería, sabían que habría sido
preferible cerrar las puertas en vez de dejarles entrar en su
ciudad. Las ciudades que los habían dejado fuera, Emacia[283], 10
Anfípolis[284], Maronea, Eno[285], estaban intactas. En la suya,
los templos habían sido expoliados de todas sus obras de
arte, y Gayo Lucrecio había transportado a sus naves el
fruto de los sacrilegios; los hombres libres habían sido arras-
trados a la esclavitud; las posesiones de unos aliados del
pueblo romano habían sido y estaban siendo saqueadas día
tras día. Porque también Hortensio, siguiendo la práctica 11
establecida por Gayo Lucrecio, tenía a los marineros acuar-
telados en casas particulares tanto en invierno como en
verano, y sus hogares estaban repletos de tropa de la flota;
pululaban entre ellos y entre sus mujeres e hijos quienes no
ponían el menor cuidado en su lenguaje ni en sus actos.

Se decidió convocar a Lucrecio ante el senado para que 8
se explicara personalmente y se exculpara. Pero cuando estuvo 2
presente escuchó muchas más acusaciones que las que se
habían vertido contra él en su ausencia, aparte de que se
sumaron unos acusadores de mayor peso e influencia, los
dos tribunos de la plebe Manio Juvencio Talna[286] y Gneo
Aufidio. Éstos no se limitaron a fustigarlo en el senado, sino 3
que, además, lo arrastraron a la asamblea del pueblo y,
después de echarle en cara muchas acciones denigrantes, le
citaron para una comparecencia judicial. El pretor Quinto 4
Menio, siguiendo instrucciones del senado, respondió a los

[283] Ciudad costera próxima a Anfípolis en dirección este.

[284] Cf. XL 24, 3.

[285] En la desembocadura del Hebro. Cf. XXXVII 33, 1.

[286] Sería pretor en 167 y cónsul en 163.

calcidenses que el senado estaba al tanto de que correspondía a la verdad cuanto decían sobre los buenos servicios prestados por ellos al pueblo romano, tanto anteriormente como durante la guerra que se estaba llevando a cabo, y que éstos les
5 eran agradecidos como debían. En cuanto a las acciones que, según sus quejas, habían sido perpetradas por Gayo Lucrecio y lo estaban siendo por Lucio Hortensio, pretores romanos, ¿podía suponer que habían ocurrido o estaban ocurriendo
6 por voluntad del pueblo romano quien supiera que el pueblo romano había emprendido la guerra contra Perseo, y antes contra su padre Filipo, en pro de la libertad de Grecia y no para que sus aliados y amigos fueran víctimas de semejante
7 trato por parte de sus magistrados? Se remitiría una carta al pretor Lucio Hortensio expresándole la desaprobación del senado por los hechos de los que se quejaban los calcidenses; si algún hombre libre había sido reducido a esclavitud, el pretor se ocuparía de que se procediese a su búsqueda y se le devolviese la libertad; en cuanto a los marineros, el senado consideraba improcedente que ninguno de ellos, con excepción de los capitanes, se hospedase en domicilios particulares.
8 Por orden del senado se comunicó todo esto a Hortensio por escrito. Se enviaron obsequios de dos mil ases a cada uno de los embajadores y se alquilaron vehículos para Micitión a expensas del Estado para trasladarlo cómodamente hasta
9 Brundisio. Cuando llegó la fecha señalada para el juicio los tribunos acusaron a Gayo Lucrecio ante el pueblo y pidieron que fuera condenado a una multa de un millón de ases.
10 Convocados los comicios, todas las tribus lo condenaron.

Liguria. Iliria. Comisión investigadora en Macedonia. Elecciones en Roma

En Liguria no se hizo nada digno de 9
mención aquel año. En efecto, ni hubo entre los enemigos ningún movimiento armado, ni el cónsul entró con las legiones en su territorio; y después de asegurarse 2
de que habría paz durante aquel año, en los sesenta días siguientes a su llegada a la provincia licenció a los soldados de las legiones romanas. Después de retirar, 3
tempranamente, a los cuarteles de invierno de Luna y de Pisa a los aliados latinos de su ejército, él, con la caballería, visitó un buen número de ciudades de la provincia de la Galia.

No había guerra en ningún sitio, aparte de Macedonia. 4
No obstante, había recelos con respecto a Gencio, el rey de los ilirios. Por ello el senado decidió que se enviasen a Isa 5
desde Brundisio ocho navíos completamente equipados para el legado Gayo Furio, que tenía el mando en la isla con el apoyo de dos naves iseas —se embarcaron en dichos navíos 6
dos mil soldados que el pretor Marco Recio reclutó, de acuerdo con un decreto del senado, en la parte de Italia que está situada enfrente del Ilírico—; y, además, el cónsul Hostilio mandó al Ilírico a Apio Claudio[287] con cuatro mil soldados de infantería para proteger a los pueblos colindantes del Ilírico. No contento con las tropas que había llevado 7
consigo, y pidiendo refuerzos a los aliados aquí y allá, Claudio armó cerca de ocho mil hombres de diversas procedencias, y después de recorrer toda aquella región se estableció cerca de Licnido[288] de los desarecios.

No lejos de allí se encontraba la ciudad de Uscana[289], que 10
pertenecía al territorio y soberanía de Perseo. Contaba con

[287] Apio Claudio Centón, pretor en 175.

[288] Cf. XXVII 32, 9 y XXXIII 34, 11.

[289] Actual Debar (según otros, Kicevo). Al norte de Licnido.

diez mil habitantes y una pequeña guarnición de cretenses
2 para su protección. De allí acudían mensajeros, a escondidas, a decirle a Claudio que habría gente dispuesta para entregarle la ciudad si se acercaba más con sus tropas, y que merecía la pena: se colmarían de botín tanto él y sus amigos como los
3 soldados. La esperanza, unida a la codicia, cegó su mente de tal manera que no retuvo a ninguno de los emisarios ni pidió rehenes que sirviesen de garantía de que no habría traiciones en el desarrollo del plan, ni envió a nadie a hacer un reconocimiento, ni pidió un compromiso formal. Se limitó a salir de Licnido el día prefijado e instaló el campamento a doce
4 millas de la ciudad que constituía su objetivo. Desde allí emprendió la marcha al cuarto relevo de la guardia, dejando un millar de hombres para la protección del campamento. Desordenados, espaciados en una estirada columna, mal agrupados, pues se disgregaban en el nocturno ir de acá para
5 allá, llegaron a la ciudad. La falta de precauciones aumentó al no ver ningún hombre armado sobre las murallas. Pero en cuanto estuvieron a tiro de dardo se efectuó una salida repentina por dos puertas a la vez, y junto con el grito de guerra de los que hacían la salida resonó, procedente de las murallas, el ruido ensordecedor del griterío de las mujeres acompañado por el retumbar del bronce por todas partes y las voces diversas de una confusa multitud en la que se
6 entremezclaba la turba de esclavos. Este múltiple motivo de pánico procedente de todas partes hizo que los romanos no fueran capaces de resistir el huracán de la primera salida, de modo que fueron más los que sucumbieron durante la huida que combatiendo; dos mil hombres apenas, con el propio
7 legado, lograron refugiarse en el campamento. Cuanto mayor era el trecho hasta el campamento, mayores posibilidades tuvieron los enemigos de alcanzar a los que estaban agotados.
8 Sin detenerse siquiera en el campamento para reagrupar a

sus hombres dispersos tras la huida, lo cual habría significado la salvación para los que estaban desperdigados por los campos, Apio condujo precipitadamente a Licnido a los supervivientes del desastre.

De estos y otros desafortunados acontecimientos ocurridos 11
en Macedonia se tuvo noticia por boca de Sexto Digicio, un tribuno militar que había acudido a Roma para ofrecer un sacrificio. Debido a ello, los senadores, temerosos de que se 2
sufriera alguna humillación aún peor, enviaron en comisión a Macedonia a Marco Fulvio Flaco y Marco Caninio Rebilo para averiguar lo que estaba ocurriendo e informar de ello. Además, el cónsul Aulo Atilio debía hacer la convocatoria 3
de los comicios para la elección de cónsules de forma que pudiesen estar finalizados en el mes de enero y debía volver a Roma cuanto antes. Entretanto se encargó al pretor Marco 4
Recio la misión de hacer, mediante un edicto, que volvieran a Roma desde toda Italia todos los senadores, salvo que la razón de su ausencia fuera una misión oficial; los que se en- 5
contraban en Roma no se alejarían de la ciudad más de una milla. Todas estas instrucciones fueron cumplidas de acuerdo con la decisión del senado. Los comicios consulares tuvieron 6
lugar cinco días antes de las calendas de febrero. Resultaron elegidos cónsules[290] Quinto Marcio Filipo, por segunda vez[291], y Gneo Servilio Cepión. Tres días después fueron elegidos 7
pretores Gayo Decimio, Marco Claudio Marcelo, Gayo Sulpicio Galo, Gayo Marcio Fígulo[292], Servio Cornelio Léntulo y Publio Fonteyo Capitón. A los pretores designados les 8
fueron asignadas por decreto cuatro provincias, aparte de las dos urbanas: Hispania, Cerdeña, Sicilia, y la flota. Los 9

[290] Para el año 169.

[291] La primera en 186.

[292] Sería cónsul en 162 y 156.

integrantes de la comisión regresaron de Macedonia cuando acababa de finalizar el mes de febrero, informando de las operaciones llevadas a cabo con éxito por el rey Perseo durante el verano anterior y del profundo temor que había hecho presa en los aliados del pueblo romano al caer tantas
10 ciudades en poder del rey. El ejército del cónsul estaba mermado de efectivos debido a que se concedían licencias a mansalva para ganar popularidad; el cónsul hacía responsables de esta situación a los tribunos militares, y éstos, a su
11 vez, al cónsul. Los senadores se percataron de que los miembros de la comisión restaban importancia a la humillante derrota sufrida por la temeridad de Claudio, pues según su informe los soldados de procedencia itálica que se habían perdido allí eran muy pocos, y buena parte de ellos habían
12 sido reclutados en una leva precipitada. Los cónsules electos recibieron orden de abrir un debate en el senado acerca de Macedonia en cuanto entrasen en funciones y les fueron reservadas las provincias de Italia y Macedonia.

13 Aquel año fue intercalar[293], las calendas intercalares fueron introducidas dos días después de los *Terminalia.* En el transcurso de aquel año fallecieron los sacerdotes Lucio Flaminino ...[294]; murieron dos pontífices, Lucio Furio Filo y Gayo Livio Salinátor. Para la vacante de Furio los pontífices

---

[293] En el calendario prejuliano, vigente hasta el año 46 a. C., el año normal tenía 355 días (enero, abril, junio, agosto, septiembre, noviembre y diciembre tenían 29 días). Para hacerlo coincidir con el año solar, cada dos años se hacía terminar febrero el día 23 *(Terminalia,* porque terminaba el año. VARRÓN, *Ling. latina* VI 13) o el 24 *(Regifugium),* y se añadía un mes, llamado intercalar, que duraba alternativamente 27/28 días. Los años intercalares tenían, por tanto, 377/378 días.

[294] En esta breve laguna del texto constaría qué sacerdocio había ejercido Lucio Flaminino y quién le sucedió.

eligieron a Tito Manlio Torcuato[295], y para la de Livio, a Marco Servilio.

Asignación de tropas. Prodigios

12 A principios del año siguiente[296], cuando los nuevos cónsules Quinto Marcio y Gneo Servilio sometieron a debate la cuestión de las provincias, se decidió que se repartieran Italia y Macedonia cuanto antes, de mutuo acuerdo o por sorteo; antes de que la suerte decidiese 2 sobre el particular, sin saber el resultado para evitar que hubiera alguna influencia de favoritismo, se acordó asignar por decreto los efectivos suplementarios que las circunstancias requerían. Para Macedonia se asignan seis mil infantes ro- 3 manos y seis mil aliados latinos, y doscientos cincuenta jinetes romanos y trescientos aliados; los soldados veteranos 4 serían licenciados, de manera que cada legión romana no tendría más que seis mil infantes y trescientos jinetes. En 5 cuanto al otro cónsul no se estableció ninguna cifra para el número de ciudadanos romanos que alistaría como complemento. Se señaló únicamente que alistaría dos legiones, que tendría cada una cinco mil doscientos hombres de infantería y trescientos de caballería. Le fue asignado un contingente 6 mayor de latinos que a su colega: diez mil de infantería y seiscientos de caballería. Se dispuso, además, que se alistasen otras cuatro legiones para llevarlas a donde pudieran ser necesarias. No se permitió que los cónsules nombraran los 7 tribunos militares para ellas: los eligió el pueblo. Se exigieron a los aliados latinos dieciséis mil soldados de a pie y mil de a caballo. Se tomó la decisión de limitarse a tener preparado 8

[295] Sería cónsul en 165.

[296] El 169 a. C.

este ejército para salir si las circunstancias lo requerían en
alguna parte. El mayor motivo de preocupación lo constituía
9 Macedonia. Para la flota se ordenó el reclutamiento de mil
marineros entre los ciudadanos romanos de la clase de los
libertos y quinientos en Italia; se reclutarían en Sicilia otros
tantos, y se encargó a aquel a quien correspondiese dicha
provincia la misión de transportarlos a Macedonia a donde-
10 quiera que estuviese la flota. Para Hispania se asignó por
decreto un suplemento de tres mil infantes romanos y tres-
cientos jinetes. También en este caso se limitó a cinco mil
doscientos infantes y trescientos jinetes el contingente de
11 soldados de cada legión. Y se ordenó al pretor a quien hubiese
correspondido Hispania que exigiese a los aliados cuatro
mil soldados de infantería y trescientos de caballería.

13 No ignoro que oficialmente no se anuncia ningún prodi-
gio, ni los mencionan los anales, debido a ese mismo escep-
ticismo que hace que actualmente sea una creencia generali-
2 zada que los dioses no hacen ninguna señal. Pero a mí,
cuando escribo acerca de acontecimientos antiguos, por una
parte se me vuelve vetusto, no sé cómo, el espíritu, y por
otra me constriñe un cierto escrúpulo a la hora de considerar
que no merecen figurar en mis anales las cosas que aquellos
hombres llenos de sabiduría consideraron dignas de ser
3 tomadas oficialmente en cuenta. De Anagnia llegó el anuncio
de dos prodigios aquel año: se había visto un cometa en el
cielo, y había hablado una vaca, que estaba siendo alimentada
a expensas del erario público. También había dado la impre-
4 sión, en Minturnas, de estar ardiendo el cielo. En Reate llovió
piedra. En Cumas, en la ciudadela, lloró Apolo durante tres
días y tres noches. En la ciudad de Roma los guardianes de
dos templos anunciaron uno de ellos que había sido vista
por muchas personas una serpiente con cresta en el templo
5 de la Fortuna y el otro que se habían realizado dos prodigios

en el templo de la Fortuna Primigenia que está en la Colina[297]:
había nacido una palmera en la explanada, y había llovido
sangre en pleno día. Dos prodigios no fueron tomados en 6
consideración por haber tenido lugar uno de ellos en un
espacio privado —Tito Marcio Fígulo anunciaba que había
nacido una palmera en el impluvio de su casa— y el otro en
territorio extranjero: se decía que en la casa de Lucio Atreo,
en Fregelas[298], una lanza que había comprado para un hijo
suyo soldado había estado ardiendo en pleno día durante
más de dos horas sin que el fuego la consumiera. Con motivo 7
de los prodigios de carácter público los decénviros consultaron
los Libros; dictaminaron que los cónsules hiciesen a deter-
minados dioses un sacrificio de cuarenta víctimas adultas, que 8
se celebrase una rogativa, que todos los magistrados hiciesen
sacrificios con víctimas adultas en todos los altares, y que el
pueblo se tocase con coronas. Se hizo todo tal como prescri-
bieron los decénviros.

Elecciones de censores. Distribución de provincias

A continuación se convocaron los co- 14
micios para la elección de censores. Se
presentaron candidatos a la censura ciu-
dadanos de primera fila: Gayo Valerio Le-
vino, Lucio Postumio Albino, Publio Mucio
Escévola, Marco Junio Bruto, Gayo Claudio Pulcro, Tiberio
Sempronio Graco. El pueblo eligió censores a los dos últimos.
Como la preocupación por hacer las levas, debido a la guerra 2
de Macedonia, era mayor de lo habitual, los cónsules acusa-
ban a la plebe en el senado porque los jóvenes no respondían
al llamamiento. Frente a ellos, los pretores Gayo Sulpicio y 3

[297] El Quirinal. Este templo había sido prometido con voto en 204 (XXIX 36, 8) y dedicado en 194 (XXXIV 53, 5).

[298] Colonia desde 328. Cf. VIII 22, 1 y nota.

Marco Claudio asumieron la defensa de la plebe: la leva
resultaba difícil no para los cónsules sin más, sino para los
cónsules populistas, que no alistaban como soldado a nadie
4 que no quisiera; para que también los padres conscriptos se
convencieran de que esto era así, los pretores, a pesar de
tener menor poder y menor autoridad, estaban dispuestos a
5 llevar a cabo el reclutamiento si el senado así lo decidía. Se
encomendó a los pretores esta tarea con la aprobación de
una gran parte de los senadores, no sin desdoro para los
cónsules. Los censores, para dar fuerza a esta medida, pro-
clamaron en la asamblea del pueblo que establecerían una
norma para la realización del censo según la cual, además
del juramento común de todos los ciudadanos, se añadiría la
6 respuesta jurada a esta pregunta: «¿Eres menor de cuarenta
y seis años y, de acuerdo con el edicto de los censores Gayo
Claudio y Tiberio Sempronio, te presentaste al llamamiento
a filas, y cada vez que se haga un alistamiento mientras estén
en ejercicio estos censores, en caso de no haber sido llamado
7 te presentarás a la recluta?». Asimismo, como era voz común
que muchos soldados de las legiones de Macedonia estaban
lejos del ejército con permisos dudosos debido a la permisi-
vidad interesada de los generales, promulgaron un edicto en
relación con los soldados alistados para Macedonia durante
el consulado de Publio Elio y Gayo Popilio[299] o con poste-
8 rioridad al mismo, disponiendo que aquellos que se encon-
traran en Italia retornasen a la provincia en un plazo de
treinta días después de presentarse a los censores para apun-
tarse; aquellos que estuvieran bajo la autoridad de su padre
9 o de su abuelo darían a conocer el nombre de éste. También
tenían intención de investigar los motivos de los licencia-

[299] Publio Elio Lígur y Gayo Popilio Lenate habían sido cónsules en 172.

mientos y pensaban dar orden de que se incorporaran al
servicio aquellos que, a su entender, hubiesen obtenido de
favor la licencia antes de cumplir el período reglamentario
de servicio. Cuando se envió a los centros de mercado y de
reunión[300] este edicto y la circular de los censores, se concentró
en Roma tan elevado número de mozos que la inhabitual
multitud representaba un grave inconveniente para la ciu-
dad.

Aparte del reclutamiento de los efectivos que debían ser
enviados como refuerzo, el pretor Gayo Sulpicio alistó cuatro
legiones, cuya recluta estuvo finalizada en un plazo de once
días. Después sortearon sus provincias los cónsules, pues los 2
pretores lo habían hecho antes por exigencias de la adminis-
tración de la justicia. Había correspondido a Gayo Sulpicio 3
la pretura urbana y a Gayo Decimio la peregrina. Hispania
le había tocado en suerte a Marco Claudio Marcelo, Sicilia
a Servio Cornelio Léntulo, Cerdeña a Publio Fonteyo Capi-
tón, y la flota a Gayo Marcio Fígulo. En cuanto a los
cónsules, le tocó Italia a Gneo Servilio y Macedonia a
Quinto Marcio; finalizadas las Ferias Latinas, Marcio partió
inmediatamente. Después Cepión preguntó al senado qué 4
dos de las nuevas legiones llevaba consigo a la Galia, y los
senadores decidieron que los pretores Gayo Sulpicio y Marco
Claudio entregasen al cónsul las legiones que ellos quisieran
de las que habían alistado. Sintiéndose indignado por el hecho 5
de que un cónsul quedara sometido al arbitrio de los pretores
levantó la sesión del senado y solicitó, de pie ante el tribunal
de los pretores, que, de acuerdo con el senadoconsulto, le
asignaran las dos legiones. Los pretores dieron al cónsul la
opción de elegirlas.

---

[300] *Fora et conciliabula*, fórmula habitual de Livio para referirse a la parte rural del territorio romano.

Actuación de los censores. Intentos de proceso contra ellos

6 A continuación los pretores hicieron la lista del senado. Marco Emilio Lépido, por tercera vez[301], fue elegido cabeza de lista por los censores. Los excluidos del
7 senado fueron siete. Al registrar las declaraciones del censo de la población obligaban a volver a la provincia a los soldados del ejército de Macedonia —el censo demostró que era muy elevado el número de los que
8 habían abandonado el servicio—, investigaban las razones de los licenciamientos[302] y, si había alguien cuya licencia les parecía que no era aún reglamentaria, le exigían una respuesta bajo juramento a esta pregunta: «De acuerdo con tu conciencia, ¿retornarás a la provincia de Macedonia, conforme al edicto de los censores Gayo Claudio y Tiberio Sempronio, en la medida en que, sin subterfugios, te sea posible hacerlo?».

16 A la hora de censar a los caballeros, fue la suya una censura especialmente rigurosa y estricta, privando a muchos del
2 caballo. Además de crear descontento en el estamento ecuestre por esta cuestión, atizaron la llama del resentimiento con un edicto por el que prohibieron que nadie en quien hubiese recaído una adjudicación de impuestos o de obras públicas durante la censura de Quinto Fulvio y Aulo Postumio[303] se presentase a sus subastas o figurase como socio o copartícipe
3 en una adjudicación. Los antiguos publicanos, a pesar de sus reiteradas protestas, no pudieron conseguir que el senado pusiese un límite al poder de los censores, pero al fin encontraron un valedor de su causa en el tribuno de la plebe Publio Rutilio, resentido con los censores por un litigio

[301] Las anteriores en 179 (XL 51, 1) y en 174 (XLI 27, 1).

[302] Traducimos la adición *de* (HARTEL).

[303] Censura del año 174.

sobre un asunto privado. Habían ordenado a un liberto 4
cliente suyo que derribase una pared que daba a la Vía
Sacra, frente a los edificios públicos, por haber sido cons-
truida en suelo público. El particular apeló a los tribunos. Como, 5
salvo Rutilio, ninguno de ellos puso el veto, los censores
hicieron que se recabase una fianza y delante de la asamblea
del pueblo impusieron una multa al ciudadano privado. Esto 6
provocó un conflicto; entonces, los antiguos publicanos acu-
dieron al tribuno, y, de pronto, suscrita por un solo tribuno,
se presentó una propuesta de ley según la cual las adjudica- 7
ciones de impuestos u obras públicas realizadas por Gayo
Claudio y Tiberio Sempronio quedaban anuladas; se harían
de nuevo desde el principio, y todo el mundo sin distinción
tendría derecho a tomar por contrata los impuestos y las
obras públicas. El tribuno de la plebe fijó la fecha de la 8
asamblea para votar la propuesta de ley. Llegado ese día,
cuando los censores se levantaron para rebatir el proyecto,
al tomar Graco la palabra se hizo silencio; como los murmu-
llos ahogaban la voz de Claudio, ordenó al heraldo que
impusiera silencio. Ante esto el tribuno se quejó de haber 9
sido desautorizado delante de la asamblea y reducido a la
condición de simple particular y se marchó del Capitolio,
lugar de reunión de la asamblea. Al día siguiente se dedicaba 10
a provocar graves desórdenes. En primer lugar consagró a
los dioses infernales los bienes de Tiberio Graco porque al
imponer una multa y exigir fianza a quien había apelado a
un tribuno no había respetado el derecho de intercesión,
reduciéndolo a él a la condición de ciudadano privado. 11
Presentó demanda contra Gayo Claudio por haberle des-
autorizado ante la asamblea, y anunció que presentaba una
acusación por delito de alta traición contra los dos censores
y pidió al pretor urbano Gayo Sulpicio que señalara fecha
para los comicios. Como los censores no se oponían a que el 12

pueblo los juzgara cuanto antes, se fijó para los días octavo y séptimo antes de las calendas de octubre la fecha de los
13 comicios para el proceso por delito de alta traición. Los censores subieron en seguida al Atrio de la Libertad[304], sellaron los registros y cerraron el archivo, mandaron marchar a los esclavos públicos, y declararon que no gestionarían ningún asunto oficial hasta que hubiese tenido lugar el juicio
14 del pueblo sobre su caso. El primero en defender su causa fue Claudio, y cuando ocho de las doce centurias de caballeros y muchas otras de la primera clase habían condenado al censor[305], inmediatamente los ciudadanos principales, a la vista del pueblo, se quitaron los anillos de oro y cambiaron
15 la vestimenta para dirigirse a la plebe vestidos como suplicantes. No obstante, fue Tiberio Graco, dicen, quien más influyó en que se produjera un cambio de opinión, porque, cuando la plebe gritaba en todas partes que Graco no estaba en peligro, juró, empleando la fórmula solemne, que, en el caso de que su colega fuera condenado, marcharía con él al
16 exilio sin esperar a su propio juicio. Con todo, el acusado estuvo al borde de perder toda esperanza ya que sólo faltaron para su condena los votos de ocho centurias. Una vez absuelto Claudio, el tribuno de la plebe dijo que no mantenía la acusación contra Graco.

Embajada romana en Grecia. Campaña de Perseo en Iliria

17 Como en aquel año unos diputados de Aquilea pidieron que se incrementara el número de colonos, se inscribieron mil quinientas familias en virtud de un decreto del senado, y para conducirlas fueron enviados como triúnviros Tito Annio Lusco, Publio Decio

[304] Contenía los archivos y oficinas de los censores.

[305] Se deduce que doce de las centurias de caballeros (las más recientes) votaban junto con la primera clase. Y que a medida que votaban las centurias se hacía público el resultado de la votación. Cf. Cic., *Phil.* 2, 82.

Subulón y Marco Cornelio Cetego. Aquel mismo año, Gayo 2
Popilio y Gneo Octavio[306], que habían sido enviados a Grecia
como embajadores, primero leyeron públicamente en Tebas
y después difundieron por todas las ciudades del Peloponeso
el senadoconsulto en el que se disponía que nadie entregase
a los magistrados romanos cosa alguna para la guerra salvo
aquello que el senado hubiese decidido. Esta medida les había 3
inspirado también para el futuro la esperanza de verse aliviados de las cargas y gastos con que los esquilmaban unos
y otros con sus exigencias. En la asamblea de los aqueos que 4
se reunió para los embajadores en Egio hablaron y fueron
escuchados con buena disposición, y, dejando a aquella
fidelísima nación muy esperanzada con respecto a su situación
futura, pasaron a Etolia. Cierto es que aquí no había aún una 5
rebelión, pero sí reinaba un ambiente pleno de desconfianzas
y acusaciones mutuas; debido a ello, los embajadores pidie- 6
ron rehenes y sin dar una salida a la situación marcharon de
allí hacia Acarnania. Los acarnanes reunieron en Tirreo[307] la 7
asamblea para los embajadores. También allí había enfrentamientos entre facciones; algunos principales pedían que se
introdujeran guarniciones en sus ciudades como protección
frente a la locura de los que trataban de empujar la nación
hacia los macedonios; otra parte se oponía, para evitar que 8
unas ciudades pacíficas y aliadas soportasen una humillación
reservada de ordinario a las ciudades enemigas y conquistadas
en la guerra. Esta demanda pareció justa. Los embajadores 9
retornaron a Larisa, junto al procónsul Hostilio, pues era
éste quien los había enviado. A Octavio lo retuvo a su lado 10
y a Popilio lo envió a los cuarteles de invierno de Ambracia
con unos mil soldados.

306 Había sido edil curul en 172, y sería pretor en 168 y cónsul en 165.

307 Cf. XXXVII 11, 10.

18 Perseo no se había aventurado a salir de las fronteras de Macedonia al principio del invierno[308] por temor a que los romanos invadieran por algún sitio su reino desguarnecido; al llegar el solsticio de invierno, época en que la altura de la
2 nieve hace intransitables las montañas desde Tesalia, pensó que era el momento de quebrar las esperanzas y la moral de sus vecinos para que éstos no representaran ningún peligro cuando él estuviese entregado a la guerra contra los romanos. Como la paz estaba garantizada desde Tracia por Cotis y desde el Epiro por Céfalo tras su repentina ruptura con los romanos[309], mientras que a los dárdanos los había doblegado
3 la reciente guerra, en vista de que el único flanco de Macedonia que estaba amenazado era el que se abría al Ilírico, pues los ilirios hacían sus propios movimientos y además permitían el paso a los romanos, y en vista de que, si sometía a los ilirios más próximos, podía también atraer a una alianza al rey Gencio, indeciso desde hacía tiempo, emprendió
4 la marcha con diez mil soldados de infantería, parte de los cuales pertenecían a la falange, y con dos mil soldados de armamento ligero y quinientos jinetes, y llegó a Estuberra[310].
5 Luego, después de aprovisionarse de trigo para muchas jornadas y de ordenar que fuera detrás el material de asedio de ciudades, al tercer día instaló su campamento junto a Uscana,
6 que es la ciudad más importante del territorio penestiano. No obstante, antes de emplear la fuerza envió emisarios a sondear la disposición de ánimo tanto de los prefectos de la guarnición como de los habitantes de la plaza. Y es que allí había, junto
7 con los combatientes ilirios, una guarnición romana. En vista

[308] Hay una vuelta atrás en la narración: se refiere al invierno de 170/169.

[309] Se supone que la referencia a esta sublevación figuraría en la laguna del final del capítulo 3.

[310] Véase XXXI 39, 4.

de que no traían referencia alguna a una actitud de no beligerancia, se dispuso a asaltar la plaza e intentó tomarla acordonándola con tropas. A pesar de que, relevándose día y noche ininterrumpidamente, aplicaban unos escalas a los muros y otros fuego a las puertas, los defensores de la
ciudad resistían aquel huracán porque tenían la esperanza 8
de que los macedonios no pudiesen soportar durante mucho tiempo los rigores del invierno a la intemperie y que tampoco el rey tendría, en su guerra contra los romanos, un respiro
tan largo como para poder quedarse. Pero cuando vieron que 9
se acercaban los manteletes y se levantaban las torres se quebró su determinación, pues aparte de que estaban en inferioridad para hacer frente al ataque, ni siquiera tenían dentro suficiente reserva de trigo ni de ninguna otra cosa,
como era lógico en un asedio inesperado. De modo que, 10
cuando no quedaba ninguna esperanza de resistir, fueron enviados Gayo Carvilio Espoletino y Gayo Afranio, integrantes de la guarnición romana, para pedir a Perseo en primer lugar que les dejara marchar con sus armas y llevándose todas sus pertenencias, y, en segunda instancia, si tenían dificultad para conseguir esto, que al menos se les
dieran garantías sobre su vida y su libertad. El rey fue más 11
generoso en prometerlo que en cumplirlo, pues, después de mandarles marchar llevándose sus pertenencias, les quitó primero las armas y luego la libertad. Cuando los romanos salieron de la ciudad, tanto la cohorte de ilirios, que eran quinientos, como los uscanenses se rindieron y entregaron la plaza.

Dejando una guarnición en Uscana, llevó a Estuberra a 19
toda la multitud de los que se habían rendido, cuyo número
igualaba casi el de un ejército. Allí distribuyó a los romanos 2
—que, por cierto, eran cuatro mil— para su custodia por las ciudades, con excepción de los jefes, y vendió a los uscanenses

y los ilirios, y después volvió otra vez con su ejército contra los penestas para someter a su autoridad a la ciudad de
3 Oeneo[311], situada estratégicamente por otros aspectos y lugar de paso, además, hacia el territorio de los labeates, donde
4 reinaba Gencio. Cuando pasaba ante un enclave fortificado llamado Draudaco[312], muy poblado, alguien de los que conocían bien aquella región dijo que de nada servía tomar Oeneo si no tenían también en su poder Draudaco, cuyo emplazamiento era aún más estratégico en todos los sentidos.
5 Al acercarse el ejército, se rindió todo el mundo inmediatamente. Animado por esta rendición, más rápida de lo que cabía esperar, en cuanto cayó en la cuenta del pánico que infundía su ejército sometió a su poder, con idéntica amenaza,
6 a otros once poblados fortificados. Sólo en muy contados casos fue necesaria la fuerza, los demás se rindieron voluntariamente; también apresó en estos enclaves mil quinientos soldados romanos que estaban repartidos entre las distintas
7 guarniciones. El espoletino Carvilio prestaba un gran servicio en las negociaciones al declarar que contra ellos no se habían tomado medidas duras. Después llegaron a Oeneo, cuya toma era imposible sin un asedio en toda regla. Era una ciudad fuerte, debido tanto al número de jóvenes, bastante mayor que el de las otras plazas, como a sus murallas.
8 Estaba rodeada además, por un lado, por un río llamado Artato[313], y por una montaña de gran altura y de difícil
9 acceso por el otro. Estas circunstancias daban a sus habitantes esperanzas de resistir. Perseo estableció una línea de circunvalación en torno a la ciudad y decidió levantar en la parte

311 ¿En el valle del Axio, donde la moderna Tetovo?

312 Sin identificar.

313 Hay discrepancias acerca de su identificación (¿Vardar, Fani, Velcka..?).

más alta un terraplén cuya altura superase la de las murallas.
Mientras se llevaba a cabo esta operación, en los frecuentes 10
combates con que los defensores en sus salidas protegían sus
murallas, a la vez que obstaculizaban los trabajos de asedio
del enemigo, sucumbió un gran número de ellos en lances
diversos, y los supervivientes no eran de utilidad debido al
agotamiento, diurno y nocturno, y a las heridas. En cuanto 11
el terraplén entró en contacto con la muralla, la cohorte
real, los que ellos llaman «nicatores», saltó adentro, y las
escalas, colocadas en muchos puntos a la vez permitieron el
asalto a la ciudad. Se dio muerte a todos los hombres adultos 12
y se puso bajo custodia a las mujeres y los hijos; el resto del
botín fue cedido a los soldados. De allí volvió victorioso a 13
Estuberra y envió como embajadores ante Gencio al ilirio
Pléurato, que se había exiliado a su lado, y al macedonio
Adeo de Berea, encargándoles que informaran de las opera- 14
ciones de aquel verano y aquel invierno contra los romanos
y los dárdanos, que añadieran las recientes acciones de su
expedición invernal en el Ilírico, y que animaran a Gencio a
unirse en amistad con él y los macedonios.

Embajada macedonia ante Gencio. Reveses de los romanos

Los embajadores, después de salvar 20
la cadena del Monte Escordo[314], atravesa-
ron las regiones desérticas del Ilírico que
los macedonios habían despoblado a pro-
pósito por medio de saqueos para evitar
que los dárdanos pudieran pasar fácilmente en dirección al
Ilírico y a Macedonia, y después de ímprobos trabajos llega-
ron por fin a Escodra[315]. El rey Gencio se encontraba en 2
Liso[316]. Se hizo que fueran hasta allí los embajadores, que

[314] También es discutida su identificación. ¿El Schar-Dagh?

[315] La actual Scútari, a unos 25 Kms. del mar.

[316] Puerto del Adriático (Alessio o Lesch), al norte de Dirraquio.

fueron escuchados amablemente cuando dieron cuenta de su misión. Pero volvieron con una respuesta que no resolvía nada: a Gencio no le faltaban ganas de combatir contra los romanos, pero para hacer efectivo su deseo le faltaba, sobre
3 todo, dinero. De vuelta en Estuberra informaron de esto al rey, que precisamente entonces estaba vendiendo los prisioneros hechos en el Ilírico. Inmediatamente hizo que volvieran los mismos embajadores con la incorporación de Glaucia, uno de los miembros de su guardia personal, pero sin hacer mención al dinero, la única cosa que podía empujar a la
4 guerra a un bárbaro falto de recursos. Luego, tras saquear Ancira[317], Perseo marcha de nuevo al frente de su ejército contra los penestas, y tras reforzar las guarniciones de Uscana y de todos los enclaves fortificados que había conquistado en el contorno, se retira a Macedonia.

21 El legado romano Lucio Celio tenía el mando en el Ilírico. No se había aventurado a moverse mientras estaba el rey en aquella región, pero cuando éste por fin partió intentó recuperar Uscana, en el territorio de los penestas; rechazado, con multitud de heridos, por la guarnición macedonia que se
2 encontraba allí, llevó sus tropas de vuelta a Licnido. Desde allí, pocos días después, envió al fregelano Marco Trebelio con un destacamento bastante numeroso al país de los penestas para recibir rehenes de aquellas ciudades que se habían
3 mantenido leales y amigas. También le dio orden de seguir hasta el país de los partinos, que se habían comprometido asimismo a entregar rehenes. Consiguió que ambos pueblos se los entregaran sin problemas. Los jinetes de los penestas fueron enviados a Apolonia y los de los partinos a Dirraquio,
4 más conocida entonces por el nombre de Epidamno. Apio Claudio, deseoso de borrar la humillación sufrida en el

[317] Desconocida.

Ilírico, se dispuso a atacar Fanote[318], un poblado fortificado
del Epiro. Llevó consigo tropas auxiliares de Caonia y de
Trespocia[319], unos seis mil hombres, aparte del ejército ro-
mano. Pero no consiguió gran cosa, pues estaba la plaza 5
defendida por Clevas, al que había dejado allí Perseo con
una fuerte guarnición. Por su parte, Perseo partió hacia
Elimea, pasó revista a su ejército en las cercanías de dicha
ciudad, y lo condujo a Estrato, llamado por los epirotas.
Estrato era entonces la ciudad más poderosa de Etolia. Está 6
situada más allá del Golfo de Ambracia junto al río Ínaco[320].
Marchó hacia allí con diez mil infantes y trescientos jinetes,
efectivos relativamente reducidos debido a la estrechez y
aspereza de los caminos. Dos días después llegó al Monte 7
Cicio[321]; lo cruzó con dificultad a causa de la altura de la
nieve, y tampoco le resultó fácil encontrar un lugar donde
emplazar el campamento. Partió de allí porque no podía 8
quedarse, no tanto porque la marcha o el tiempo fueran
soportables, y al día siguiente, no sin grave quebranto de los
animales de carga sobre todo, acampó junto al templo de
Júpiter llamado Niceo. Después de cubrir una enorme dis-
tancia desde allí en dirección al río Arato[322] se detuvo,
retenido por la profundidad del río ...[323]. Durante ese tiempo
construyó un puente, pasó las tropas al otro lado y tras la
etapa de un día se encontró con Arquidamo, un jefe etolio
que estaba intentando que se le entregara Estrato.

---

318 ¿Gardiki, cerca del Adriático?

319 En Caonia y Trespocia vivían dos de las principales tribus epirotas.

320 Más bien junto al Aqueloo, del que es afluente el Ínaco.

321 ¿El paso de Milia, a 1.536 metros de altura?

322 Desemboca en el Golfo de Ambracia.

323 Breve laguna, para la que se han propuesto las restituciones «un día», «dos días», etc.

22 Aquel día instaló el campamento en la frontera del territorio etolio; al día siguiente llegó desde allí hasta Estrato,
2 acampando entonces cerca del río Ínaco, y, cuando esperaba que los etolios salieran en masa por todas las puertas para ir a ponerse bajo su protección, se encontró con que las puertas estaban cerradas y precisamente la noche de su llegada se había recibido a una guarnición romana mandada por el
3 legado Gayo Popilio. Los principales, que habían llamado al rey influidos por la autoridad de Arquidamo cuando éste estaba en la ciudad, se mostraron más remisos una vez que Arquidamo salió al encuentro de Perseo y dejaron a la facción oponente la posibilidad de hacer venir de Ambracia
4 a Popilio con un millar de infantes. Muy a tiempo llegó también Dinarco, prefecto de la caballería de los etolios, con
5 seiscientos infantes y cien jinetes. Estaba comprobado que había ido a Estrato con el propósito de unirse a Perseo, pero que luego, cambiando de idea al cambiar la suerte, se había
6 unido a los romanos a los que había ido a enfrentarse. Por su parte, Popilio estaba tan alerta como debía entre gente tan tornadiza. Inmediatamente tomó el control de las llaves
7 y la vigilancia de las murallas y retiró a la ciudadela, aparentemente para protegerla, a Dinarco y los etolios y a los
8 jóvenes de Estrato. Perseo intentó parlamentar desde las colinas que dominaban la parte más alta de la ciudad, y al ver que los habitantes estaban empecinados y que incluso lo mantenían a distancia con sus armas arrojadizas, instaló el campamento a cinco millas de la ciudad al otro lado del río
9 Petitaro[324]. Allí convocó el consejo de guerra. Arquidamo y los tránsfugas epirotas trataban de que se quedara, mientras que los jefes macedonios estimaban que no se debía luchar contra las inclemencias de la época del año, y como, al no

[324] Podría tratarse de un pequeño afluente (el Kriekuki) del Aqueloo.

estar preparados los aprovisionamientos, los sitiadores iban 10
a sentir la escasez antes que los asediados, sobre todo teniendo
en cuenta que el campamento de invierno de los enemigos
no estaba lejos de allí, amedrentado, trasladó su campamento
a Aperancia[325]. Los aperantos, debido a la gran popularidad 11
e influencia de que gozaba Arquidamo entre aquellas gentes,
fueron unánimes en su decisión de recibirlo. El propio Ar-
quidamo, con una guarnición de ochocientos soldados, quedó
al mando de la ciudad.

El rey regresó a Macedonia con tantos quebrantos para 23
los hombres y las acémilas como en la marcha de ida. Sin
embargo, la noticia de que Perseo se dirigía a Estrato apartó
a Apio del asedio de Fanote. Saliendo en su persecución con 2
un destacamento de jóvenes decididos, por senderos casi
impracticables al pie de las montañas, Clevas dio muerte
aproximadamente a un millar de hombres de la embarazada
columna y cogió prisioneros a unos doscientos. Apio, después 3
de superar los estrechos desfiladeros, estuvo acampado du-
rante varios días en una llanura llamada Meleón[326]. Clevas,
entretanto, uniéndose a Filóstrato, que tenía consigo seis-
cientos epirotas, pasó al territorio de Antigonea[327]. Los 4
macedonios salieron a saquear. Filóstrato se apostó con su
cohorte emboscado en un paraje sombrío. De pronto salieron
de Antigonea hombres armados contra los saqueadores que
estaban dispersos, y, persiguiendo con bastante desorden a
los fugitivos, se precipitaron en la vaguada donde estaban
apostados los enemigos. Éstos, después de dar muerte allí 5
a seiscientos y coger prisioneros a un centenar, tras una
acción victoriosa en todos los terrenos acamparon cerca del

[325] Cf. XXXVI 33, 7.

[326] Sin otras referencias.

[327] Véase XXXII 5, 9.

campamento fijo de Apio para evitar la posibilidad de que el ejército romano diese algún golpe de fuerza contra sus aliados.
6 Apio, como malgastaba inútilmente el tiempo en aquella comarca, mandó a casa los contingentes de caonios, trespocios y otros epirotas que pudiera haber, regresó al Ilírico, repartió las tropas por los cuarteles de invierno de las ciudades partinas aliadas y él retornó a Roma para celebrar un sacri-
7 ficio. Perseo retiró del país de los penestas un millar de soldados de infantería y doscientos de caballería y los envió a
8 Casandrea para que sirvieran de guarnición. Sus embajadores volvieron trayendo la misma respuesta de Gencio. En adelante no cesó de tantearlo enviando una embajada tras otra, pues saltaba a la vista que su apoyo podía ser muy importante, pero a pesar de todo no fue capaz de decidirse a invertir dinero en una empresa de la mayor trascendencia en todos los sentidos.

LIBRO XLIV

SINOPSIS

AÑO 169 a. C.

Macedonia: 1-13.
Ofensiva romana en Macedonia (1-5).
Retirada de Perseo. Apuros del ejército romano (6-7).
Retirada de los romanos, que ocupan Heraclea (8-9).
Operaciones de la flota romana. Revés en Melibea (10-13).

Roma: 14-22.
Roma: embajadas de los galos, Prusias y los rodios. Medidas militares. Actividad de los censores (14-16).

AÑO 168 a. C.

Elecciones. Provincias. Comisión. Prodigios. Juegos. Embajada de Egipto (17-19).
Informe de la comisión sobre Macedonia. Medidas del senado. Discurso de Emilio Paulo (20-22).

Macedonia: 23-46.
Oriente: Perseo busca la alianza con Gencio, Antíoco y Éumenes (23-25).
Perseo incumple sus promesas a los galos y a Gencio (26-27).

Ofensiva naval de Perseo. Embajada de Perseo y Gencio a Rodas (28 - 29).
Tiranía de Gencio. Victoria romana en Iliria. Captura de Gencio (30 - 32, 4).
Preparativos de Perseo. Preparativos de Emilio Paulo (32, 5 - 34).
Embajada rodia ante Emilio Paulo. Operaciones menores en el Elpeo (35).
Batalla de Pidna (36 - 42).
Después de la derrota: huida de Perseo, sumisión de Macedonia (43 - 46).

Ofensiva romana en Macedonia

1 Al principio de la primavera que siguió al invierno en el que ocurrieron estos acontecimientos[328] partió de Roma el cónsul Quinto Marcio Filipo con cinco mil hombres[329] que debía llevar consigo para re-
2 forzar las legiones y llegó a Brundisio. Los acompañaron, como tribunos militares para las legiones de Macedonia, el excónsul Marco Popilio[330] y otros jóvenes de igual nobleza.
3 Por aquellas fechas también llegó a Brundisio el pretor Gayo Marcio Fígulo, al que había correspondido el mando de la flota. Salieron de Italia al mismo tiempo y arribaron al día siguiente a Corcira y al otro a Accio, puerto de Acarnania.
4 Saliendo de allí hacia Ambracia, el cónsul se dirigió a Tesalia por tierra; el pretor dobló el Léucate, pasó por el Golfo de Corinto, dejó las naves en Creúsa y por tierra a su vez, atravesando la parte central de Beocia —es una etapa de un día de marcha sin bagajes—, llegó a donde estaba la flota, en

[328] Estamos en el año 169 a. C.

[329] No parece imprescindible una laguna tras *milibus*.

[330] Marco Popilio Lenate, cónsul en 173.

Cálcide. Aulo Hostilio tenía entonces su campamento en 5
Tesalia, en las cercanías de Palefársalo, y aunque no había
llevado a cabo ninguna acción bélica memorable, sin embargo
sí había formado a la tropa llevándola de una permisividad
incontrolada a una rígida[331] disciplina militar, y a los aliados
los había tratado lealmente, protegiéndolos de cualquier
clase de desafuero. Enterado de la llegada de su sucesor, 6
inspeccionó cuidadosamente armas, hombres y caballos y
fue al encuentro del cónsul con el ejército en orden de
revista. Su primer encuentro fue acorde con la dignidad de 7
ambos y del nombre de Roma, y, además, en el desarrollo de
las operaciones que siguieron —pues el procónsul permaneció 8
en el ejército— mantuvieron un buen nivel de entendimiento.
Pocos días más tarde dirigió el cónsul una arenga a los sol- 9
dados. Comenzando por el parricidio de Perseo cometido 10
contra su hermano y planeado contra su padre, pasó a
referirse a su comportamiento tras obtener el trono mediante
el delito: los envenenamientos, los asesinatos, el atentado
contra Éumenes en un impío asalto, los desafueros contra el
pueblo romano, el pillaje de ciudades aliadas contraviniendo
los tratados; y cómo el desenlace de sus empresas iba a
hacerle comprender en qué medida también los dioses veían
todo esto con desagrado, pues los dioses favorecen la piedad 11
y la buena fe con que el pueblo romano ha llegado tan alto.
Y luego pasó a comparar las fuerzas del pueblo romano, que 12
abarcaba ya el mundo entero, con las de Macedonia, y unos
ejércitos con otros: mucho mayores eran las fuerzas de
Filipo y de Antíoco, y habían sido destrozadas por tropas
no más numerosas.

Enardecidos los ánimos de los soldados con una arenga 2
de este estilo, comenzó sus consultas acerca de la estrategia

[331] Traducimos *intentam* (GIARRATANO).

general de la guerra. También acudió allí desde Cálcide el pretor Gayo Marcio después de tomar el mando de la flota.
2 Se acordó no perder más tiempo en Tesalia con demoras y levantar en seguida el campamento, emprendiendo la marcha
3 directamente hacia Macedonia; el pretor pondría los medios para que la flota por su parte atacase al mismo tiempo las
4 costas enemigas. Después de despedir al pretor, el cónsul dio orden a la tropa de llevar consigo trigo para un mes y levantó el campamento diez días después de haber tomado
5 el mando del ejército; tras avanzar cubriendo la etapa de un día, convocó a los guías de las rutas, les dijo que expusieran ante el consejo qué itinerario elegiría cada uno de ellos, les mandó retirarse y preguntó al consejo qué ruta les parecía
6 preferible. Unos eran partidarios de pasar por Pitoo, otros atravesando los montes Cambunios, por la ruta que había seguido el cónsul Hostilio el año anterior, otros por la orilla
7 del Lago Ascúride[332]. Como quedaba un buen trecho de ruta común, se aplazó la decisión sobre esta cuestión para el momento en que se acampase cerca del punto donde se
8 diversificaban las rutas. Emprendió la marcha desde allí hacia Perrebia y estableció un campamento fijo entre Azoro y Dolique para estudiar de nuevo qué camino era preferible
9 tomar. Por las misma fechas, Perseo, que sabía que el enemigo se acercaba pero desconocía qué ruta iba a seguir, decidió
10 apostar destacamentos en todos los pasos. A la cima de los montes Cambunios —ellos le dan el nombre de Volustana[333]— envió diez mil hombres de armamento ligero man-
11 dados por Asclepiodoto. Hipias recibió orden de ocupar el desfiladero próximo al enclave fortificado que domina el lago Ascúride —un lugar llamado Lapatunte[334]— con una

[332] Actual Nezero.

[333] Hoy Vigla.

[334] Muy cerca de la actual Rapsani.

guarnición de doce mil macedonios. Él, con el resto de las 12
tropas, primero estuvo acampado en los alrededores de Dión; después, falto de ideas hasta el extremo de que parecía haberse atrofiado, recorría la costa con la caballería ligera, en dirección unas veces a Heracleo y otras a Fila, regresando luego a Dión sin detenerse.

Mientras tanto, el cónsul se afianzó en la idea de tomar 3
la ruta del desfiladero donde tenía su campamento el general del rey, cerca de Otolobo[335]. Consideró oportuno, sin em- 2
bargo, enviar por delante cuatro mil hombres armados para ocupar las posiciones estratégicas, al mando de los cuales iban Marco Claudio y Quinto Marcio, hijo del cónsul. Al 3
poco salía también detrás la totalidad de las tropas. Pero la ruta era tan difícil, áspera y accidentada, que cuando acamparon las tropas ligeras enviadas por delante, habían cubierto apenas una distancia de quince millas en dos días. El lugar que ocuparon se llama Diero[336]. Desde allí avanzaron siete 4
millas al día siguiente, y después de ocupar una altura no muy alejada del campamento enemigo enviaron un mensajero al cónsul con la noticia de que habían llegado hasta el enemigo; que habían ocupado una posición segura y bien situada en todos los sentidos, que acelerase la marcha cuanto pudiera para darles alcance. El mensajero se encontró, a 5
orillas del lago Ascúride, con un cónsul preocupado tanto por las dificultades de la ruta que había emprendido como por la suerte de los poco numerosos efectivos que había mandado por delante en medio de las posiciones enemigas. Así pues, se reforzó también en él la confianza, y cuando sus 6
tropas entraron en contacto se adaptó el campamento a la altura que había sido ocupada, allí donde mejor se prestaba

[335] Hoy Cuculi. Sin relación con su homónimo de XXXI 36, 6 y 40, 10.

[336] Al norte del Peneo y al suroeste de Lapatunte.

7 a ello la configuración del terreno. Desde una cima tan elevada
se ofrecía a la vista no sólo el campamento enemigo, que
estaba a poco más de una milla de distancia, sino toda la
región hasta Dión y Fila en una amplia panorámica de la
8 costa. Esto encandiló de entusiasmo a los soldados al ver tan
de cerca la totalidad del escenario de la guerra, de las tropas
9 del rey y de la tierra enemiga. Así pues, a pesar de que en su
impaciencia urgían al cónsul a que los condujera sin demora
hacia el campamento enemigo, se les concedió un día de
descanso, dado que estaban agotados por las fatigas de la
10 marcha. Al otro día, dejando una parte de las tropas para la
defensa del campamento, el cónsul avanzó en dirección al
enemigo.

4 Hipias, que había sido enviado hacía poco por el rey para
defender el desfiladero, nada más ver el campamento romano
sobre aquella altura preparó la moral de combate de sus
hombres y salió al encuentro de la columna del cónsul que
se acercaba. Los romanos habían dejado sus equipos para
2 salir a la lucha y, por su parte, las fuerzas enemigas eran ligeras,
la clase de tropas que mejor se presta para desencadenar
3 el combate. Por eso, cuando se produjo el encuentro, inmediatamente
lanzaron sus armas arrojadizas; fueron muchas
las heridas causadas y recibidas por ambas partes en aquel
fortuito choque; los caídos fueron pocos tanto en uno como
4 en otro campo. Los ánimos se enardecieron para el día
siguiente; entonces se enfrentaron con más tropas y mayor
encarnizamiento, y habrían decidido la suerte de la guerra si
hubiesen tenido espacio suficiente para desplegar las líneas;
pero la cima del monte, apuntada de forma de cuña, cada
vez más estrecha, apenas dejaba sitio para un frente de tres
5 filas de combatientes de cada lado. Por esto, mientras unos
pocos combatían, todos los demás, especialmente los que
tenían armamento pesado, permanecían allí como especta-

dores del combate; los que tenían armamento ligero podían 6
también adelantarse corriendo por las sinuosidades del monte y trabar combate desde los flancos con las otras tropas ligeras, fuese más o menos favorable el terreno. Aquel día hubo más heridos que muertos y la noche interrumpió el combate.

Al tercer día, el general romano no sabía qué hacer; no 7
podía, en efecto, ni quedarse en una cima desprovista de recursos, ni volver atrás sin desdoro, ni tampoco sin peligro si al retroceder lo acosaba el enemigo desde posiciones más elevadas; y no quedaba más salida que corregir la temeridad 8
de la acción emprendida persistiendo en la temeridad, la cual a veces, por su desenlace, acaba convirtiéndose en prudencia. Lo cierto es que se había llegado a una situación 9
tal que se podría haber sufrido una severa derrota si el cónsul hubiera tenido enfrente a un enemigo del estilo de los antiguos reyes macedonios. Pero cuando el rey andaba dando vueltas por la costa cerca de Dión con la caballería y casi oía a doce millas de distancia los gritos y el fragor del combate, ni reforzó sus tropas mandando soldados de refresco para relevar a los que estaban agotados ni se personó en el combate, detalle que tenía enorme importancia, mientras que 10
el general romano, con más de sesenta años y demasiado peso encima, cumplió, personalmente y con energía, con todos sus deberes militares. Se mantuvo hasta el final con 11
notable perseverancia en su temerario empeño y dejando a Popilio para defender la cumbre, se dispuso a cruzar por caminos intransitables, y envió hombres por delante para abrir paso, ordenando a Átalo y a Misagenes que cubriesen con tropas auxiliares de sus respectivos pueblos a los que abrían brecha en el desfiladero. Sitúó en cabeza a la caballería 12
y la impedimenta y él cerraba la marcha con las legiones.

5 Las penalidades del descenso fueron indescriptibles, con
caídas de acémilas y bagajes. Cuando apenas habían avanzado
cuatro millas, su mayor deseo habría sido desandar lo andado
2 si les fuera posible. Los elefantes causaban en la columna casi
tanta confusión como causa el enemigo: cuando llegaban a
donde no había paso se sacudían de encima a los cornacas
entre horrísonos barritos y provocaban un gran pánico sobre
todo entre los caballos, hasta que por fin se encontró un
3 sistema para hacerles seguir adelante. Calculando el desnivel
de una pendiente, se clavaban bien en el suelo por su parte
inferior dos estacas largas y fuertes a una distancia, una de
4 otra, un poco mayor que el largo del animal; colocando sobre
ellas un madero en sentido transversal, se ataban a éste unos
palos de treinta pies cada uno formando una plataforma, y
5 encima se echaba tierra. Luego, un poco más abajo, se cons-
truía otra plataforma similar, y después una tercera y otra
6 más, sucesivamente, donde había rocas abruptas. El elefante
pasaba a la plataforma desde suelo firme y, antes de que
llegase a su extremo, se cortaban las estacas, y la plataforma
caía obligándolo a deslizarse poco a poco hasta donde co-
7 menzaba otra plataforma. Unos elefantes se deslizaban afian-
zándose sobre las patas y otros dejándose caer sobre sus
cuartos traseros. Cada vez que entraban en la tarima de una
nueva plataforma, de nuevo la caída de la plataforma de
debajo los obligaba a deslizarse, hasta que se llegó a un valle
8 de suelo menos desigual. Aquel día los romanos avanzaron
poco más de siete millas. Sólo una mínima parte del camino
se hizo andando: avanzaron más bien echándose a rodar con
armas y demás equipo, con toda suerte de penalidades,
hasta el extremo de que incluso el propio general responsable
de la elección de la ruta tenía que reconocer que con una
pequeña tropa se podía haber aniquilado a todo el ejército.
9 Por la noche llegaron a una pequeña planicie, y no hubo

tiempo para examinar alrededor en qué medida era hostil aquel paraje cerrado por todas partes, puesto que al fin, inesperadamente, habían encontrado a duras penas un terreno estable para apoyar el pie. También al día siguiente fue 10
preciso esperar en un valle tan profundo a Popilio y las tropas que habían quedado con él, y también a éstos, a pesar de que el enemigo no los amenazó por ningún lado, los dejó malparados la aspereza del terreno como si fuera un enemigo. 11
Al tercer día, con las tropas ya reunidas, avanzan a través de un desfiladero que los lugareños llaman Calipeuce[337]. El 12
cuarto día, atravesando parajes igualmente intransitables, pero con mayor habilidad, debida a la práctica, y con mayor confianza porque el enemigo no aparecía por ninguna parte y porque además se estaban acercando al mar, descendieron al llano e instalaron entre Heracleo y Libetro el campamento, que en su mayor parte ocupaba elevaciones del terreno. Allí 13
tenía sus tiendas la infantería. Una parte de la llanura, donde acampaba la caballería, estaba rodeada por una empalizada.

Retirada de Perseo. Apuros del ejército romano

Se dice que el rey estaba tomando 6
un baño cuando le comunicaron que se acercaba el enemigo. Sobresaltado por esta noticia, saltó de la bañera y salió a la carrera gritando que había sido vencido sin combatir. Luego, pasando precipitadamente de un plan a otro, 2
de una orden a otra, presa del pánico envió a dos de sus amigos uno a Pela para que tirase al mar el dinero que estaba depositado en Faco[338] y el otro a Tesalónica para que prendiese fuego a los astilleros. Hizo que volviesen de las

[337] («Hermoso pinar»). Al sur del Olimpo, al norte del Lago Ascúride.

[338] Véase su descripción *infra,* 46, 6-8.

guarniciones Asclepiódoto e Hipias y los que estaban a sus
órdenes, y dejó abiertos todos los accesos para una ofensiva
3 bélica. Él se llevó de Dión todas las estatuas de oro para que
no sirviesen de botín al enemigo y obligó a emigrar a Pidna
4 a todos los habitantes de aquella comarca, y convirtió así en
un acto de audacia calculada lo que hubiera podido parecer
una temeridad del cónsul, el hecho de avanzar hasta el
5 punto del que no podía retornar si el enemigo no quería. En
efecto, los romanos tenían dos desfiladeros por los que
podían salir de su posición, uno a través de Tempe, en
dirección a Tesalia, y el otro en la dirección de Macedonia,
dejando Dión a un lado; estos dos pasos estaban bloqueados
6 por destacamentos del rey. Por tanto, si, defendiendo sus
posiciones sin echarse a temblar, hubiese aguantado lo que
en los primeros momentos aparecía como una amenaza que
se acercaba, los romanos no habrían tenido a través de
Tempe la posibilidad de retirarse hacia Tesalia ni una vía
7 abierta por donde hacer llegar aprovisionamientos. Tempe,
en efecto, es una sucesión de gargantas difíciles de atravesar
8 aunque la guerra no las convierta en terreno hostil; aparte de
lo angosto del paso en un tramo de cinco millas, en el que
hay un sendero apenas suficiente para una acémila cargada,
las rocas de ambos lados están cortadas a pico de tal modo
que difícilmente se puede mirar hacia abajo sin sentir una
especie de mareo en la vista y en la mente. Da miedo el ruido
y la profundidad del río Peneo, que discurre por el centro de
9 la garganta. Este paraje tan hostil por naturaleza estuvo
ocupado por cuatro destacamentos del rey en cuatro puntos
10 diferentes. Uno estaba a la entrada misma, junto a Gono, otro
en Cóndilo, una fortaleza inexpugnable, el tercero en las
11 cercanías de Lapatunte, llamada también Carace, y el cuarto
por encima del camino, donde el valle está en su mitad y es
más estrecho, punto que hasta una decena de hombres ar-

mados puede defender sin dificultad. Al estar cerrada, a través 12
de Tempe, tanto la entrada para los aprovisionamientos
como su propia retirada, tenían que remontar de nuevo las
montañas por donde habían efectuado el descenso. Habían 13
burlado a los enemigos pasando furtivamente, pero no podían
hacerlo abiertamente cuando los enemigos ocupaban las
cimas más altas, y las dificultades que conocían por expe-
riencia les habrían cercenado cualquier esperanza. No les 14
quedaba más alternativa en su temeraria empresa que abrirse
paso hacia Dión por entre los enemigos, en dirección a
Macedonia, lo cual, si los dioses no habían privado al rey de
sentido común, presentaba también una enorme dificultad.
En efecto, como entre la falda del monte Olimpo y el mar 15
sólo queda un espacio de poco más de una milla y la mitad
de ese espacio está ocupada por la desembocadura del río
Bafiro[339], que forma una ancha marisma, y como una parte
de la llanura restante está ocupada por el templo de Júpiter
o por la ciudad, el espacio que queda, muy reducido, podía 16
ser cerrado con un foso no muy grande y una empalizada,
aparte de que había a mano tal cantidad de piedras y madera,
que incluso se habría podido construir un muro y levantar
unas torres. Como, obcecada su mente por la inopinada 17
alarma, no se percató de ninguna de estas posibilidades, se
refugió en Pidna, dejándolo todo desguarnecido de defensa
y abierto para una ofensiva bélica.

Viendo el cónsul que la estupidez y la falta de iniciativa 7
del enemigo representaban una gran ayuda y una gran espe-
ranza, envió de vuelta a Larisa un mensajero para decir a
Espurio Lucrecio que ocupase las posiciones fortificadas
abandonadas por el enemigo a los lados de Tempe, mandó
a Popilio por delante para que explorase los lugares de paso

[339] El actual Potoki.

por las cercanías de Dión, y, cerciorado de que se podía
2 pasar libremente en cualquier dirección, llegó a Dión en dos
días y dio orden de buscar un emplazamiento para el campamento al pie mismo del templo para evitar cualquier acto
3 sacrílego en el sagrado recinto. Él entró en la ciudad, que no
era muy grande, pero en cambio estaba dotada de espacios públicos, gran número de estatuas y muy bien fortificada, y le costaba trabajo convencerse del todo de que no escondía alguna trampa el abandono sin motivo de cosas de tanto
4 valor. Después de dedicar un día a explorar a fondo los
alrededores, levantó el campamento, y, convencido de que habría en Pieria[340] trigo en abundancia, avanzó aquel día
5 hasta un río llamado Miti[341]. Al día siguiente prosiguió la
marcha y recibió la sumisión espontánea de la ciudad de Agasas[342], y para ganarse la voluntad del resto de Macedonia se contentó con rehenes, dijo que les dejaba la ciudad sin guarnición y les prometió que vivirían sin pagar tributos y
6 conforme a sus propias leyes. Avanzando desde allí un día
de marcha, acampó a orillas del río Ascordó[343], y al caer en la cuenta de que, cuanto más se alejaba de Tesalia, más
7 grave era la escasez de toda clase de recursos, regresó a Dión
sin que a nadie le quedaran ya dudas sobre lo que habría tenido que sufrir si perdía del todo el contacto con Tesalia
8 quien ya corría peligro alejándose demasiado. Perseo reunió
todas sus tropas y sus generales en un único lugar y recriminó a los prefectos de las guarniciones, especialmente a Ascle-
9 piódoto y a Hispias. Decía que éstos habían entregado a los
romanos las llaves de Macedonia, y que de este hecho no se podía responsabilizar a nadie con mayor razón que a él

[340] Al sur de Macedonia, entre el Olimpo y el mar.

[341] El Mavroneri.

[342] ¿Paleostene, al norte de Pidna?

[343] El Krasupoli.

mismo. El cónsul, al ver la flota procedente de alta mar, 10
concibió esperanzas de que llegaran naves con aprovisionamiento —pues la carestía de los alimentos era enorme y ya casi no los había—, pero cuando ya habían entrado en el puerto se enteró de que las naves de transporte habían quedado en Magnesia. Cuando estaba desconcertado sobre 11
lo que procedería hacer a partir de ahí (hasta ese extremo se imponía luchar contra las dificultades de la situación en sí, sin falta de que el enemigo interviniera para agravarlas), muy oportunamente llegó una carta de Espurio Lucrecio comunicándole que había ocupado todas las posiciones for- 12
tificadas situadas sobre Tempe y en los alrededores de Fila, y que había encontrado en ellas abundancia de trigo y otras cosas necesarias.

Retirada de los romanos, que ocupan Heraclea

Vivamente satisfecho por esta noticia, 8
marchó el cónsul de Dión a Fila con el doble propósito de reforzar la guarnición y distribuir trigo entre la tropa, pues su transporte por mar iba lento. Esta marcha 2
suscitó comentarios nada favorables. Unos, en efecto, decían que se había alejado del enemigo por miedo, pues en caso de permanecer en Pieria habría tenido que librar batalla, y 3
otros que, ignorando cómo cambia de un día a otro la suerte de la guerra, como si los acontecimientos esperaran por él, había dejado escapar unas oportunidades que no se podrían recuperar a corto plazo. Efectivamente, su abandono de la 4
ocupación de Dión espabiló a los enemigos, de tal modo que entonces por fin se dieron cuenta de que era preciso reconquistar lo que antes se había perdido por su culpa. Enterado, 5
en efecto, de la marcha del cónsul, Perseo retornó a Dión, reconstruyó lo que había sido arrasado por los romanos, repuso las almenas caídas de las murallas, reforzó los muros

en todos los puntos, y luego instaló el campamento a cinco millas de la ciudad, al lado de acá del río Elpeo[344], con la idea de contar con el propio río, muy difícil de cruzar, como
6 defensa. Fluye éste desde un valle del monte Olimpo con escaso caudal en verano, pero cuando cobra fuerza con las lluvias del invierno forma enormes remolinos por encima de las rocas, mientras que por debajo arrastra hacia el mar la tierra arrancada, produciendo profundos pozos y orillas escarpadas a ambos lados al ir excavando el lecho por el
7 centro. Persuadido de que este río cerraba el paso al enemigo, tenía la idea de dejar que transcurriera el resto del verano.

8 Entretanto, el cónsul envió a Popilio desde Fila con dos
9 mil hombres armados a Heracleo, que está a unas cinco millas de distancia de Fila, a medio camino entre Dión y Tempe, situada sobre un saliente rocoso que domina un río[345].

9 Antes de aproximar hombres armados a las murallas, Popilio envió emisarios para tratar de convencer a los magistrados y a los principales de que era preferible para ellos experimentar la lealtad y la clemencia de los romanos antes
2 que su fuerza. Estos consejos no surtieron el menor efecto porque estaban a la vista las fogatas del campamento del rey junto al Elpeo. Comenzó entonces el asedio por tierra y por mar —había llegado también la flota y estaba fondeada cerca de la playa— con armas y con obras y máquinas
3 simultáneamente. Incluso algunos jóvenes romanos tomaron la parte más baja de la muralla adaptando a las necesi-
4 dades de la guerra un ejercicio del circo. Entonces, cuando aún no se había introducido el despilfarro actual de llenar el circo de animales[346] procedentes de todo el mundo, era

[344] El Mavrolongo.

[345] El Apilas.

[346] Cf., no obstante, XXXIX 22, 2.

costumbre buscar diferentes clases de espectáculos, pues
desde que se daba la salida a las cuadrigas y luego a los
caballistas acróbatas[347], apenas si se llenaba el espacio de
una hora con ambas carreras. Entre otras exhibiciones se 5
presentaban jóvenes armados en grupo de sesenta aproxi-
madamente, a veces más, en los juegos más suntuosos. Su
entrada presentaba en parte el aspecto de un ejército haciendo
maniobras y en parte era un ejercicio más elaborado en su
técnica, que más que militar parecía la técnica de combate
de los gladiadores. Después de ejecutar otros movimientos 6
en sus evoluciones se formaban en cuadro juntando los
escudos sobre la cabeza, erguidos los de la primera fila,
ligeramente inclinados los de la segunda y más los de la
tercera y cuarta, e incluso rodilla en tierra los últimos, y
formaban una «tortuga» en pendiente como los tejados de
los edificios. A continuación, jóvenes armados, colocados a 7
una distancia aproximada de cincuenta pies, se lanzaban a
la carrera y, después de amenazarse unos a otros, subían
desde la parte más baja a la más alta de la tortuga por
encima de los escudos adosados, y, unas veces como si se
defendieran en los bordes de la tortuga y otras lanzándose
hacia el centro uno contra otro, daban saltos como si estu-
vieran sobre suelo firme. Una tortuga parecida a ésta se 8
acercó a la parte más baja de la muralla. Cuando los hombres
armados subidos encima llegaron hasta la parte más elevada
se encontraban a la misma altura que los defensores de la
muralla; rechazados éstos, los soldados de dos manípulos
saltaron adentro de la ciudad. La única diferencia con el 9
número circense fue que los que se encontraban en los
extremos, tanto por delante como por los lados, y sólo ellos,
no tenían los escudos levantados sobre la cabeza, para no

[347] Hacían sus exhibiciones con dos caballos, saltando de uno a otro.

dejar desprotegido el cuerpo, sino extendidos hacia delante al modo de los combatientes. Así no les alcanzaban a ellos los dardos disparados desde la muralla cuando se acercaban, y, cayendo sobre la tortuga como la lluvia sobre la pendiente resbaladiza, se deslizaban hasta el suelo sin causar daño.
10 Después de tomar Heracleo, el cónsul trasladó hasta allí su campamento como si tuviera intención de marchar sobre Dión y luego incluso Pieria adentro, una vez desalojado de
11 allí el rey. Pero, preparando ya sus cuarteles de invierno, da orden de que se arreglen los cambios para transportar avituallamientos desde Tesalia, se elijan los lugares apropiados para los graneros, y se construyan alojamientos en los que puedan pernoctar los portadores de las vituallas.

Operaciones de la flota romana. Revés en Melibea

10 Cuando al fin se recuperó Perseo del susto, que lo había dejado paralizado, hubiera preferido que no se hubiesen cumplido las órdenes que había dado, despavorido, mandando tirar al mar el tesoro
2 en Pela y prender fuego a los astilleros en Tesalia. Andronico, enviado a Tesalónica, había dejado que pasara tiempo para dar lugar a una marcha atrás en la decisión, cosa que efec-
3 tivamente ocurrió. En Pela, Nicias fue menos previsor y tiró
4 parte del dinero que había en Faco; pero parece que había cometido un fallo corregible, pues casi todo el dinero fue recuperado por medio de buceadores. Y el rey se avergonzó tanto de aquella reacción suya de pánico que dio orden de matar en secreto a los buceadores y después también a Andronico y a Nicias, para que no quedase vivo nadie que estuviera al
5 tanto de una orden tan desatinada. Entretanto, Gayo Marcio zarpó de Heracleo con la flota rumbo a Tesalónica, y desembarcando hombres armados en numerosos puntos a lo largo de la costa devastó una gran extensión del territorio, y tras

algunos combates favorables rechazó al interior de las mu-
rallas, despavoridos, a los que salían de la ciudad a hacerle
frente. Y ya amenazaba a la propia ciudad, mientras que, 6
como resultado del emplazamiento de máquinas de lanza-
miento de todas clases, resultaban alcanzados por piedras
lanzadas con catapultas no sólo los que andaban en torno a
los muros acercándose de modo temerario, sino incluso los
que se encontraban en las naves. Hizo, pues, que regresaran 7
a las naves los soldados y, abandonando el ataque de Tesa-
lónica, marchan de allí a Enia[348]. Se trata de una ciudad 8
situada a quince millas enfrente de Pidna, cuyo suelo es
fértil. Tras devastar sus confines llegan, bordeando la costa,
hasta Antigonea[349]. Allí saltaron a tierra y en un principio
devastaron los campos a discreción, trasladando a las naves
un botín considerable. Después les atacaron los macedonios 9
con tropas mixtas de infantería y caballería cuando estaban
dispersos, los persiguieron cuando huían en desorden hacia
el mar, dieron muerte a unos quinientos y cogieron otros
tantos. Sólo la extremada gravedad de su situación, pues se 10
veían en la imposibilidad de retirarse a salvo a las naves,
avivó el coraje de los romanos, ante la falta de esperanzas de
salvarse por otros medios y al mismo tiempo por pundonor.
El combate se restableció de nuevo en la orilla del mar, 11
interviniendo también los que estaban en las naves. Allí se
dio muerte a unos doscientos macedonios y se cogieron
prisioneros otros tantos. Zarpando de Antigonea rumbo al
territorio de Palene[350], la flota hizo un desembarco para una

[348] En la costa este de la península calcídica, al sur de Tesalónica.

[349] Al sur de Enia, también en la costa. Su homónima estaba en el Epiro.

[350] La más occidental de las tres lenguas del sur de la península calcídica.

12 operación de saqueo. Se trataba de un territorio perteneciente a la demarcación de Casandrea, el más fértil, con mucho, de toda la costa que habían dejado atrás. Allí salieron a su encuentro el rey Éumenes, que había zarpado de Elea[351] con veinte naves cubiertas[352], y otras cinco que había enviado el rey Prusias.

11 Con la suma de estas fuerzas el pretor cobró ánimos para
2 atacar Casandrea. Fundada por el rey Casandro justo en el istmo que une el territorio de Palene con el resto de Macedonia, está rodeada por los mares de Torone[353] a un lado y
3 de Macedonia al otro. Se adentra en el mar, en efecto, la lengua de tierra sobre la que está situada, y no se destaca menos que el monte Atos, famoso[354] por su magnitud; se estira en dirección a Magnesia[355] en dos promontorios desiguales, llamados Posideo el mayor y Canastreo el más pe-
4 queño. Después de repartirse los cometidos se dispusieron al ataque. El romano construyó una fortificación, en las proximidades de lo que llaman Clitas[356], desde el mar de Macedonia al de Torone, colocando incluso una barrera de caballos de Frisia[357] para interceptar el paso. Por el otro lado hay
5 una canal; desde allí llevaba Éumenes el asedio. Los romanos tenían serias dificultades para cegar la zanja abierta hacía

351 Cf. XXXV 13, 6.

352 Livio «traduce» por *naues tectae* o *naues constratae* el término griego *katáfraktoi* cuando utiliza como fuente a Polibio. Cuando la fuente es analística, el correspondiente latino es *naues longae* —que solemos traducir como «naves de guerra».

353 En el promontorio central (cf. nota 350), al sudoeste.

354 Traducimos *inclitus* (Kreyssig).

355 La región situada al sudeste de la península calcídica. Posideo y Canastreo: al oeste y al este respectivamente.

356 No hay ninguna otra referencia que permita su identificación.

357 Traducimos así el término *cerui*, maderos con púas de hierro utilizados como defensa sobre todo contra la caballería.

poco por Perseo como defensa. Como no se veía tierra amontonada por ningún sitio, el pretor preguntó adónde se habría transportado la tierra sacada de la zanja, y entonces le mostraron unos arcos abovedados que no habían sido construidos con el mismo grosor que el muro antiguo sino con una sola hilada de ladrillos. Concibió, pues, la idea de 6
abrir camino hacia la ciudad horadando la pared; podía pasar inadvertido si atacaba las murallas por otro lado, creando confusión y haciendo que los defensores de la ciudad se alejasen para defender dicho punto. Aparte del contingente 7
no desdeñable de jóvenes habitantes de la plaza había en la guarnición de Casandrea ochocientos agrianes y dos mil penestas ilirios, pueblos ambos muy aguerridos, enviados por Pléurato. Mientras éstos defendían las murallas y los 8
romanos ponían todo su esfuerzo en asaltarlas, en un instante quedaron perforadas las paredes de los arcos abriendo el paso hacia la ciudad, y si hubieran tenido hombres armados para hacer irrupción la habrían tomado en el acto. Cuando 9
se anunció a los soldados que estaba finalizada esta tarea lanzaron de pronto el grito de guerra, dispuestos a irrumpir en la ciudad unos por un lado y otros por otros.

Al principio, el enemigo, que no comprendía el significado 12
del repentino grito, fue presa del estupor. Cuando los pre- 2
fectos de la guarnición, Pitón y Filipo, se dieron cuenta de que la ciudad estaba al descubierto, convencidos de que la brecha abierta favorecería al que tomase la iniciativa en el ataque salieron de repente con un numeroso contingente de agrianes e ilirios y, cuando los romanos iban llegando desde 3
distintos puntos y recibían órdenes de agruparse para avanzar hacia la ciudad, los pusieron en fuga antes de que se agruparan y organizaran y los persiguieron hasta la zanja donde los amontonaban según caían al ser empujados. Allí murieron cerca de seiscientos, resultando heridos casi todos los que

4 habían sido atrapados entre la muralla y la zanja. Malparado
así en su propio intento, el pretor se volvió más remiso con
respecto a otras iniciativas. Y tampoco Éumenes, que atacaba
desde el mar y desde tierra simultáneamente, hacía ningún
5 progreso satisfactorio. Decidieron, pues, de común acuerdo,
reforzar la vigilancia para evitar que pudiera penetrar algún
destacamento procedente de Macedonia, y atacar las murallas
con obras de asedio, ya que el ataque directo no había dado
6 resultado. Mientras ellos hacían estos preparativos, diez
lembos del rey enviados desde Tesalónica con auxiliares
galos escogidos, después de avistar las naves enemigas en
alta mar aprovecharon la oscuridad de la noche, avanzaron
en fila india manteniendo el rumbo lo más cerca posible de
7 la costa y penetraron en la ciudad. La noticia de este nuevo
refuerzo obligó tanto a los romanos como al rey a desistir
del asedio. Doblando el promontorio, arribaron con la flota
8 cerca de Torone. También intentaron el asalto a esta plaza,
pero al darse cuenta de que estaba defendida por una fuerte
guarnición pusieron rumbo a Demetríade sin llevar a cabo
su propósito. Cuando se acercaron y vieron allí llenas de
hombres armados las murallas, siguieron de largo y arribaron
con la flota a Yolco[358] con la intención de atacar también
Demetríade después de devastar el territorio.

13 Entretanto, el cónsul, para no limitarse a permanecer sin
hacer nada en territorio enemigo, envió a Marco Popilio a
2 atacar la ciudad de Melibea[359] con cinco mil hombres. Está
situada al pie del monte Osa por la cara que da a Tesalia,
3 dominando estratégicamente Demetríade. La llegada del
enemigo sobresaltó a los habitantes del lugar; después, recu-
perados los ánimos del inopinado susto, corrieron armados

[358] Ciudad y puerto, al noroeste de Demetríade. ¿Actual Volo?

[359] Desconocida su localización.

hacia las puertas y las murallas donde había peligro de penetración, y en seguida cercenaron la esperanza de poder tomar la ciudad al primer asalto. Se preparaba, pues, el asedio, 4
y comenzaron a hacerse las obras de asalto. Cuando Perseo se enteró de que el cónsul estaba atacando Melibea, y al mismo tiempo la flota estaba fondeada en Yolco para pasar desde allí a atacar Demetríade, envió a Melibea a uno de sus generales, un tal Eufránor, con dos mil hombres escogidos. Le dio también orden de que, si alejaba de Melibea a los 5
romanos dejaran Yolco y fuesen a acampar cerca de la ciudad. Los que asediaban Melibea, por su parte, cuando 6
Eufránor apareció de repente en las alturas, abandonaron las obras de asedio con gran precipitación y les prendieron fuego. Así fue como se produjo la retirada de Melibea. Li- 7
berada del asedio una de las ciudades, Eufránor condujo de inmediato sus hombres a Demetríade. Entró en el recinto amurallado e infundió moral a sus habitantes hasta el punto de que confiaban en poder defender no sólo la ciudad sino también los campos del pillaje; incluso se efectuaron salidas contra los enemigos que saqueaban dispersos, causándoles heridas. No obstante, el pretor y el rey navegaron en torno 8
a las murallas, examinando el emplazamiento de la ciudad por si podían hacer un intento por alguno de los lados con obras de asedio o a viva fuerza. Circuló el rumor de que el 9
cretense Cidante y Antímaco, que tenía el mando en Demetríade, habían mediado entre Éumenes y Perseo con vistas a la negociación de una relación de amistad. Lo cierto es que hubo retirada de Demetríade. Éumenes navegó al encuentro 10
del cónsul y, después de felicitarle por el éxito de su entrada en Macedonia, marchó a Pérgamo, a su reino. El pretor 11
Marcio Fígulo envió una parte de la flota a Escíatos[360]; a los

[360] Cf. XXXI 28, 6.

cuarteles de invierno, y con el resto de las naves se dirigió a Oreo[361] de Eubea, en la idea de que esta ciudad era la que mejor se prestaba para la posibilidad de enviar desde allí el avituallamiento a los ejércitos que operaban en Macedonia
12 y en Tesalia. En lo que se refiere al rey Éumenes hay versiones muy diferentes. Si creemos lo que cuenta Valerio Anciate, ni ayudó con su flota al pretor, a pesar de que éste se lo había pedido por carta varias veces, ni fue amistosa su despedida del cónsul cuando marchó a Asia indignado por el hecho de que no se le hubiera permitido instalar sus reales en el
13 mismo campamento; ni siquiera se pudo conseguir que dejase
14 los jinetes galos que había traído consigo; su hermano Átalo se quedó junto al cónsul y, además, su sincera lealtad y su notable colaboración se mantuvieron constantes en aquella guerra.

14 *Roma: embajadas de los galos, Prusias y los rodios. Medidas militares. Actividad de los centros*

Mientras se desarrollaba la guerra en Macedonia llegaron a Roma, prometiendo tropas auxiliares para la guerra macedónica, unos embajadores transalpinos enviados por un régulo galo. Su nombre era Bálano, según la tradición, pero no consta
2 a qué pueblo pertenecía. El senado les dio las gracias y se les mandaron como obsequio una torques de oro de dos libras, páteras de oro de cuatro libras y un caballo con fáleras y armas de caballería.
3 Después de los galos se presentaron en la curia unos embajadores panfilios con una corona de oro hecha con veinte mil filipos[362]; pidieron permiso para depositar este presente en el

[361] Cf. XXVIII 5, 16 y nota.

[362] Lo desmesurado de la cifra ha llevado a pensar que podría ser un error por «dos mil» o «mil».

santuario de Júpiter Óptimo Máximo y celebrar un sacrificio
en el Capitolio, y el permiso les fue concedido. Como los 4
embajadores querían renovar su amistad con Roma, se les
respondió con buenas palabras y se mandó un obsequio de
dos mil ases a cada uno. A continuación fueron oídos los 5
embajadores del rey Prusias, y poco después los de los
rodios, que decían cosas muy diferentes acerca de los mismos
hechos. Las dos embajadas trataron del establecimiento de 6
la paz con el rey Perseo. Prusias hizo más un ruego que una
petición, dejando sentado que él hasta entonces siempre
había estado de parte de los romanos y así pensaba seguir
mientras hubiera guerra; pero como Perseo le había enviado 7
embajadores para tratar de que se pusiera fin a la guerra con
los romanos, se había comprometido con ellos a mediar ante
el senado, y pedía que, en el caso de que pudieran decidirse
a poner fin a sus iras, se reconociesen también sus méritos en
el restablecimiento de la paz. Esto fue lo que dijeron los em- 8
bajadores del rey. Los rodios recordaron con orgullo sus
merecimientos por los servicios que habían prestado al pueblo
romano, y, después de reclamar para sí mismos la mayor
parte del mérito de la victoria al menos sobre el rey Antíoco,
añadieron que su relación de amistad con Perseo había co- 9
menzado cuando había paz entre Macedonia y Roma; muy
a su pesar, y sin que Perseo les hubiera hecho nada, la
habían roto porque los romanos habían querido comprome-
terlos en una alianza bélica; llevaban tres años seguidos su- 10
friendo las numerosas incomodidades de la guerra por estar
cerrado el mar; su isla carecía de recursos y era inhabitable
si no recibía la ayuda de los suministros llegados por mar. Por 11
eso, como ya no podían soportar más la situación, habían
enviado una embajada a Perseo, a Macedonia, para hacerle
saber que a los rodios les gustaría que llegase a un acuerdo
de paz con los romanos, y ellos habían sido enviados a

12 Roma con el mismo propósito. Los rodios considerarían qué
procedía hacer con respecto a quienes fuesen los responsables
13 de que no se pusiese fin a la guerra. Estoy seguro de que ni
siquiera en la actualidad se pueden escuchar cosas así sin
sentir indignación, de lo cual se puede deducir cuál sería el
estado de ánimo de los senadores al oír algo semejante.

15 Claudio[363] sostiene que no se dio respuesta alguna, que
simplemente se dio lectura al senadoconsulto mediante el
cual el pueblo romano ordenaba que fuesen libres los carios
y los licios y que se enviase inmediatamente una carta a uno
2 y otro pueblo; que al oír esto el jefe de la embajada, cuya
grandilocuencia de hacía unos instantes apenas había tenido
3 cabida en la curia, se desplomó sin sentido. Según otros, se
les respondió que el pueblo romano al principio de aquella
guerra habían sabido de buena fuente que los rodios habían
hecho planes secretos con el rey Perseo en contra de la
4 república, y que si anteriormente quedaba alguna duda sobre
el particular, las palabras que acababan de pronunciar los
embajadores la habían convertido en certeza, que la mayoría
de las veces la mentira acaba por descubrirse por sí sola
5 aunque al principio se muestre más cauta. Ahora los rodios
hacían el papel de árbitros de la paz y de la guerra en el
mundo; los romanos tendrían que tomar o deponer las
armas a un simple gesto de los rodios. Ya no tomarían a los
6 dioses sino a los rodios como testigos de los tratados. ¿No era
así, en definitiva? ¿Si no eran obedecidos retirando los ejér-
citos de Macedonia verían qué procedía hacer? Lo que los
7 rodios iban a ver, ellos mismos lo sabían. Ciertamente,
después de vencer a Perseo, cosa que esperaban que ocurriría
en breve, el pueblo romano vería el modo de agradecer a las
distintas ciudades como se merecían los servicios prestados

363 Cuadrigario.

por cada una en aquella guerra. Con todo, se mandó un ob- 8
sequio de dos mil ases a cada embajador, obsequio que no
aceptaron.

A continuación se dio lectura a la carta del cónsul Quinto 16
Marcio, en la que contaba cómo había pasado a Macedonia
cruzando el desfiladero: allí tenía perspectivas de provisiones 2
para el invierno procedentes de diversas localidades, y además
había recibido de los epirotas veinte mil modios de trigo y
diez mil de cebada con la condición de que en Roma se
procuraría a sus delegados el importe de dicho trigo. Era 3
preciso que se enviase desde Roma ropa para los soldados.
Hacían falta unos doscientos caballos, númidas a poder ser,
y él no tenía ninguna posibilidad de conseguirlos allí. Se re- 4
dactó un senadoconsulto disponiendo que se hiciese todo
esto de acuerdo con la carta del cónsul. El pretor Gayo
Sulpicio adjudicó en subasta el envío a Macedonia de seis
mil togas, treinta túnicas y doscientos caballos para su entrega
a criterio del cónsul; abonó a los delegados epirotas el
importe del trigo, e introdujo en el senado a Onésimo, noble
macedonio hijo de Pitón. Éste siempre había recomendado 5
al rey la paz y le había aconsejado que, de igual modo que
su padre Filipo había conservado hasta el último día de su
vida la costumbre de leer íntegro dos veces al día el tratado
suscrito con los romanos, se habituase también él a hacer
otro tanto, si no todos los días, al menos con cierta frecuencia.
En vista de que no podía disuadirle de la idea de la guerra, 6
de momento comenzó por ponerse al margen, con pretextos
diversos, para no intervenir en proyectos con los que estaba
en desacuerdo; por último, viendo que suscitaba recelos, y
que a veces incluso era acusado de traición, se pasó a los
romanos y fue de gran utilidad para el cónsul. Cuando, tras 7
ser introducido en la curia, recordó estos detalles, el senado
dio orden de inscribirlo en la relación de aliados, proporcio-

narle residencia y hospedaje, asignarle doscientas yugadas de tierra tarentina del dominio público del pueblo romano, y comprarle una casa en Tarento. El pretor Gayo Decimio fue el encargado de dar cumplimiento a estas disposiciones.
8 Los censores[364] realizaron el censo en los idus de diciembre con mayor rigor que en ocasiones anteriores. Suprimieron el caballo a muchos, entre otros a Publio Rutilio, que siendo tribuno de la plebe había lanzado violentas acusaciones contra ellos; éste, además, fue excluido de su tribu y reducido
9 a la condición de erario. En virtud de un decreto del senado fue asignada por los cuestores para la construcción de obras públicas la mitad de la recaudación de los impuestos de
10 aquel año, y Tiberio Sempronio, con los fondos de su asignación, adquirió para el Estado la casa de Publio Africano situada detrás de las Tiendas Viejas[365], cerca de la estatua de Vortumno[366], así como las carnicerías y las tiendas contiguas,
11 e hizo construir la basílica que después se llamó Sempronia[367].

Elecciones. Provincias. Comisión. Prodigios. Juegos. Embajada de Egipto

17 El año tocaba ya a su fin, y, en su preocupación sobre todo por la guerra de Macedonia, la gente se preguntaba en sus conversaciones a quiénes elegiría cónsules para el año siguiente[368] con el objeto de
2 poner fin de una vez a aquella guerra. De modo que se promulgó un senadoconsulto disponiendo que Gneo Servilio viniera lo antes posible para

[364] Traducimos *censores* siguiendo la ed. *Frobeniana*, Basilea, 1531.

[365] Reconstruidas tras el incendio de 209 (XXVII 11, 16), eran «viejas» con respecto a las del norte del foro, construidas probablemente en 192.

[366] Esta estatua, de bronce, había sido traída de Volsinios. El dios era etrusco.

[367] Donde después se construyó la Basílica Julia, al suroeste del foro.

[368] El 168 a. C.

la celebración de los comicios. El pretor Sulpicio envió al 3
cónsul el senadoconsulto, y pocos días más tarde leyó una
carta remitida por el cónsul en la que convocaba los comicios
para el día ...[369]; él llegaría a Roma antes de esa fecha. El
cónsul se dio prisa y los comicios estuvieron finalizados en
la fecha prevista. Fueron elegidos cónsules Lucio Emilio Paulo 4
por segunda vez, catorce años después de su primer consu-
lado, y Gayo Licinio Craso. Al día siguiente fueron elegidos 5
pretores Gneo Bebio Tánfilo, Lucio Anicio Galo[370], Gneo
Octavio, Publio Fonteyo Balbo, Marco Ebucio Helva y
Gayo Papirio Carbón. La preocupación por la guerra de 6
Macedonia servía de acicate para que se hiciera todo con
celeridad: por eso se decidió que los magistrados electos 7
sortearan inmediatamente sus provincias para que, en cuanto
se supiera a qué cónsul le había tocado Macedonia y a qué
pretor la flota, éstos pudieran ya ir pensando y preparando
desde ese momento lo que se pudiera necesitar para la
guerra y consultar al senado en caso de ser necesaria la
consulta sobre alguna cuestión. Se decidió que tras la entrada 8
en funciones se celebrasen las Ferias Latinas en cuanto lo
permitiesen las obligaciones de carácter religioso, para que
nada retuviese al cónsul que tuviera que ir a Macedonia. Una 9
vez tomadas por decreto estas medidas, fueron asignadas a
los cónsules como provincias Italia y Macedonia y a los
pretores la flota, Hispania, y Sicilia y Cerdeña, además de
las dos jurisdicciones urbanas. En cuanto a los cónsules, a 10
Emilio le tocó en suerte[371] Macedonia y a Licinio Italia. Los
pretores obtuvieron en el sorteo, Gneo Bebio la pretura

---

[369] Laguna, en la que aparecería la fecha de los comicios.

[370] Sería cónsul en 160 y 154.

[371] Otras fuentes (PLUTARCO, *Aem.* 10; JUSTINO, 33, 1...) hablan de una asignación *extra ordinem* de la dirección de la guerra de Macedonia.

urbana, Lucio Anicio la peregrina y otro posible destino si el senado así lo decidía, Gneo Octavio la flota, Publio Fonteyo, Hispania, Marco Ebucio, Sicilia, y Gayo Papirio Cerdeña.

18 En seguida resultó evidente para todo el mundo que Lucio Emilio iba a poner interés en la dirección de aquella guerra, porque, aparte de ser un militar[372], estaba además entregado día y noche a pensar únicamente en lo que tenía relación con
2 dicha campaña. Como primera medida solicitó al senado que se enviasen delegados a Macedonia para inspeccionar los ejércitos y la flota y volver con la información de lo que hubieran averiguado acerca de las necesidades de las fuerzas
3 terrestres y navales; además, recogerían información acerca de las tropas del rey, qué fuerza tenían, qué zona era controlada por nosotros y cuál por el enemigo, si acaso los romanos tenían su campamento en un desfiladero o ya estaban salvados
4 todos los pasos y habían llegado a terreno llano; quiénes eran aliados seguros para nosotros y quiénes indecisos con la lealtad condicionada a tenor de las circunstancias, quiénes parecían enemigos indudables; cuántas provisiones estaban preparadas y desde dónde serían transportadas, por vía terrestre o por mar; qué operaciones se habían llevado a cabo aquel verano por tierra y por mar. A partir de un adecuado conocimiento de estos aspectos se podían hacer
5 previsiones seguras para el futuro. El senado encargó al cónsul Gneo Servilio enviar como delegados a Macedonia a tres hombres que gozaran de la confianza de Lucio Emilio. Dos días más tarde partieron como delegados Gneo Domicio Ahenobarbo, Aulo Licinio Nerva y Lucio Bebio.

6 En dos ocasiones, hacia finales del año, llegaron noticias de que había llovido piedra, una vez en territorio romano y

[372] Traducimos *militaris* (Koch, 1867).

la otra en el de Veyes. Por dos veces se celebró una novena.
Aquel año murieron los sacerdotes Publio Quintilio Varo, 7
flamen de Marte, y Marco Claudio Marcelo, decénviro,
cuya vacante fue cubierta por Gneo Octavio. Y, en un proceso 8
de suntuosidad creciente, se dejó constancia escrita de que en los juegos circenses organizados por los ediles curules Publio Cornelio Escipión Nasica y Publio Léntulo intervinieron sesenta y tres panteras y cuarenta osos y elefantes.

Siendo cónsules Lucio Emilio Paulo y Gayo Licinio, en 19
los idus de marzo, comienzo del año siguiente, cuando los senadores estaban esperando más que nada el informe que presentaría acerca de Macedonia el cónsul al que había correspondido dicha provincia, Paulo manifestó que no tenía nada de que informar al no haber regresado aún los delega-
dos; que, por lo demás, éstos se encontraban ya en Brundisio, 2
después de haber sido desviados dos veces de su rumbo
hacia Dirraquio. Tan pronto como tuviese conocimiento de 3
los datos que más urgía conocer presentaría su informe, y
ello ocurriría en el transcurso de muy pocos días. Y para que 4
nada retrasara su marcha había fijado la fecha de las Ferias Latinas para la víspera de los idus de abril[373]. Después de celebrar en debida forma el sacrificio, tanto él como Gneo Octavio estarían en disposición de partir tan pronto como el
senado lo decidiese. En su ausencia, su colega Gayo Licinio 5
se ocuparía de la preparación y el envío de todo lo que hubiese que preparar y enviar para aquella guerra. Mientras tanto se podía dar audiencia a las embajadas de los pueblos
extranjeros. Fueron convocados en primer lugar los embaja- 6
dores de Alejandría enviados por los reyes Tolomeo y Cleo-

[373] Esta celebración en honor de Júpiter Laciar, común a romanos y latinos, tenía lugar en el monte Albano en una fecha fijada por los magistrados de cada año.

7 patra. Desaliñados, larga la barba y el cabello, entraron en la curia con ramos de olivo y se postraron, y su discurso
8 movió a lástima más aún que su porte. Antíoco, rey de Siria, que había estado en Roma como rehén, con el honesto pretexto de reponer en el trono al mayor de los Tolomeos hacía la guerra al hermano menor de este último, que entonces
9 ocupaba el poder en Alejandría; había resultado vencedor en un combate naval en Pelusio, y, después de construir un puente improvisado y cruzar el Nilo, estaba aterrorizando a la propia Alejandría con un asedio, y parecía que no estaba
10 muy lejos de adueñarse de tan opulento reino. Lamentándose por esta situación, los embajadores rogaban al senado que acudiese prontamente en ayuda de un reino y unos reyes
11 amigos. Eran tales los buenos servicios prestados a Antíoco por el pueblo romano, era tal su prestigio entre todos los reyes y pueblos que, si enviaban embajadores a hacerle saber que al senado no le gustaba que se hiciese la guerra a los reyes aliados, Antíoco se alejaría inmediatamente de las
12 murallas de Alejandría y se llevaría a Siria el ejército. Si se mostraban remisos en hacerlo, muy pronto llegarían a Roma Tolomeo y Cleopatra expulsados de su reino, para vergüenza, en algún sentido, del pueblo romano por no haber prestado
13 ayuda alguna cuando la situación era más crítica. Afectados por las súplicas de los alejandrinos, los senadores enviaron al instante como embajadores a Gayo Popilio Lenate, Gayo Decimio y Gayo Hostilio para poner fin a la guerra entre los
14 reyes. Llevaban instrucciones de dirigirse primero a Antíoco y después a Tolomeo y anunciarles que no se consideraría amigo ni aliado a aquel que fuese responsable de la continuación de la guerra.

Informe de la comisión sobre Macedonia. Medidas del senado. Discurso de Emilio Paulo

Partieron éstos al cabo de tres días junto 20
con los embajadores de Alejandría, y el último día de las *Quinquatres*[374] llegaron de Macedonia los miembros de la comisión. Eran tan esperados que, de no haber estado ya anocheciendo, los cónsules habrían convocado al senado en el acto. Al 2
día siguiente se reunió el senado y se escuchó a los comisionados. Éstos informaron de que el ejército había penetrado en Macedonia por desfiladeros intransitables, con mayores riesgos que ventajas. La Pieria, hasta donde había llegado 3
su avance, estaba en poder del rey; los campamentos estaban tan cerca uno del otro que sólo los separaba el curso del río Elpeo. Ni el rey ofrecía la posibilidad de combatir, ni los nuestros tenían fuerza para obligarle. Además había llegado 4
el invierno, interrumpiendo el desarrollo de las operaciones. Se mantenía a los soldados en la inactividad, y no había trigo más que para seis días. Se comentaba que los macedonios tenían treinta mil hombres armados. Si Apio Claudio 5
hubiese tenido un ejército con suficiente fuerza en las cercanías de Licnido, habría podido arrastrar al rey a dos frentes bélicos; pero ahora Apio y las fuerzas que tenía consigo corrían el mayor peligro si no se enviaba allí, a toda prisa, un ejército en toda regla o se retiraban de allí aquellas tropas. Del campamento se habían trasladado a la flota, y habían 6
oído que a una parte de los marinos se los había llevado una enfermedad, mientras que otra parte, los que eran de Sicilia sobre todo, había marchado a casa, y había falta de hombres en las naves; los que quedaban no habían recibido la paga militar ni tenían qué ponerse. Éumenes y su flota, como naves 7
a merced del viento, habían venido sin razón y sin razón se

[374] *Quinquatres:* cf. XXVI 27, 1 y nota.

habían ido; había dado la impresión de que la actitud de este
rey no era del todo clara. Si en lo que se refiere a Éumenes
todo eran dudas, la lealtad de Átalo, según ellos manifestaban,
era claramente inalterable.

21 Después de escuchar a los enviados, Lucio Emilio dijo
2 que abría un debate a propósito de la guerra. El senado
decretó que los cónsules y el pueblo eligieran para las ocho
legiones un número igual de tribunos; pero decidió que
aquel año no se eligiera a nadie que no hubiera desempeñado
3 una magistratura. Luego, de entre todos los tribunos militares,
Lucio Emilio escogería a los que quisiera para las dos legiones
destinadas a Macedonia, y una vez celebradas las Ferias
Latinas marcharían a sus destinos el cónsul Lucio Emilio y
el pretor Gneo Octavio, al que había correspondido el mando
4 de la flota. A estos dos se sumó un tercero, el pretor Lucio
Anicio, que tenía la jurisdicción sobre los extranjeros; se
decidió que fuera a suceder a Apio Claudio en su destino del
5 Ilírico en la región de Licnido. Se hizo recaer sobre el cónsul
Gayo Licinio la responsabilidad del reclutamiento. Recibió
orden de alistar siete mil ciudadanos romanos y doscientos
6 jinetes y exigir a los aliados latinos siete mil soldados de
7 infantería y cuatrocientos de caballería, y, también, de co-
municar por carta a Gneo Servilio, que tenía el mando en la
8 provincia de la Galia, que alistara seiscientos jinetes. Se le dio
orden de enviar cuanto antes este ejército a su colega a
Macedonia. En esta provincia había tan sólo dos legiones; se
completarían sus efectivos de modo que tuvieran seis mil
infantes y trescientos jinetes cada una; los restantes soldados
de a pie y de a caballo serían distribuidos en guarniciones.
9 De éstos, los que no fuesen aptos para el servicio militar serían
licenciados. También se exigieron a los aliados diez mil
10 infantes y ochocientos jinetes. Se asignó a Anicio este refuerzo,
aparte de las dos legiones que tenía orden de llevar a Mace-

donia, y que contaba cada una con cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes. También fueron alistados cinco mil marinos para la flota. El cónsul Licinio recibió orden de 11
hacerse cargo de su provincia con dos legiones, añadiéndoles diez mil aliados de infantería y seiscientos de caballería.

Aprobados los senadoconsultos, el cónsul Lucio Emilio 22
salió de la curia para dirigirse a la asamblea del pueblo y pronunció el siguiente discurso: «Creo haber observado, 2
Quirites, que se me dieron más parabienes cuando me tocó en suerte la provincia de Macedonia que cuando fui proclamado cónsul o el día en que tomé posesión de la magistratura, y la única explicación radica en que pensasteis que yo podría 3
dar a la guerra de Macedonia, que se alarga en demasía, un digno desenlace acorde con la majestad del pueblo romano. Espero que también los dioses hayan propiciado este resultado del sorteo y que me asistirán, igualmente, en el desarrollo de las operaciones. Esto puedo en parte presagiarlo y en par- 4
te esperarlo; lo que sí me atrevo a afirmar como cierto es que pondré todo mi empeño para que no resulten fallidas las ilusiones que sobre mí os habéis hecho. En cuanto a las cosas 5
que se necesitan para la guerra, el senado ha adoptado sus resoluciones y, además, puesto que se quiere que mi partida sea inmediata y por mi parte no se va a retrasar, mi colega Gayo Licinio, hombre eminente, hará los preparativos con tanto celo como si fuera él mismo quien fuese a dirigir aquella campaña. Vosotros dad crédito únicamente a lo que 6
yo comunique por escrito, al senado y a vosotros, y guardaos de dar pábulo con vuestra credulidad a los rumores de los que nadie se haga responsable. Pues ciertamente en los 7
tiempos actuales, y lo mismo he notado que ocurre comúnmente, pero sobre todo en esta guerra, nadie está tan por encima de las habladurías como para que no puedan minarle la moral. En todos los corrillos, e incluso, ¡los dioses nos 8

valgan!, en los banquetes, hay alguien capaz de llevar los ejércitos a Macedonia, que sabe dónde se debe emplazar el campamento, qué posiciones se deben ocupar con guarniciones, en qué momento o por qué desfiladero se debe penetrar en Macedonia, dónde se deben colocar los graneros, cuáles son las rutas, por tierra y por mar, para hacer llegar los avituallamientos, en qué momento procede entrar en combate con el enemigo, cuándo es mejor quedarse quieto.
9 Y no sólo dictaminan qué se debe hacer, sino que acusan al cónsul, como si se tratara de un proceso, de todo aquello que se haya hecho de modo distinto a como ellos opinaron.
10 Estos comentarios son un grave inconveniente para quienes están al cargo de las operaciones, pues no todo el mundo tiene una actitud tan firme y constante como la tuvo Quinto Fabio[375], que prefirió que la ligereza de la gente restringiera su mando antes que prestar un mal servicio al Estado para
11 ganar popularidad. Yo, Quirites, no soy de los que piensan que no hay que hacer recomendaciones a los generales; pero a quien actúe siempre teniendo sólo en cuenta su propio criterio lo considero un presuntuoso más que un sabio.
12 ¿Cuál es, entonces, la conclusión? Los generales han de ser aconsejados en primer lugar por personas competentes, por los expertos en cuestiones específicamente militares y por los que han aprendido de la experiencia; en segundo lugar, por aquellos que intervienen en el curso de las operaciones, que ven el terreno, el enemigo, las circunstancias propicias, que comparten el peligro, por así decirlo, en el mismo barco.
13 Por consiguiente, si hay alguien que esté convencido de poder aconsejarme en lo que es interés del Estado en esa guerra que voy a hacer, que no niegue su colaboración a la

[375] Quinto Fabio Máximo Cunctátor, dictador en 217. Véase el episodio en XXII 25-26.

república y que se venga conmigo a Macedonia. Yo le proporcionaré nave, caballo, tienda, incluso dinero para el viaje; el que tenga reparos en hacerlo y prefiera el descanso 14
de la ciudad a las fatigas de la milicia, que no maneje el timón desde tierra. La ciudad por sí misma proporciona 15
suficientes temas de conversación; que limite su locuacidad a esos temas, que sepa que me daré por contento con los consejos recibidos en el campamento». Inmediatamente des- 16
pués de este discurso y de la celebración ritual en el monte Albano del sacrificio de las Ferias Latinas, que tuvieron lugar la víspera de las calendas de abril, tanto el cónsul como el pretor Gneo Octavio partieron hacia Macedonia. Según está recogido en la tradición, se congregó en torno al 17
cónsul una multitud de acompañantes más numerosa de lo habitual, y la gente, con una esperanza que era casi certeza, presagiaba el fin de la guerra macedónica y un pronto regreso del cónsul con un triunfo glorioso.

Oriente: Perseo busca la alianza con Gencio, Antíoco y Éumenes

Mientras que en Italia ocurrían estos 23
hechos, Perseo no acababa de decidirse a llevar hasta el final la operación que había comenzado[376] —atraer a una alianza a Gencio, el rey de los ilirios—, porque había
que hacer un desembolso de dinero. Pero cuando advirtió 2
que los romanos habían penetrado en el desfiladero y que se avecinaba el momento decisivo de la guerra, pensó que la operación no admitía más demora y, después de pactar a través de su enviado Hipias el pago de trescientos talentos de plata condicionado a un canje de rehenes, envió a Pantauco, uno de sus más fieles amigos, a ultimar estos extremos.

[376] Cf. XLIII 20, 2-4.

3 En Meteón[377], en territorio de Labeátide, Pantauco se encontró con el rey ilirio, y allí recibió del rey el juramento y los rehenes. Gencio, por su parte, envió un embajador llamado Olimpión a requerir de Perseo el juramento y los
4 rehenes. Con éste fueron enviados otros para recoger el dinero, y, a propuesta de Pantauco, los elegidos para ir a Rodas como embajadores acompañando a los macedonios fueron
5 Parmenión y Morco. Se les dieron instrucciones de partir para Rodas sólo después de recibir el juramento, los rehenes y el dinero: en nombre de los dos reyes juntos se podía
6 impulsar a los rodios a la guerra contra los romanos. La incorporación de la ciudad que entonces monopolizaba la gloria del poder naval dejaría a los romanos sin esperanza
7 alguna ni por tierra ni por mar. Al llegar los ilirios salió Perseo de su campamento a orillas del río Elpeo con toda la
8 caballería y se encontró con ellos cerca de Dión. Allí se dio cumplimiento a lo acordado, estando los jinetes de la columna desplegados en torno, pues el rey quería que asistiesen a la ratificación del tratado de alianza con Gencio por estar convencido de que este acontecimiento contribuiría bastante
9 a elevarles la moral. También se hizo a la vista de todos el intercambio de rehenes, y, después de mandar a Pela a los que debían recibir el dinero del tesoro real, los que debían ir a Rodas acompañando a los embajadores ilirios recibieron
10 orden de embarcar en Tesalónica. Allí se encontraba Metrodoro, que había llegado recientemente de Rodas y que, basándose en la autoridad de Dinón y Poliarato, principales de dicha ciudad, aseguraba que los rodios estaban preparados para la guerra. Él fue puesto al frente de la embajada conjunta con los ilirios.

[377] Cerca del actual Medun.

Simultáneamente se envió a Éumenes y Antíoco un mismo 24
mensaje, el que se podía hacer al hilo de las circunstancias:
un Estado libre y un rey eran irreconciliables por naturaleza.
El pueblo romano los atacaba uno a uno, y además, lo cual 2
es inadmisible, atacaba a los reyes con las fuerzas de los
reyes. Su padre había sido aplastado con la ayuda de Átalo; 3
con la colaboración de Éumenes y, en cierta medida, también
de su padre Filipo, había sido atacado Antíoco; ahora se
habían levantado en armas contra él tanto Éumenes como
Prusias. Si el reino de Macedonia era eliminado, a continuación 4
le tocaría a Asia, de la que ya se habían adueñado en parte
con el pretexto de liberar las ciudades, y después a Siria. Ya 5
se rendían a Prusias más honores que a Éumenes, ya Antíoco,
victorioso, era alejado de Egipto, su recompensa de guerra.
Los invitaba a reflexionar sobre estos hechos y a dar pasos 6
para instar a los romanos a hacer la paz con él o, en caso de
que se obstinasen en aquella guerra injusta, considerarlos
enemigos comunes de todos los reyes. En el caso de Antíoco 7
el mensaje era patente; en el caso de Éumenes iba bajo la
apariencia de un intermediario enviado para el rescate de
prisioneros; de hecho se trataban algunas propuestas más
secretas que enredaron a Éumenes, que, por cierto, de mo-
mento ya suscitaba recelos y era mal visto por los romanos,
en acusaciones falsas y más graves. Fue considerado, en 8
efecto, como un traidor y casi un enemigo mientras los dos
reyes rivalizaban en trampas y avaricia tratando de engañarse
mutuamente. Uno de los íntimos de Éumenes era el cretense 9
Cidas. Éste había tenido conversaciones primero en Anfípolis
con un tal Quimaro, paisano suyo, que servía en el ejército
de Perseo, y luego en Demetríade, al pie mismo de las
murallas de la ciudad, una vez con un tal Menécrates y otra
con Antímaco, uno y otro generales del rey. También Hero- 10
fonte, el que fue enviado en esta ocasión, se había encargado

ya anteriormente de dos misiones asimismo ante Éumenes.
11 Estas entrevistas clandestinas y estas embajadas suscitaban,
sin duda, comentarios negativos, pero no se sabía qué se
había tratado o a qué acuerdos habían llegado los reyes.
Pues bien, las cosas ocurrieron como sigue.

25 Éumenes no fue partidario de una victoria de Perseo ni
tuvo intención de favorecerla en el curso de la guerra, no
tanto porque la enemistad que había entre ellos fuera una
herencia paterna como porque habían encendido su llama
2 con una animosidad personal. La rivalidad entre los reyes no
era como para que Éumenes viera con resignación que Perseo
alcanzara todo el poder y toda la gloria que le estaban
3 reservados si los romanos eran derrotados. Observaba también
que Perseo, desde el comienzo mismo de la guerra, había
tanteado por todos los medios la posibilidad de la paz, y, a
medida que pasaban los días y la amenaza estaba más cerca,
4 no hacía ni pensaba en ninguna otra cosa; tampoco a los
romanos, tanto a los propios generales como al senado,
dado que la guerra se prolongaba más de lo que ellos espe-
raban, les disgustaría la idea de poner fin a una guerra tan
5 llena de inconvenientes y de dificultades. Comprobada esta
disposición de ánimo de las dos partes, convencido de que
esto era algo que podía llegar espontáneamente por cansancio
del más fuerte y miedo del más débil, le entraron ganas de
poner precio a su colaboración en el restablecimiento de la
6 paz. Así pues, mercadeaba con una recompensa, a cambio,
unas veces, de no ayudar a los romanos en la guerra por
tierra o por mar y otras de propiciar la paz con los romanos:
por no intervenir en la guerra, mil talentos; por propiciar la
7 paz, mil quinientos. En uno y otro caso se mostraba dispuesto
no sólo a comprometer su palabra sino a entregar rehenes.
8 Bajo la presión del miedo, Perseo se mostraba enteramente
dispuesto a poner en marcha la operación y trataba de que

se hiciese sin demora la entrega de rehenes; se había convenido
que una vez en sus manos serían enviados a Creta. Pero cada 9
vez que se pasaba a hablar del dinero, entonces se mostraba
vacilante. Tratándose de reyes de tanto prestigio, afirmaba,
el abono de dinero, al menos en el primero de los supuestos,
era algo sórdido y vergonzoso para quien lo entregaba y más
aún para quien lo recibía; por la esperanza de paz con Roma 10
no rehusaba el gasto, pero entregaría el dinero una vez
cumplido el objetivo; mientras tanto lo depositaría en el
templo de Samotracia. Como esta isla estaba bajo el dominio 11
de Perseo, Éumenes veía que no había ninguna diferencia
entre que el dinero estuviera allí o en Pela, y de lo que
trataba era de llevarse una parte en el acto. Así, después de 12
intentar en vano engañarse mutuamente, no consiguieron
más que descrédito.

Perseo incumple sus promesas a los galos y a Gencio

Y no fue ésta la única oportunidad que 26
Perseo dejó escapar por avaricia, cuando
mediante el desembolso de dinero habría
podido conseguir a través de Éumenes una
paz que debería haber sido recuperada in-
cluso a costa de una parte de su reino, o bien, en caso de ser
engañado, desenmascarar a su adversario con el dinero en-
cima aún, volviendo contra él la hostilidad de los romanos.
Pero por avaricia dejó escapar primero la alianza con el rey 2
Gencio cuando estaba a punto y, después, la valiosísima
ayuda ofrecida por los galos que se habían extendido por el
Ilírico. Estaban en camino diez mil soldados de caballería 3
y otros tantos de infantería que corrían tan rápido como los
caballos y a su vez cogían para combatir los caballos sin
jinete cuando éste caía. Se había pactado con ellos la cantidad 4
de diez monedas de oro, al contado, para cada jinete, cinco
para cada infante y mil para su jefe. Cuando éstos se acerca- 5

ban, salió Perseo de su campamento del Elpeo con la mitad de sus tropas para ir a su encuentro y comenzó a mandar instrucciones a todos los pueblos y ciudades situadas cerca del camino para que preparasen provisiones de modo que
6 hubiera trigo, vino y ganado en abundancia. Él, por su parte, llevaba caballos y fáleras y capotes militares como obsequio para los jefes y una pequeña cantidad de oro para repartir entre unos pocos, convencido de que con la esperanza podría
7 atraer a la multitud. Llegó hasta la ciudad de Almana[378] y acampó a orillas del río Axio. El ejército de los galos había acampado en las cercanías de Desudaba[379], en la Médica, a
8 la espera del dinero convenido. Envió hasta allí a Antígono, uno de sus dignatarios, a dar instrucciones de que la tropa de los galos fuese a acampar a Bilazora[380] —es ésta una localidad de Peonia— y que los jefes, en bloque, se presentasen a él. Estaban a una distancia de setenta y cinco millas
9 del río Axio y del campamento del rey. Antígono les transmitió estas instrucciones y además se refirió a la abundancia de provisiones de todas clases que iban a encontrar a lo largo de la ruta, preparadas por la previsión del rey, así como a los obsequios en ropa, plata y caballos con que el rey iba a recibir a los jefes cuando llegaran. Ellos respondieron que, sin duda, esto lo verían personalmente en su momento,
10 y preguntaron por el abono inmediato de lo que habían pactado; ¿había traído consigo el oro que debía ser entregado
11 a cada infante y a cada jinete? Como a esto no se dio ninguna respuesta, Clondico, su régulo, dijo: «Márchate, pues, y haz saber al rey que sin haber recibido el oro y los rehenes, los galos a partir de aquí no darán ni un paso hacia

---

[378] Posiblemente cerca de Idomene. El Axio es el Vardar.

[379] Cerca de Kumanovo.

[380] Actual Titov Veles.

ninguna parte». Cuando fue informado de esta respuesta, el 12
rey convocó el consejo y, como resultaba evidente qué era lo que iban a aconsejar todos, él, mejor guardián de su dinero que de su reino, se puso a disertar acerca del carácter desleal y salvaje de los galos, comprobado ya en el pasado con los desastres de muchos pueblos; era peligroso dejar que en- 13
trase en Macedonia una multitud tan numerosa, no fueran a crear más problemas ellos como aliados que los romanos como enemigos. Era suficiente con cinco mil jinetes; podrían 14
emplearlos en la guerra, y además no tendrían miedo de su número.

Era evidente para todos que lo que le preocupaba era el 27
dinero y nada más, pero como nadie se atrevió a hacer sugerencias cuando los consultó, de nuevo se envió a Antígono con el mensaje de que el rey únicamente utilizaría los servicios de cinco mil jinetes, que no retenía a los demás. Cuando los bárbaros oyeron esto hubo murmullos de pro- 2
testa entre los demás, indignados por el hecho de que se les hubiera sacado para nada de sus lugares de residencia; de nuevo preguntó Clondico si a esos cinco mil les hacía efectivo lo convenido. En vista de que también a esta pregunta se 3
respondía con una mezcla de evasivas, emprendieron la vuelta en dirección al Histro, sin maltratar al falaz mensajero, posibilidad que él mismo no tenía esperanzas de que ocurriera, pero arrasando por completo la parte de Tracia que estaba próxima a su ruta. Si el rey hubiera hecho que estas tropas 4
pasaran a Tesalia a través del desfiladero de Perrebia mientras él permanecía acampado tranquilamente enfrente de los romanos junto al Elpeo, habría podido no sólo saquear los campos dejándolos desnudos para que los romanos no esperaran provisiones de allí, sino también destruir las ciudades, 5
mientras Perseo retenía a los romanos junto al Elpeo evitando que pudieran prestar ayuda a las ciudades aliadas. Incluso 6

los romanos habrían tenido que preocuparse de sí mismos,
pues no hubieran podido ni quedarse una vez perdida Tesalia,
de donde se aprovisionaba el ejército, ni seguir adelante,
7 dado que enfrente estaba el campamento macedonio. Al dejar
escapar este refuerzo, Perseo debilitó considerablemente la
moral de los macedonios, que estaban pendientes de esta
8 posibilidad. La misma tacañería indispuso al rey Gencio. En
efecto, cuando hizo efectivos en Pela los trescientos talentos
a los enviados de Gencio, permitió que éstos pusieran su
9 marca en el dinero; después envió diez talentos a Pantauco
con orden de entregárselos al rey inmediatamente; en cuanto
al resto del dinero, en el que habían puesto su marca los
ilirios, ordenó que sus portadores lo llevasen en etapas
10 cortas y que luego, cuando llegasen a la frontera de Mace-
11 donia, se parasen y esperasen allí a sus mensajeros. Recibida
una pequeña parte del dinero, Gencio, que continuamente
era incitado por Pantauco para que provocase a los romanos
con una acción hostil, metió en prisión a los embajadores
Marco Perpena y Lucio Petilio, que casualmente acababan
12 de presentarse a él. Enterado de ello, Perseo pensó que se
había puesto en el brete de tener que hacer la guerra a los
romanos en cualquier caso y envió un mensajero para hacer
que diera la vuelta el encargado del transporte del dinero.
Era como si no tuviera otro propósito que reservar a los
romanos el mayor botín posible para después de su propia
13 derrota. También regresó Herofonte de su entrevista con
Éumenes sin que se conociera el contenido de sus negocia-
ciones secretas. Los macedonios hicieron correr el rumor de
que se había hablado de prisioneros, y Éumenes, por su
parte, dio esta misma información al cónsul, para evitar
sospechas.

Ofensiva naval de Perseo. Embajadas de Perseo y Gencio a Rodas

Frustradas sus esperanzas tras la vuelta 28
de Herofonte de su entrevista con Éumenes, Perseo envió a Ténedos a los prefectos de la flota Anténor y Calipo con cuarenta lembos —número éste al que se habían añadido cinco *pristes*[381]— para que prote- 2
gieran desde allí a las naves que se dirigían a Macedonia cargadas de trigo, dispersas entre las islas Cícladas. Las naves 3
fueron botadas en Casandrea; primero hicieron escala en los puertos situados al pie del monte Atos, y desde allí cruzaron a Ténedos con mar en calma, y, sin hacerles daño e incluso enviándoles saludos amistosos, dejaron marchar a las naves rodias descubiertas que estaban fondeadas en el puerto y a su prefecto Eudamo. Luego, al tener conocimiento de que en 4
el otro lado de la isla cincuenta naves suyas de transporte estaban bloqueadas por navíos de espolón de Éumenes fondeados en la bocana del puerto bajo el mando de Damio, rápidamente dio la vuelta a la isla, y alejándose los navíos 5
enemigos ante la amenaza, mandó a Macedonia las naves de transporte, a las que asignó diez lembos con instrucciones de escoltarlas y regresar a Ténedos después de ponerlas a salvo. Ocho días después se incorporaron de nuevo a la flota, que 6
estaba ya fondeada en Sigeo[382]. De allí cruzaron a Subota[383], isla situada entre Elea y Quíos. Se dio la coincidencia de que, 7
al día siguiente de recalar la flota en Subota, treinta y cinco naves de las llamadas «hipagogos»[384], que habían salido de

[381] Naves de guerra, no de transporte. Otras veces Livio lo traduce por *nauis rostrata* (nave de espolón).

[382] Al nordeste de Ténedos, en la costa de Asia Menor.

[383] No es segura su localización.

[384] Etimológicamente, «para llevar caballos»; con capacidad para 30 cada nave.

Elea con jinetes galos y caballos, pasaban rumbo a Fanas[385],
promontorio de Quíos, desde donde podrían proseguir hacia
8 Macedonia. Se las enviaba Éumenes a Átalo. Cuando Anténor
recibió la señal de su paso por alta mar transmitida desde un
puesto de vigía, zarpó de Subota y les salió al paso en el
lugar en que el estrecho entre el Cabo de Eritras y Quíos es
9 más angosto. Lo que menos pensaban los prefectos de Éume-
nes era que la flota macedonia anduviese por aquel mar:
debía de tratarse de romanos, o de Átalo, o de alguien
enviado por Átalo que iba rumbo a Pérgamo desde el cam-
10 pamento romano. Pero cuando ya no dejó lugar a dudas la
forma de los lembos que estaban aproximándose, y el vivo
ritmo del movimiento de los remos y la orientación de las
proas, de frente, hicieron evidente que se acercaban enemigos,
11 entonces se produjo una reacción de pánico. Como no había
ninguna esperanza de resistir, y sus embarcaciones eran de
un tipo poco maniobrable, y los galos soportaban mal el mar
12 incluso cuando está en calma, algunos de ellos, los que esta-
ban más próximos a tierra, llegaron a nado al territorio de
Eritras, otros izaron las velas y atracaron las naves en Quíos,
y abandonando los caballos se dirigían a la ciudad huyendo
13 en total confusión. Pero como los lembos desembarcaron las
tropas en un lugar más cercano y de más fácil acceso a la
ciudad, los macedonios atraparon a los galos y los hicieron
pedazos, a unos cuando huían y a otros delante de la puerta,
pues no pudieron entrar debido a que los habitantes de
Quíos habían cerrado sus puertas al no saber quiénes eran
14 los que huían y quiénes los perseguidores. Cerca de ocho-
cientos galos fueron muertos y doscientos fueron apresados
vivos. Una parte de los caballos se perdió en el mar, y a
otros les cortaron los tendones en la orilla los macedonios.

[385] Cf. XXXVI 43, 11.

Anténor ordenó a los mismos lembos que había enviado la 15
vez anterior que transportaran a Tesalónica los diez caballos
de mejor presencia junto con los prisioneros y que volvieran
cuanto antes a unirse a la flota; él los esperaría en Fanas. La
flota estuvo anclada casi tres días cerca de la ciudad. Luego 16
prosiguieron hasta Fanas, y cuando regresaron los diez lembos —más deprisa de lo que se esperaba— navegaron hasta
Delos a través del mar Egeo.

Mientras se desarrollaban estas operaciones, los enviados 29
romanos Gayo Popilio, Gayo Decimio y Gayo Hostilio[386]
zarparon de Cálcide con tres quinquerremes y llegaron a
Delos, y allí se encontraron con los cuarenta lembos macedonios y las cinco quinquerremes del rey Éumenes. El carácter 2
sagrado de la isla les garantizaba a todos la inviolabilidad[387],
de ahí que anduvieran entremezclados por el templo los
romanos, los macedonios y los marinos de Éumenes, pues la
santidad del lugar les ofrecía una tregua. Anténor, el prefecto 3
de Perseo, cada vez que se transmitía desde las atalayas la
señal del paso de algún navío de carga por alta mar, saliendo 4
en su persecución personalmente con algunos de los lembos
o por medio de los que estaban distribuidos por las Cícladas
hundía o despojaban cualquier nave que no se dirigiera a
Macedonia. Popilio acudía en ayuda de los navíos con
cuantas naves le era posible, suyas o de Éumenes; pero los
macedonios se les escapaban, pasando de noche la mayoría 5
de las veces en grupos de dos o tres lembos. Por las mismas 6
fechas llegaron a la vez a Rodas los embajadores macedonios
e ilirios; su misión se vio reforzada no sólo por la llegada de
los lembos que patrullaban por las Cícladas y el mar Egeo,
sino además por el acuerdo entre los reyes Perseo y Gencio

[386] Cf. *supra,* 29, 13.

[387] Es decir, ofrecía derecho de asilo.

y la noticia de que llegaba un gran número de galos de
7 infantería y caballería. Como, por otra parte, Dinón y Poliarato, que eran partidarios de Perseo, contaban con más adhesiones, aparte de dar una respuesta amistosa a los reyes se hizo una declaración pública manifestando que los rodios,
8 con su autoridad, iban a poner fin a la guerra; que, por consiguiente, también los propios reyes se dispusiesen a aceptar tranquilamente la paz.

Tiranía de Gencio. Victoria romana en Iliria. Captura de Gencio

30 Era ya el comienzo de la primavera, y los nuevos generales habían llegado a sus destinos, el cónsul Emilio a Macedonia, Octavio a Oreo, a la flota, y Anicio, que tenía que hacer la guerra contra Gencio,
2 al Ilírico. Hijo del rey de los ilirios Pléurato[388] y de Eurídice, Gencio tuvo dos hermanos, Plator, hijo de los mismos padres, y Caravancio, hermano por parte
3 de madre. Como este último, debido al humilde origen de su padre, suscitaba en él menos recelos, dio muerte a Plator y a dos amigos suyos, Etrito y Epicado, hombres competentes,
4 para reinar con mayor tranquilidad. Circuló el rumor de que envidiaba a su hermano porque se había comprometido con Etuta, hija de Monuno, rey de los dárdanos, y suponía que con este matrimonio tendría el apoyo del pueblo dárdano; el hecho de que se casara con aquella joven a la muerte de
5 Plator hizo muy verosímil esta suposición. Después, liberado del temor a su hermano, comenzó a oprimir a sus compatriotas; además, su incontinencia con el vino inflamaba su
6 carácter, violento por naturaleza. Pues bien, empujado a la guerra contra los romanos como queda dicho, concentró en Liso todas sus tropas. Eran quince mil hombres en armas.

[388] Pléurato II, que reinó desde 206 hasta 180.

Desde allí envió a su hermano con mil hombres de a pie y 7
cincuenta de a caballo a someter por la fuerza o por miedo
al pueblo de los cavios y él marchó hacia la ciudad de
Basania[389], situada a cinco millas de Liso. Era aliada de los 8
romanos, por lo cual, aunque fue tanteada por los mensajeros
que se enviaron por delante, prefirió sufrir asedio antes que
rendirse. Cuando Caravancio llegó al país de los cavios, la 9
ciudad de Durnio[390] lo recibió amistosamente; otra ciudad,
Caravandis, le cerró las puertas, y cuando se dedicaba a
devastar sus campos a discreción, algunos soldados dispersos
fueron muertos en un ataque de los campesinos. También por 10
entonces Apio Claudio, tras incorporar al ejército con que
contaba las tropas auxiliares de bulinos[391], apoloniatas y
dirraquinos, había abandonado los cuarteles de invierno y
estaba acampado en las cercanías del río Genuso[392]. Al ente- 11
rarse de la alianza entre Perseo y Gencio y de la ofensa por
los malos tratos a los enviados se encendió de rabia, decidi-
damente dispuesto a hacer la guerra contra Gencio. El pro- 12
pretor Anicio, que entonces estaba en Apolonia, se enteró
de lo que estaba ocurriendo en el Ilírico, mandó por delante
una carta a Apio para que le esperase junto al Genuso y él
llegó al campamento en tres días; y después de añadir a las 13
fuerzas auxiliares dos mil combatientes partinos de infantería
y doscientos de caballería —Epicado mandaba a los infantes
y Algalso a los jinetes— se disponía a marchar sobre el
Ilírico con el especial propósito de liberar del asedio a los
basanitas. La noticia de que había unos lembos devastando
la costa frenó su impulso. Eran ochenta lembos enviados por 14

[389] ¿Actual Pëdahne?

[390] Desconocida, lo mismo que Caravandis.

[391] Vivían entre Orico y Apolonia.

[392] Actualmente Skumbi, en Albania.

Gencio, a propuesta de Pantauco, para hacer botín en los
15 campos de los dirraquinos y los apoloniatas. Entonces la flota ... [393] se rindieron.

31 Poco después las ciudades de la región también hacían otro tanto, viéndose favorecida esta tendencia por la clemencia y la equidad mostradas por el pretor romano en
2 todos los casos. Llegó luego a Escodra, que era el centro de la guerra, no sólo porque Gencio la había convertido en una especie de ciudadela de todo su reino, sino porque es, con gran diferencia, la plaza mejor fortificada de la nación
3 de los labeates y su acceso es difícil. La rodean dos ríos, el Clausal [394], que discurre por el lado este, y el Barbana [395], por
4 el oeste, que nace en el lago Labeátide. Estos dos ríos confluyen y vierten sus aguas en el río Oriunde [396], que nace en el monte Escordo y se alimenta de otros muchos afluentes,
5 hasta a desembocar en el Adriático. El monte Escordo es con mucho el más alto de aquella región y a sus pies se extienden por el este Dardania, por el sur Macedonia y por
6 el oeste el Ilírico. Aunque la ciudad tenía la protección natural de su emplazamiento y era defendida por toda la nación iliria y por el propio rey, el pretor romano, sin embargo, como las primeras operaciones habían tenido éxito pensó que la suerte de toda la empresa seguiría el mismo camino y que resultaría efectivo un golpe inesperado, y avanzó hacia las murallas con el ejército en orden de batalla.
7 Si sus habitantes hubiesen cerrado las puertas y defendido las murallas y los torreones de las puertas colocando hombres armados, habrían rechazado de las murallas a los romanos

[393] Se perdió una hoja del manuscrito; en ella se relataría la victoria naval de Anicio.

[394] El actual Kiri.

[395] Hoy Bojana.

[396] El Drin.

frustrando el intento; pero salieron de puertas afuera y 8
entablaron combate, poniendo más moral en comenzarlo
que en sostenerlo. Rechazados, en efecto, y apelotonados en 9
su huida, cuando habían caído a la entrada misma de la
puerta más de doscientos, provocaron tal pánico que Gencio
inmediatamente envió al pretor unos parlamentarios, Teutico
y Belo, hombres principales de aquella nación, para pedir
una tregua que le permitiera deliberar acerca de su situa-
ción. Concedidos tres días con ese fin, como el campamento 10
estaba a unos quinientos pasos de la ciudad subió a una
embarcación y navegó por el río Barbana hasta el lago de los
labeates en busca, aparentemente, de un lugar apartado
para reflexionar, pero en realidad, como después quedó 11
demostrado, animado por la vana esperanza de que estaba
al llegar su hermano Caravancio con los muchos miles de
hombres armados que había reunido en el país adonde
había sido enviado. Al resultar falto de base este rumor, 12
bajó tres días después en la misma nave siguiendo la corriente
del río hasta Escodra y mandó por delante unos mensajeros
para pedir que se le concediera la oportunidad de dirigirse al
pretor; concedida la entrevista, acudió al campamento. Co- 13
menzó su discurso reconociendo su propia estupidez, y,
deshaciéndose al final en ruegos y lágrimas, se echó a los
pies del pretor y se puso en sus manos. De momento se le 14
dijo que se animase y luego incluso fue invitado a cenar, y
regresó a la ciudad junto a los suyos. Aquel día fue el
invitado de honor del pretor en un banquete, y a continuación 15
fue entregado al tribuno militar Gayo Casio para su custodia.
Él, un rey, había recibido de otro rey diez talentos, escasa-
mente la paga de un gladiador, para verse reducido a aquella
situación.

Después de recibir la sumisión de Escodra, lo primero 32
que hizo Anicio fue dar orden de buscar y conducir a su

2 presencia a los embajadores Petilio y Perpena. Tras devolverles la dignidad de su rango envió inmediatamente a Per-
3 pena a detener a los amigos y parientes del rey. Partió hacia Meteón, ciudad del país de los labeates, y volvió al campamento, a Escodra, trayendo a Etleva[397], la esposa, con sus dos hijos Escerdiledo y Pléurato, y a Caravancio, el hermano.
4 Finalizada la guerra del Ilírico en un plazo de treinta días, Anicio envió a Roma a Perpena como mensajero de la victoria y pocos días después al propio rey Gencio con la
5 madre, la esposa, los hijos, el hermano y otros jefes ilirios. Fue ésta la única guerra de la que se conoció en Roma el final antes que el comienzo.

Preparativos de Perseo. Preparativos de Emilio Paulo

Por las fechas en que ocurrían estos hechos vivía también Perseo momentos de temor debido a la llegada simultánea del nuevo cónsul, Emilio, que, según había oído, se estaba acercando con serias ame-
6 nazas, y del pretor Octavio. No era menor el miedo que le producía la flota romana y el peligro que corría la costa. En Tesalónica había una pequeña guarnición de dos mil *caetrati*
7 bajo el mando de Éumenes y Atenágoras. Allí envió también al pretor Androcles con orden de acampar justo al lado de
8 los astilleros. A Enea fueron enviados mil jinetes con Creonte de Antigonea para proteger la zona costera, con la misión de prestar ayuda a los habitantes del campo en cualquier punto de la costa en que se enterasen de que habían arribado con
9 sus naves los enemigos. Para la guarnición de Pitos y Petra fueron enviados cinco mil macedonios mandados por Histeo,
10 Teógenes y Midonte. Tras la partida de éstos se dedicó a fortificar la orilla del río Elpeo, porque se podía atravesar

397 Sin embargo, cf. *supra*, 30, 4.

por estar seco el cauce. Con el objeto de que toda su gente 11
estuviese disponible para esta tarea requisó mujeres en las ciudades vecinas que traían alimentos al campamento; los soldados recibieron orden de ... [398] de los bosques cercanos ...

... acarrear... Por último ordenó [399] a los aguadores que 33
lo siguieran hasta el mar, que estaba a menos de trescientos pasos, y que cavaran hoyos en distintos puntos de la playa
a intervalos regulares. La considerable altura de las mon- 2
tañas, unida a la especial circunstancia de que no hacían emerger ninguna corriente visible, daba pie a esperar que hubiera venas acuíferas ocultas que manaran hasta el mar
mezclándose con sus aguas. Apenas se había retirado la arena 3
de la superficie cuando comenzaron a brotar hilos de agua débiles y turbios al primipilo y chorros limpios y abundantes
después, como si fuera un regalo de los dioses. También esta 4
circunstancia contribuyó a reforzar en buena medida entre los soldados el prestigio y la autoridad del general. A continuación ordenó a sus hombres que preparasen las armas y él se adelantó con los tribunos y los primeros centuriones para examinar los sitios de paso por donde pudieran descender fácilmente los hombres armados y la subida a la otra orilla
fuera menos pendiente. Tras estudiar suficientemente estos 5
detalles adoptó también otras medidas; en primer lugar se ocupó de que en el ejército en marcha se ejecutase todo con
disciplina y sin barullo a la menor señal del general; cuando 6
se transmitían de viva voz instrucciones para todos al mismo tiempo y no todos alcanzaban a oír con claridad, como no estaban seguros de las órdenes recibidas, unos hacían más

---

[398] Se perdieron dos hojas del códice; probablemente se detallarían en ellas los preparativos de Perseo y las medidas adoptadas por el cónsul una vez llegado al campamento de Fila.

[399] Emilio Paulo.

de lo que se había ordenado, haciendo añadidos por su
cuenta, y otros menos; en seguida surgían gritos discordantes
por todas partes, y los enemigos sabían antes que ellos
7 mismos qué era lo que se pretendía. Se decidió, en conse-
cuencia, que el tribuno militar transmitiera la orden por
separado al primipilo de la legión, y que éste comunicara lo
que había que hacer al más próximo, y luega cada centurión
al siguiente en la formación, tanto si la orden tenía que
transmitirse de la vanguardia a la retaguardia de la columna
8 como desde los últimos a los de cabeza. Además prohibió, con
una disposición innovadora, que los centinelas llevaran el
escudo a la guardia nocturna, pues el centinela no iba a
combatir, de modo que tuviera que hacer uso de las armas,
sino a vigilar, de suerte que, al percatarse de la llegada del
enemigo, debía retirarse y llamar a las armas a los demás.
9 Permanecían de pie, con el casco puesto, manteniendo delante
el escudo en vertical; luego, cuando estaban cansados, se
apoyaban sobre el pilo colocando la cabeza sobre el borde
del escudo y dormitaban de pie, de suerte que el enemigo
podía avistarlos a distancia por el brillo de las armas y ellos
10 no veían nada. También modificó la costumbre de los puestos
de avanzada. Permanecían todos en armas, y los jinetes con
los caballos embridados, durante todo el día. Cuando esto
ocurría en los días de estío en que el sol abrasa de modo
permanente, ellos y los caballos acababan extenuados por
tantas horas de calor y lasitud, y a menudo los atacaban los
enemigos frescos y les hacían pasarlo mal aunque fuesen
11 inferiores en número. Por ello ordenó que la guardia de la
mañana se retirara a mediodía y que otros tomaran el relevo
por la tarde; así, nunca podría un enemigo de refresco atacar
a unos hombres agotados.

34 Después de convocar la asamblea de soldados y anunciar
su decisión de que se cumplieran estas disposiciones, añadió

un discurso acorde con el que había pronunciado en Roma ante la asamblea del pueblo: en un ejército, el único que debe 2 prever y determinar qué procede hacer es el general, bien por sí mismo o bien con aquellos a los que convoca al consejo; quienes no son convocados no deben andar aireando sus consejos ni en público ni en privado. El soldado debe 3 preocuparse de estas tres cosas: mantener su cuerpo con la mayor fortaleza y agilidad; tener las armas a punto, y tener alimentos preparados para una orden repentina. En lo de- 4 más debe saber que los dioses inmortales y su general velan por él. En un ejército en el que los soldados deliberan y el general anda a merced de los rumores de la tropa no hay ninguna posibilidad de salvación. Él se encargaría, porque ése 5 es el deber de un general, de proporcionarles la oportunidad de combatir con éxito; ellos no tenían que preguntar en absoluto qué iba a ocurrir en adelante, sino cumplir celosamente sus deberes de soldados cuando se diera la señal. In- 6 mediatamente después de dar estas instrucciones disolvió la asamblea, y todos sin distinción, incluidos los veteranos, reconocían que habían aprendido por primera vez aquel día, como si fueran reclutas, qué es lo que hay que hacer en la vida militar. El alto grado de asentimiento con que escucharon 7 las palabras del cónsul no sólo quedó de manifiesto en comentarios de este estilo, sino que se traducía en resultados prácticos inmediatos. Al poco tiempo no se veía ni un solo 8 soldado inactivo en todo el campamento: unos afilaban las espadas, otros sacaban brillo a los cascos y sus baberoles, otros a los escudos[400] y corazas, otros se ajustaban las armas y comprobaban la libertad de movimientos con ellas, otros blandían el pilo, otros esgrimían las espadas y probaban su corte, de modo que cualquiera veía fácilmente que, en 9

[400] Traducimos *scuta alii loricasque* (ed. Frobeniana, 1535).

cuanto que se les brindase la oportunidad de venir a las manos con el enemigo, la guerra terminaría para ellos con
10 una victoria brillante o con una muerte memorable. Perseo, por su parte, al ver que con la llegada del cónsul, coincidente con el comienzo de la primavera, en el campo enemigo todo era agitación y movimiento como si se tratase de una nueva guerra, que habían levantado su campamento de Fila y lo habían situado en la orilla de enfrente, y que su general hacía salidas, unas veces para inspeccionar sus trabajos, buscando, sin duda, sitios de paso, y otras ...[401] era de los romanos.

Embajada rodia ante Emilio Paulo. Operaciones menores en el Elpeo

35 Esta noticia elevó la moral de los romanos y provocó una alarma considerable en
2 los macedonios y en su rey. En un principio trató de mantener en secreto dicho acontecimiento enviando mensajeros a Pantauco, que venía de allí, para prohibirle que
3 se acercara al campamento. Pero ya habían sido vistos por sus familiares algunos niños que eran conducidos entre los rehenes ilirios, aparte de que, cuanto más empeño se pone en ocultar algo, más fácil es que trascienda, por la locuacidad de los que están al servicio de los reyes.

4 En torno a las mismas fechas se presentaron en el campamento unos embajadores rodios con las mismas propuestas de paz que habían suscitado en Roma una profunda irritación entre los senadores. Mucho más viva fue la animosidad con
5 que fueron oídos por el consejo castrense. Así, mientras unos opinaban que los embajadores debían ser encarcelados y

---

[401] En esta laguna, debida a la pérdida de una hoja del manuscrito, se contarían los preparativos del rey y del cónsul junto al Elpeo, así como la difusión de la noticia de la derrota de Gencio.

otros que debían ser sacados a viva fuerza del campamento
sin darles respuesta, el cónsul declaró que les contestaría
pasados quince días. Entretanto, para que quedase claro el 6
efecto que había tenido la autoridad de los rodios con su
propuesta de paz, se puso a hacer consultas sobre la manera
de conducir la guerra. Algunos, especialmente los más jóve-
nes, eran partidarios de un golpe de fuerza a través de la
orilla del Elpeo y sus fortificaciones: si se lanzaba un ataque 7
en formación cerrada con una sola columna, no podrían
resistirles los macedonios, que el año anterior habían sido
desalojados de tantos enclaves, bastante más elevados y
mejor fortificados, en los que se habían asentado con fuertes
guarniciones. Otros eran partidarios de que Octavio se diri- 8
giese a Tesalónica con la flota y, arrasando la costa, atrajese
a las tropas del rey, con el objeto de que se viese obligado a
desguarnecer algún lugar de paso del Elpeo al tener que dar
un rodeo para defender el interior de su reino cuando apa-
reciese otro frente bélico a su espalda. El cónsul consideraba
infranqueable la orilla del río, en razón del terreno y de las
fortificaciones; y, aparte de que había máquinas de artillería 9
dispuestas por todos lados, también había oído que los
enemigos manejaban mejor y con mayor acierto los proyec-
tiles. Los pensamientos del general apuntaban en otra direc- 10
ción, y después de levantar la reunión del consejo mandó
llamar a los mercaderes perrebos Ceno y Menófilo, personas
cuya lealtad y competencia conocía ya, y les preguntó en
privado cómo eran los pasos que conducían a Perrebia.
Cuando dijeron que no eran parajes difíciles de atravesar, 11
pero que estaban ocupados por destacamentos del rey, con-
cibió esperanzas sobre la posibilidad de desalojar de allí las
guarniciones si atacaba de improviso con un fuerte destaca-
mento cuando no se lo esperasen: los venablos y las flechas 12
y las demás armas arrojadizas, en efecto, son inútiles en la

oscuridad, cuando no es posible ver el blanco desde lejos; en la lucha cuerpo a cuerpo, en la que están todos mezclados, se combate con la espada, y con ésta el soldado romano
13 lleva las de ganar. Decidido a emplear a los mercaderes como guías, manda llamar al pretor Octavio, le explica lo que pretende y le ordena que se dirija a Heracleo con la flota y que tenga preparados alimentos cocidos para diez días y
14 para un millar de hombres. Él manda a Heracleo a Publio Escipión Nasica y a Quinto Fabio Máximo, su propio hijo[402], con cinco mil hombres escogidos, aparentemente con el propósito de embarcarlos para devastar la costa de la Macedonia central, propuesta que se había barajado en el consejo.
15 En privado se les había indicado que había alimentos preparados en la flota para que nada les hiciese demorarse. Luego, los guías recibieron instrucciones de distribuir la marcha en etapas de modo que se pudiera atacar Pitoo
16 durante el cuarto relevo de la guardia del tercer día. Para desviar la atención del rey de cualquier otra operación, el cónsul, al amanecer del día siguiente[403], se enzarzó en un combate contra los puestos de avanzada enemigos en medio del cauce del río. Se combatió con tropas ligeras por ambas partes; tampoco se podía combatir con armas más pesadas
17 en un cauce tan accidentado. Hasta el lecho del río había una bajada de unos trescientos pasos por cada orilla; el espacio ocupado en el centro por la corriente, más o menos profunda según las zonas, tenían un ancho de algo más de una milla.
18 El combate se desarrolló allí en medio, mientras desde las empalizadas de ambos campamentos observaban a un lado
19 el rey y, al otro, el cónsul con sus legiones. A distancia, con

[402] Nacido en 186, había sido adoptado por Quinto Fabio Máximo (pretor en 181). Sería pretor en 149 y cónsul en 145.

[403] El 18 de junio de 168.

las armas de lanzamiento, se batían mejor las tropas auxiliares del rey; en el cuerpo a cuerpo, los romanos guardaban mejor el equilibrio y se protegían mejor con el escudo redondo o el escudo lígur. A eso del mediodía el cónsul mandó dar a los 20
suyos el toque de retirada. Así se interrumpió el combate aquel día, con no pocas bajas por uno y otro bando. Al día 21
siguiente, a la salida del sol con los ánimos más caldeados por el combate, el choque fue aún más enconado. Pero los romanos eran heridos no sólo por los enemigos con los que habían trabado el combate, sino, en mucho mayor medida, con toda clase de proyectiles y sobre todo piedras, por el gran número de los que estaban apostados en las torres. Cuando se acercaban a la orilla enemiga, los proyectiles lan- 22
zados por las máquinas alcanzaban incluso a los más alejados. Aquel día el cónsul retiró a sus hombres un poco más tarde, después de sufrir pérdidas mucho más cuantiosas. El tercer 23
día se abstuvo de combatir y descendió a la parte más baja del campamento como si fuera a intentar el paso a través del brazo de la fortificación que se extendía en pendiente hacia el mar. Perseo ...[404] a lo que estaba a la vista ... 24

Batalla de Pidna

Era la época del año en que acababa de 36
pasar el solsticio; estaba próxima la hora del mediodía; se había realizado la marcha en medio de una espesa polvareda y bajo un sol cada vez más ardiente. El cansancio 2
y la sed ya se hacían sentir, y como era obvio que en breve, con el mediodía, el calor iría a más, el cónsul decidió no enfrentar a sus hombres, en aquellas condiciones, con un

[404] Se perdieron cuatro hojas del códice, donde se narraría la expedición a través del paso de Petra y el repliegue de Perseo desde el Elpeo hasta Pidna, hasta donde lo siguió Emilio Paulo tras reunir sus tropas con las de Escipión Nasica.

3 enemigo fresco e intacto; pero era tal la fiebre por combatir como quiera que fuese, que el cónsul necesitaba el mismo tacto para manejar a sus hombres que para engañar al
4 enemigo. Cuando la formación estaba aún incompleta, apremiaba a los tribunos militares para que se diesen prisa en formar; recorría personalmente las filas; con sus exhorta-
5 ciones avivaba el espíritu combativo de los soldados. Entonces, al principio reclamaban con viveza la señal; luego, a medida que el calor iba en aumento, la expresión de los rostros era menos viva y las voces más apagadas, y algunos se mantenían en pie doblándose sobre el escudo y apoyándose sobre el
6 pilo. En ese momento, ahora ya sin rodeos, dio orden a los primeros centuriones de trazar la línea frontal de un campa-
7 mento y depositar los bagajes. Cuando los soldados se dieron cuenta de lo que se estaba haciendo, los demás se alegraban ostensiblemente de que el cónsul no los hubiera obligado a combatir, agotados por las fatigas de la marcha, cuando
8 más apretaba el calor; los legados y los jefes extranjeros —incluido Átalo— que rodeaban al general se mostraban todos de acuerdo mientras estaban convencidos de que el cónsul pensaba combatir (pues ni siquiera a ellos les había
9 comunicado su decisión); ahora, ante el súbito cambio de postura, mientras los demás guardaban silencio, Nasica fue el único que tuvo el valor de advertir al cónsul que no dejase escapar de las manos a un enemigo que se había burlado de
10 los anteriores generales rehuyendo el combate; era de temer que se alejara durante la noche y fuera preciso ir tras él, con enormes trabajos y peligros, hasta el interior de Macedonia, y que él se pasara el verano, como en el caso de los generales precedentes, vagando por los senderos y las gargantas de los
11 montes macedonios. Le aconsejaba encarecidamente que atacase mientras tenía al enemigo en campo abierto y no
12 dejase escapar la ocasión que se le presentaba de vencer. El

cónsul, nada molesto por la franqueza de la llamada de atención de un joven tan brillante, dijo: «También yo, Nasica, tuve la misma convicción que tú tienes ahora, y tú tendrás la misma que ahora tengo yo. En las muchas peripecias de la 13
guerra he aprendido cuándo se debe combatir y cuándo hay que abstenerse de hacerlo. No es ahora, cuando estamos en el campo de batalla, el momento de explicar las razones por las que es preferible no entrar hoy en acción. Ya pedirás otras explicaciones en otro momento, ahora has de contentarte con la razón de la autoridad de un viejo general». El 14
joven guardó silencio: sin duda, el cónsul veía en la batalla algunos inconvenientes que a él se le escapaban.

Cuando Paulo advirtió que estaba hecho el trazado del 37
campamento y depositados los bagajes, retiró de la última línea primero a los triarios, después a los *principes,* mientras 2
que se mantenían en primera línea los *hastati* por si el enemigo hacía algún movimiento, y por último a los *hastati,* retirando gradualmente a los soldados de cada uno de los manípulos comenzando por el ala derecha. Así, mientras que 3
la caballería y la infantería ligera se mantenían enfrente del enemigo delante de la formación, se retiró sin barullo la infantería, y no fue retirada de su posición la caballería hasta que estuvieron finalizados tanto la línea frontal de la empalizada como el foso. También el rey, a pesar de su 4
previa y decidida disposición a combatir aquel día, se dio por contento con que se supiera que el aplazamiento se debía al enemigo y retiró a su vez sus tropas al campamento.

Una vez fortificado el campamento, Gayo Sulpicio Galo, 5
tribuno militar de la segunda legión, que había sido pretor el año precedente, con el permiso del cónsul convocó a los soldados a una asamblea y anunció, para que nadie lo inter- 6
pretase como un prodigio, que durante la noche siguiente se eclipsaría la luna desde la hora segunda hasta la cuarta. Que

era posible conocer con antelación y predecir dicho fenómeno
porque se produce, siguiendo el orden natural, en momentos
7 determinados. Por tanto, del mismo modo que no se sor-
prendían, dado que el sol y la luna salen y se ponen invaria-
blemente, de que la luna brillase unas veces en su plenitud y
otras, al ir disminuyendo, en un pequeño cuerno, así, tampoco
debían interpretar como un prodigio el hecho de que se
oscureciera cuando estaba oculta por la sombra de la tierra.
8 Cuando, en la noche que siguió a la víspera de las nonas de
septiembre[405], la luna se eclipsó a la hora señalada, a los
9 soldados les pareció casi divina la ciencia de Galo. En los
macedonios tuvo el efecto de un prodigio funesto que presa-
giaba el ocaso de su reino, y tampoco dieron otra interpre-
tación sus adivinos. En el campamento macedonio hubo
gritos y lamentos hasta que la luna apareció de nuevo con su
propio brillo.

10 Al día siguiente —la fiebre por combatir había sido tan
intensa en uno y otro ejército que tanto el rey como el cónsul
eran acusados por algunos de los suyos por haberse retirado
11 sin combatir— el rey tenía a mano una justificación, porque
el enemigo había sido el primero en retirar sus tropas al
campamento rehusando abiertamente el combate y porque,
además, se había situado en una posición en la que la
falange no podía avanzar, pues las irregularidades del terreno,
12 aunque sean poco pronunciadas, anulan su efectividad. El
cónsul, aparte de haber dado la impresión de que el día
anterior había desperdiciado una oportunidad de combatir
y proporcionado al enemigo la posibilidad de alejarse durante

[405] La noche del 3 al 4 de septiembre. Sobre la importancia de la fecha de este eclipse para la cronología de la primera mitad del siglo II a. C. puede verse G. PASCUCCI, *Storie. Libri XLI-XLV di Tito Livio*, Turín, 1986, págs. 35 s.

la noche si quería, también ahora parecía perder el tiempo
con el pretexto de ofrecer un sacrificio, cuando se debía
haber dado al amanecer la señal de combate y salido al
campo de batalla. Por fin, a la hora tercera, tras haber rea- 13
lizado ritualmente el sacrificio, convocó el consejo; en él,
hablando y haciendo preguntas que no venían a cuento,
daba a algunos la impresión de estar malgastando un tiempo
que se debía dedicar a la acción. En respuesta a tales comen-
tarios, el cónsul pronunció el siguiente discurso:

«Publio Nasica, un joven sobresaliente, fue el único, entre 38
todos cuantos eran partidarios de que se librase batalla ayer,
que me desveló su pensamiento; después, también él guardó
silencio, de modo que se podía pensar que había asumido mi
punto de vista. Algunos otros consideraron preferible criticar 2
al general a sus espaldas en vez de aconsejarlo de frente. A 3
ti, Publio Nasica, así como a todos los que compartían, sin
manifestarlo, tu manera de pensar, no tengo inconveniente
en exponeros las razones del aplazamiento de la batalla. Estoy, 4
en efecto, tan lejos de arrepentirme de no haber entrado ayer
en acción, que creo haber salvado al ejército con esa decisión.
Para que nadie de vosotros piense que mi criterio está falto
de base, ¡vamos!, que cada uno eche cuentas conmigo, si le
parece, de cuántos elementos jugaban a favor del enemigo y
en contra nuestra. En primer lugar, su gran superioridad 5
numérica. Estoy seguro de que todos vosotros la conocíais
antes y la palpasteis ayer al ver desplegadas sus líneas. Siendo 6
como éramos nosotros tan pocos, habíamos dejado a una
cuarta parte de los hombres para proteger la impedimenta;
y sabéis que no se deja precisamente a los más flojos para
custodiar los bagajes. Pero aun suponiendo que estuviéramos 7
todos, ¿creemos realmente, en todo caso, que tiene poca
importancia el hecho de que, desde este campamento en el
que hemos pasado la noche, estamos en condiciones de salir

al campo de batalla hoy o a más tardar mañana, si así nos
8 parece, con la ayuda propicia de los dioses? ¿No hay ninguna diferencia entre ordenar que coja sus armas en su propia tienda un soldado que no se ha cansado ese día con el esfuerzo de la marcha ni con los trabajos de la fortificación, que está descansado y con sus fuerzas intactas, haciendo que
9 salga al campo de combate en pleno vigor físico y mental, y enfrentarlo fatigado por una larga marcha, cansado por la carga, empapado de sudor, con la garganta reseca de sed, con el rostro y los ojos cubiertos de polvo, cuando abrasa el sol del mediodía, a un enemigo fresco, descansado, que acude al combate con unas fuerzas que no se han agotado
10 con ningún esfuerzo anterior? ¡En nombre de los dioses!, ¿quién, en unas condiciones así, aunque sea un incapaz y un inepto para la guerra, no vencería al más valeroso de los
11 combatientes? ¿Qué? Cuando los enemigos habían formado el frente de combate con toda tranquilidad, se habían preparado anímicamente, ocupaban ordenadamente su puesto cada uno en su fila, ¿entonces debíamos nosotros de pronto formar precipitadamente en orden de batalla y entrar en combate sin estar organizados?»

39 «Pero, ¡por Hércules!, habríamos tenido, es cierto, una formación de combate confusa y desordenada, pero teníamos fortificado el campamento, previsto el aprovisionamiento de agua, dispuestos destacamentos para asegurar el acceso a ella, explorado por completo los alrededores. ¿O, por el contrario, sin tener nada nuestro aparte del desnudo campo
2 donde combatir...? Vuestros antepasados consideraban que un campamento fortificado constituye, frente a todas las eventualidades de un ejército, un puerto de donde salen al combate, donde tienen un abrigo cuando son zarandeados
3 por la tempestad de una batalla. Por eso, después de rodearlo de fortificaciones lo aseguraban además con una fuerte guar-

nición, ya que aquel que era despojado del campamento era
considerado como vencido aunque peleando en el campo de
batalla hubiese resultado vencedor; el campamento es un
lugar de acogida para el vencedor, un lugar de refugio para
el vencido. ¿Cuántos ejércitos que en la batalla tuvieron 4
menos de cara la fortuna y fueron rechazados hasta dentro
de la empalizada, después, en circunstancias oportunas para
ellos, a veces transcurridos unos instantes, no hicieron una
salida repentina y repelieron al enemigo? Este recinto es la 5
segunda patria del soldado, y la empalizada hace las veces
de las murallas y la tienda es para cada soldado su casa y sus
penates. ¿Deberíamos haber combatido, errantes, sin un
lugar seguro adonde retirarnos tanto si éramos vencidos
como si resultábamos vencedores? Frente a estas dificultades 6
e inconvenientes de entrar en batalla, se aduce lo siguiente:
y si el enemigo, al mediar el transcurso de esta noche, se
hubiera marchado, ¿qué? ¿Cuántos trabajos habría que afron-
tar persiguiéndolo de nuevo hasta el interior, hasta los últimos
confines de Macedonia? Pues bien, yo estoy seguro de que 7
no se habría quedado ni habría sacado sus tropas al campo
de batalla si tuviera decidido alejarse de aquí. ¿No le resultaba
mucho más fácil en efecto, marcharse cuando estábamos
lejos que ahora cuando nos tiene encima y su marcha no
puede pasarnos inadvertida ni de día ni de noche? Después 8
de haber intentado asaltar su campamento protegido por la
orilla del río y rodeado además por una empalizada y nume-
rosas torres, ¿qué podría haber más deseable para nosotros
que atacarlos por retaguardia, en llanuras abiertas, cuando
marchasen en desorden tras abandonar sus fortificaciones?
Éstas fueron las razones del aplazamiento de la batalla
desde ayer hasta hoy. Porque también yo, en efecto, soy 9
partidario de combatir; y precisamente porque el camino
hacia el enemigo a través del río Elpeo estaba cortado, he

abierto una vía nueva por otro paso tras desalojar los puestos
de vigilancia enemigos, y no cejaré hasta librar la batalla
definitiva.»
40 Tras este discurso se guardó silencio, porque unos asu-
mieron su planteamiento y otros tuvieron reparo en ofenderle
inútilmente en lo que, en todo caso, era una oportunidad
2 perdida sin que hubiera la posibilidad de hacerla retornar. De
hecho, tampoco aquel día querían combatir ni el cónsul ni el
rey; el rey, porque no se iba a enfrentar, como en el caso del
día anterior, a unos enemigos fatigados por la marcha, que
formaban precipitadamente el frente de combate y apenas
estaban organizados, y el cónsul porque no se había acarreado
leña ni forraje al nuevo campamento y una buena parte de
los soldados había salido del campamento en su búsqueda
3 por los campos cercanos. Aunque ninguno de los dos generales
lo quería, el azar, que puede más que las decisiones humanas,
4 desencadenó el combate. Había un pequeño río[406], más cerca
del campamento enemigo, en el que tanto los macedonios
como los romanos se aprovisionaban de agua después de
disponer puestos de guardia en una y otra orilla para poder
hacerlo con seguridad. Por el lado romano había dos cohor-
5 tes, una marrucina y otra peligna, y dos escuadrones de jine-
netes samnitas, a las órdenes del legado Marco Sergio Silo[407].
6 Además había delante del campamento otro destacamento fijo
mandado por el legado Gayo Cluvio: tres cohortes de fir-
mianos, vestinos y cremonenses, y dos escuadrones de jinetes
7 placentinos y eserninos[408]. Cuando reinaba la calma junto

[406] Probablemente el actual Mavroneri. La batalla, llamada «de Pidna» aunque esta población (Paleokritos) estaba a 120 estadios, podría haber tenido lugar en la confluencia de este río y el actual Pelikas.

[407] Abuelo de Catilina.

[408] Cf. XXVII 10, 8.

al río al no producirse provocaciones por ninguno de los dos
lados, a eso de la hora novena se escapó una acémila de las
manos de sus cuidadores y huyó hacia la orilla opuesta. Tres 8
soldados fueron tras ella por el agua, que llegaba a la altura
de la rodilla más o menos, y entonces dos tracios cogieron al
animal en el centro del cauce, tirando de él hacia su orilla;
los tres soldados los persiguieron, y, después de dar muerte
a uno de ellos y recuperar el jumento, se retiraban hacia su
puesto de avanzada. En la orilla enemiga había un destaca- 9
mento de ochocientos tracios. Al principio, alguno de ellos,
encolerizados porque se hubiera dado muerte a un compa-
triota suyo ante sus propios ojos, cruzaron el río para perse-
guir a los autores de su muerte; después los siguieron más, y
por último todos, y con el destacamento...[409] 10

... conduce al combate[410]. Causaba impresión la dignidad 41
del mando, la gloria del guerrero, y sobre todo la edad,
porque, teniendo más de sesenta años, asumía las tareas de
los jóvenes cargando con una parte importante del trabajo y
el peligro. El espacio que mediaba entre los *caetrati* y las
falanges lo ocupó la legión, que rompió la formación enemiga.
A su espalda estaban los *caetrati,* y delante tenía a los que 2
iban armados con escudos, los llamados «calcáspides». El
excónsul Lucio Albino recibió orden de enfrentarse con la
segunda legión a la falange «leucáspide», que constituía el
centro de la formación enemiga. Frente al ala derecha, donde 3
se había desencadenado la batalla cerca del río, dispuso a los
elefantes y las alas de los aliados, y fue allí donde primero
comenzó la huida de los macedonios. Porque, igual que 4
frecuentemente las nuevas invenciones humanas son consis-

[409] Se perdieron dos hojas del manuscrito, donde se contaría la fase inicial de la batalla.

[410] El sujeto es, con toda probabilidad, Emilio.

tentes de palabra pero se desvanecen sin el menor resultado cuando de lo que se trata es de llevarlas a la práctica y no de disertar acerca de su funcionamiento, también en este caso los cuerpos antielefantes resultaron sólo una etiqueta sin
5 efectividad. Tras la carga de los elefantes intervinieron los aliados latinos, y provocaron la huida en el flanco izquierdo.
6 En el centro, la acometida de la segunda legión dispersó a la falange. Y la causa más evidente de su victoria fue el hecho de que se lanzaran muchos ataques y en muchos puntos, que primero sembraron el desconcierto haciendo que fluctuase y después destrozaron por completo la falange, cuyas fuerzas son irresistibles cuando es compacta y erizada
7 de picas erectas; si, a fuerza de ataques aislados, se les obliga a dirigirse en una dirección y luego en otra, las picas, poco maniobrables debido a lo largas que son y a lo que pesan, se entrelazan en una masa confusa; si, por otra parte, resuena por los lados o por detrás el ruido de un ataque, se descom-
8 ponen como si se vinieran abajo; así ocurrió entonces, cuando se vieron obligados a hacer frente, con su formación rota en numerosos puntos, a los romanos que atacaban en pequeños grupos y se infiltraban entre sus filas por dondequiera que
9 quedaban espacios libres. Si los romanos se hubiesen lanzado a un choque frontal con toda su formación contra la falange formada en orden de combate, entonces, como les ocurrió a los pelignos que cometieron la imprudencia de cargar contra los *caetrati* al comienzo de la batalla, se habrían ensartado en las picas y no habrían resistido a la compacta formación.

42 Pero mientras que los infantes caían muertos por todas partes, con excepción de los que arrojaron las armas y huyeron, en cambio la caballería escapó casi intacta de la
2 batalla. El primero en la huida era el propio rey. Desde Pidna se dirigía ahora a Pela con los escuadrones sagrados de la caballería. Al poco los seguían Cotis y los jinetes

odrisas. Igualmente los demás escuadrones macedonios se 3
retiraban con sus filas intactas, ya que la formación de infantería ocupaba el centro y los vencedores, ocupados en destrozarla, se habían olvidado de perseguir a la caballería.
La falange fue machacada durante largo tiempo por el 4
frente, por los lados y por la espalda. Finalmente, los que habían logrado escapar de las manos del enemigo huyeron, desarmados, hacia el mar; algunos incluso se metían en el agua, tendían las manos hacia los que estaban en las naves,
y suplicaban, implorantes, por su vida; y cuando vieron que 5
por todas partes llegaban botes desde las naves, creyendo que venían a cogerlos para hacerlos prisioneros y no para matarlos, se metieron muchos más en el agua, algunos incluso
nadando. Pero como desde los botes se les daba muerte con 6
saña, los que podían daban la vuelta, dirigiéndose a nado de nuevo a tierra, y se topaban con otro azote aún más horrible, pues los elefantes, conducidos hasta la orilla por sus guías,
los pisoteaban y los aplastaban al salir del agua. No es difícil 7
estar de acuerdo en que jamás los romanos dieron muerte a tantos macedonios en una sola batalla. Los muertos fueron, en efecto, aproximadamente veinte mil; cerca de seis mil, que habían huido a Pidna desde el campo de batalla, cayeron vivos en poder de los romanos, y cinco mil fueron hechos prisioneros cuando andaban dispersos después de la huida.
En el bando vencedor no cayeron más de un centenar, y en 8
su mayoría pelignos. El número de heridos fue bastante más
elevado. Y si se hubiera empezado más temprano el combate, 9
de suerte que les hubiese quedado a los vencedores día suficiente para la persecución, habría sido aniquilada la totalidad de sus fuerzas; pero la proximidad de la noche protegió a los que huían e hizo que los romanos se retrajeran de perseguirlos por parajes que no conocían.

Después de la derrota: huida de Perseo, sumisión de Macedonia

43 Perseo huyó a la selva de Pieria, siguiendo la ruta militar con una nutrida columna de jinetes y con la comitiva real.
2 Nada más llegar a la selva, como había muchos caminos en direcciones diferentes y la noche estaba al caer, se desvió de la ruta principal con
3 un reducido grupo de los más fieles. Los jinetes, al quedarse sin jefe, se dispersaron en dirección a sus ciudades por caminos diferentes. Algunos de ellos, muy pocos, llegaron desde allí a Pela bastante más deprisa que el rey mismo
4 porque siguieron el camino directo y sin obstáculos. El rey, aproximadamente hasta la medianoche, lo pasó mal debido
5 a los extravíos y a las diversas dificultades del camino. En el palacio se encontraban a disposición de Perseo los gobernadores de Pela, Eucto y Euleo, y los pajes reales. En cambio, a pesar de haberlos convocado repetidas veces, ninguno de los amigos que por una u otra circunstancia habían sobrevi-
6 vido a la batalla se presentó a él. Sólo tres, que lo habían acompañado en la huida, estaban a su lado: el cretense
7 Evandro, el beocio Neón y el etolio Arquidamo. Temiendo ya que de un momento a otro se atrevieran a algo más grave los que se negaban a presentarse a él, huyó con estos tres
8 durante el cuarto relevo de la guardia. Lo siguieron, como mucho, quinientos cretenses. Su intención era llegar a Anfípolis; pero había salido de Pela todavía de noche, dándose prisa en cruzar el río Axio antes del amanecer, convencido de que allí pondrían fin a la persecución los romanos por la dificultad que presentaba el paso del río.

44 Cuando el cónsul se retiró al campamento tras la victoria, la preocupación por su hijo menor le atormentaba, impi-
2 diéndole disfrutar de una satisfacción plena. Se trataba de Publio Escipión, llamado Africano también él a raíz de la destrucción de Cartago; era hijo del cónsul Paulo por naci-

miento, y nieto del Africano por adopción. Andaba entonces 3
por los diecisiete años, circunstancia que por sí misma acentuaba la preocupación; cuando perseguía a rienda suelta al enemigo, el tropel lo había llevado en una dirección equivocada; regresó con bastante retraso, y entonces, tras recuperar a su hijo sano y salvo, experimentó por fin el cónsul la alegría de una victoria tan importante.

Las noticias de la batalla habían llegado ya a Anfípolis, 4
y las matronas acudían en masa al templo de Diana llamado Taurópolo[411] a implorar su ayuda. Entonces Diodoro, que gobernaba la ciudad, temió que los doscientos tracios que había en la guarnición saquearan la ciudad aprovechando la confusión. Urdiendo un engaño, sobornó a un hombre para que se hiciese pasar por correo y recibió de él una carta en pleno foro. En ella se decía que la flota romana había abor- 5
dado cerca de Emacia y estaba causando destrozos en los campos de los alrededores; los prefectos de Emacia le pedían que enviase a la guarnición contra los saqueadores. Leído 6
este mensaje, instó a los tracios a que marcharan a defender la costa de Emacia; podrían hacer una gran matanza y hacerse con un cuantioso botín, al andar los romanos desperdigados por los campos. Al mismo tiempo restó impor- 7
tancia a los comentarios sobre la derrota: si fueran ciertos, tendrían que haber llegado uno tras otro los fugitivos inmediatamente después de la huida. Alejados los tracios con este 8
pretexto, en cuanto vio que cruzaban el Estrimón cerró las puertas.

Perseo llegó a Anfípolis el tercer día después de haberse 45
librado la batalla[412]. Desde allí envió parlamentarios a Paulo 2

[411] Artemisa, asimilada a la diosa de la luna, era representada montando un toro.

[412] El 24 de junio.

portando el caduceo[413]. Entretanto, Hipias, Midonte y Pan-
tauco, los principales amigos del rey, salen de Berea, adonde
habían ido a refugiarse desde el campo de batalla, y por su
cuenta van al encuentro del cónsul y se entregan a los
romanos. También otros, presa del pánico, se disponían a
3 continuación a hacer otro tanto. El cónsul envió a Roma a
su hijo Quinto Fabio, a Lucio Léntulo y a Quinto Metelo
con una carta con el anuncio de la victoria. A los soldados
de infantería les concedió los despojos del ejército enemigo
4 abatido, y a los de caballería el botín de los campos circun-
dantes, con la condición de que no se ausentasen del campa-
mento más de dos noches. Él trasladó el campamento a las
5 proximidades de Pidna, más cerca del mar. En el término
de dos días se rindieron primero Berea, después Tesalónica
6 y Pela, y a continuación casi toda Macedonia. Los habitan-
tes de Pidna, que eran los que estaban más cerca, aún no
habían enviado delegados; el confuso conglomerado de gentes
de muchos pueblos, y la masa que había confluido en el
mismo punto huyendo del campo de batalla, impedían cual-
quier deliberación o acuerdo de la ciudadanía. Las puertas
7 estaban no sólo cerradas sino tapiadas. Midonte y Pantauco
fueron enviados a entrevistarse al pie de las murallas con
Solón, comandante de la guarnición, por cuya mediación se
efectuó la salida de la tropa de soldados. La ciudad se rindió
8 y fue entregada al saqueo de las tropas. Perseo, después de
intentar su única esperanza, la posibilidad de una ayuda por
parte de los bisaltas[414], a los que habían enviado emisarios
infructuosamente, se presentó ante la asamblea llevando
9 consigo a su hijo Filipo. Su intención era fortalecer con sus
palabras la moral tanto de los propios habitantes de Anfípolis

[413] Distintivo de los que son portadores de propuestas de paz.

[414] Vivían al oeste del Estrimón.

como de los soldados de infantería y caballería que le habían
seguido o que, en su huida, habían llegado hasta allí. Comenzó 10
varias veces a hablar, pero se lo impedían las lágrimas, y
como él no era capaz de abrir la boca, comunicó al cretense
Evandro lo que quería que se expusiese ante la multitud y
descendió del recinto sagrado[415]. La muchedumbre, a la vista 11
del rey y de su llanto, que movía a compasión, había llorado
y gemido a su vez, pero del discurso de Evandro no quería
saber nada; algunos, incluso, se atrevieron a gritar en medio
de la asamblea: «Marchaos de aquí, no vaya a ser que por
culpa vuestra perezcamos todos los que hemos sobrevivido».
Su actitud desafiante obligó a Evandro a callar. El rey se 12
retiró de allí a su morada y, después de hacer trasladar el
dinero, el oro y la plata a los lembos que estaban fondeados
en el Estrimón, bajó también él hasta el río. Los tracios 13
no se aventuraron a confiar sus vidas a las embarcaciones y
se dispersaron hacia sus lugares de residencia, al igual que la
restante masa de carácter militar. Los cretenses le siguieron
ante la expectativa del dinero. Y, como un reparto implicaba
más resentimientos que gratitudes, se depositaron en la orilla
cincuenta talentos para quien los cogiera. Como, después 14
de arramblar con ellos, embarcaron en tropel, provocaron el
hundimiento de uno de los lembos, en la desembocadura del
río, debido a la sobrecarga de gente. Llegaron aquel día a
Galepso[416] y el siguiente a Samotracia, su punto de destino.
Hasta allí se transportaron, según dicen, cerca de dos mil 15
talentos.

Paulo envió hombres a tomar el mando en todas las ciu- 46
dades rendidas, en prevención de que, en la situación de paz

[415] El podio del orador es calificado como *templum:* ¿por analogía con los *rostra* del Foro?

[416] Puerto situado al sureste de Anfípolis.

reciente, se cometiera algún desmán contra los vencidos. Retuvo a su lado a los parlamentarios reales y, desconociendo la huida del rey, envió a Anfípolis a Publio Nasica con un pequeño destacamento de soldados de infantería y caballería
2 para devastar Síntice y al mismo tiempo impedir cualquier
3 intento por parte del rey. Mientras tanto, Melibea era tomada y saqueada por Gneo Octavio; en Eginio[417] —se había enviado al legado Gneo Anicio a atacar esta plaza— se perdieron doscientos hombres al efectuar una salida repentina desde la ciudad los eginienses, ignorantes de que la guerra había
4 terminado. El cónsul salió de Pidna con todo el ejército, llegó a Pela al día siguiente, acampó a una milla de la ciudad y mantuvo allí fijo el campamento durante varios días, y después de examinar por todos los lados el emplazamiento de la ciudad comprendió que con razón había sido elegida
5 para residencia real. Está situada en la vertiente sudoeste de una colina, rodeada de marismas formadas por el agua que se desborda de los ríos, tan profundas que no es posible
6 atravesarlas ni en verano ni en invierno. Faco, la ciudadela, sobresale como una isla en el pantano mismo, en su parte más cercana a la ciudad, y fue asentada sobre un terraplén de enormes proporciones que tiene por objeto servir de base a la muralla e impedir la erosión del agua del pantano
7 circundante. Desde lejos parece unida a la muralla de la ciudad, pero está separada por un río que discurre entre ella y el muro y, al mismo tiempo, unida mediante un puente, de modo que quien la ataque desde el exterior no tiene acceso por ninguna parte, y en el caso de que el rey encierre allí a alguien, tan sólo hay salida a través del puente, muy fácil de
8 vigilar. Allí se encontraba también el tesoro real, pero entonces no se encontraron más que los trescientos talentos

[417] En las cercanías de la actual Milia.

destinados al rey Gencio, que después quedaron retenidos.
Durante los días en que permaneció en Pela el campamento 9
se dio audiencia a numerosas embajadas que habían venido,
sobre todo de Tesalia, a dar sus parabienes. Luego, al recibir 10
la noticia de que Perseo había cruzado a Samotracia, el
cónsul salió de Pela y llegó a Anfípolis en cuatro días de
marcha. El hecho de que saliera a su encuentro la población 11
en masa era para cualquiera una señal de que no se la había
privado de un rey bueno y justo...[418].

[418] Se perdió la última hoja del cuaternión número 28, con el final del libro XLIV. Su contenido probable sería la entrada de Emilio Paulo en Anfípolis y la expedición a la Odomántica (cf. XLV 4, 2).

LIBRO XLV

SINOPSIS

AÑO 168 a. C.

Roma: 1-4, 1.
- Llega a Roma la noticia de la victoria de Pidna (1-3, 2).
- Embajada de los rodios ante el senado. Retorno de Marcelo desde Hispania (3, 3-4, 1).

Oriente: 4, 2-12, 8.
- Perseo cae prisionero. Fin del reino de Macedonia (4, 2-9, 7).
- Embajada a Egipto: parada en Rodas; entrevista de Popilio Lenate con Antíoco IV (10-12, 8).

Roma: 12, 9-25, 13.
- Roma e Italia. Embajadas de Egipto y Numidia. Actuación de los censores (12, 9-15, 10).

AÑO 167 a. C.

- Provincias. Prodigios (16).
- Comisión para la reorganización de Macedonia e Iliria. Discurso de Átalo ante el senado (17-20, 3).
- Nueva embajada de los rodios: discurso de Astímedes; respuesta del senado (20, 4-25, 13).

Grecia y Asia: 26-34, 9.
- Operaciones en el Epiro. Represión y gira de Emilio Paulo en Grecia (26-28).

Asamblea de Anfípolis: redistribución de Macedonia (29 - 30).
Investigaciones y represión en Grecia. Macedonia: depuraciones, leyes, juegos, botín (31 - 33, 7).
Marcha del ejército de Emilio Paulo hacia Italia (33, 7 - 34, 9).
Roma: 34, 10 - 44.
Embajada romana a los gálatas (34, 10 - 14).
Triunfo de Emilio Paulo (35 - 40).
Discurso de Emilio Paulo al pueblo (41 - 42, 1).
Triunfo de Gneo Octavio. Embajada de Tracia. Triunfo de Lucio Anicio (42, 2 - 43, 10).
Elecciones para el año 166. Llegada del rey Prusias a Roma (44).

Llega a Roma la noticia de la victoria de Pidna

1 Los mensajeros de la victoria, Quinto Fabio, Lucio Léntulo y Quinto Metelo[419], apresurándose cuanto pudieron, llegaron en seguida a Roma; sin embargo, se encontraron con que se había anticipado la
2 alegría por aquel acontecimiento. Tres días después de haberse librado la batalla contra el rey, cuando se estaban celebrando unos juegos[420] en el circo, un rumor popular se extendió de pronto entre todos los asistentes al espectáculo: había habido una batalla en Macedonia y el rey había sido definitivamente
3 derrotado. Después el murmullo se hizo más intenso, y por último hubo un estallido de gritos y aplausos como si hubiesen
4 llegado noticias seguras de la victoria. Los magistrados estaban sorprendidos y trataban de saber quién había dado pie al inesperado alborozo. Como no había nadie, el júbilo correspondiente a una noticia confirmada no tomó cuerpo, es cierto, pero sí quedó alojado en los ánimos un feliz presen-

[419] XLIV 45, 3.

[420] A juzgar por la fecha, se trataba de los Juegos Romanos, en los que había espectáculos teatrales y circenses.

timiento. Cuando, con la llegada de Fabio, Léntulo y Metelo, 5
se confirmó este presagio con las noticias auténticas, todos se alegraban tanto por la victoria en sí como por su propia corazonada. Hubo además, según la tradición, otra manifes- 6
tación de alegría, no menos verosímil, entre la masa reunida en el circo. El día quince antes de las calendas de octubre[421], el segundo día de los Juegos Romanos, cuando el cónsul Gayo Licinio subía a dar la salida a las cuadrigas, cuentan que un correo[422] que decía venir de Macedonia le entregó una carta laureada. Después de la salida de las cuadrigas 7
subió a su carro el cónsul, y mientras cruzaba el circo en dirección al palco oficial, mostró al pueblo las tablillas laureadas. Al verlas, el pueblo se olvidó de repente del es- 8
pectáculo y bajó corriendo a la arena. El cónsul convocó al senado en el acto, y después de leer en voz alta las tablillas, delante del palco anunció al pueblo en nombre del senado que su colega Lucio Emilio se había enfrentado al rey Perseo en batalla campal; el ejército macedonio había sido derrotado 9
y deshecho, el rey había huido con unos pocos hombres, y todas las ciudades de Macedonia habían pasado a poder del pueblo romano. Al oír estas palabras se alzó un clamor 10
acompañado de grandes aplausos; muchos abandonaron los juegos y se fueron a casa a llevar la feliz noticia a sus mujeres y a sus hijos. Habían pasado doce días desde que 11
había tenido lugar la batalla en Macedonia.

Al día siguiente se reunió el senado en la curia, se decretó 2
una acción de gracias pública y se aprobó un senadoconsulto disponiendo que el cónsul licenciase a los hombres que, aparte de los soldados regulares y los marinos, estaban

[421] El 17 de septiembre, o el 16 si este mes tenía 29 días en el calendario prejuliano.

[422] Según otras «versiones» (Cic., *De nat. deorum* 2, 6 y 3, 11 ss.), la victoria fue anunciada por los Dioscuros.

sirviendo a sus órdenes por medio de un juramento en
2 masa[423]; la cuestión del licenciamiento de los soldados y marinos sería debatida cuando hubiesen llegado los enviados de Lucio Emilio que habían mandado al correo por delante.
3 El día sexto antes de las calendas de octubre, a la hora segunda aproximadamente, entraron en la ciudad los enviados; llevando con ellos a la ingente multitud de los que salían a su encuentro por dondequiera que pasaban y marchaban tras
4 ellos, se fueron derechos al foro. Casualmente se encontraba el senado en la curia, adonde hizo pasar el cónsul a los enviados. Allí se los retuvo sólo el tiempo imprescindible para informar de cuántos eran los soldados de infantería y caballería del rey, cuántos miles de ellos habían muerto o
5 habían sido hechos prisioneros, con qué reducido número de bajas se habían causado semejantes estragos al enemigo, de qué forma tan precipitada había huido el rey; se creía que pretendía dirigirse a Samotracia; estaba preparada la flota para perseguirlo, no podía escaparse ni por tierra ni por
6 mar. Poco después, tras desplazarse hasta la asamblea del pueblo, presentaron esta misma información, y cuando el cónsul anunció que se abrirían todos los edificios sagrados se reprodujo el júbilo; y desde la asamblea cada uno por su
7 cuenta se iba a dar gracias a los dioses, y los templos de los dioses inmortales se llenaron en toda la ciudad con una
8 afluencia masiva tanto de hombres como de mujeres. Llamado de nuevo a la curia, el senado aprobó una acción de gracias de cinco días en todos los templos por la importante victoria obtenida por el cónsul Lucio Emilio, y dispuso que se ofre-

---

[423] Estaban los *milites*, enrolados regularmente, que juraban *in consulis uerba*, y los *coniurati*, enrolados por el procedimiento de urgencia en situaciones de emergencia (juramento colectivo). Otra categoría sería la de los *euocati*, llamados después de haber cumplido el período de servicio.

ciesen sacrificios con víctimas adultas. Las naves que estaban 9
fondeadas en el Tíber, listas y equipadas para ser enviadas a Macedonia si las circunstancias lo requerían, serían sacadas
a tierra y guardadas en los astilleros; los marinos recibirían 10
la paga de un año y serían licenciados, y con ellos todos los
que habían prestado juramento de obediencia al cónsul; y en 11
cuanto a los soldados que había en Corcira, en Brundisio, en las costas del mar Adriático y en el territorio de Larino —en todos estos sitios se habían dispuesto contingentes de tropas para que Gayo Licinio mandase ayuda a su colega si la situación así lo requería—, se decidió licenciarlos a todos.
Ante la asamblea del pueblo se fijaron los cinco días de una 12
acción de gracias a partir del once de octubre, éste inclusive.

Procedentes del Ilírico, dos emisarios, Gayo Licinio Nerva 3
y Publio Decio, dieron la noticia de que el ejército de los ilirios había sido deshecho, el rey Gencio había caído prisio-
nero, y el Ilírico estaba bajo dominio del pueblo romano. Por 2
estas empresas llevadas a cabo bajo el mando y los auspicios del pretor Lucio Anicio, el senado decretó un triduo de acción de gracias. Fue fijado por el cónsul para los días diez, once y doce de noviembre.

Embajada de los rodios ante el senado. Retorno de Marcelo desde Hispania

Algunos escribieron que los embajadores 3
rodios, que aún no habían sido despedidos, tras el anuncio de la victoria fueron llamados al senado, como para burlarse de su
necia arrogancia; allí su jefe Agépolis habló 4
en estos términos: los rodios habían enviado embajadores para acordar la paz entre los romanos y Perseo
porque aquella guerra era una carga y un perjuicio para Grecia 5
entera, y era costosa y perjudicial para los propios romanos;
la fortuna del pueblo romano había obrado en buena direc- 6
ción porque, terminada de otro modo la guerra, les había

brindado a ellos la oportunidad de felicitar a los romanos por su espléndida victoria. Esto dijo el rodio. El senado respondió que los rodios habían enviado aquella embajada no porque se preocupasen por los intereses de Grecia o por los gastos del pueblo romano, sino para favorecer a Perseo.
7 Porque si su preocupación hubiese sido la que querían dar a entender, en ese caso tendrían que haber enviado embajadores cuando Perseo, después de meter su ejército en Tesalia, llevaba dos años asediando a unas ciudades griegas y ame-
8 drentando a otras con la amenaza de las armas; entonces los rodios no habían hecho la menor alusión a la paz. Cuando habían oído que los romanos habían franqueado los desfiladeros y pasado a Macedonia y que tenían cercado a Perseo, entonces habían enviado los rodios una embajada, con el único propósito de salvar a Perseo de un peligro inminente. Con esta respuesta fueron despachados los embajadores.

4 Por aquellos mismos días también Marco Marcelo[424] volvió de su provincia de Hispania habiendo conquistado la renombrada ciudad de Marcólica[425] y aportó al tesoro diez libras de oro y de plata por la suma de un millón de sestercios.

---

[424] Marco Claudio Marcelo. Cf. nota 29.

[425] Desconocida. Sobre la posible relación de su nombre con el denominativo celta de caballo, Marca, cf. J. M. Blázquez, «Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto», en *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona, 1968, pág. 214.

Perseo cae prisionero. Fin del reino de Macedonia

El cónsul Emilio Paulo estaba acampado, 2
como se ha dicho más arriba[426], en las proximidades de Siras[427], en territorio de Odomántica[428], cuando recibió una carta remitida por el rey Perseo a través de tres emisarios desconocidos. Dicen que, al verlos llorando y vestidos de duelo, también él derramó lágrimas por la con-
dición humana: quien poco antes, no contento con el reino 3
de Macedonia, había atacado a los dárdanos y a los ilirios y llamado en su ayuda a los bastarnas, ese mismo, ahora, perdido el ejército, expulsado de su reino, refugiado a la fuerza en una pequeña isla, como suplicante buscaba protección no en sus propias fuerzas, sino en la inviolabilidad de
un lugar sagrado. Pero cuando leyó «el rey Perseo saluda al 4
cónsul Paulo», la estulticia de quien no reconocía cuál era su
situación borró cualquier forma de compasión. Por eso, a 5
pesar de que el resto de la carta contenía súplicas nada propias de un rey, con todo, aquella embajada fue despachada
sin carta y sin respuesta. Perseo comprendió que un vencido 6
debía olvidarse de aquel título, de modo que, en una segunda carta remitida con su simple nombre en el encabezamiento, pidió y consiguió que se le enviasen algunas personas con las que poder hablar acerca de su situación y de su suerte
futura. Se enviaron tres embajadores: Publio Léntulo[429], Aulo 7
Postumio Albino y Aulo Antonio. Esta embajada no resolvió nada, porque Perseo se aferraba al título de rey con todas sus fuerzas mientras que Paulo se empeñaba en que confiase su persona y todos sus bienes a la buena fe y la clemencia del pueblo romano.

426 ¿En la laguna del final del libro XLIV?

427 Hoy Seres.

428 Al este del Estrimón, en su curso bajo.

429 Sería pretor en 155 y cónsul en 151.

5 Mientras ocurrían estos hechos la flota de Gneo Octavio
arribó a Samotracia. También él, con el miedo que represen-
taba esta presencia, intentaba, unas veces con amenazas y
otras con promesas, convencerlo para que se entregase, y
entonces vino a ayudarle en su propósito una circunstancia
2 debida al azar o a un plan deliberado. Lucio Atilio, un joven
ilustre, al darse cuenta de que el pueblo de Samotracia
estaba reunido en asamblea, pidió a los magistrados autori-
3 zación para dirigir unas palabras al pueblo. Concedido el
permiso dijo: «¿Es o no cierto, samotracios que nos dais
hospitalidad, lo que hemos oído acerca de que esta isla es
4 sagrada y su suelo es todo él venerable e inviolable?». Al
mostrarse todos de acuerdo en que era sagrada como suponía,
continuó: «¿Por qué entonces la mancilló un asesino y la
profanó con la sangre del rey Éumenes, y, siendo así que en
la fórmula con que se abren todas las ceremonias se aparta
de los sagrados ritos a los que no tienen limpias las manos,
vosotros vais a permitir que vuestros santuarios se contaminen
5 con el cuerpo manchado de sangre de un bandido?». En todas
las ciudades de Grecia era bien conocido el episodio del
asesinato del rey Éumenes que Evandro había estado a
6 punto de consumar en Delfos. Por eso, aparte de observar
que tanto ellos mismos como el templo y la isla entera
estaban en poder de los romanos, convencidos de que sin
duda las acusaciones que se les hacían tenían su fundamento,
enviaron a Teonda, que era su magistrado supremo —ellos
mismos le llaman rey—, para que comunicase a Perseo que
7 el cretense Evandro estaba acusado de asesinato; que en su
país se venían instruyendo procesos, según el uso de una
antigua tradición, contra quienes eran acusados de haber
penetrado en el recinto sagrado del templo con las manos
8 impuras; si Evandro estaba convencido de ser inocente del
crimen del que se le acusaba, que viniese a ejercer su defensa;

si no tenía el valor de someterse a un proceso, que liberase
el templo del sacrilegio y velase por su propia seguridad.
Perseo, tomando aparte a Evandro, lo instaba a que en ningún 9
caso se sometiese a un proceso: estaría en situación de
inferioridad, tanto por la causa como por su falta de crédito.
(Además lo asaltaba el temor de que, en caso de ser conde-
nado, lo implicase a él como instigador del impío atentado.)
¿Qué otra salida le quedaba sino morir valerosamente? Evan- 10
dro no dijo que no abiertamente a nada. Pero, después de
manifestar que prefería una muerte por veneno antes que
por el hierro, preparaba la huida en secreto. Cuando el rey
fue informado de ello tuvo miedo a volver sobre sí mismo la
ira de los samotracios si daba la impresión de que había
sustraído al acusado a su castigo y dio orden de matar a
Evandro. Una vez cometida la imprudencia de perpetrar esta 11
muerte, inmediatamente lo asaltó el pensamiento de que, sin
lugar a dudas, había recaído sobre él mismo el estigma que
había tenido Evandro: éste había herido a Éumenes en
Delfos, él había asesinado a Evandro en Samotracia; habían
sido así profanados con sangre humana los dos santuarios
más venerables de la tierra y él era el único responsable. La 12
acusación por este crimen la desvió sobornando a Teonda
para que anunciase al pueblo que Evandro se había suici-
dado.

Con todo, al perpetrar tan horrible acción contra el único 6
amigo que le quedaba, de cuya amistad había tenido pruebas
en tantas vicisitudes y al que había traicionado por no haber
sido traicionado por él, se enajenó las simpatías de todos. Se 2
pasaban a los romanos cada uno por su cuenta, y al dejarlo
prácticamente solo, le obligaron a pensar en la huida. Acabó
por llamar al cretense Oroandes, que conocía la costa de
Tracia porque había comerciado por aquella zona, para que
lo embarcase en un lembo y lo llevase ante Cotis. En uno de 3

los promontorios de Samotracia hay un puerto llamado Demetrio[430]; allí estaba fondeado el lembo. A la puesta del sol se llevan hasta allí los pertrechos necesarios, y se traslada también el dinero, todo el que fue posible llevar a escondidas.
4 A media noche, el rey, acompañado por tres cómplices de la huida, salió de la casa por una puerta trasera a un jardín que estaba próximo a su habitación y, después de saltar la tapia
5 no sin dificultad, llegó hasta el mar. Oroandes había esperado sólo el tiempo necesario hasta que llevaron el dinero, y al caer la noche había soltado amarras y navegaba hacia Creta
6 por alta mar. No encontraron la nave en el puerto, Perseo anduvo dando vueltas por la orilla del mar durante algún tiempo, y, finalmente, temiendo la luz del día que ya estaba próxima, no se atrevió a volver a donde se hospedaba y se escondió en un rincón oscuro junto a una pared de un
7 templo. Entre los macedonios se daba el nombre de pajes reales a los hijos de los principales que eran elegidos para atender al rey. Este grupo había seguido al rey en su huida y ni siquiera ahora se apartaba de su lado, hasta que, por orden de Gneo Octavio, el pregonero anunció que si los
8 pajes reales y cualquier otro macedonio que se encontrase en Samotracia se pasaban a los romanos, conservarían la vida y la libertad y todos sus bienes, tanto los que tenían consigo
9 como los que habían dejado en Macedonia. Ante esta proclama se pasaron todos y daban sus nombres al tribuno militar Gayo Postumio. También fueron entregados a Octavio los hijos pequeños del rey por Ión de Tesalónica, y salvo Filipo, el mayor de sus hijos, no quedó nadie al lado del rey.
10 Entonces se entregó él mismo a Octavio junto con su hijo, denostando a la fortuna y a los dioses en cuyo templo se

[430] En el extremo occidental de la isla. Relacionado su nombre con un santuario de Deméter.

encontraba por no haber prestado ninguna ayuda a un suplicante. Se le hizo subir a la nave pretoria, donde también 11 fue embarcado el dinero que quedaba, e inmediatamente la flota zarpó de nuevo rumbo a Anfípolis. Desde allí envió 12 Octavio al rey al campamento del cónsul, mandándole antes una carta para que supiera que el rey estaba en su poder y que se lo enviaba.

Considerando que aquello era una segunda victoria —y 7 así era—, Paulo sacrificó víctimas al recibir estas noticias y, después de convocar el consejo y dar lectura a la carta del pretor, envió a Quinto Elio Tuberón al encuentro del rey y ordenó a los demás que permaneciesen en pleno en el pretorio. En ninguna otra ocasión se concentró tanta gente en espec- 2 táculo alguno. En la anterior generación, el rey Sífax, hecho prisionero, había sido conducido al campamento romano; pero, aparte de que no se le podía comparar ni por su renombre ni por el de su nación, había sido un apéndice en la guerra púnica, lo mismo que Gencio en la guerra de Macedonia. Perseo era el centro de la guerra, y no sólo des- 3 pertaba interés a causa del renombre de su padre y de su abuelo[431] y de aquellos con los que estaba emparentado por la sangre o por la raza, sino que proyectaban su brillo sobre él Filipo y Alejandro Magno, que habían convertido el imperio de los macedonios en el más grande del mundo. Perseo, vestido de negro, entró con su hijo en el campamento 4 sin que lo acompañase ninguno de los suyos, que al compartir su desgracia lo harían más digno de lástima. No podía avanzar a causa del gran número de los que acudían a ver el espectáculo; finalmente el cónsul mandó a los lictores que apartasen a la gente y le abriesen paso hasta el pretorio. El 5 cónsul se levantó, dijo a los demás que permaneciesen sen-

[431] Demetrio II el Etólico, que reinó de 239 a 229.

tados y, adelantándose un poco, tendió la diestra al rey en el
momento en que entraba, y cuando trató de echarse a sus
pies lo incorporó, sin permitir que le abrazara las rodillas;
después de hacerle entrar en la tienda le invitó a tomar
asiento de cara a los que habían sido convocados al consejo.

8 La primera pregunta fue qué ofensa le había empujado
a emprender con ánimo tan hostil contra el pueblo romano
una guerra que le hacía correr a él y a su reino el más grave
2 de los riesgos. Mientras todos esperaban, expectantes, su
respuesta, estuvo un largo rato mirando al suelo y llorando
3 en silencio; entonces el cónsul prosiguió: «Si hubieses sido
joven cuando recibiste el trono, estarías, sin duda, menos
sorprendido de que desconocieses lo importante que es la
4 amistad o la enemistad del pueblo romano; ahora bien, puesto
que habías tomado parte en la guerra que hizo tu padre
contra nosotros y recordabas la paz, que respetamos con la
mayor lealtad hacia él, ¿cuál fue tu propósito al preferir la
guerra a la paz con aquellos cuya fuerza en la guerra y cuya
5 lealtad en la paz habías comprobado?». Como no respondía
ni a las preguntas ni a las acusaciones, continuó: «No obs-
tante, como quiera que esto haya ocurrido, sea debido a un
error humano o al azar o a la fatalidad, mantén el ánimo. La
clemencia del pueblo romano, reconocida en las desventuras
de muchos reyes y de muchos pueblos, te proporciona no ya
6 la esperanza sino la certeza casi absoluta de salvarte». Esto
dijo a Perseo en griego; luego, a los suyos, en latín: «Estáis
viendo un ejemplo notable de lo mudables que son las cosas
humanas. Os lo digo sobre todo a vosotros los jóvenes. Por
eso, en la prosperidad no es conveniente adoptar medidas
arrogantes o violentar contra nadie, ni fiarse de la fortuna
del momento, puesto que no se está seguro de lo que traerá
7 la tarde. Será realmente un hombre aquel cuyo ánimo no
se infla con el soplo de la prosperidad ni se quebranta con la

adversidad». Se disolvió el consejo y se encomendó a Quinto 8
Elio la responsabilidad de cuidar del rey. Aquel día Perseo fue el invitado del cónsul y se tuvieron con él todas las demás consideraciones que se podían tener en una situación como la suya. Seguidamente el ejército fue mandado a los cuarteles de invierno.

Anfípolis acogió a la mayor parte de las tropas y las 9
ciudades vecinas al resto.

Así fue el final de la guerra entre los romanos y Perseo, 2
que se había prolongado cuatro años ininterrumpidos, y fue también el final de un reino cuya fama se extendió por la mayor parte de Europa y por Asia entera. Desde Carano[432], 3
que fue el primero, con Perseo contaban veinte reyes. Perseo accedió al trono durante el consulado de Quinto Fulvio y Lucio Manlio[433]. El senado le reconoció el título de rey cuando el consulado de Marco Junio y Aulo Manlio[434]. Fue rey durante once años. La nación macedonia fue muy poco 4
conocida hasta Filipo[435], hijo de Amintas; aunque, gracias a él, comenzó su expansión, sin embargo se mantuvo dentro de los límites de Europa, abarcando Grecia entera, parte de Tracia, y el Ilírico. Seguidamente se expandió hacia Asia, 5
y Alejandro, durante los trece años de su reinado, extendió primero su dominio a todo el ámbito casi inconmensurable que había constituido el imperio de los persas, y apartir de 6
ahí recorrió Arabia y la India, donde el mar Rojo rodea los últimos confines del mundo. Entonces el reino y el nombre 7
de Macedonia fue el más grande sobre la tierra; luego, a la

---

[432] El término, que en un principio designaba un título o función (jefe o rey), pasó a ser nombre propio. Cf. A. MOMIGLIANO en *Atene e Roma* 12 (1931), págs. 203-210.

[433] Año 179.

[434] Cónsules en 178.

[435] Filipo II, rey de 359 a 336. Amintas reinó desde 393 hasta 369.

muerte de Alejandro, se desmembró en muchos reinos, al tirar del poder cada uno hacia sí, y con las fuerzas quebrantadas se mantuvo en pie por un espacio de ciento cincuenta[436] años desde el cenit de su fortuna hasta su final definitivo.

Embajada a Egipto: parada en Rodas; entrevista de Popilio Lenate con Antíoco IV

10 Cuando se extendió hasta Asia la noticia de la victoria romana, Anténor, que se encontraba frente a Fanas con la flota de lembos, se trasladó de allí a Casandrea.
2 Gayo Popilio, que estaba en Delos para dar protección a los navíos que se dirigían a Macedonia, al enterarse de que había terminado la guerra de Macedonia y que los lembos enemigos se habían retirado de donde estaban fondeados, mandó marchar a su vez a las naves de Átalo y continuó su travesía rumbo a Egipto para
3 cumplir con la embajada que tenía a su cargo, a fin de encontrarse con Antíoco antes de que se acercase a las murallas
4 de Alejandría. Cuando los embajadores, costeando Asia, habían llegado a Lórima[437], puerto situado a poco más de
5 veinte millas de Rodas, justo enfrente de la ciudad, fueron a su encuentro los dirigentes rodios —pues la noticia de la victoria había llegado también hasta allí— pidiéndoles que se desplazasen hasta Rodas, que era importante para el nombre y la supervivencia de la ciudad que conociesen por sí mismos lo que había ocurrido y estaba ocurriendo en Rodas y llevasen información a Roma sobre hechos comprobados personalmente, no sobre los rumores que se habían
6 difundido. A pesar de su insistente negativa, consiguieron convencerlos para que, por la salvación de una ciudad aliada, consintiesen en una pequeña demora en su viaje. Llegados a

[436] En realidad, desde la muerte de Alejandro, 155.

[437] Cf. XXXVII 17, 8.

Rodas, los mismos dirigentes lograron llevarlos, a fuerza de
ruegos, ante la asamblea del pueblo. La llegada de los em- 7
bajadores acentuó los temores de la población en lugar de
disminuirlos, pues Popilio recordó todas las cosas hostiles
que individual y colectivamente habían dicho y hecho durante
aquella guerra, y, como hombre de carácter acre, con su 8
expresión hosca y su tono de voz acusatorio imprimía mayor
dureza a lo que decía, de modo que, como no tenía ningún 9
motivo personal para estar resentido contra la ciudad, por la
aspereza de un solo senador romano podían deducir cuál era
el sentir de todo el senado con respecto a ellos. Más moderado 10
fue el discurso de Gayo Decimio; dijo que la responsabilidad
de la mayor parte de los actos mencionados por Popilio no
era del pueblo, sino de unos pocos agitadores de la masa;
éstos, que tenían una lengua venal, habían adoptado resolu- 11
ciones llenas de adulación hacia el rey y habían enviado una
embajada de las que los rodios se iban a sentir siempre tan
avergonzados como pesarosos. Todo ello recaería sobre la
cabeza de los culpables si el pueblo razonaba con sensatez.
Fue escuchado con vivas muestras de asentimiento, no tanto 12
porque atenuaba la responsabilidad del pueblo como porque
cargaba la culpa sobre sus instigadores. Por eso, cuando los 13
dirigentes rodios respondieron a los romanos, no fue en
modo alguno tan bien acogido el discurso de los que, por
todos los medios, trataban de diluir las acusaciones hechas
por Popilio como el de quienes se mostraron de acuerdo con
Decimio en enfrentar a los responsables con la expiación de
su culpa. Así pues, se adoptó inmediatamente la resolución 14
de que fueran condenados a muerte los convictos de haber
dicho o hecho algo en favor de Perseo y en contra de los
romanos. Algunos habían abandonado la ciudad a la llegada
de los romanos, y otros se suicidaron. Después de detenerse 15
en Rodas no más de cinco días, los embajadores partieron

hacia Alejandría. Pero no por ello se mostraban los rodios menos diligentes en instruir procesos de acuerdo con el decreto aprobado en su presencia. Este empeño en dar cumplimiento al decreto fue resultado de la suavidad de Decimio tanto como de la dureza de Popilio.

11 Mientras tenían lugar estos hechos, Antíoco, tras un frustrado intento contra las murallas de Alejandría, se había retirado y se había adueñado del resto de Egipto; dejando en Menfis al mayor de los Tolomeos[438], y cuyas pretensiones al trono simulaba apoyar con sus propias fuerzas con la intención de atacar en seguida al ganador, se llevó su ejército a
2 Siria. Tolomeo, que estaba al tanto de estas intenciones suyas, pensó que, mientras tenía a su hermano menor amedrentado por temor al asedio, podía él retornar a Alejandría si su hermana le ayudaba y los amigos de su hermano no se
3 oponían, y no cesó de mandar misivas primero a su hermana y después a su hermano y a los amigos de éste hasta que tuvo
4 asegurada la paz con ellos. Había despertado en él recelos hacia Antíoco el hecho de que éste le hubiera entregado el resto de Egipto pero dejando una fuerte guarnición en Pelusio.
5 Era evidente que retenía la llave de Egipto con el objeto de traer de nuevo el ejército cuando quisiera. La guerra intestina con su hermano tendría el siguiente desenlace: el ganador, agotado por la contienda, no estaría en absoluto en condi-
6 ciones de medirse con Antíoco. Estas sagaces observaciones del hermano mayor recibieron el asentimiento del menor y los que estaban de su lado; la hermana prestó una valiosísima
7 ayuda tanto con sus consejos como con sus ruegos. Y así, estando todos de acuerdo, se concluyó la paz y fue repuesto en Alejandría sin que tampoco se opusiera el pueblo, que se había debilitado en el transcurso de la guerra debido a la

[438] Tolomeo IV.

total escasez de recursos, no sólo durante el asedio sino después de retirarse el enemigo de las murallas, ya que no llegaba de Egipto ninguna ayuda. Lo lógico habría sido que 8
Antíoco se alegrase con estos acontecimientos si hubiera metido su ejército en Egipto para reponer a Tolomeo, magnífico pretexto que había utilizado ante todas las ciudades de Asia y de Grecia cuando recibía embajadas y escribía cartas; sin embargo, se irritó de tal manera que se puso a preparar contra los dos una guerra mucho más dura y encarnizada que antes contra uno solo. Inmediatamente 9
envió la flota a Chipre, y al comienzo de la primavera, dirigiéndose él a Egipto al frente del ejército, avanzó hasta Celesiria. En las cercanías de Rinocolura[439] unos embajado- 10
res de Tolomeo le dieron las gracias porque por mediación suya había sido repuesto en el trono paterno y le pidieron que salvaguardase su dádiva y dijese qué quería que se hiciera, en lugar de convertirse de aliado en enemigo y actuar por la fuerza de las armas. Les respondió que no 11
pensaba retirar la flota ni dar la vuelta con el ejército si no se le cedía toda Chipre, Pelusio y el territorio que rodeaba la desembocadura pelusíaca del Nilo; y fijó una fecha límite para recibir respuesta sobre el cumplimiento de sus condiciones.

Transcurrido el plazo concedido para la tregua, mientras 12
sus prefectos navegaban por la desembocadura del Nilo en dirección a Pelusio, él emprendió la marcha a través de los desiertos de Arabia y, después de ser bien acogido por los que habitaban en torno a Menfis y por el resto de los egipcios, 2
en unos casos por simpatía y en otros por miedo, bajó hacia Alejandría en etapas cortas. Cuando había cruzado el río cerca 3
de Eleusia, localidad distante cuatro millas de Alejandría,

[439] No se ha podido precisar su localización.

4 fueron a su encuentro los embajadores romanos. Al acercarse los saludó y tendió la diestra a Popilio; entonces Popilio le entregó las tablillas que contenían el texto del decreto del
5 senado y le mandó que, antes de nada, leyera aquello. Después de leerlo hasta el final declaró que consultaría con personas de su confianza sobre lo que debía hacer, y entonces Popilio, de acuerdo con la habitual rudeza de su carácter, trazó un círculo en torno al rey con el bastón que llevaba en la mano y exclamó: «Antes de salirte de este círculo dame una res-
6 puesta para trasladarla al senado». Estupefacto ante una orden tan perentoria, tras unos instantes de indecisión, dijo: «Actuaré conforme a la decisión del senado». Entonces, por fin, Popilio tendió su diestra al rey como a un aliado y
7 amigo. Antíoco salió de Egipto en la fecha señalada y los embajadores consolidaron también con su autoridad el buen entendimiento entre los hermanos —trabajo había costado que llegaran a un acuerdo de paz—, navegaron hacia Chipre y mandaron marchar de allí a la flota de Antíoco, que ya
8 había vencido en un combate a los navíos egipcios. Aquella embajada se hizo famosa entre las naciones porque, sin lugar a dudas, se le arrebató Egipto a Antíoco cuando ya lo tenía en sus manos y se le devolvió a la dinastía de los Tolomeos el reino de sus padres.

Roma e Italia. Embajadas de Egipto y Numidia. Actuación de los censores

9 Así como el consulado de uno de los cónsules de aquel año fue brillante por su señalada victoria, el del otro[440] pasó sin pena ni gloria porque no tuvo ocasión de
10 llevar a cabo gesta ninguna. Ya antes, cuando señaló la fecha para que se concentrasen las legiones, entró en el espacio consagrado sin haber tomado los auspicios. Los augures, cuando se les hizo la consulta, dictaminaron

[440] Gayo Licinio Craso.

que se había fijado la convocatoria de forma irregular. Des- 11
pués de marchar a la Galia instaló un campamento estable en los Campos Macros, al pie de los montes Sicimina y Papino; seguidamente pasó el invierno en aquellos mismos parajes con los aliados del estatuto latino, pues las legiones 12
romanas, al haberse fijado de forma irregular la fecha de la concentración del ejército, habían permanecido en Roma. También se fueron a sus provincias los pretores, exceptuado 13
el caso de Gayo Papirio Carbón, al que había tocado en suerte Cerdeña. Los senadores habían decidido que administrase la justicia en Roma entre ciudadanos y extranjeros, pues también le había correspondido este cometido[441].

Popilio regresó a Roma con la embajada enviada a An- 13
tíoco. Informó de que se habían resuelto las diferencias entre los reyes y que el ejército había sido retirado de Egipto a Siria. Posteriormente llegaron embajadas de los reyes mis- 2
mos. Los embajadores de Antíoco manifestaron que el rey había considerado más importante que cualquier victoria la paz decidida por el senado y que había obedecido las órdenes de los embajadores romanos como si se tratara de un mandamiento de los dioses; a continuación se congratularon por 3
la victoria, a la que el rey habría contribuido con su apoyo en caso de haberle sido demandado. Los embajadores de 4
Tolomeo dieron las gracias en nombre tanto del rey como de Cleopatra: estaban más en deuda con el senado y el pueblo 5
romano que con sus propios padres, más que con los dioses inmortales, pues gracias a su intervención se habían visto liberados de un penoso asedio y habían recuperado el reino paterno, casi perdido. El senado respondió que Antíoco 6

[441] Con alguna frecuencia encargaba el senado alguna otra misión al pretor destinado a Cerdeña, prorrogándole el mando a su predecesor en la isla. Pero resulta poco explicable que esa otra misión fuese la pretura peregrina.

había actuado correcta y debidamente al hacer caso a los embajadores, y esto era del agrado del senado y el pueblo
7 romano; el senado se alegraba profundamente si de su intervención se había derivado algo bueno y provechoso para los reyes de Egipto, Tolomeo y Cleopatra, y haría lo posible para que comprendiesen que la mejor garantía de su reino
8 radicaba en la protección del pueblo romano. Se encomendó al pretor Gayo Papirio que se ocupase de hacer llegar obsequios a los embajadores según la costumbre establecida.
9 Después llegó de Macedonia una carta que redobló la alegría de la victoria: el rey Perseo había caído en poder del cónsul.

10 Una vez despedidos los embajadores de los reyes hubo una disputa entre delegados de Pisa y de Luna. Los pisanos se quejaban de que los colonos romanos los echaban de su territorio, y los lunenses aseguraban que el territorio en cuestión les había sido adjudicado a ellos por los triúnviros.
11 El senado envió una comisión de cinco hombres, Quinto Fabio Buteón[442], Publio Cornelio Blasión, Tito Sempronio Musca, Lucio Nevio Balbo y Gayo Apuleyo Saturnino, a investigar y fijar los límites.

12 También llegó una embajada enviada en común por los hermanos Éumenes, Átalo y Ateneo para dar sus parabienes por la victoria. Cuando Másgaba, hijo del rey Masinisa, desembarcó en Putéolos, se puso a su disposición el cuestor Lucio Manlio, enviado a su encuentro con dinero para
13 conducirlo hasta Roma a expensas del Estado. A su llegada fue recibido inmediatamente en audiencia por el senado. El joven se expresó en tales términos que con sus palabras hizo más grato lo que ya de por sí era agradable. Recordó el número de soldados de infantería y de caballería y la cantidad

442 Había sido pretor en 181 con mando en la Galia, prorrogado para 180.

de trigo que su padre había enviado a Macedonia en los últimos cuatro años. Había dos cosas que le habían producido 14
rubor: la primera, que el senado, por medio de embajadores, le hubiera pedido lo que hacía falta para la guerra en lugar de ordenárselo, y la segunda, que le hubiera enviado dinero como pago por el trigo. Masinisa tenía presente que disponía 15
de un reino conseguido, acrecentado, multiplicado gracias al pueblo romano; dándose por contento con el usufructo del reino, sabía que la propiedad legítima era de quienes se lo habían concedido. Era justo, por tanto, que éstos cogiesen, 16
y no que le pidiesen, ni comprasen, parte de los frutos que procedían de un territorio cedido por ellos. A Masinisa le bastaba ahora y le bastaría en el futuro con lo que le sobrase al pueblo romano. Éstas eran las instrucciones que su padre 17
le había dado al partir, y posteriormente le habían dado alcance unos jinetes para anunciarle la victoria definitiva sobre Macedonia y encargarle que felicitase al senado y le hiciese saber que su padre se había alegrado tanto con esta noticia que quería ir a Roma y hacer un sacrificio y dar las gracias a Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio; solicitaba del senado que, si no resultaba inoportuno, se le concediera autorización para hacerlo.

Se respondió al príncipe que su padre Masinisa estaba 14
obrando como corresponde a un hombre agradecido y bueno, añadiendo valor y honor al buen comportamiento a que estaba obligado. El pueblo romano, por su parte, había re- 2
cibido de él una cooperación decidida y leal durante la Guerra Púnica, y él, por la suya, había conseguido su reino gracias al apoyo del pueblo romano; estando, así, igualados, después había cumplido con todas sus obligaciones durante las guerras sucesivas contra tres reyes[443]. Realmente no tenía 3

[443] Filipo, Antíoco y Perseo.

nada de extraño que se alegrase de la victoria del pueblo romano un rey que había ligado enteramente su suerte y la de su reino a la situación de Roma. Que diera las gracias a los dioses por la victoria ante sus propios penates; en Roma
4 lo haría su hijo en representación suya. También éste había dado parabienes suficientes en nombre propio y en el de su padre. El hecho de que Masinisa abandonase su reino y saliese de África, aparte de no representar ningún beneficio para él mismo, a juicio del senado no era conveniente para
5 los intereses del pueblo romano. A la petición de Másgaba de que se exigiese como rehén a Hannón, el hijo de Amílcar, en lugar de...[444], se respondió que el senado no consideraba procedente exigir rehenes a Cartago a criterio de Masinisa.
6 Por medio de un senadoconsulto se dieron instrucciones al cuestor para que comprase presentes para el príncipe por un valor de cien libras de plata, lo acompañase hasta Putéolos, corriese con todos los gastos mientras estuviera en Italia, y contratase dos naves para conducirlo a África a él y a su
7 séquito. También se obsequió con vestimentas a todos sus
8 acompañantes, tanto hombres libres como esclavos. No mucho después se recibió una carta con noticias sobre Miságenes, el otro hijo de Masinisa: tras la definitiva derrota de Perseo, Lucio Paulo lo había enviado a África con sus tropas de caballería; la flota había sido dispersada en el mar Adriático durante la travesía, y él había sido llevado a Brundisio,
9 enfermo, con tres naves. Se envió a Brundisio al cuestor Lucio Estertinio a llevarle unos regalos como los que se le habían hecho a su hermano en Roma, con instrucciones de procurarle una casa donde hospedarse...[445].

[444] Falta el nombre propio.

[445] Se perdió la hoja del manuscrito donde figuraría la elección de nuevos magistrados (cf. *infra*, 16, 1-4), la actuación de los censores (Tiberio

Los libertos habían sido repartidos entre las cuatro tribus 15
urbanas[446], con la excepción de aquellos que tuvieran un
hijo natural mayor de cinco años —ordenaron que éstos se 2
censasen donde habían estado censados durante el último
lustro— y de aquellos que fueran propietarios de una o
varias fincas rústicas valoradas en más de treinta mil sestercios...[447] se concedió el derecho a ser inscrito en el censo.
Siempre se había mantenido este criterio, y Claudio[448] sos- 3
tenía que sin un mandato del pueblo un censor no podía
quitar el derecho de sufragio a ninguna persona, cuanto
menos a un estamento social en su conjunto. En efecto, si 4
podía excluir de una tribu, que eso viene a ser la orden de
cambiar de tribu, entonces podía excluir de todas y cada una
de las treinta y cinco tribus, lo cual equivalía a suprimir los
derechos de ciudadano y de hombre libre, no ya a establecer
dónde hay que censarse, sino a excluir del censo. Éstas fue- 5
ron las cuestiones sobre las que discutieron entre ellos; al
final se llegó al compromiso de que, de las cuatro tribus
urbanas, se sacase una sola en sorteo público en el Atrio de
la Libertad y quedasen agrupados en ella todos los que
habían sido esclavos. La suerte designó a la tribu Esquilina. 6
Tiberio Graco hizo pública la decisión de que se censasen en
ella todos los libertos. Esta solución hizo que el senado que- 7
dara muy reconocido a los censores. Se les dieron las gracias
tanto a Sempronio, por haber insistido en su justa iniciativa,
como a Claudio, por no haber puesto impedimentos. Los 8

Sempronio Graco y Gayo Claudio Pulcro) y la cuestión del confinamiento de los libertos en las cuatro tribus urbanas.

[446] Hay precedentes en IX 46, 14 y *Per.* 20, y en Plutarco, *Flamin.* 18, 1.

[447] Breve laguna, que Crevier restituye *in tribubus rusticis*, «en las tribus rurales».

[448] Gayo Claudio Pulcro.

excluidos del senado y los que recibieron orden de vender sus caballos fueron más que con los censores precedentes. En todos los casos excluyeron de la tribu y privaron de derechos civiles a las mismas personas, ambos censores, y ninguno de los dos atenuó la ignominia de alguien a quien el
9 otro le hubiera puesto una nota infamante. Cuando pidieron que se les prorrogara el mandato de un año y seis meses para supervisar la restauración de edificios y verificar las obras adjudicadas en subasta, según la práctica habitual, el tribuno Gneo Tremelio puso el veto porque no había sido elegido para el senado.

10 El mismo año Gayo Cicereyo dedicó un templo a Moneta en el monte Albano cinco años después de haberlo prometido con voto[449]. Lucio Postumio Albino fue consagrado flamen de Marte aquel año.

Provincias. Prodigios

16 Cuando los cónsules Quinto Elio y Marco Junio[450] sometieron a debate la cuestión de las provincias, los senadores decidieron que Hispania, que había sido una sola provincia durante la guerra de
2 Macedonia, se dividiese de nuevo en dos; que siguiesen al cargo de Macedonia y del Ilírico los mismos, Lucio Paulo y Lucio Anicio, hasta que, de acuerdo con los criterios de los miembros de la comisión, hubiesen dado salida a la situación de estos países que estaban convulsionados por la guerra y que debían pasar del régimen monárquico a otro diferente.
3 A los cónsules les fueron asignadas Pisa y la Galia, uno y otro con dos legiones integradas por cinco mil doscientos soldados de infantería y cuatrocientos de caballería cada una. En

[449] En 173. Cf. XLII 7, 1.

[450] Quinto Elio Peto y Marco Junio Peno, cónsules del año 167.

cuanto a los pretores, el sorteo asignó a Quinto Casio[451] la pretura urbana y a Manio Juvencio Talna la peregrina, Sicilia a Tiberio Claudio Nerón, la Hispania citerior a Gneo Fulvio y la ulterior a Gayo Licinio Nerva. Aulo Manlio 4 Torcuato[452] había obtenido Cerdeña, pero no pudo marchar a su provincia, retenido por un decreto del senado para llevar a cabo una investigación sobre delitos capitales.

Después se pidió el parecer del senado acerca de los 5 prodigios de que se había tenido noticia. El templo de los dioses Penates de la Velia[453] había sido alcanzado por un rayo, al igual que dos puertas y un tramo considerable de la muralla en la ciudad de Minervio[454]. En Anagnia había llovido tierra, y en Lanuvio se había visto un cometa en el cielo; y en Calacia, en terreno público, el ciudadano romano Marco Valerio anunciaba que había manado sangre de su hogar durante tres días y dos noches. A causa, sobre todo, 6 de este prodigio se ordenó a los decénviros que consultaran los Libros[455], y prescribieron al pueblo un día de rogativas e hicieron un sacrificio de cincuenta cabras en el foro. También por los demás prodigios hubo otro día de rogativas en todos los santuarios, se hizo un sacrificio de víctimas adultas y se purificó la ciudad. Asimismo, en lo concerniente a los honores 7 debidos a los dioses inmortales, el senado decretó que por haber sido vencidos los enemigos en guerra y por estar los reyes Perseo y Gencio con Macedonia y el Ilírico en poder del pueblo romano, los pretores Quinto Casio y Manio 8 Juvencio se ocupasen de que se presentaran en todos los

---

451 Quinto Casio Longino sería cónsul en 164.

452 Sería cónsul en 164.

453 Donde había estado la mansión de Tulo Hostilio.

454 Desconocida.

455 Los Libros Sibilinos.

santuarios unas ofrendas como las que se habían ofrecido durante el consulado de Apio Claudio y Marco Sempronio[456] por haber sido definitivamente derrotado el rey Antíoco.

Comisión para la reorganización de Macedonia e Iliria. Discurso de Átalo ante el senado

17 Después nombraron por decreto dos comisiones, una de diez miembros para Macedonia y otra de cinco para el Ilírico, de acuerdo con cuyos criterios los generales Lucio Paulo y Lucio Anicio arreglarían
2 allí la situación. Se nombró primero para Macedonia a Aulo Postumio Lusco, Gayo Claudio, excensores ambos, Quinto Fabio Labeón, Quinto Marcio Filipo, y Gayo Licinio Craso, colega de Paulo en el consulado, que gobernaba la provincia de la Galia tras haberle sido prorro-
3 gado el mando. A estos excónsules fueron añadidos Gneo Domicio Ahenobarbo, Servio Cornelio Sula, Lucio Junio,
4 Tito Numisio Tarquiniense y Aulo Terencio Varrón. Y para el Ilírico fueron nombrados los siguientes: Publio Elio Ligo, excónsul, Gayo Cicereyo y Gneo Bebio Tánfilo —este último había sido pretor el año anterior, y Cicereyo muchos años antes—, Publio Terencio Tuscivicano y Publio Manilio.
5 Después los cónsules fueron advertidos por los senadores de que llegaran entre sí a un acuerdo o echaran a suertes las provincias cuanto antes, puesto que uno de ellos tenía que reemplazar en la Galia a Gayo Licinio, que había sido
6 nombrado comisario. Hicieron sorteo. A Marco Junio le tocó Pisa, y se acordó que antes de marchar a su provincia introdujera en el senado a las embajadas que habían llegado a Roma de todas partes para dar sus parabienes. A Quinto
7 Elio le tocó la Galia. Por otra parte, aunque se enviaba a

[456] Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano habían sido cónsules en 185.

hombres tan cualificados que cabía esperar que con su consejo los generales no adoptarían ninguna resolución incompatible con la clemencia y la dignidad del pueblo romano, aun así se discutieron en el senado las líneas políticas fundamentales, para que los comisionados pudieran llevarlo a los generales todo esbozado desde Roma.

Ante todo se quería que los macedonios y los ilirios fue- 18
sen libres, para dejar patente a todas las naciones que las armas del pueblo romano no llevaban la esclavitud a los que eran libres, sino, bien al contrario, la libertad a los que
estaban esclavizados; de esta forma, los pueblos que gozaban 2
de libertad se convencerían de que esta libertad estaría asegurada a perpetuidad bajo la tutela del pueblo romano, y los que vivían bajo el poder de los reyes estarían convencidos de que de momento iban a tener unos reyes menos duros y más justos por respeto al pueblo romano y, además, si en algún momento había una guerra entre sus reyes y el pueblo romano, el desenlace de la misma les traería a los romanos
la victoria y a ellos la libertad. También se estaba por supri- 3
mir el arriendo de las minas de Macedonia, que era una
fuente de recursos considerable, y de las fincas rústicas, pues 4
no era posible mantenerlo sin publicanos y, por otra parte, allí donde había un publicano los derechos del Estado no eran efectivos o bien la libertad de los aliados quedaba
anulada. Tampoco podían explotar estos recursos los propios 5
macedonios; donde hubiera un botín al alcance de los administradores, nunca iban a faltar motivos de revueltas y en-
frentamiento. Finalmente, para evitar que, si había un consejo 6
común a toda la nación, algún malintencionado agitador de las masas en un momento dado convirtiera en permisividad
corrosiva la libertad concedida con moderación saludable, se 7
decidió dividir Macedonia en cuatro circunscripciones, cada una con su propio consejo, y que pagasen al pueblo romano

8 la mitad del tributo que venían pagando a los reyes. Con respecto al Ilírico se adoptaron unas medidas similares. Las decisiones restantes quedaron a criterio de los propios generales y comisionados, a quienes el hecho de tratar las cuestiones sobre el terreno permitiría adoptar resoluciones más seguras.

19 Entre las muchas embajadas de reyes, naciones y pueblos, Átalo, hermano del rey Éumenes, atrajo sobre sí de un
2 modo especial las miradas y la atención de todos. En efecto, los que habían combatido a su lado en aquella guerra lo recibieron con una simpatía bastante más viva que si hubiese
3 venido el rey Éumenes en persona. Lo habían traído dos propósitos de apariencia honrosa: el primero, dar los lógicos parabienes por una victoria a la que él mismo había contribuido, y el segundo, lamentarse por la invasión gálica[457] y la derrota sufrida, que había llevado a su reino a una situación
4 crítica. Subyacía también la secreta esperanza de unos honores y recompensas del senado que difícilmente podía recibir sin menoscabo de la lealtad fraterna. Tampoco faltaba, en efecto, algún romano, mal consejero, para despertar su am-
5 bición dándole esperanzas: de acuerdo con lo que en Roma se pensaba de Átalo y de Éumenes, el primero era un amigo fiable de los romanos y el segundo no era un aliado leal ni
6 de los romanos ni de Perseo; por eso resultaba difícil establecer si conseguiría más fácilmente del senado las peticiones que hiciera en favor propio o las que hiciera en contra de su hermano: tan general era la disposición a concedérselo todo
7 a uno y negárselo al otro. Tal como los hechos demostraron, Átalo era uno de esos hombres que ambicionan todo cuanto les han dejado entrever sus esperanzas, a menos que el prudente consejo de un solo amigo haya puesto una especie

[457] Cf. Polibio, XXIX 22, 4.

de freno en su ánimo exaltado por el curso favorable de las circunstancias. Estaba con él un médico, Estracio, enviado a 8
Roma por Éumenes, que no las tenía todas consigo, con el preciso propósito de observar lo que hacía su hermano y aconsejarlo fielmente si veía que se desviaba de la lealtad.
Llegó cuando los oídos de Átalo estaban ya atiborrados y 9
su mente había sido ya seducida, y dirigiéndose a él con observaciones oportunas restableció la comprometida situación, recordándole que los reinos se engrandecen unos por
un medio y otros por otro; el suyo era un reino reciente, no 10
estaba basado en un poder que viniera de antiguo, y se sostenía por la concordia fraterna, porque uno solo llevaba el título de rey y el principal distintivo sobre su cabeza, pero
todos los hermanos reinaban. Y en cuanto a Átalo, que era 11
el siguiente en edad, ¿quién no lo consideraba ya rey? Y no sólo porque veían su enorme influencia en el presente, sino porque no había duda de que muy pronto sería rey, dada la falta de fuerzas y la edad de Éumenes, que no tenía descendencia alguna (pues aún no había reconocido al hijo que
reinó a continuación)[458]. ¿Qué sentido tenía utilizar la fuerza 12
para algo que iba a venir en breve por sí solo? Al reino le había sobrevenido además la nueva borrasca de la invasión gálica, a la que difícilmente se había podido hacer frente con
la concordia y el buen entendimiento entre los reyes; pero si 13
a la guerra externa se sumaba una revuelta interna, no había posibilidad de resistir. Lo único que iba a conseguir, para evitar que su hermano muriera siendo rey, era privarse a sí
mismo de la expectativa inminente de reinar. Aun en el caso 14
de que le reportara gloria tanto el preservar el trono para su hermano como el arrebatarlo, aun así el mérito por haber preservado el reino, a lo que se uniría el afecto fraternal,

[458] El futuro Átalo III.

habría sido preferible. Ahora bien, como de hecho una de
las alternativas era detestable y cercana al parricidio, ¿qué
15 duda quedaba a la hora de tomar una decisión? ¿La duda
entre pretender, en efecto, una parte del reino, o llevárselo
entero? Si una parte, debilitados los dos por la división de
fuerzas, iban a estar abiertamente expuestos a toda clase de
injurias; si todo, ¿iba pues a ordenar que su hermano mayor
pasase a ser un simple ciudadano, o que fuese al exilio a
aquella edad, con aquel deterioro físico, o, en fin, que mu-
16 riese? Para no hablar de la suerte de los hermanos impíos
contada en las tragedias, parecía sobresaliente el ejemplo de
Perseo, el cual, postrado a los pies del enemigo victorioso,
en el templo de Samotracia, como si los dioses allí presentes
se tomaran venganza, había depositado la corona arrebatada
17 a su hermano después de darle muerte. Los mismos que lo
estaban azuzando, no por amistad hacia él sino por hostilidad
hacia Éumenes, alabarían su afecto fraterno y su entereza si
se mantenía leal hacia su hermano hasta el final.

20 Estas consideraciones pesaron más en el ánimo de Átalo.
Así pues, cuando fue introducido en el senado, dio el parabién
por la victoria; refirió sus méritos en aquella guerra, y los de
su hermano, si alguno había, y la revuelta de los galos que
había tenido lugar recientemente causando una enorme per-
2 turbación; pidió que se enviase a éstos una embajada que
con su autoridad los disuadiese del recurso a las armas. Una
vez hechas estas demandas en interés del reino, pidió para él
3 Eneo y Maronea Frustradas así las esperanzas de los que
habían creído que acusaría a su hermano y pediría la partición
del reino, salió de la curia. Pocas veces ningún otro rey o
ciudadano privado fue escuchado con tanta simpatía y mues-
tras de asentimiento por parte de todos. Se le rindió homenaje
con toda clase de honores y obsequios durante su permanen-
cia y al acompañarlo en su partida.

Nueva embajada de los rodios: discurso de Astímedes; respuesta del senado

Entre las muchas embajadas de Asia y 4
de Grecia, los que más atrajeron la atención
de la ciudadanía fueron los embajadores
de los rodios. En efecto, primero apare- 5
cieron con vestimentas blancas, que era lo
propio de quienes venían a dar los para-
bienes; si hubiesen venido vestidos de duelo, podían dar la
impresión de que estaban apenados por la suerte de Perseo;
mientras los embajadores permanecían en el comicio, el 6
cónsul Marco Junio consultó a los senadores si se les concedía
alojamiento, hospitalidad y audiencia en el senado, y deci-
dieron que no había por qué respetar con ellos ninguna de
las obligaciones de la hospitalidad; entonces el cónsul salió 7
de la curia, y mientras que los rodios manifestaban que
habían venido a congratularse por la victoria y a exculpar a
su ciudad de las acusaciones que había contra ella e insistían
en ser recibidos por el senado, declaró oficialmente que los 8
romanos tenían por costumbre ofrecer a los aliados y amigos
una acogida afectuosa y hospitalaria y concederles audiencia
en el senado, pero los rodios, en el curso de aquella guerra,
no habían hecho méritos como para contarlos entre los
amigos y aliados. Al oír esto se postraron todos por tierra, 9
suplicando al cónsul y a todos los presentes que no conside-
rasen justo que las acusaciones recientes y falsas contra los
rodios pesasen más que sus méritos antiguos, de los que eran
testigos ellos mismos. Inmediatamente se pusieron la vesti- 10
menta de duelo y recorrieron las casas de los principales
rogándoles, entre súplicas y lágrimas, que conocieran su
caso antes de condenarles.

El pretor Manio Juvencio Talna, que tenía a su cargo la 21
jurisdicción entre ciudadanos y peregrinos, se dedicaba a
incitar al pueblo en contra de los rodios y había presentado
una propuesta de ley para que se les declarase la guerra y 2

se escogiera a alguien entre los magistrados de aquel año
para mandarlo con la flota a dicho frente, y contaba con ser
3 él ese alguien. Los tribunos de la plebe Marco Antonio y
4 Marco Pomponio[459] se oponían a esta medida. Pero el pretor
había sentado un nuevo y peligroso precedente al emprender
la acción, porque, sin haber consultado previamente al se-
nado, sin ponerlo en conocimiento de los cónsules, siguiendo
exclusivamente su propio criterio, presentaba la propuesta
de preguntar al pueblo si quería y mandaba que se declarase
5 la guerra a los rodios, mientras que hasta entonces siempre
se había consultado antes al senado a propósito de una
guerra y después, contando con el autorizado criterio de los
6 senadores, se presentaba al pueblo la propuesta; lo mismo
ocurría con los tribunos de la plebe, siendo la práctica
tradicional que nadie pusiera el veto a una propuesta de ley
antes de que se hubiera dado a los ciudadanos privados la
posibilidad de hablar a favor o en contra de dicha propuesta,
y por eso había ocurrido con mucha frecuencia no sólo que
quienes no habían declarado su intención de poner el veto lo
ponían, al caer en la cuenta de los defectos del proyecto de
ley gracias a los discursos de los que estaban en contra del
7 mismo, sino que también desistían quienes habían venido
con intención de oponerse, convencidos por las autorizadas
razones de los que apoyaban la propuesta de ley. En esta
ocasión el pretor y los tribunos competían en hacerlo todo
8 de forma extemporánea: los tribunos, poniendo el veto antes
de tiempo ante las prisas del pretor ... a la llegada del
general...[460].

[459] Sería pretor en 161.

[460] Se perdió la última hoja del cuaternión número 30, con el final del enfrentamiento entre el pretor y los tribunos, y con la concesión de audiencia a los rodios y el comienzo del discurso de Astímedes.

«... es. Si incurrimos o no en falta aún es dudoso; pero 22
estamos sufriendo ya todos los castigos, todas las humillaciones. En otros tiempos, cuando vinimos a Roma después de la derrota de los cartagineses, después de la victoria sobre Filipo o sobre Antíoco, desde una residencia a cargo del Estado nos dirigíamos a la curia para daros los parabienes, padres conscriptos, y desde la curia al Capitolio, llevando presentes a vuestros dioses; ahora, desde un albergue mu- 2
griento, donde fuimos acogidos de mala gana y pagando, después de casi ordenársenos como a enemigos que permaneciéramos fuera de la ciudad, hemos venido a la curia romana con este atuendo de duelo, nosotros, los rodios, a los que concedisteis hace poco las provincias de Licia y de Caria y obsequiasteis con recompensas y honores magníficos. Disponéis, además, que los macedonios y los ilirios serán 3
libres, según hemos oído, cuando antes de hacer la guerra contra vosotros estaban esclavizados —y no es que envidie- 4
mos la suerte de nadie, más bien reconocemos la clemencia del pueblo romano—, y, en cambio, a los rodios, que lo único que han hecho ha sido mantenerse inactivos en esta guerra, ¿vais a convertirlos de aliados en enemigos? Vosotros 5
sois seguramente los mismos romanos que pretendéis que vuestras guerras salen bien porque son justas, que os sentís ufanos no tanto por el resultado, porque las ganáis, sino por el comienzo, porque nunca las emprendéis sin razón. A los 6
cartagineses los convirtió en enemigos vuestros el ataque a Mesina, en Sicilia, y a Filipo lo convirtió en vuestro enemigo el ataque a Atenas, el intento de reducir a Grecia a la esclavitud, el haber ayudado a Aníbal con dinero y con tropas. Antíoco, llamado por vuestros enemigos los etolios, 7
tomó la iniciativa y pasó personalmente a Grecia con una flota; ocupó Demetríade y Cálcide y el desfiladero de las Termópilas, y trató de desbancaros de la posición hegemónica

8 que teníais. El motivo para la guerra contra Perseo fue la
agresión a vuestros aliados, o la muerte de los régulos y los
9 dirigentes de naciones o pueblos. Pues bien, ¿con qué pre-
texto se justificará nuestra desgracia, si hemos de perecer?
Aún no estoy separando la causa de nuestra ciudad de las de
Poliarato y Dinón, nuestros conciudadanos, y de aquellos
que hemos traído para entregároslos. Si todos los rodios
somos igualmente culpables, ¿cuál sería nuestra culpa en
10 esta guerra? ¿Que apoyamos la causa de Perseo y, de igual
modo que en la guerra contra Antíoco y contra Filipo nos
pusimos de vuestra parte en contra de los reyes, así esta vez
11 nos pusimos de parte del rey en contra vuestra? Preguntad
a Gayo Livio y a Lucio Emilio Regilo[461], que comandaron
vuestras flotas en Asia, de qué manera solemos ayudar a los
aliados, con qué entrega solemos meternos en una guerra.
12 Jamás vuestras naves combatieron sin nosotros. Nosotros
combatimos con nuestra flota una vez en Samos y una
13 segunda vez en Panfilia contra Aníbal como comandante; y
esta última victoria es para nosotros tanto más gloriosa por
cuanto, después de haber perdido en Samos, en una batalla
desfavorable, una gran parte de las naves y lo mejor de
nuestra juventud, no nos acobardamos ni siquiera por seme-
jante desastre y tuvimos el valor de salir de nuevo al encuentro
14 de la flota real cuando venía de Siria. No he contado estos
hechos para alardear —pues no es como para eso nuestra
situación—, sino para recordar de qué manera acostumbran
los rodios a ayudar a sus aliados.»

23 «Después de la derrota de Filipo y de Antíoco recibimos
de vosotros recompensas muy considerables[462]. Si la buena

[461] Gayo Livio Salinátor, pretor en 202 y 191 y cónsul en 188, comandante de la flota en 199 y 191, y Lucio Emilio Regilo, pretor con mando sobre la flota en 190.

[462] Cf. XXXIII 30, 11, y XXXVIII 39, 13.

suerte que ahora tenéis vosotros por la benevolencia de los dioses y por vuestro valor, la hubiera tenido Perseo y hubiéramos ido a Macedonia a pedir recompensas al rey victorioso, ¿qué podríamos decir, a fin de cuentas? ¿Que le habíamos 2
ayudado con dinero o con trigo? ¿Con fuerzas auxiliares, terrestres o navales? ¿Que habíamos defendido qué posición? ¿Que habíamos combatido dónde, a las órdenes de sus generales o por nuestra propia cuenta? Si preguntase dónde había 3
habido un soldado nuestro entre sus fuerzas, dónde una nave entre las suyas, ¿qué responderíamos? Probablemente estaríamos defendiéndonos delante del vencedor igual que ahora lo estamos haciendo ante vosotros. Enviando embaja- 4
das de paz a ambas partes, lo que hemos conseguido, en efecto, es que, sin ganar el reconocimiento de ninguna de las dos, de una de ellas incluso recibamos acusaciones peligrosas. Y eso que Perseo podría reprocharnos con razón, cosa que 5
no podéis hacer vosotros, padres conscriptos, el haberos enviado embajadores al comienzo de la guerra para prometer que os ayudaríamos con lo que hiciera falta, que estaríamos preparados en todos los sentidos con naves, con armas, con nuestra juventud, igual que en las guerras anteriores. De 6
vosotros dependió el que no hiciéramos esta aportación, pues por la razón que fuese rechazasteis entonces nuestra oferta de ayuda. En nada nos comportamos, pues, como enemigos, ni faltamos a nuestro deber de buenos aliados, sino que vosotros nos impedisteis cumplir con él. "¿Entonces 7
qué, rodios, en vuestra ciudad no se hizo ni se dijo nada que vosotros no deseaseis y por lo que el pueblo romano se sienta ofendido con razón?". A partir de este punto ya no pretendo justificar lo que se hizo —no estoy loco hasta ese extremo—, sino que trataré de separar la causa de la colectividad y la responsabilidad de los ciudadanos privados. No 8
hay ninguna ciudad que no tenga, en algunas ocasiones,

ciudadanos sin principios y, en todas, una masa ignorante.
9 También entre vosotros, según he oído, hubo quienes hicieron carrera a costa de adular a la masa, y que en alguna ocasión hubo una secesión de la plebe[463] y que perdisteis el
10 control del Estado. Si esto pudo ocurrir en una ciudad de tan buenas costumbres como ésta, ¿puede alguien sorprenderse de que entre nosotros haya habido algunos que buscando la amistad del rey corrompieran a nuestra plebe con sus consejos? Esos tales, sin embargo, no tuvieron ninguna influencia aparte de hacernos remisos en el cumplimiento de nuestro
11 deber. No voy a pasar por alto lo que constituye la acusación más grave contra nuestra ciudad en esta guerra: enviamos a Perseo y a vosotros al mismo tiempo embajadores en mediación de paz; un portavoz que no estaba en sus cabales, según oímos después, convirtió en completamente
12 insensata esta desafortunada iniciativa; está constatado que habló como habría podido hacerlo el embajador romano Gayo Popilio, al que enviasteis a disuadir a los reyes Antíoco
13 y Tolomeo de hacer la guerra. Sin embargo, ese comportamiento que tuvimos con vosotros, llámese arrogancia o
14 estupidez, fue el mismo que tuvimos con Perseo. Las ciudades tienen hábitos de comportamiento igual que los individuos; también los pueblos son iracundos unos, audaces otros, algunos timoratos, unos más dados al vino y otros a los
15 placeres de Venus. El pueblo ateniense tiene fama de ser rápido y osado para empeños que sobrepasan sus fuerzas, y el lacedemonio, de ser indeciso y remiso para dar el primer paso incluso en aquellas empresas que le inspiran confianza.
16 No voy a negar que toda la región de Asia hace nacer caracteres más bien superficiales y que el lenguaje de nuestra gente es bastante ampuloso porque nos creemos superiores

463 En 494. Cf. II 31-33.

a las ciudades vecinas, y esto no tanto por nuestra capacidad
como por los honores y la valoración que vosotros nos
concedéis. Bastante castigo recibió, sin duda, allí y entonces 17
aquella embajada, despedida con una respuesta tan amarga
por parte vuestra. Suponiendo que entonces se hubiese sufrido
poca humillación, en todo caso esta embajada, que mueve a
compasión con su actitud tan suplicante, sería una expiación
suficiente incluso para otra más insolente que aquélla. La 18
arrogancia, sobre todo la de las palabras, es aborrecida por
los iracundos, pero los sensatos la toman a broma, especial-
mente si es empleada por el inferior frente al superior; nadie
la ha considerado nunca merecedora de la pena capital.
Cierto que había el peligro de que los rodios menospreciasen 19
a los romanos. También increpan algunos a los dioses con
palabras bastante temerarias, y no hemos oído de nadie que
por eso fuese alcanzado por un rayo.»

«Por consiguiente, ¿queda algo más de que disculparnos, 24
si no ha habido ninguna acción hostil por nuestra parte y las
palabras un tanto altisonantes de un embajador han dado
pie a que se ofendieran vuestro oídos pero no a la ruina de
una ciudad? He oído decir, padres conscriptos, que cuando 2
conversáis entre vosotros, en una especie de proceso judicial,
hacéis una valoración de nuestras intenciones ocultas: nos
pusimos de parte del rey y habríamos preferido que fuese él
el vencedor, por lo cual algunos creen que debemos ser
castigados con la guerra; otros de los vuestros están conven- 3
cidos de que efectivamente es eso lo que habríamos querido,
pero no hay que castigarnos por ello con una guerra, pues
no está previsto en ninguna ley o costumbre de ningún país
que alguien sea condenado a la pena capital por querer la
muerte de su adversario si no ha hecho nada para que ésta
se produzca. A estos que nos eximen de castigo pero no de 4
culpa les estamos ciertamente agradecidos, pero nosotros

mismos nos aplicamos esta norma: si quisimos todos eso de
los que somos acusados —no hacemos distinción entre in-
5 tenciones y hechos—, castíguesenos a todos. Si algunos de
nuestros dirigentes se pusieron de parte vuestra y otros de
parte del rey, no pido que los partidarios del rey queden
indemnes por consideración a los que apoyamos vuestra
causa; lo que ruego es que no perezcamos nosotros por
6 culpa suya. No es mayor vuestra hostilidad hacia ellos que la
de la propia ciudad, y, precisamente porque lo sabían, la
mayoría de ellos huyeron o se suicidaron; otros, condenados
por nosotros, serán puestos a vuestra disposición, padres
7 conscriptos. Los demás rodios de la misma forma que no
nos hemos hecho acreedores a ninguna clase de agradeci-
mientos en esta guerra, así tampoco lo somos al castigo. El
cúmulo de nuestros buenos servicios anteriores sirva de
compensación al hecho de haber sido remisos en esta ocasión
8 en el cumplimiento de nuestro deber. En el transcurso de
estos últimos años hicisteis la guerra contra tres reyes. Que
no se nos tenga más en cuenta el hecho de no haber colabo-
rado durante una de las guerras que el hecho de haber
9 combatido a vuestro lado en las otras dos. Considerad a
Filipo, Antíoco y Perseo como tres veredictos: dos nos
absuelven, uno es dudoso; suponiendo que éste tuviera más
peso, seríamos considerados culpables si ellos nos juzgasen.
Vosotros decidís, padres conscriptos, si Rodas seguirá exis-
10 tiendo sobre la tierra o será destruida por completo; porque
el objeto de vuestra deliberación, padres conscriptos, no es
la guerra: podéis declararla, pero no podéis hacerla, ya que
nadie entre los rodios está dispuesto a empuñar las armas
11 contra vosotros. Si os obstináis en vuestra ira, os pediremos
un tiempo para volver a casa a informar de esta funesta
embajada; todas las personas libres, todos y cada uno de los
rodios, hombres y mujeres, embarcaremos con todo nuestro

dinero y, abandonando nuestros penates públicos y privados, 12
vendremos a Roma, amontonaremos en el comicio, en el vestíbulo de vuestra curia, todo el oro y la plata tanto del Estado como de los particulares, y pondremos a vuestra disposición nuestras personas y las de nuestras mujeres e hijos, dispuestos a sufrir aquí todo lo que haya que sufrir; que 13
nuestra ciudad sea saqueada e incendiada lejos de nuestros ojos. Los romanos pueden pensar que los rodios son sus 14
enemigos, pero no pueden hacer que lo sean; porque nosotros también tenemos nuestro modesto juicio sobre nosotros mismos, a tenor del cual nunca nos consideraremos enemigos vuestros ni haremos nada hostil aunque tengamos que soportar todas las penalidades».

Tras un discurso como éste se postraron todos de nuevo, 25
suplicantes, agitando ramos de olivo. Al fin se les hizo levantarse y salieron de la curia. A continuación se comenzó a pedir pareceres. Los más hostiles a los rodios eran los que 2
habían hecho la guerra en Macedonia como cónsules, pretores o legados. Quien más contribuyó en favor de su causa fue Marco Porcio Catón, el cual, aun siendo de carácter agrio, en esta ocasión se comportó como un senador moderado y 3
suave. No voy a insertar una semblanza de este hombre elocuente[464] haciendo referencia a lo que dijo. Se conserva, escrito, su discurso auténtico, incluido en el libro quinto de sus *Origines*. La respuesta que se envió a los rodios estaba 4
formulada de tal manera que ni se los convertía en enemigos ni se les mantenía la condición de aliados. Filócrates y Astímedes eran los jefes de la embajada. Se acordó que una 5
parte marchara a Rodas con Filócrates a informar de su misión, y que otra se quedara en Roma con Astímedes para estar al tanto del desarrollo de los acontecimientos y mantener

[464] Traducimos *uiri copiosi* (ed. *Frobeniana*, Basilea, 1531).

6 informados a los suyos. Por el momento se les ordenó que retirasen de Licia y de Caria a sus gobernadores antes de una fecha determinada. Estas noticias, que en sí mismas habrían sido tristes, al ser comunicadas en Rodas se convirtieron en alegría porque se había mitigado el miedo a un
7 desastre mayor, pues se había temido una guerra. De ahí que inmediatamente votaran una corona de veinte mil monedas de oro, y enviaran a Teódoto, el almirante de la flota, para esta embajada. Querían pedir a los romanos una alianza con la condición de que no se hiciese ninguna consulta al pueblo sobre dicha cuestión ni fuese formulada por escrito, porque si no conseguían lo que pedían, la humillación por el rechazo
8 sería mayor. El almirante de la flota tenía en exclusiva atribuciones para negociar en esta materia sin la previa
9 aprobación de ninguna propuesta legal. De hecho habían mantenido durante muchos años una relación amistosa con los romanos sin llegar a comprometerse con ellos mediante un tratado de alianza, por la única razón de no truncar a los reyes la esperanza de su ayuda en caso de necesidad ni a sí mismos la esperanza de recoger los frutos de la benevolencia
10 y la buena fortuna de los reyes. Ahora les parecía que a toda costa había que pedir una alianza, no para que les diera a ellos mayor seguridad frente a otros —pues a los únicos que temían era a los romanos—, sino para que miti-
11 gara el recelo de los romanos hacia ellos. Aproximadamente por la misma época rompieron con ellos los caunios, y los milasenses ocuparon plazas fortificadas de los euromenses[465].
12 No estaba tan hundida la moral de los ciudadanos como para no darse cuenta de que, si los romanos les quitaban Licia y Caria y si las demás posesiones se liberaban a sí

[465] De Cauno (cf. XXXIII 20, 12), Milasa (cf. XXXVIII 39, 8) y Euromos, situada al noroeste de Milasa.

mismas mediante una revuelta o eran ocupadas por sus vecinos, ellos quedaban reducidos a la franja costera de una isla pequeña y de suelo estéril que de ninguna manera podría alimentar a la población de una ciudad tan grande. Enviaron, 13
pues, tropas a toda prisa, y, aunque los caunios habían llamado en su ayuda a los cibiratas[466], los obligaron a someterse a su autoridad; y vencieron en batalla campal cerca de Ortosia[467] a los milasenses y alabandenses, que a su vez habían unido sus fuerzas y habían venido a quitarles la provincia de los euromenses.

Operaciones en el Epiro. Represión y gira de Emilio Paulo en Grecia

Mientras ocurrían allí estos aconteci- 26
mientos, otros en Macedonia y otros en Roma, en el Ilírico, entretanto, Lucio Anicio, después de coger prisionero al rey Gencio, como queda dicho[468], impuso una 2
guarnición en Escodra, donde había estado el palacio real, y confió el mando a Gabinio. En las ciudades de Rizón[469] y Olcinio[470], importantes desde el punto de vista estratégico, dejó el mando a Gayo Licinio. Quedando éstos 3
al frente del Ilírico, marchó con el resto del ejército al Epiro, donde se le rindió en primer lugar Fánote saliendo toda la población a su encuentro con las cintas de los suplicantes. Dejó allí una guarnición y pasó a la Molóside, donde, des- 4
pués de recibir la rendición de todas las plazas excepto Pasarón, Tecmón, Fílace y Hórreo[471], marchó primero sobre

[466] De Cibira (cf. XXXVIII 14, 3).

[467] Se desconoce su emplazamiento.

[468] Cf. XLIV 31, 13 ss.

[469] Hoy Risano.

[470] Puerto situado al sur del también puerto de Rizón, al suroeste de Escodra.

[471] Se desconoce la localización de estas cuatro poblaciones.

5 Pasarón. Los principales de esta ciudad eran Antínoo y
Teódoto, significados tanto por sus simpatías hacia Perseo
como por su odio hacia los romanos; ellos habían sido
también los responsables de que la nación entera se sublevase
6 contra los romanos. Conscientes de su personal responsabi-
lidad, como para ellos no había ninguna esperanza de perdón,
cerraron las puertas, para caer aplastados en la ruina común
de su patria, y exhortaron a la población a preferir la muerte
7 antes que la esclavitud. Nadie se atrevía a abrir la boca frente
a unos hombres tan poderosos. Al fin, un tal Teódoto, un
joven perteneciente también él a la nobleza, prevaleciendo
su miedo a los romanos sobre su temor a los principales,
exclamó: «¿Qué arrebato de locura os arrastra, que hacéis de
8 la ciudad un apéndice de la culpa de dos individuos? De
hombres que se enfrentaron a la muerte por su patria sí que
he oído hablar repetidas veces; pero que considerasen justo
que la patria pereciera por ellos son éstos los primeros que
he encontrado. ¿Por qué no abrimos las puertas y aceptamos
9 un dominio que el mundo entero ha aceptado?». Como la
multitud se iba tras él cuando dijo esto, Antínoo y Teódoto
se lanzaron bruscamente contra el primer puesto de avanzada
del enemigo, ofreciéndose ellos mismos a los golpes, y allí
10 fueron abatidos; la ciudad se rindió a los romanos. Tecmón
cerró sus puertas, debido a un empecinamiento similar de su
principal Cefalón, y una vez muerto éste se tomó la plaza
por capitulación. Ni Fílace ni Hórreo aguantaron el asedio.
11 Pacificado el Epiro y distribuidas las tropas por los cuarteles
de invierno de las ciudades idóneas, él regresó al Ilírico,
convocó a los dirigentes de toda la provincia y celebró una
reunión en Escodra, adonde habían llegado procedentes de
12 Roma los cinco miembros de la comisión. Allí, ateniéndose
a una resolución del consejo, anunció desde lo alto de la
tribuna que, según el mandato del senado y el pueblo romano,

los ilirios serían libres; él retiraría las guarniciones de todas las ciudades, ciudadelas y fortalezas. Se concedería la libertad 13 y además la exención de tributo a los isenses y los taulancios[472] y, entre los dasarecios, a los pirustas[473], a los rizonitas y a los olciniatas, porque se habían pasado a los romanos cuando Gencio estaba aún incólume. También se les concedía la 14 exención de tributo a los daorsos porque habían abandonado a Caravancio para pasarse con sus armas a los romanos. A los escodrenses, los dasarenses, los selepitanos[474] y a los demás ilirios se les imponía como tributo la mitad de lo que habían pagado al rey. Después dividió el Ilírico en tres partes, 15 formando la primera con lo que queda al norte de Dicta[475], la segunda con todos los labeatas, y la tercera con los agravonitas[476], los rizonitas y los olciniatas y sus vecinos. Una vez establecido este ordenamiento en el Ilírico, él retornó de allí a Pasarón, en el Epiro, a los cuarteles de invierno.

Mientras ocurría esto en el Ilírico, Paulo envió a su 27 hijo Quinto Máximo, que había vuelto ya de Roma, a saquear Eginio y Agasas antes de la llegada de los diez miembros de la comisión. Agasas, porque sus habitantes 2 habían entregado la ciudad al cónsul Marcio por propia iniciativa pidiendo una alianza con Roma y después se habían pasado de nuevo a Perseo. El delito de los eginienses era reciente: no dando crédito a las noticias sobre la victoria 3 romana, habían agredido como a enemigos a algunos soldados que habían entrado en la ciudad. También mandó a 4

[472] Ilirios, pero no es seguro que hubieran formado parte del reino de Gencio.

[473] Vivían al este de Escodra.

[474] Desconocidos tanto los dasarenses como los selepitanos.

[475] Desconocida. Se han propuesto diversas correcciones a este nombre (*Issa, Pista, Pistum* —hoy Bisa—...).

[476] Desconocidos.

Lucio Postumio a saquear la ciudad de los enios porque habían continuado la resistencia armada con mayor obsti-
5 nación que las ciudades vecinas. Estaba ya entrando el otoño. Decidió aprovechar el comienzo de esta estación[477] para hacer una gira por Grecia y visitar los lugares celebrados por la fama que la tradición ha magnificado por encima de lo
6 que revela su contemplación. Dejando a Gayo Sulpicio Galo al mando del campamento, emprendió viaje con un séquito no muy numeroso, escoltado por su hijo Escipión y por Ateneo, hermano del rey Éumenes, y atravesando Tesalia
7 llegó a Delfos, sede del famoso oráculo. Allí ofreció un sacrificio a Apolo y reservó para sus propias estatuas, como vencedor, las columnas que se habían comenzado a levantar en el vestíbulo del templo con intención de colocar sobre
8 ellas las estatuas del rey Perseo. También visitó en Lebadia el templo de Júpiter Trofonio[478]; allí vio la entrada de la caverna por donde bajan a hacer sus consultas a los dioses los que recurren al oráculo, y después de ofrecer un sacrificio a Júpiter y a Hercinna, que tienen su templo en aquel lugar, bajó a Cálcide para contemplar el espectáculo del Euripo y de la gran isla de Eubea, unida al continente mediante un
9 puente. De Cálcide pasó a Áulide, a tres millas de distancia, puerto famoso por haber fondeado en él, tiempo atrás, la flota de mil navíos de Agamenón[479], y visitó el templo de Diana donde aquel famoso rey de reyes, llevando hasta el altar como víctima a su propia hija, pidió que sus naves
10 hicieran la travesía hasta Troya. Desde allí se llegó hasta Oropo, en Ática, donde es venerado como un dios un antiguo

---

[477] Sobre la diversidad de opiniones acerca de la fecha del viaje de Emilio Paulo puede verse P. Jal, *op. cit.*, nota *ad loc.*

[478] Advocación pregriega de Zeus que era objeto de culto en Lebadia (Livaddia).

[479] Cf. *Ilíada* II 303 ss.

adivino y donde hay un viejo templo que las fuentes y arroyos del entorno hacen agradables. Luego se fue a Atenas, 11
llena a su vez de fama desde antiguo, sin duda, pero que tiene mucho que ver: la acrópolis, los puertos, las murallas que unen el Pireo con la ciudad, los astilleros, los monumentos de grandes generales, las estatuas de dioses y de hombres, que llaman la atención por los materiales y los estilos artísticos de todo género.

Después de ofrecer en la ciudad un sacrificio a Minerva, 28
patrona de la acrópolis, partió hacia Corinto y llegó al día siguiente. Entonces, antes de su destrucción, era una ciudad 2
preclara; también constituyeron para él un espectáculo la ciudadela y el Istmo: la ciudadela alzándose a una altura enorme en el interior de las murallas, abundante en fuentes, y el Istmo separando con una estrecha lengua de tierra dos mares que se aproximan por poniente y naciente. A conti- 3
nuación visitó las famosas ciudades de Sición y Argos, y luego Epidauro, que no tiene el mismo nivel de riqueza pero es renombrada por el famoso templo de Esculapio, distante cinco millas de la ciudad, rico actualmente en restos de las antiguas ofrendas que le fueron arrebatadas y rico entonces en ofrendas que los enfermos habían consagrado al dios como pago por sus salutíferos remedios. Luego se dirige a 4
Lacedemón, digna de memoria no por la magnificencia de sus construcciones sino por su disciplina y sus instituciones. Desde allí sube a Olimpia pasando por Megalópolis. Hubo 5
también allí otras cosas que le parecieron dignas de ver, sin duda, pero quedó profundamente impresionado, como si el propio dios estuviera presente, al fijar sus ojos en la estatua de Júpiter. Por eso mandó preparar un sacrificio más suntuoso de lo habitual, como si se dispusiera a hacer una inmolación en el Capitolio. Hizo así un recorrido por Grecia 6
sin hacer ninguna indagación sobre los sentimientos que

cada cual, individual o colectivamente, había tenido durante la guerra de Perseo, con el fin de que ningún temor inquietase a los aliados, y cuando hacía el camino de vuelta[480] hacia Demetriade salió a su encuentro una multitud de etolios
7 vestidos de duelo. Al preguntar, sorprendido, de qué se trataba, se le informó de que quinientos cincuenta principales habían sido ejecutados por Licisco[481] y Tisipo después de haber sido rodeado el senado por soldados romanos enviados por el prefecto de la guarnición Aulo Bebio, que otros habían sido mandados al exilio, y que se habían confiscado
8 los bienes tanto de los ejecutados como de los exiliados. Dio orden de que comparecieran en Anfípolis los inculpados, se reunió con Gneo Octavio en Demetríade, y al recibirse la noticia de que los diez comisarios habían cruzado ya el mar, se desentendió de todos los demás asuntos y marchó a
9 Apolonia a recibirlos. Hasta allí fue Perseo a su encuentro desde Anfípolis —hay un día de marcha—, donde había quedado libre de toda vigilancia. Personalmente, Paulo le habló a él en términos ciertamente amables, pero cuando llegó a Anfípolis, al campamento, dicen que soltó una dura
10 reprimenda a Gayo Sulpicio primero por haber permitido que Perseo se desplazase tan lejos de él por la provincia y, en segundo lugar, por haber sido condescendiente con los soldados hasta el extremo de consentir que levantaran las tejas de los muros de la ciudad para cubrir sus barracones. Dio orden de devolver las tejas y reparar las partes descu-
11 biertas dejándolas como estaban. En cuanto a Perseo y su hijo mayor Filipo, los puso bajo custodia, entregándolos a Aulo Postumio; a la hija y al hijo más pequeño hizo que los trasladaran de Samotracia a Anfípolis y les dio por entero trato de personas libres.

---

480 Traducimos *cum reuerteretur* (Wesenberg).

481 *Strategós* en 178/177 y 172/171.

Asamblea de Anfípolis: redistribución de Macedonia

Llegada la fecha en que había ordenado que se presentasen en Anfípolis diez principales de cada ciudad portando todos los documentos que se hubieran depositado dondequiera que fuese y también el dinero del rey, tomó asiento en el tribunal en compañía de los diez miembros de la comisión, con toda la multitud de los macedonios alrededor. Aunque habituados al poder de los reyes, sin embargo el nuevo poder soberano les ofrecía un aspecto sobrecogedor: el tribunal, la entrada dividiendo a la gente a los lados, el heraldo, el asistente, todo esto era una novedad para sus ojos y sus oídos capaz de atemorizar incluso a unos aliados, cuánto más a unos enemigos derrotados. Paulo, una vez que el pregonero impuso silencio, anunció en latín las decisiones que había tomado el senado y las que había tomado él mismo de acuerdo con el criterio del consejo. El pretor Gneo Octavio —pues también él estaba presente— iba repitiendo sus palabras traducidas al griego. Se disponía, en primer lugar, que los macedonios fuesen libres, conservando las mismas ciudades y los mismos territorios, aplicando sus propias leyes, nombrando cada año sus magistrados; pagarían al pueblo romano como tributo la mitad de lo que habían pagado a los reyes. En segundo lugar, Macedonia quedaría dividida en cuatro circunscripciones. Una, la primera, sería el territorio comprendido entre los ríos Estrimón y Neso[482]; a ésta se añadirían al otro lado del Neso en dirección este las aldeas, enclaves fortificados y plazas fuertes a las que Perseo había extendido su dominio, con las excepciones de Eno, Maronea y Abdera; y al lado de acá del Estrimón, en dirección oeste, toda la Bisáltica junto con la Heraclea llamada Síntice. La segunda sería la región delimi-

29 (línea 1) · 2 · 3 · 4 · 5 · 6 · 7

[482] El Nestos.

tada al este por el río Estrimón, con las excepciones de Síntice, Heraclea y la Bisáltica, y al oeste por el río Axio, con el añadido de los peones[483], que habitaban cerca del
8 Axio hacia el oriente. La tercera era la circunscripción comprendida entre el Axio por el este y el río Peneo por el oeste, con el Monte Bora[484] como barrera en dirección norte; a ésta se añadió la parte de Peonia que se extiende hacia el oeste a lo largo del río Axio; también se incorporaron
9 Edesa y Berea al mismo distrito. La cuarta demarcación quedaba al otro lado del monte Bora, colindando por un lado con el Ilírico y por el otro con el Epiro. Como capitales de las demarcaciones, donde se celebrarían las asambleas, nombró a Anfípolis para la primera, Tesalónica para la segunda, Pela para la tercera y Pelagonia[485] para la cuarta. Según dispuso, sería allí donde se convocarían las asambleas de cada circunscripción, donde se recogería el dinero y
10 donde se elegiría a los magistrados. Después anunció que se había decidido que nadie tendría derecho de matrimonio ni de comercio con tierras o edificios fuera de los límites de su
11 demarcación. No se explotarían minas de oro o plata, sí se permitían las de hierro y cobre. Se imponía como tributo a quienes las explotasen la mitad de lo que habían pagado al rey. También prohibió el consumo de sal de importación.
12 Como los dárdanos reclamaban la Poenia porque les había pertenecido a ellos y además colindaba con su territorio, declaró que se concedía la libertad a todos los que hubieran
13 sido súbditos del rey Perseo. Pero, después de negarles Peonia, les concedió el derecho a comerciar con la sal, mandó a la tercera demarcación que la transportase hasta Estobos[486], en

[483] Peonia era la región comprendida entre el Axio y el Estrimón.
[484] El Bermion, al sur de Edesa.
[485] ¿Ciudad, o región?
[486] Cf. XXXIII 19, 3 y nota.

Peonia, y fijó el precio. Les prohibió cortar ellos y dejar que 14
otros cortaron madera para barcos. A las demarcaciones
que eran limítrofes con los bárbaros —y todas lo eran salvo
la tercera— les permitió tener destacamentos armados en los
confines más alejados.

El anuncio de estas disposiciones en el primer día de la 30
reunión provocó en los ánimos impresiones diversas. La
concesión de la libertad, que no esperaban, y la reducción
del tributo anual los confortó; pero les parecía, al quedar 2
interrumpidas las relaciones comerciales entre demarcaciones,
que Macedonia había sido despedazada como un ser vivo al
que se le cortan los miembros que se necesitan unos a otros:
hasta ese extremo los propios macedonios desconocían lo
grande que era Macedonia, lo fácil que era su partición, en
qué medida cada parte se bastaba a sí misma. La primera 3
circunscripción tiene a los bisaltas, hombres muy valerosos
(viven al otro laso del río Neso y en ambas orillas del
Estrimón), tiene frutos típicos muy variados, y minas, y la
favorable posición de Anfípolis, que se levanta como una
barrera cerrando todos los accesos desde el este. La segunda 4
demarcación tiene las ciudades muy populosas de Tesalónica
y Casandrea, y además Palene, tierra fértil de frutos abun-
dantes; cuenta, también, con las ventajas marítimas que le
proporcionan los puertos de Torone, del monte Atos y de
Enea y Acantos[487] oportunamente orientados unos hacia
Tesalia y la isla de Eubea y otros hacia el Helesponto. La 5
tercera demarcación tiene las conocidas ciudades de Edesa,
Berea y Pela, y el belicoso pueblo de los vetios[488], y también
un asentamiento muy numeroso de galos e ilirios, cultivadores
laboriosos. Habitan la cuarta región los eordeos, los linces- 6

[487] Cf. XXXI 45, 15.

[488] Desconocidos.

tas[489] y los pelagonios, y, contiguas a éstos, Atintania[490],
7 Tinfeide[491] y Elimiótide[492]. Toda esta comarca es fría, difícil de cultivar y dura, y cuenta asimismo con unos habitantes cuyo carácter se asemeja a la tierra. Contribuyen a darles mayor fiereza sus vecinos bárbaros, unas veces poniéndolos a prueba con la guerra y otras, en tiempos de paz, con la
8 penetración de sus costumbres. Así pues, la partición de Macedonia, poniendo de relieve las ventajas de sus diferentes partes, demostró lo grande que era en su conjunto.

Investigaciones y represión en Grecia. Macedonia: depuraciones, leyes, juegos, botín

31 Una vez dictado el ordenamiento de Macedonia y después de manifestar que también le daría leyes, fueron citados a continuación los etolios. En la investigación concerniente a éstos se trató más bien de averiguar qué sector había apoyado a los romanos y cuál al rey, y no tanto cuál de ellos
2 había cometido o sufrido desafueros. Los autores de las muertes fueron absueltos de culpa; el exilio de los desterrados fue ratificado, al igual que la muerte de los que habían sido ejecutados; el único condenado fue Aulo Bebio, por haber proporcionado soldados romanos para colaborar
3 en la matanza. Este desenlace del caso de los etolios hizo que en todas las naciones y pueblos de Grecia se crecieran hasta un grado intolerable de arrogancia los ánimos de quienes habían sido partidarios de los romanos, y dejó, indefensos, a sus pies a aquellos que en alguna medida

489 Vivían al norte de Eordea.

490 En el Epiro norte, al este del Aoo.

491 Al oeste de la frontera con Tesalia, al sur del Haliacmón.

492 Entre Eordea, Perrebia y Tinfeide. Livio emplea también la forma *Elimea*.

habían dado base a la sospecha de haber sido favorables al
rey. En las ciudades había tres tipos de principales, dos 4
que a fuerza de adular al poder romano o la amistad de los
reyes ganaban influencia para sus intereses particulares a
costa de oprimir a la ciudadanía, y un grupo intermedio,
enfrentado a estos otros dos tipos, que era el único en
defender la libertad y las leyes. Estos últimos contaban en 5
mayor medida con el cariño de sus conciudadanos, pero en
la misma medida eran menores sus simpatías entre los de
fuera. Los seguidores del partido prorromano, crecidos por
el éxito de los romanos, acaparaban en exclusiva las magis-
traturas y las embajadas. Como eran muchos los que habían 6
acudido del Peloponeso, de Beocia y de otras ligas de Grecia,
cargaron los oídos de los diez miembros de la comisión: los 7
que habían ayudado al rey no eran sólo aquellos que, fatua-
mente, sin rebozo alardeaban de huéspedes y amigos de
Perseo, sino otros muchos, más numerosos, que le habían
dado su apoyo a escondidas, que, so pretexto de defender la
libertad, en las asambleas lo habían amañado todo en contra
de los romanos, y la única forma de que aquellos pueblos se 8
mantuvieran leales era quebrar la moral de las facciones
contrarias y alimentar y reforzar la autoridad de quienes
tenían puesta la mirada únicamente en el poder de Roma.
Dieron nombres, y se hizo venir de Etolia, de Acarnania, del 9
Epiro y de Berea a los nombrados, mediante una carta del
general, para que lo siguieran a Roma a fin de defender su
causa. Dos miembros de la comisión de los diez, Gayo
Claudio y Gneo Domicio, se trasladaron a Acaya para hacer
personalmente la citación mediante un edicto. Se hizo así por 10
dos razones. La primera, porque había el convencimiento de
que los aqueos tenían más confianza en sí mismos y más
coraje para negarse a obedecer, aparte de que probablemente
corrían peligro Calícrates y los demás acusadores y delatores;

11 y la segunda razón para hacer la citación de modo presencial era que, en el caso de los otros pueblos, tenían cartas de los dirigentes que habían sido aprehendidas en los archivos reales, mientras que en el caso de los aqueos no se había encontrado ninguna carta, y la acusación no tenía en qué basarse.

12 Después de despedir a los etolios se citó a la nación acarnania. En su caso no se hizo ninguna modificación salvo
13 apartar a Léucate de la liga acarnania. Después, ampliando el ámbito de la investigación sobre quiénes habían dado su apoyo al rey de forma oficial o a título particular, extendieron
14 también a Asia las pesquisas y enviaron a Labeón a destruir Antisa[493], en la isla de Lesbos, y trasladar a los antiseos a Metimna, por haber ayudado con suministros, después de dejar entrar en su puerto al prefecto real Anténor, cuando
15 navegaba con sus lembos en torno a Lesbos. Fueron decapitados dos personajes insignes: el etolio Andronico, hijo de Andronico, por haber secundado a su padre tomando las armas contra el pueblo romano, y el tebano Neón, por ser el responsable de que los suyos hubiesen hecho una alianza con Perseo.

32 Tras el paréntesis debido a estas investigaciones sobre los hechos ocurridos en el exterior se reunió de nuevo la asamblea
2 de los macedonios. Por lo que hacía relación al estatuto de Macedonia, se anunció que era preciso elegir senadores (sinedros los llaman ellos) para dirigir los asuntos públicos
3 con su consejo. A continuación se dio lectura pública a los nombres de los principales macedonios que, según se había decidido, partirían por delante hacia Italia en compañía de
4 sus hijos de más de quince años. Esta medida era cruel a primera vista, pero a la masa de los macedonios pronto les

[493] Antisa y Metimna eran dos puertos situados al norte de la isla.

pareció que había sido tomada en favor de su libertad. En
efecto, se dieron los nombres de los confidentes del rey y los
dignatarios de la corte, los generales de los ejércitos, los
almirantes de las flotas y los prefectos de las guarniciones,
gente que tenía por costumbre obedecer al rey con servilismo
y mandar a los demás con arrogancia; unos eran enormemente 5
ricos, otros se equiparaban a éstos en gastos sin tener el
mismo nivel de fortuna; todos comían y vestían como reyes,
ninguno tenía el talante del ciudadano, incapaces de aceptar
unas leyes y una libertad igual para todos. Por consiguiente, 6
todos los que habían ejercido alguna función en la corte o
habían formado parte de las embajadas recibieron la orden
de abandonar Macedonia e ir a Italia, anunciándose la pena
de muerte para quien no obedeciese la orden. Paulo, poniendo 7
en ello tanto cuidado que parecía legislar no para unos
enemigos vencidos sino para unos aliados beneméritos, dio
a Macedonia unas leyes en las que ni siquiera su uso prolon-
gado en el tiempo, que es lo único que las cambia, pudo
revelar defectos al ponerlas en práctica.

Después de los asuntos serios ofreció en Anfípolis el es- 8
pectáculo de unos juegos muy fastuosos. Habían sido prepa-
rados con gran antelación; había enviado mensajeros a las
ciudades de Asia y a los reyes para anunciarlos y él personal-
mente había informado a los dirigentes al hacer su recorrido
por las ciudades de Grecia. Acudieron de todo el mundo, en 9
efecto, muchísimos artistas de todo tipo que se dedicaban al
arte del espectáculo, atletas y caballos famosos y delegaciones
con víctimas; se hizo todo cuanto suele hacerse en Grecia en
unos grandes juegos en honor de los dioses y de los hombres,
a tal escala que causaron admiración no sólo por su magni- 10
ficencia sino por el dominio del arte de presentar un espec-
táculo, en lo cual por entonces los romanos carecían de
experiencia. También se ofrecieron banquetes a todas las 11

delegaciones preparados con la misma suntuosidad y el mismo esmero. Circulaba entre la gente una frase del propio Paulo: el que sabe vencer en una guerra, también sabe preparar un banquete y organizar unos juegos.

33 Tras la celebración de los juegos se cargaron en las naves los escudos de bronce y se hizo un gran montón con el resto
2 de las armas de todo tipo, y, después de invocar a Marte, a Minerva y a la Madre Lúa y a los demás dioses a los que, conforme a las leyes humanas y divinas, se dedican los despojos de los enemigos, el propio general aplicó su antorcha y prendió el fuego, y a continuación aplicó la suya cada uno
3 de los tribunos militares que estaban alrededor. En aquel encuentro entre Europa y Asia, en el que se había congregado una multitud llegada de todos los sitios, en parte para dar sus parabienes y en parte para ver el espectáculo, con tantas tropas terrestres y navales, llamó la atención la abundancia
4 de artículos y el precio tan bajo de los comestibles, de tal modo que el general regaló una buena parte de los artículos de este género tanto a los particulares como a las ciudades y a los pueblos, no sólo para las necesidades del momento
5 sino incluso para llevar a sus casas. Tanto como las representaciones teatrales, para la multitud que había acudido constituían un espectáculo los combates entre hombres, las carreras de caballos y la exhibición del botín aprehendido en Macedonia, expuesto a la vista en su totalidad: estatuas, pinturas y tejidos, y vasos de oro, de plata, de bronce y de
6 marfil, trabajados en aquel palacio con esmero exquisito, de modo que pudieran servir no sólo para deslumbrar de momento, como los que llenaban el palacio de Alejandría, sino
7 para usarlos indefinidamente. Se embarcó todo esto en la flota y se encomendó a Gneo Octavio la misión de transportarlo a Roma.

Marcha del ejército de Emilio Paulo hacia Italia

Después de despedir cortésmente a los embajadores, Paulo cruzó el Estrimón y acampó a una milla de Anfípolis. Desde allí emprendió la marcha hacia Pela y llegó al quinto día. Dejando a un lado la ciudad, 8
se detuvo un par de días en un lugar llamado Peleo y envió a Publio Nasica y a su propio hijo Quinto Máximo, con una parte de las tropas, a devastar el territorio de los ilirios, que habían prestado ayuda bélica a Perseo; les dio orden de ir a su encuentro en Orico, y él, tomando la dirección del Epiro, llegó a Pasarón en quince jornadas.

Anicio tenía su campamento no muy lejos de allí. Le 34
mandó una carta advirtiéndole que no hiciera el menor movimiento ante lo que iba a ocurrir: el senado había concedido a su ejército como botín las ciudades del Epiro que se habían pasado a Perseo. A continuación envió centuriones 2
a cada una de las ciudades a decir que habían venido a retirar las guarniciones con el fin de que los epirotas fuesen libres igual que los macedonios, y después convocó a diez principales de cada ciudad, los conminó a que se sacase a un lugar público el oro y la plata y destacó tropas por todas las ciudades. Salieron hacia las más alejadas antes que hacia las 3
más cercanas, con el objeto de que llegasen a todas el mismo día. Se habían dado instrucciones a los tribunos y centuriones 4
sobre lo que había que hacer. Se sacó por la mañana todo el oro y la plata; a la hora cuarta se dio a los soldados la señal para el saqueo de las ciudades, y el botín fue lo suficientemente 5
abundante como para repartir cuatrocientos denarios a cada jinete y doscientos a cada infante, y se cogieron ciento cincuenta mil cautivos. Después fueron derruidas las murallas 6
de las ciudades saqueadas, que eran en torno a setenta. Se vendió todo el botín, y todo el dinero obtenido se distribuyó entre los soldados. Paulo bajó hacia el mar, a Orico, sin haber 7

dado satisfacción, en absoluto, a las expectativas de los soldados como había pensado, pues estaban indignados por no haber tenido parte en el botín real, como si no hubiesen
8 hecho ninguna guerra en Macedonia. En Orico se encontró con las tropas que había enviado con Escipión Nasica y con su hijo Máximo, embarcó al ejército e hizo la travesía hasta
9 Italia. Anicio, por su parte, después de reunir en asamblea al resto de los epirotas y acarnanes y ordenar que lo siguieran a Italia los dirigentes cuyas causas había reservado para el estudio del senado, esperó a las naves que había utilizado el ejército en Macedonia y cruzó también él a Italia pocos días más tarde.

Embajada romana a los gálatas

10 Cuando ocurrían estos hechos en Macedonia y en el Epiro, los embajadores enviados con Átalo[494] para poner fin a la guerra entre los galos y el rey Éumenes
11 habían llegado a Asia. Al producirse una tregua mientras durase el invierno[495], los galos se habían marchado a casa y el rey se había retirado a Pérgamo, a los cuarteles de invierno, y se había visto afectado por una grave enfermedad. El comienzo de la primavera les hizo salir de sus casas, y ya habían llegado a Sínada[496] mientras que Éumenes había recogido sus tropas de todas partes y las
12 había concentrado en Sardes. Enterados los romanos de que también se encontraba en Sínada el jefe de los galos Solovecio, decidieron dirigirse allí para una entrevista[497]; Átalo

---

[494] La narración vuelve a 20, 2.

[495] El de 168/167.

[496] Cf. XXXVIII 15, 14.

[497] Traducimos, siguiendo a MADVIG, *Synnadis esse comperissent, eo proficisci decreuerunt.*

marchó con ellos, pero no se consideró oportuno que entrase en el campamento de los galos para que no se exasperasen los ánimos con discusiones. El excónsul Publio Licinio se 13
entrevistó con el régulo de los galos y al volver contó que sus ruegos lo habían vuelto más arrogante, de modo que uno 14
podría sorprenderse de que en unos reyes tan poderosos como Antíoco y Tolomeo las palabras de los embajadores romanos hubieran tenido tanta fuerza como para llevarlos a hacer las paces inmediatamente, mientras que para los galos no habían tenido la menor importancia.

Triunfo de Emilio Paulo

A Roma llegaron primero los reyes cau- 35
tivos Perseo y Gencio, que fueron puestos bajo custodia junto con sus hijos; después la multitud restante de prisioneros, y luego aquellos macedonios y dirigentes de Grecia a los que se había dado orden de venir a Roma; no sólo se 2
les había hecho venir, en efecto, si se encontraban en su lugar de residencia, sino que también habían sido reclamados por carta los que según se decía se encontraban en la corte de los reyes. Pocos días después, en la nave del rey, de gran 3
tamaño, impulsada por dieciséis bancadas de remos, engalanada con los despojos macedonios tanto de armas fuera de lo común como de tapicerías reales, llegó el propio Paulo a la ciudad remontando el Tíber, cuyas orillas estaban abarrotadas por el gentío que se había desbordado para salir a recibirle. A los pocos días llegaron Anicio y Octavio con su 4
flota. El senado les concedió a los tres el triunfo mediante decreto, y se encargó al pretor Quinto Casio que se pusiera en contacto con los tribunos de la plebe para que, a instancias del senado, presentasen al pueblo la propuesta de que mantuvieran el mando supremo el día de su entrada triunfal en la ciudad. Las medianías no son blanco de la envidia; ésta 5

suele apuntar a lo más alto. Sobre el triunfo de Anicio y de Octavio no se dudó; la maledicencia se cebó en Paulo, al que ni siquiera ellos mismos se habrían atrevido a compararse
6 sin rubor. Había mantenido a los soldados bajo una disciplina a la antigua usanza; el botín lo había repartido con menos generosidad de la que esperaban ante lo cuantioso de las riquezas del rey, dado que de haber sido condescendiente con su avidez no habrían dejado nada que ingresar en el
7 erario. Todo el ejército de Macedonia estaba irritado[498] con su general, y, por consiguiente, no tenía muchas ganas de participar en los comicios para la aprobación de la propuesta
8 de ley. Pero Servio Sulpicio Galba, que había sido tribuno militar de la segunda legión en Macedonia y tenía una particular enemistad personal con el general, había impulsado a los soldados a participar en masa en la votación, a costa de abordarlos personalmente o de incitarlos a través de los
9 nombres de su propia legión. Rechazando la propuesta del triunfo se vengarían de su autoritario y mezquino general. La plebe urbana secundaría el pronunciamiento de los soldados. Él no había podido darles dinero, la tropa podía conferirle el honor. Que no esperase el fruto del agradecimiento allí donde no había hecho méritos para ello.

36 Así fueron instigados, y cuando el tribuno de la plebe Tiberio Sempronio presentó en el Capitolio aquella propuesta de ley y los ciudadanos privados tenían la ocasión de hablar acerca de la misma, nadie se adelantaba para defenderla, como es lógico cuando una cuestión no ofrece la menor
2 duda; entonces se presentó de repente Servio Galba[499] y solicitó a los tribunos que, como era ya la hora octava del día

[498] Traducimos *iratus... erat, itaque* (MADVIG).

[499] Sería pretor en 151 y cónsul en 144.

y no le quedaba tiempo suficiente para explicar las razones por las que debían votar en contra del triunfo de Lucio Emilio, aplazasen el asunto hasta el día siguiente y lo sometiesen a debate por la mañana: él necesitaba un día entero para defender aquella causa. Cuando los tribunos lo instaron 3
a que hablase aquel día si quería decir algo, alargó la cosa hasta la noche describiendo y recordando el rigor con que se había exigido el cumplimiento de los deberes militares; se les habían impuesto más sacrificios, más peligros de lo que las circunstancias requerían; en cambio a la hora de las recompensas y de los honores todo habían sido restricciones; si 4
unos jefes semejantes se salían con la suya, la vida militar iba a ser más dura y rigurosa para los combatientes, y al mismo tiempo no iba a suponer ventajas ni honores en caso de vencer. De mejor suerte gozaban los macedonios que los soldados romanos. Si al día siguiente acudían en masa a 5
rechazar el proyecto de ley, los hombres poderosos comprenderían que no todo depende del general, que algo está también en manos de los soldados. Incitados por estas pala- 6
bras, los soldados al día siguiente llenaron el Capitolio, de tal forma que no podía entrar nadie más para depositar el voto. Cuando las primeras tribus llamadas adentro votaron 7
en contra de la propuesta, los principales de la ciudad corrieron en bloque al Capitolio repitiendo a gritos que era un escándalo que se privase del triunfo a Lucio Paulo, el vencedor de una guerra tan importante; se estaba dejando a los 8
generales a merced de la indisciplina y la codicia de la tropa; se estaba incurriendo ya, en los tiempos que corrían, en errores demasiado frecuentes, por afán de popularidad; ¿qué ocurriría si se ponía a los soldados, como dueños, por encima de los generales? Cada uno lanzaba sus particulares improperios en contra de Galba. Finalmente, una vez aplacado 9
este tumulto, Marco Servilio, que había sido cónsul y jefe de

la caballería[500], pidió a los tribunos que sometieran a debate desde un principio aquella cuestión y le dieran la oportunidad
10 de dirigir la palabra al pueblo. Los tribunos se retiraron a deliberar y, cediendo ante la influencia de los principales, comenzaron el debate por el principio y anunciaron que volverían a llamar a las mismas tribus cuando hubiesen hablado Marco Servilio y otros ciudadanos particulares que quisieran hacerlo.

37 Entonces habló Servilio: «Si no hubiera ningún otro indicio para poder valorar hasta qué punto Lucio Emilio ha sido un gran general, Quirites, bastaría con éste: a pesar de tener en su campamento unos soldados tan sediciosos y tan irresponsables, y un enemigo personal tan significado, tan osado, tan elocuente para sublevar a la masa, no hubo en su ejército
2 ningún amotinamiento. Esa misma severidad en el mando que ahora aborrecen los contuvo entonces. Y así, mantenidos bajo una disciplina a la antigua, no dijeron ni una palabra ni
3 hicieron ningún movimiento de carácter sedicioso. En cuanto a Servio Galba, si al actuar como acusador de Lucio Paulo ha pretendido dejar de ser un principiante y dejar constancia de su elocuencia, no debió impedir un triunfo que el senado había considerado justo, y eso sin entrar en otras considera-
4 ciones; cuando debería haber presentado denuncia contra él y haberlo interrogado de acuerdo con las leyes era al día siguiente de haberse celebrado el triunfo, cuando lo iba a ver convertido en simple ciudadano; o bien, un poco más tarde, en cuanto él mismo ocupara una magistratura, que llevase a
5 juicio a su enemigo personal y lo acusase ante el pueblo. De este modo, Lucio Paulo tendría el triunfo por la campaña bélica magníficamente llevada, como recompensa por la

[500] Marco Servilio Gémino había sido jefe de la caballería en 203 y cónsul en 202.

labor bien hecha, y al mismo tiempo tendría su castigo si hu-
biera hecho algo indigno de su gloria antigua o reciente. Pero, 6
claro, quiso rebajar la gloria de un hombre contra el que no
podía aducir ninguna acusación, ninguna infamia. Ayer pidió
un día entero para acusar a Lucio Paulo; se pasó cuatro
horas hablando lo que quedaba del día. ¿Hubo alguna vez 7
un acusado tan lleno de culpas que no se pudieran enumerar
en tantas horas los delitos de su vida? Y después de todo, en
todo ese tiempo ¿qué cargos presentó que Lucio Paulo
hubiera querido negar si defendiese su causa? Que alguien 8
me reúna por un momento dos asambleas, una la asamblea
de los soldados de Macedonia, y otra imparcial, con el juicio
más limpio de favoritismo y de odio, la asamblea del pueblo
romano entero. Condúzcase primero al acusado ante la
asamblea togada y urbana. ¿Qué dirías, Servio Galba, delante 9
de los Quirites de Roma? Porque quedaría cortado ese
discurso tuyo: "Hiciste unas guardias demasiado estrictas y
tensas; se inspeccionaron los turnos de centinela con celo y
rigor excesivos; hiciste más trabajo que anteriormente, porque
el propio general giraba visitas como un inspector; en un
mismo día realizaste una marcha e inmediatamente después
de la marcha saliste al campo de batalla; ni siquiera después 10
de vencer te permitió descansar, en seguida te llevó en
persecución del enemigo. Cuando podía hacerte rico repar-
tiendo el botín, tiene pensado llevar el dinero del rey en el
desfile triunfal e ingresarlo en el tesoro público". Frases así 11
tienen cierto acicate para espolear los ánimos de los soldados
que piensan que se hicieron pocas concesiones a su falta de
disciplina y su codicia, pero, igualmente, habrían tenido un
efecto nulo en el pueblo romano, pues éste, aunque no re- 12
cuerde los ejemplos antiguos oídos a sus padres, sí recuerda
los desastres sufridos a causa del afán de popularidad de los
generales, las victorias conseguidas gracias a la severidad en

el mando, o, al menos, la diferencia que hubo entre el jefe de la caballería Marco Minucio y el dictador Quinto Fabio
13 Máximo en la última Guerra Púnica. De modo que habría quedado patente que el acusador no podía abrir la boca y
14 que era innecesaria la defensa de Paulo. Pasemos a la otra asamblea. Y me parece que no debo llamaros Quirites sino soldados, si al menos este nombre puede causar algún rubor y hacer que sintáis vosotros algo de vergüenza en ultrajar a vuestro general».

38 «La verdad es que la sensación que tengo cuando me imagino que estoy hablando ante el ejército es distinta a la de hace poco cuando mi discurso iba dirigido a la población
2 de la ciudad. ¿Qué decir entonces, soldados? ¿Hay en Roma alguien —aparte de Perseo— que no quiera que se celebre el triunfo sobre los macedonios, y no lo estáis destrozando con esas mismas manos con las que vencisteis a los macedonios? El que os impide entrar triunfalmente en Roma, si hubiera
3 podido, os habría impedido vencer. Estáis equivocados, soldados, si creéis que el triunfo es un honor únicamente del general y no también de los soldados y de todo el pueblo
4 romano. Lo que está en juego aquí no es sólo la gloria de Paulo; muchos, incluso quienes no habían obtenido del senado el triunfo, hicieron el desfile triunfal en el monte Albano; nadie puede quitarle a Lucio Paulo el honor de haber llevado a término la guerra de Macedonia en mayor medida que a Gayo Lutacio[501] el de haber finalizado la primera Guerra Púnica o a Publio Cornelio[502] la segunda, o
5 a aquellos que obtuvieron el triunfo después de ellos[503]; aparte

[501] Gayo Lutacio Cátulo, vencedor de la flota cartaginesa en las islas Egates en 242.

[502] Escipión Africano, vencedor en Zama.

[503] Traducimos *illis qui post eos* (C. SIGONIO).

de que el triunfo no hará ni más ni menos grande a Lucio
Paulo como general; es más bien la gloria de los soldados y
del pueblo romano entero lo que está en juego, más que nada 6
para evitar que tenga fama de envidioso y desagradecido
hacia todos sus ciudadanos más eminentes y que parezca
imitar en esto al pueblo ateniense, que por envidia destrozaba
a sus principales. Bastante se equivocaron vuestros antepa- 7
sados en el caso de Camilo, y eso que a él lo vejaron antes
de ser recuperada Roma de los galos por su mediación[504];
bastante os equivocasteis vosotros no hace mucho en el caso
de Publio Africano. Avergoncémonos de que haya estado en
Literno el domicilio y la residencia del conquistador de
África, de que su sepulcro sea mostrado en Literno[505]. Que 8
Lucio Paulo se equipare en gloria a aquellos hombres, que
no sea igual a ellos por vuestro trato injusto. Bórrese ante
todo, por consiguiente, esta infamia vergonzosa ante las
otras naciones y dañina ante los nuestros. ¿Quién va a querer 9
semejarse al Africano o a Paulo, en efecto, en una ciudad
tan ingrata y hostil para con los buenos ciudadanos? Supo- 10
niendo que no estuviese el deshonor en juego y sólo se
tratase de la gloria, después de todo, ¿qué triunfo no comporta
al mismo tiempo la gloria del nombre de Roma? Tantos 11
triunfos sobre los galos, tantos sobre los hispanos, tantos
sobre los cartagineses, ¿decimos que lo son sólo de los
propios generales, o del pueblo romano? De igual modo que
no se celebraron los triunfos únicamente sobre Pirro ni
sobre Aníbal, sino sobre los epirotas y sobre los cartagineses,
tampoco triunfaron sólo Manio Curio o Publio Cornelio[506],

---

504 Cf. V 32, 7-9.

505 Cf. XXXVIII 52, 1; 53, 8 y 56, 3.

506 Manio Curio sobre los samnitas y Pirro en 275; Publio Cornelio Escipión Africano sobre Cartago en 201.

12 sino los romanos. En cualquier caso, es una cuestión que concierne específicamente a los soldados; también ellos, coronados de laurel y destacando cada uno con las condecoraciones con que fue galardonado, desfilan por la ciudad invocando por su nombre al Triunfo y cantando sus propias
13 alabanzas y las de su general. Si en alguna ocasión no se trae de la provincia a los soldados para el desfile triunfal, protestan ruidosamente; y, sin embargo, aun entonces están convencidos de que ellos, ausentes, triunfan, porque sus
14 manos han gestado la victoria. Si alguien os pregunta, soldados, con qué objeto se os ha traído a Italia en lugar de haber sido licenciados inmediatamente después de cumplir vuestra misión, por qué habéis venido a Roma con las formaciones completas bajo las enseñas, por qué permanecéis aquí en vez de dispersaros, marchando cada uno de vosotros a su casa, ¿qué otra respuesta vais a dar sino que queréis que se os vea desfilando en triunfo? Vosotros, sin duda, debíais querer que se os viera como vencedores».

39 «No hace mucho se celebraron triunfos sobre Filipo, el padre de éste, y sobre Antíoco; los dos estaban reinando cuando se triunfó sobre ellos. ¿No se va a celebrar el triunfo sobre Perseo, hecho prisionero y conducido a Roma junto
2 con sus hijos? Y si Lucio Paulo, confundido entre la multitud vestido de toga como un ciudadano cualquiera, preguntase desde su posición inferior a los que subían sobre su carro al Capitolio cubiertos de oro y púrpura: “Lucio Anicio, Gneo Octavio, ¿quién os parece que se merece más el triunfo, vosotros o yo?”, tengo la impresión de que le cederían su puesto en el carro y, abochornados, le entregarían a él sus
3 propios distintivos. ¿Y vosotros, Quirites, queréis que sea conducido en un desfile triunfal Gencio más que Perseo, y que se celebre el triunfo por un apéndice de la guerra más
4 que por la guerra en sí? Las legiones del Ilírico y la marinería

entrarán en Roma coronadas de laurel; ¿serán las legiones
Macedonia espectadoras de los triunfos de otros después de
serles anulados el suyo? ¿Qué se hará luego con su botín tan
copioso, con los despojos de una victoria tan rica? ¿Dónde 5
se esconderán tantos miles de armas arrancadas a los cadáveres de los enemigos? ¿Serán devueltas a Macedonia, tal
vez? ¿Adónde irán a parar las estatuas de oro, de marfil, las
pinturas, los tapices, tanta plata labrada, tanto oro, tanto
dinero del rey? ¿Serán llevados al tesoro público por la noche, 6
como si fueran producto de un robo? ¿Qué, dónde se exhibirá
ante el pueblo vencedor el grandioso espectáculo del más
famoso y rico de los reyes hecho prisionero? Muchos de 7
nosotros recordamos la aglomeración que se formó en torno
al rey Sífax cautivo, cuyo papel era secundario en la Guerra
Púnica. El rey Perseo, prisionero, y Filipo y Alejandro, los
hijos del rey, nombres tan importantes, ¿serán sustraídos a
la contemplación de la ciudadanía? Los ojos de todos están 8
ansiosos de ver entrando en la ciudad sobre su carro al
propio Lucio Paulo, dos veces cónsul, conquistador de Grecia;
para eso lo hicimos cónsul, para que pusiera fin a una guerra
arrastrada por espacio de cuatro años, con gran vergüenza
nuestra entre otras cosas. A quien augurábamos la victoria 9
y el triunfo cuando partió tras el sorteo de la provincia, porque
nuestro corazón lo presentía, ¿vamos a negarle el triunfo
una vez que ha obtenido la victoria? ¿Vamos a escamotearle
el honor que le corresponde, no sólo a él, por cierto, sino
también a los dioses? Porque el triunfo les es debido también 10
a los dioses, no sólo a los hombres. Vuestros antepasados
pusieron a los dioses en el punto de partida de todas las
empresas importantes, y con ellos las concluyeron. El cónsul 11
o el pretor, al marchar a su provincia, al frente bélico,
acompañado de sus lictores y en uniforme de campaña,
pronuncia sus votos en el Capitolio; cuando ha finalizado la

guerra como vencedor, vuelve triunfalmente al mismo sitio, al Capitolio, llevando las ofrendas que se merecen a los
12 mismos dioses a los que había dirigido sus votos. Constituyen una parte no irrelevante del triunfo las víctimas que desfilan delante para que quede bien claro que el general vuelve a dar las gracias a los dioses por haber prestado un buen servicio
13 al Estado. Todas aquellas víctimas que dedicó para hacerlas desfilar en el triunfo lleváoslas cada uno a un sitio diferente y sacrificadlas[507]. Además, los famosos banquetes del senado que no se celebran en un lugar privado ni en un lugar público no consagrado, sino en el Capitolio, ¿... por deleitar a los hombres o por honrar a los dioses?, ¿vais a desbaratar ... por instigación de Servio Galba? ¿Se van a cerrar las
14 puertas al triunfo de Lucio Paulo? El rey de los macedonios, Perseo, con sus hijos y el resto de la masa de prisioneros, los despojos de los macedonios, ¿quedarán abandonados en el circo Flaminio? ¿Se dirigirá Lucio Paulo a su casa desde la puerta de la ciudad, como un ciudadano privado que regresa
15 del campo? Y tú, centurión, tú, soldado, escucha lo que el senado ha decretado con respecto al general Paulo, en vez de prestar oídos a las historias que cuenta Servio Galba; escucha esto que estoy diciendo, en lugar de prestarle atención
16 a él. Lo único que él ha aprendido es a hablar, y a hacerlo, además, de modo calumnioso y malévolo. Yo he combatido veintitrés veces con el enemigo, previo desafío; me llevé los despojos de todos aquellos con los que me enfrenté; tengo el cuerpo marcado de honrosas cicatrices de heridas recibidas
17 siempre de frente.» A continuación, según cuentan, se desnudó y fue recordando en qué guerra había recibido cada una de las heridas. Al mostrarlas dejó al descubierto, sin querer, lo que se debía mantener oculto, y un bubón inguinal provocó

507 Traducimos *ducente mactate* (HERTZ).

las risas de los que estaban más próximos. Él, entonces, dijo: 18
«También esto de lo que os reís lo tengo como consecuencia
de estar montado a caballo día y noche, y no siento por ello
más vergüenza o pesar que por estas cicatrices, puesto que
no me ha impedido servir debidamente a la patria en la paz
o en la guerra. Yo, soldado veterano, he mostrado a los sol- 19
dados jóvenes este cuerpo repetidas veces maltratado por el
hierro; que Galba muestre el suyo, lustroso e intacto. Si os 20
parece, tribunos, llamad de nuevo a las tribus a emitir
sufragio. Yo, soldados, a vuestro lado...[508].

La suma total del oro y la plata aprehendidos llevada en 40
desfile fue de ciento veinte millones de sestercios, según
cuenta Valerio Anciate; calculando a partir del número de
carros y de las cantidades de oro y plata que él mismo
consignó por escrito, el resultado es una cifra bastante mayor
que ésa. Según dicen, otra suma equivalente se había gastado 2
en la guerra reciente o se había perdido en la huida cuando
el rey se dirigía a Samotracia, lo cual resultaba tanto más
sorprendente por cuanto una suma tan elevada de dinero
había sido amasada, en parte con el producto de las minas
y en parte con los demás impuestos, durante los treinta años
siguientes a la guerra de Filipo. Así pues, cuando comen- 3
zaron la guerra contra los romanos, Filipo estaba muy
falto de dinero y Perseo, por el contrario, era muy rico. Por 4
último apareció el propio Paulo en su carro, irradiando gran
majestuosidad tanto por lo imponente de su figura como
por lo avanzado de su edad; detrás del carro, entre otros
brillantes combatientes, sus dos hijos Quinto Máximo y
Publio Escipión; y a continuación los jinetes, por escuadrones,
y las cohortes de infantes, cada uno en su centuria. Se les 5

[508] Falta una hoja del manuscrito, con el final del discurso de Servilio y la fecha y descripción de buena parte del desfile triunfal.

dieron cien denarios a cada soldado de infantería, el doble a los centuriones y el triple a los de caballería. Se cree que habría dado doble cantidad a los de a pie y en la misma proporción a los demás si en la votación hubieran apoyado su triunfo o si al anunciar la mencionada cantidad hubieran aplaudido con entusiasmo.

6 Pero no fue Perseo en aquellos días el único ejemplo ilustrativo de las vicisitudes humanas, conducido a través de la ciudad de sus enemigos encadenado, delante del carro del general victorioso; también lo fue Paulo, el vencedor, res-
7 plandeciente de oro y púrpura. Al haber dado en adopción a dos de sus hijos, en efecto, había conservado en casa a los otros dos como únicos herederos de su nombre y de los ritos familiares, y de éstos, el menor, de apenas doce años de edad, falleció cinco días antes del triunfo, y el mayor, de
8 catorce años, murió tres días después del triunfo. Se les tendría que haber visto vestidos con la pretexta desfilando en el carro junto a su padre, soñando con triunfos similares
9 para ellos mismos. Pocos días más tarde el tribuno de la plebe Marco Antonio convocó una asamblea para Paulo; disertó acerca de sus hazañas al estilo de los demás generales, y fue el suyo un discurso memorable y digno de un dirigente romano.

Discurso de Emilio Paulo al pueblo

41 «Supongo, Quirites, que no ignoráis con qué fortuna he servido a los intereses del Estado y qué rayos han alcanzado mi casa por dos veces durante estos días, puesto que habéis sido espectadores primero de mi
2 triunfo y, después, de los funerales de mis dos hijos. Os ruego, no obstante, que me permitáis comparar, en pocas palabras y con el ánimo que procede, mi suerte personal con la
3 felicidad pública. Salí de Italia zarpando en Brundisio al

despuntar del sol; a la hora novena del día llegué a Corcira con todas las naves. Cinco días más tarde ofrecí en Delfos un sacrificio a Apolo por mí y por vuestros ejércitos y vuestras flotas. En cuatro días llegué desde Delfos al campa- 4
mento; después de hacerme allí cargo del ejército y de cambiar algunas cosas que constituían un serio obstáculo para la victoria, comencé el avance; como el campamento enemigo era inexpugnable y no había forma de obligar al rey a combatir, me abrí paso entre sus puestos a través del desfiladero de Petra y vencí al rey en batalla campal cerca de Pidna. Sometí a Macedonia al poder del pueblo romano, y 5
en quince días terminé una guerra que a lo largo de cuatro años dirigieron tres cónsules antes que yo de modo tal que siempre se la endosaban a su sucesor en situación más complicada. Siguieron luego otros éxitos como una cosecha: 6
se rindieron todas las ciudades de Macedonia, el tesoro real cayó en mi poder, y el propio rey, como si los dioses mismos lo entregaran, fue apresado en el templo de Samotracia junto con sus hijos. Incluso a mí me parecía ya una suerte excesiva, y por eso mismo sospechosa. Comencé a temer los 7
peligros del mar para transportar a Italia tanto dinero del rey y trasladar al ejército victorioso. Cuando todo hubo llegado 8
a Italia con una navegación favorable y no me quedaba ya nada por lo que rezar, entonces formulé un deseo: como la fortuna suele virar hacia atrás desde su punto culminante, que se hiciesen notar sobre mi casa, más que sobre el Estado, los efectos de su cambio. Espero, por consiguiente, que la 9
fortuna del Estado quede a salvo merced a mi extraordinario infortunio, ya que mi triunfo, en una especie de burla de las vicisitudes humanas, vino precedido y seguido de los funerales de mis dos hijos. Y aunque tanto en Perseo como en mí se 10
vea ahora un ejemplo particularmente notable de lo que es la condición humana, Perseo, que vio cómo sus hijos eran

conducidos cautivos delante de él, cautivo a su vez, al menos
11 los conserva sanos y salvos; yo, que triunfé sobre él, subí al carro inmediatamente después del funeral de uno de mis hijos, y al volver del Capitolio encontré al otro casi expirando ya; de una descendencia tan numerosa[509] no queda ningún
12 hijo para llevar el nombre de Emilio Paulo. Dos de ellos, en efecto, fueron dados en adopción por considerar que era una prole muy numerosa, y pertenecen a las familias Cornelia y Fabia. Aparte de un anciano, en mi casa no queda ningún Paulo. Pero vuestra felicidad y la buena suerte del Estado me consuelan de esta desgracia de mi familia.»

42 Al pronunciar estas palabras con tanto coraje, dejó más confundidos los ánimos de los oyentes que si hubiese empleado un tono lastimero para deplorar su propia orfandad.

Triunfo de Gneo Octavio. Embajada de Tracia. Triunfo de Lucio Anicio

2 En las calendas de diciembre Gneo Octavio celebró un triunfo naval sobre el rey Perseo. Fue éste un desfile sin prisioneros
3 y sin despojos. Repartió setenta y cinco denarios por cabeza entre los marineros, el doble entre los pilotos embarcados y el cuádruple entre los capitanes de navío.

4 Después hubo una sesión del senado. Los senadores acordaron que Quinto Casio[510] condujera a Alba al rey Perseo, con su hijo Alejandro, para ponerlo bajo custodia; le permitiría que conservase los acompañantes, el dinero, la
5 plata y los enseres que tenía, sin retirarle nada. Bitis, el hijo de Cotis, rey de Tracia, fue enviado a Carséolos junto con los rehenes para su encarcelamiento. Se decidió encerrar en prisión al resto de los prisioneros que habían participado en

[509] Había tenido siete hijos.

[510] Pretor urbano, según 16, 3.

el desfile triunfal. A los pocos días de haberse adoptado estas 6
medidas llegaron embajadores de Cotis, el rey de los tracios, portando dinero para rescatar a su hijo y a los demás rehenes. Introducidos en el senado, pronunciaron un discurso 7
aduciendo como prueba de que Cotis no había ayudado a Perseo por su propia voluntad en la guerra precisamente el hecho de haberse visto forzado a entregar rehenes, y pidieron que se les permitiera rescatarlos, al precio que los propios senadores fijasen. En nombre del senado se les respondió 8
que el pueblo romano tenía presente la amistad que se había mantenido con Cotis y sus antepasados y con el pueblo de Tracia. El hecho de haber entregado rehenes era un agravante, 9
no un atenuante del delito, puesto que Perseo no era de temer para la nación tracia ni siquiera estando en paz, cuánto menos cuando estaba enfrascado en una guerra contra los romanos. No obstante, aun en el caso de que Cotis hubiera 10
preferido el reconocimiento de Perseo a la amistad del pueblo romano, éste tendría más en cuenta lo que iba en consonancia con su propia dignidad que lo que se merecía el comportamiento del rey, y estaba dispuesto a devolverle el hijo y los rehenes. Los beneficios del pueblo romano eran gratuitos; 11
prefería dejar el precio del rescate a la voluntad de los beneficiarios en lugar de exigir su pago en el acto. Se nombraron tres delegados, Tito Quincio Flaminino, Gayo Licinio Nerva y Marco Caninio Rebilo, para llevar los rehenes de vuelta a Tracia, y se hicieron llegar regalos de dos mil ases a cada uno de los tracios. Se hizo venir de Carséolos con el 12
resto de los rehenes a Bitis, que fue enviado a su padre en compañía de los delegados. Las naves reales capturadas a los macedonios, de un tamaño jamás visto hasta entonces, fueron sacadas a tierra en el Campo de Marte.

Cuando aún estaba grabado en las mentes, e incluso casi 43
en los ojos, el recuerdo del triunfo sobre los macedonios, en

la festividad de las Quirinales[511] celebró Lucio Anicio su
2 triunfo sobre el rey Gencio y los ilirios. A la gente le parecía
que todo era semejante, pero no igual; el general mismo era
de inferior categoría, si se comparaba la nobleza de Anicio
con la de Emilio y el poder de mando de un pretor con el de
un cónsul; no se podía parangonar a Gencio con Perseo, ni
a los ilirios con los macedonios, ni los despojos, el dinero o
3 las recompensas en uno y otro caso. Aun así, si bien el triunfo
anterior había sido más brillante que el de ahora, también
resultaba evidente para quien lo considerase en sí mismo
4 que tampoco éste era en modo alguno irrelevante. En el
espacio de unos pocos días había sometido al pueblo ilirio,
intrépido por tierra y por mar, confiado en la naturaleza del
terreno y sus fortificaciones; había apresado al rey y a todos
los miembros de la familia real. Llevó en el desfile triunfal
muchas enseñas militares y otros despojos y el ajuar real,
5 veintisiete libras de oro, diecinueve libras de plata, trece mil
6 denarios y ciento veinte mil monedas ilirias de plata. Delante
del carro desfilaron el rey Gencio con su mujer y sus hijos,
7 Caravancio, hermano del rey, y algunos nobles ilirios. Del
producto del botín dio cuarenta y cinco denarios a cada
soldado, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes; a
los aliados de nombre latino la misma cantidad que a los
8 ciudadanos, y a los marinos lo mismo que a los soldados. Fue
mayor el entusiasmo con que la tropa siguió este triunfo, y
el general mismo fue festejado con numerosos cantares.
Sostiene Anciate que se sacaron de aquel botín veinte millones
de sestercios, aparte del oro y la plata que se ingresó en el
tesoro público. Como no está claro de dónde pudo haber
sacado esas cifras, en vez de darlas como un hecho he dejado
9 constancia de la fuente. En virtud de un decreto del senado,

[511] El 17 de febrero.

el rey Gencio, junto con su mujer y sus hijos, fue conducido a Espoleto para ponerlo bajo custodia, y los demás prisioneros fueron encarcelados en Roma. Como los espoletinos no se responsabilizaban de su custodia, los miembros de la familia real fueron trasladados a Iguvio[512]. El resto del botín del 10
Ilírico estaba constituido por doscientos veinte lembos; como presa cogida al rey Gencio, fueron ofrecidos por Quinto Casio, de acuerdo con un decreto del senado, a los corcireos, apoloniatas y dirraquinos.

Elecciones para el año 166. Llegada del rey Prusias a Roma

Aquel año los cónsules se limitaron a 44
devastar el territorio de los lígures, pues los enemigos en ningún momento sacaron sus ejércitos, y sin llevar a cabo ninguna empresa digna de mención regresaron a Roma para la sustitución de magistrados, y en la primera jornada de comicios proclamaron cónsules a Marco Claudio Marcelo y Gayo Sulpicio Galo; después, al día siguiente, 2
proclamaron pretores a Lucio Julio, Lucio Apuleyo Saturnino, Aulo Licinio Nerva, Publio Rutilio Calvo, Publio Quintilio Varo y Marco Fonteyo. A estos pretores les fueron asignadas las dos jurisdicciones urbanas, las dos Hispanias, Sicilia y Cerdeña.

Aquel año hubo intercalación; las calendas intercalares 3
cayeron al día siguiente de los *Terminalia*[513]. Falleció aquel año el augur Gayo Claudio; para reemplazarlo, los augures eligieron a Tito Quincio Flaminino. También murió Quinto Fabio Píctor[514], flamen de Quirino.

---

512 Hoy Gubbio, en Umbría.

513 Sobre el año intercalar y *Terminalia* véase nota 293.

514 Probablemente el pretor de 189, flamen de Quirino en 190, hijo del historiador.

4 En el mismo año llegó el rey Prusias a Roma con su hijo
Nicomedes. Entró en la ciudad con un séquito numeroso y
desde la puerta se dirigió directamente al foro, al tribunal
5 del pretor Quinto Casio. Como acudió de todas partes una
gran cantidad de gente, declaró que había venido a rendir
homenaje a los dioses que moraban en la ciudad de Roma,
al senado y al pueblo romano, y a dar su enhorabuena por
haber vencido a los reyes Perseo y Gencio y haber extendido
el imperio reduciendo a obedencia a los macedonios y a los
6 ilirios. Cuando el pretor le dijo que, si quería, le concedería
una audiencia del senado aquel mismo día, pidió dos días
para visitar los templos de los dioses y la ciudad y a sus
7 huéspedes y amigos. Para servirle de guía en su visita le fue
asignado el cuestor Lucio Cornelio Escipión, que también
había sido enviado a recibirle a Capua, y se alquiló una
residencia en la que pudieran acomodarse desahogadamente
8 él y sus acompañantes. A los tres días se dirigió al senado. Se
congratuló por la victoria; recordó los servicios que había
prestado en aquella guerra; pidió autorización para cumplir
con una promesa votiva suya sacrificando diez víctimas
mayores en Roma, en el Capitolio, y una a la Fortuna en
Preneste, como votos por la victoria del pueblo romano;
9 solicitó que se renovara la alianza con él y se le concediera
un territorio conquistado al rey Antíoco que no había sido
asignado a nadie por el pueblo romano y que estaba ocupado
por los galos. Finalmente confió a su hijo Nicomedes a la
protección del senado. Recibió el apoyo de todos los que
10 habían tenido mando militar en Macedonia. En consecuencia
se accedió al resto de sus peticiones, pero con respecto al
territorio se contestó que se enviarían comisarios para exa-
minar detenidamente el asunto; si el territorio en cuestión
pertenecía al pueblo romano y no había sido asignado a
nadie, se consideraría a Prusias como el destinatario que

más se merecía aquella donación; pero si resultaba que no 11
había pertenecido a Antíoco y, por consiguiente, tampoco había pasado a ser propiedad del pueblo romano, o si había sido asignado a los galos, Prusias tendría que disculpar que el pueblo romano no quisiera hacerle ningún regalo en detrimento de los derechos de nadie; ni siquiera quien lo 12
recibe puede encontrar agradable un regalo si sabe que el donante se lo va a quitar cuando le plazca. Se aceptaba la 13
encomienda de su hijo Nicomedes. Tolomeo, el rey de Egipto, era un ejemplo del vivo celo con que el pueblo romano velaba por los hijos de los reyes amigos. Con esta respuesta 14
se despidió al rey Prusias. Se dispuso que se le hicieran llegar regalos por valor de ... sestercios y vasos de plata por un peso de cincuenta libras. También se decidió hacer regalos 15
a Nicomedes, el hijo del rey, por el mismo valor que los hechos a Másgaba, el hijo del rey Masinisa; se le proporcionarían al rey, a expensas del Estado como en el caso de los magistrados romanos, las víctimas y demás pertrechos del sacrificio, tanto para la inmolación que quería hacer en Roma como para la de Preneste; de la flota que se encontraba 16
en Brindisio le serían asignadas veinte naves de guerra para que dispusiera de ellas; hasta que el rey llegase a la flota puesta 17
a su disposición, Lucio Cornelio Escipión no se separaría de su lado y se haría cargo de todos los gastos de él y de su séquito hasta el momento del embarque. Cuentan que el rey 18
se alegró extraordinariamente por esta generosidad del pueblo romano para con él; que no consintió que se compraran regalos para él, pero dijo a su hijo que aceptase el obsequio del pueblo romano. Esto es lo que escribieron acerca de Prusias 19
nuestros historiadores. Polibio lo presenta[515] como un rey indigno de la majestad y la grandeza de tal nombre; dice que

[515] POLIBIO, XXX 18.

solía ir al encuentro de los embajadores tocado con el píleo,
con la cabeza rapada, y presentarse como un liberto del
pueblo romano, razón por la cual llevaba los distintivos de
20 dicho grupo social; que también en Roma, al dirigirse a la
curia, se postró y besó el umbral, llamó a los senadores
dioses tutelares salvadores suyos, y el resto del discurso que
pronunció redundó menos en honor de sus oyentes que en
21 descrédito de sí mismo. Después de una estancia de no más
de treinta días en Roma y sus cercanías partió hacia su
reino, y en Asia hubo una guerra entre Éumenes y los ga-
los...[516].

[516] Falta el final del capítulo y del libro, pero no más de unas pocas líneas.



ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Los números romanos indican el libro. Los arábigos que siguen a los romanos o al punto y coma indican capítulos, y los que siguen a la coma indican parágrafos. Entre paréntesis van las menciones indirectas. El presente índice ha sido elaborado por Araceli Fernández Rodríguez.

ÍNDICE GENERAL